

**INSTITUTO INTERNACIONAL
DE ESTUDIOS BÍBLICAS**

DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL

**PROFETAS DEL ANTIGUO
TESTAMENTO
(MAYORES Y MENORES)
BI 232**

**NOTAS CON PREGUNTAS DE
ESTUDIO**

REQUISITOS DEL CURSO

TEXTO BASE DEL CURSO: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

I. DESCRIPCIÓN DEL CURSO

En este curso sobre los profetas del Antiguo Testamento, que incluye tanto a los profetas mayores como a los menores, se estudian los libros de Isaías, Jeremías, Lamentaciones y Ezequiel y los últimos doce libros del Antiguo Testamento. Se estudian las características de cada libro, sus antecedentes históricos, la vida misma del profeta, la fecha estimada de cuándo se escribió el libro y la aplicación que el mismo tiene para situaciones de nuestros tiempos. Se le presta atención especial a las profecías que hablan de Cristo y los eventos del futuro.

II. OBJETIVOS DEL CURSO

1. Familiarizarse con el contenido literario y el contexto histórico de los libros de los profetas mayores y menores del Antiguo Testamento.
2. Familiarizarse con las fechas y los períodos que tradicionalmente se les han dado a los profetas mayores y menores.
3. Comprender algunos de los puntos más importantes (autoría, debates cronológicos, preguntas teológicas, etc.) relacionados con el estudio de los profetas del Antiguo Testamento.
4. Aprender a interpretar y aplicar apropiadamente en la vida cristiana pasajes de los profetas del Antiguo Testamento.

III. REQUISITOS DEL CURSO

1. Leer las páginas asignadas del *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5).
2. Leer los capítulos asignados de la Biblia.
3. Algunas lecciones abarcan libros de la Biblia más largos que otros. Trabajar cada lección según se indica y leer todo el material solicitado.
4. Contestar las preguntas de estudio que han sido preparadas para cada lección. Todas las respuestas se encuentran en las Notas de la Lección.
5. Preparar un portafolio para archivar el sílabo, las preguntas de estudio, la guía del curso, las notas, los informes y cualquier otro material que se utilice en esta clase.
6. Completar el Informe de Actividades dando fe de haber completado todos los requisitos.
7. Leer la Lectura Complementaria requerida y hacer los dos informes del libro utilizando el formato que se ofrece más adelante.

IV. ADMINISTRACIÓN DEL CURSO

Se harán tres exámenes, uno por cada período profético. El primer examen abarcará hasta la Lección 7, el segundo hasta la Lección 11 y el examen final hasta la Lección 15. Las preguntas de cada examen serán tomadas de las Preguntas de Estudio de las lecciones de cada sección. Algunas preguntas serán de complete y otras de desarrollo, pero todas estarán en las Lecciones respectivas.

1. Todas las respuestas de las Preguntas de Estudio se pueden sacar de las Notas de la Lección y todas las preguntas de examen podrán, por tanto, sacarse también de esas Notas, de las Preguntas de Estudio y de la Guía de Respuestas.
2. Una vez que el estudiante complete la Lección 7 y esté listo para realizar el primer examen, se lo hará saber a su guía o coordinador para que éste le envíe el examen a la persona que lo impartirá. Luego esta persona le devolverá al guía/coordinador el examen para su calificación.
3. Si el estudiante no pasa el examen, se le pedirá que repase nuevamente los materiales y solicite un examen de reposición.
4. Se seguirá el mismo procedimiento al final de la Lección 11 y al final de la Lección 15.
5. Una vez que el estudiante haya pasado los tres exámenes, le enviará su Informe de Actividades al guía/consejero para dar fe de haber completado todas las asignaciones y lecturas. También le enviará los Informes de Lectura y el Sermón sobre Isaías para completar los documentos.
6. Luego de completar todos los requisitos, el estudiante recibirá un Certificado de Compleción de Estudios junto con una calificación.

INFORME DE LECTURAS

INSTRUCCIONES:

1. Lea los libros asignados y observe las preguntas que aparecen al final de cada capítulo (si las hay). Anote las preguntas que las lecturas le hayan generado en su mente.
2. Redacte en media página sus reacciones a cada libro bíblico discutido.
3. Redacte en media página sus reacciones a los libros bíblicos, indicando si está de acuerdo o en desacuerdo con lo que el autor afirma.
4. Al final de la clase, envíele las preguntas y las redacciones a su guía/coordinador, junto con el Examen final y el Informe de Actividades.

NOMBRE DE LOS LIBROS APROBADOS:

1. Conozca Los Profetas Mayores, de Ralph Earl
2. Conozca Los Profetas Menores, de Ralph Earl

ORDÉNELOS EN:

Casa Nazarena de Publicaciones
P.O. Box 419527
Kansas City, Mo 64141

SÍLABO

TEXTO BASE: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

- LECCIÓN 1 Lea los requisitos de este curso.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea el Prefacio y la sección “Cómo utilizar el Comentario Bíblico Beacon”.
Lea las Notas de la Lección 1.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 1.
- LECCIÓN 2 Repase las preguntas de la Lección 1.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Jonás.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Jonás 1:1—4:11.
En la Biblia lea Jonás 1:1—4:11.
Lea las Notas de la Lección 2.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 2.
- LECCIÓN 3 Repase las preguntas de la Lección 2.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Amós.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Amós 1:1—9:15.
En la Biblia lea Amós 1:1—9:15.
Lea las Notas de la Lección 3.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 3.
- LECCIÓN 4 Repase las preguntas de la Lección 3.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Oseas.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Oseas 1:1—14:9.
En la Biblia lea Oseas 1:1—14:9.
Lea las Notas de la Lección 4.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 4.
- LECCIÓN 5 Repase las preguntas de la Lección 4.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Miqueas.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Miqueas 1:1—3:12.
En la Biblia lea Miqueas 1:1—3:12.
Lea las Notas de la Lección 5.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 5
- LECCIÓN 6 Repase las preguntas de la Lección 5.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 4) lea la introducción a Isaías.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Isaías 1:1—66:24.
En la Biblia lea Isaías 1:1—66:24.

Lea las Notas de la Lección 6.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 6.

LECCIÓN 7 Repase las preguntas de la Lección 6.
Lea el suplemento “La Predicación de Isaías”.
Escriba el Sermón de Isaías.
Realice el primer examen.

LECCIÓN 8 En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Sofonías.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Sofonías 1:1—3:20.
En la Biblia lea Sofonías 1:1—3:20.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Habacuc.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Habacuc 1:1—3:19.
En la Biblia lea Habacuc 1:1—3:19.
Lea las Notas de la Lección 8.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 8.

LECCIÓN 9 Repase las preguntas de la Lección 8.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 4) lea la introducción a Jeremías.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Jeremías 1:1—42:34.
En la Biblia lea Jeremías 1:1—42:34.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Nahum.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Nahum 1:1—3:19.
En la Biblia lea Nahum 1:1—3:19.
Lea las Notas de la Lección 9.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 9.

LECCIÓN 10 Repase las preguntas de la Lección 9.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 4) lea la introducción a Ezequiel.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Ezequiel 1:1—48:35.
En la Biblia lea Ezequiel 1:1—48:35.
Lea las Notas de la Lección 10.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 10.

LECCIÓN 11 Repase las preguntas de la Lección 10.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Abdías.
En el Comentario Bíblico Beacon, lea la sección de Abdías 1:1-21.
En la Biblia lea Abdías 1:1-21.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 4) lea la introducción a Lamentaciones.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Lamentaciones 1:1—5:22.
En la Biblia lea Lamentaciones 1:1—5:22.
Lea las Notas de la Lección 11.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 11.
Realice el segundo examen.

- LECCIÓN 12 Repase las preguntas de la Lección 11.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 4) lea la introducción a Daniel.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Daniel 1:1–12:13.
Lea las Notas de la Lección 12
En la Biblia lea Daniel 1:1–12:13.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 12.
- LECCIÓN 13 Repase las preguntas de la Lección 12.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Hageo.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Hageo 1:1–2:23.
En la Biblia, lea Hageo 1:1–2:23.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la introducción a Zacarías.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Zacarías 1:1–14:21.
En la Biblia lea Zacarías 1:1–14:21.
Lea las Notas de la Lección 13.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 13.
- LECCIÓN 14 Repase las preguntas de la Lección 13.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Joel.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Joel 1:1–3:21.
En la Biblia lea Joel 1:1–3:21.
Lea las Notas de la Lección 14.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 14.
- LECCIÓN 15 Repase las preguntas de la Lección 14.
En el Comentario Bíblico Beacon (vol. 5) lea la introducción a Malaquías.
En el Comentario Bíblico Beacon lea la sección de Malaquías 1:1–4:6.
Lea en la Biblia Malaquías 1:1–3:21.
Lea las Notas de la Lección 15.
Responda las Preguntas de Estudio de la Lección 15.
Repase las preguntas de la Lección 15.
Realice el examen final.

INFORME DE ACTIVIDADES

TEXTO BASE: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

COMPLETADO	FECHA
<p>LECCIÓN 1 Leer los requisitos de este curso. En el <u>Comentario</u> leer Prefacio y sección “Cómo utilizar el Comentario Bíblico Beacon”. Leer las Notas de la Lección 1. Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 1.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p>
<p>LECCIÓN 2 Repasar las preguntas de la Lección 1. En el <u>Comentario</u> leer la introducción a Jonás. En el <u>Comentario</u> leer la sección de Jonás 1:1—4:11. En la Biblia leer Jonás 1:1—4:11. Leer las Notas de la Lección 2. Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 2.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p>
<p>LECCIÓN 3 Repasar las preguntas de la Lección 2. En el <u>Comentario</u> leer la introducción a Amós. En el <u>Comentario</u> leer la sección de Amós 1:1—9:15. En la Biblia leer Amós 1:1—9:15. Leer las Notas de la Lección 3. Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 3.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p>
<p>LECCIÓN 4 Repasar las preguntas de la Lección 3. En el <u>Comentario</u> leer la introducción a Oseas. En el <u>Comentario</u> leer la sección de Oseas 1:1—14:9. En la Biblia leer Oseas 1:1—14:9. Leer las Notas de la Lección 4. Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 4.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p>
<p>LECCIÓN 5 Repasar las preguntas de la Lección 4. En el <u>Comentario</u> leer la introducción a Miqueas. En el <u>Comentario</u> leer la sección de Miqueas 1:1—3:12. En la Biblia leer Miqueas 1:1—3:12. Leer las Notas de la Lección 5. Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 5.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p> <p>_____</p>
<p>LECCIÓN 6 Repasar las preguntas de la Lección 5. En el <u>Comentario</u> leer la introducción a Isaías.</p>	<p>_____</p> <p>_____</p>

En el Comentario leer la sección de Isaías 1:1—66:24. _____
En la Biblia leer Isaías 1:1—66:24. _____
Leer las Notas de la Lección 6. _____
Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 6. _____

LECCIÓN 7 Repasar las preguntas de la Lección 6. _____
Leer el suplemento “La Predicación de Isaías”. _____
Escribir el Sermón de Isaías. _____
Realizar el primer examen. _____

LECCIÓN 8 En el Comentario leer la introducción a Sofonías. _____
En el Comentario leer la sección de Sofonías 1:1—3:20. _____
En la Biblia leer Sofonías 1:1—3:20. _____
En el Comentario leer la introducción a Habacuc. _____
En el Comentario leer la sección de Habacuc 1:1—3:19. _____
En la Biblia leer Habacuc 1:1—3:19. _____
Leer las Notas de la Lección 8. _____
Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 8. _____

LECCIÓN 9 Repasar las preguntas de la Lección 8. _____
En el Comentario leer la introducción a Jeremías. _____
En el Comentario leer la sección de Jeremías 1:1—42:34. _____
En la Biblia leer Jeremías 1:1—42:34. _____
En el Comentario leer la introducción a Nahum. _____
En el Comentario leer la sección de Nahum 1:1—3:19. _____
En la Biblia leer Nahum 1:1—3:19. _____
Leer las Notas de la Lección 9. _____
Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 9. _____

LECCIÓN 10 Repasar las preguntas de la Lección 9. _____
En el Comentario leer la introducción a Ezequiel. _____
En el Comentario leer la sección de Ezequiel 1:1—48:35. _____
En la Biblia leer Ezequiel 1:1—48:35. _____
Leer las Notas de la Lección 10. _____
Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 10. _____

LECCIÓN 11 Repasar las preguntas de la Lección 10. _____
En el Comentario leer la introducción a Abdías. _____
En el Comentario leer la sección de Abdías 1:1-21. _____
En la Biblia leer Abdías 1:1-21. _____
En el Comentario leer la introducción a Lamentaciones. _____
En el Comentario leer la sección de Lamentaciones 1:1—5:22. _____
En la Biblia leer Lamentaciones 1:1—5:22. _____
Leer las Notas de la Lección 11. _____

- Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 11. _____
 Realizar el segundo examen. _____
- LECCIÓN 12 Repasar las preguntas de la Lección 11. _____
 En el Comentario leer la introducción a Daniel. _____
 En el Comentario leer la sección de Daniel 1:1–12:13. _____
 Leer las Notas de la Lección 12 _____
 En la Biblia leer Daniel 1:1–12:13. _____
 Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 12. _____
- LECCIÓN 13 Repasar las preguntas de la Lección 12. _____
 En el Comentario leer la introducción a Hageo. _____
 En el Comentario leer la sección de Hageo 1:1–2:23. _____
 En la Biblia leer Hageo 1:1–2:23. _____
 En el Comentario leer la introducción a Zacarías. _____
 En el Comentario leer la sección de Zacarías 1:1–14:21. _____
 En la Biblia leer Zacarías 1:1–14:21. _____
 Leer las Notas de la Lección 13. _____
 Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 13. _____
- LECCIÓN 14 Repasar las preguntas de la Lección 13. _____
 En el Comentario leer la introducción a Joel. _____
 En el Comentario leer la sección de Joel 1:1–3:21. _____
 En la Biblia leer Joel 1:1–3:21. _____
 Leer las Notas de la Lección 14. _____
 Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 14. _____
- LECCIÓN 15 Repasar las preguntas de la Lección 14. _____
 En el Comentario leer la introducción a Malaquías. _____
 En el Comentario leer la sección de Malaquías 1:1–4:6. _____
 Leer en la Biblia Malaquías 1:1–3:21. _____
 Leer las Notas de la Lección 15. _____
 Responder las Preguntas de Estudio de la Lección 15. _____
 Repasar las preguntas de la Lección 15. _____
 Realizar el examen final. _____

NOTAS DE LA LECCIÓN 1

REFERENCIA: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

INTRODUCCIÓN

Este curso abarca los profetas “mayores” y “menores”. Estos supuestos profetas-escritores nos legaron dieciséis libros. Cuatro de ellos—Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel—son llamados “profetas mayores” y los otros doce—Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías—son llamados “profetas menores” por ser libros mucho más cortos. Estos términos—“mayor” y “menor”—no tienen nada que ver con la calidad de los escritos ni con su importancia, sino refieren únicamente al tamaño del escrito. Hubo además otros profetas y profetisas importantes que se mencionan en los libros históricos, y en el período monárquico (1050 a 586 a.C.) Samuel, Elías y Eliseo fueron los profetas más importantes. Los dieciséis profetas mayores y menores también suelen ser llamados los “últimos profetas”, mientras que a los demás se les llama los “primeros profetas”. En general, se estudian los profetas del Antiguo Testamento en el orden en que aparecen los libros en la Biblia, pero en este curso los libros se analizan cronológicamente. Es por eso que las Tres Etapas de los Profetas siguen un cronograma diferente.

Tres centros y tres etapas internacionales

La historia de Israel, que abarca desde el siglo VIII hasta el V antes de Cristo, queda someramente retratado en los profetas-escritores (es decir, los profetas mayores y menores). Los profetas-escritores abarcan tres momentos históricos:

- (1) El período neo-asirio, que abarca hasta la caída del Reino del Norte (Israel) en el año 722 antes de Cristo y las consecuencias que por esta causa sobrevinieron. Los profetas de este período son Amós, Oseas, Miqueas e Isaías. Se incluye además a Jonás por varias razones que se comentarán en la siguiente lección.
- (2) El período neo-babilónico, que enfatiza las circunstancias y las condiciones después de la caída del Reino del Sur (Judá) en el año 586 antes de Cristo. Sofonías, Jeremías, Habacuc, Nahum, Ezequiel, Abdías y Lamentaciones les dieron percepciones particulares a sus contemporáneos y le proclamaron el mensaje del Señor a Judá.
- (3) El período persa, que abarca el tiempo después del exilio. El tercer grupo de profetas parte de la esperanza que surgió en el segundo período, y concluye con el esperanzador mensaje de que Judá revivirá milagrosamente. El decreto de Ciro en el año 538 antes de Cristo marca el inicio de esta era. La esperanza se asoma tímidamente desde el momento en que

Joacim es liberado de la prisión después de la muerte de Nabucodonosor en el año 562 antes de Cristo. Daniel, Hageo, Zacarías, Joel y Malaquías, cada uno a su manera, articulan la esperanza y dan a entender las condiciones cambiantes de los primeros cien años de la vida de Judá tras el exilio.

Los profetas y profetisas del Antiguo Testamento sirvieron a Dios con gran lealtad, aunque no fueron populares por ello. Pusieron sus vidas en juego pues confrontaron a grandes reyes y reinas y desgastaron sus mismas almas en el intento de que los pecadores se arrepintieran y se volvieran a Dios.

La mayoría de los estudios de la Biblia nos mencionan las diferentes características del Señor, los profetas y los oyentes: (1) La autoridad del Señor cubrió tanto a los profetas como a los oyentes; (2) los profetas fueron obedientes, aunque a veces protestaron al inicio; (3) los profetas tuvieron autoridad por ser representantes del Dios soberano; (4) a nivel individual y grupal, los oyentes se vieron imperiosamente obligados a escoger entre la obediencia y la rebelión; y (5) el profeta solía rendirle al Señor un informe en forma de oración.

Hebreos 1:1 dice: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas”, y esto valida en el Nuevo Testamento que la profecía del Antiguo Testamento fue una revelación de Dios al hombre. La religión e historia de Israel son fundamentalmente de carácter profético. En el Antiguo Testamento, la historia y la profecía originaron mensajes y revelaciones proféticas. Algunos ejemplos son el llamado de Abraham, el éxodo, el establecimiento del reino de David, la destrucción de Jerusalén y el exilio en Babilonia. La profecía, generada por la inspiración divina, surgió de las experiencias históricas de Israel y se expresó en la historia.

A diferencia de otras religiones de su tiempo, la religión de Israel se basó en una revelación que utilizaba eventos históricos, y no en una especulación metafísica, una superstición o un razonamiento filosófico. Esto explica por qué los libros históricos de Josué, Jueces, Samuel y Reyes también son llamados los “primeros profetas” del canon hebreo.

La Palabra de Dios es simplemente esto: el testimonio profético de lo que Dios ha dicho y hecho, y de lo que Dios hará en la historia. Por consiguiente, el pensamiento profético incluye una filosofía de la historia que interpreta su curso y predice su resultado final. Y no sólo para la historia de Israel, sino para la historia de todas las naciones que están bajo el control soberano de Dios. Toda la historia es el escenario donde Dios muestra Su sabiduría, poder y gloria. Esto, por ejemplo, queda claro en Amós 9:7. Hay muchas profecías de ese tipo de juicios en los escritos proféticos. Edom, Moab, Amón, Filistea, Aram, Tiro y Sidón serán juzgados junto con los imperios mundiales de Asiria, Egipto, Babilonia y otros. De hecho, los profetas declararon juicios contra todos los pueblos (véanse Is. 34, Jl. 3, Zac. 12-14, Jer. 25:15-19, Is. 24-27, Miq. 7:1 y ss., y Sof. 1-3).

En el pensamiento hebreo en general, y en los escritores proféticos en particular, encontramos que el concepto de la historia es único y diferente al que defiende la filosofía secular. Esta

diferencia radica en la conciencia que tienen los profetas de que hay una providencia divina que gobierna y dirige todos los eventos de la historia hacia un propósito central. Este propósito comprende las obras providenciales de Dios en el escenario de la historia, tales como el levantamiento de Ciro, que ocurrió no sólo por causa de Israel, sino porque también tenía un fin universal final (Is. 44:28).

Entonces, la historia del Antiguo Testamento no es meramente historia, sino historia con un propósito redentor. Desde la óptica de la fe, el fin de de Dios en la historia de Israel es la clave para la historia de la humanidad. Y ese es precisamente el énfasis de los profetas: que Dios, como Señor de la historia y la providencia, controla los asuntos y movimientos de la historia para Sus fines. Con una misma voz, los profetas declaran que este propósito hacia el cual se dirige toda la historia es el establecimiento del Reino de Dios—es decir, el reino y gobierno soberano de Dios sobre la tierra (Zac. 14:9). Por tanto, la profecía y la historia son inseparables. Las predicciones proféticas, que no pueden ser negadas por quienes lean la Escritura con una mente abierta, sólo pueden provenir de la revelación divina. Nótese, por ejemplo, Isaías 37:26-36, la alusión a Ciro mucho antes de que éste naciera (Is. 45:1), la predicción de Jeremías de los setenta años de cautiverio y el retorno de Judá (Jer. 25:11-12), y la alusión de Miqueas al lugar en que nacería el Mesías (Miq. 5:2).

Los profetas no sólo predijeron el futuro sino que con valentía rechazaron el vicio y denunciaron la corrupción política, la opresión, la idolatría y la degeneración moral. Fueron predicadores de la justicia, reformadores y reavivadores de la religión espiritual, así como profetas de juicios y bendiciones en el futuro.

Origen y desarrollo de la profecía en el Antiguo Testamento

Para quienes tienen verdadera fe y creen en la Palabra inerrante de Dios, el racionalismo sin fe no es posible. En este curso no pondremos mucha atención en los comentarios de los críticos. No porque desconozcamos la existencia de sus críticas y argumentos sin fe, sino porque creemos que no tienen valor y no son dignos del tiempo y estudio de los que creemos que la Biblia es la revelación inspirada de nuestro Santo Dios Redentor.

Que la institución profética de Israel es única queda claro cuando se observa el fenómeno análogo entre las naciones paganas. Al argumentar que “Israel heredó la Ley y los Profetas de sus predecesores en Palestina”, los críticos ignoran el hecho de que Israel ya tenía profetas que, antes de ingresar Israel a Palestina, ya habían mandado al pueblo a no adoptar las prácticas sacerdotales y proféticas de Canaán.

El texto mismo del Antiguo Testamento muestra que el arte de la adivinación se practicaba mucho en Canaán (Dt. 18:9-14). En realidad se practicaba en todas las naciones, incluyendo Egipto (Gn. 41:9, Ex. 7:11), Babilonia (Ez. 21:21-22), y todo el Medio Oriente. La existencia de la adivinación, así como de la brujería, tanto antes como hoy en las naciones paganas, sólo demuestra lo que cada creyente verdadero ya sabe, y es que Satanás es, ayer, hoy y siempre el imitador de todos los medios y métodos de Dios. Un ejemplo de esto es cuando Moisés se

presentó por primera vez ante faraón. Por su ciega incredulidad, los críticos siguen los mismos principios de los evolucionistas. Hurgan en la historia en busca de los supuestos hechos, que no son más que la fabricación de sus mentes entenebrecidas. El hecho de que en las naciones paganas existan prácticas como la adivinación y la brujería, no evidencia que sean un fenómeno idéntico a la profecía bíblica sino, al contrario, enfatizan que la profecía en Israel es algo único. La superioridad moral y espiritual de la profecía del Antiguo Testamento contrasta vívidamente con estas prácticas paganas.

El origen divino de la institución profética la establece el mismo Moisés en Deuteronomio 18:9-22. Este pasaje no solo advierte debidamente contra las substituciones que hace el enemigo en la búsqueda de guía espiritual o conocimiento, sino que en el versículo 15 dice enfáticamente que Dios levantará un profeta (en singular) tal como hizo con Moisés. El Nuevo Testamento interpreta este pasaje como una profecía mesiánica (Hch. 3:22-23) y la aplica a Jesucristo. Moisés, por tanto, declara que Dios estableció la institución profética hebrea como un modelo que un día cesará cuando venga el profeta ideal, que es Jesucristo. La institución profética habría de ser un modelo o “signo” del profeta ungido de Dios (Cristo), al igual que el sacerdocio o grupo de sacerdotes habría de ser un signo del sacerdote ungido de Dios, tal como se indica en Zacarías 3:8.

En el desarrollo histórico de la profecía del Antiguo Testamento en Israel, se observan dos períodos generales: (1) la era de los profetas precanónicos, y (2) la era de los profetas canónicos.

Los profetas precanónicos son los que vivieron mayormente antes del siglo 9 antes de Cristo y no dejaron registros escritos. Este período se divide en tres secciones: (1) el período premosaico, (2) el período mosaico y (3) el período de Samuel.

El período premosaico abarca las profecías desde el inicio en el jardín del Edén luego de la caída (Gn. 3:15). Según las palabras de Jesús, hubo profetas no literarios desde el mismo comienzo. Esto se los dice Jesús a los judíos rebeldes en Lucas 11:49-51. Judas (v. 14) escribe sobre la profecía de Enoc. Noé profetiza que vendrá un diluvio y luego habla del destino futuro de Isaac, Jacob y José, y quizás de los patriarcas en general que bien pueden ser considerados profetas de la era del Antiguo Testamento (Gn. 20:7, Sal. 105:15). En el período mosaico, el trabajo de Moisés le da un énfasis totalmente nuevo a la profecía y a la función del profeta. En esta etapa, la predicción estaba totalmente subordinada a la predicación y a la enseñanza. El ministerio de Moisés fue mayormente de enseñanza e instrucción moral. Moisés fue el dador de la ley de Israel y enfatizó el monoteísmo ético. Otras voces proféticas de este período son Miriam (Ex. 15:20) y Débora (Jue. 4:4). La tercera división de los profetas precanónicos abarca el período de Samuel. Desde Moisés hasta Samuel casi no hubo profecía. Pero en el tiempo de Samuel, parece ser que el movimiento profético estaba organizado como institución ya que habían surgido escuelas de profetas (o “hijos de los profetas”, como son llamados en las Escrituras). El origen de las escuelas de profetas en el tiempo de Samuel se señala por vez primera en 1 Samuel 10:5-13. Se hace referencia a “los hijos de los profetas” en el tiempo de Elías, en 2 Reyes 2-6. Parece ser que Isaías y Jeremías tuvieron discípulos que quizás

pertenecían a ese grupo (Is. 8:16, Jer. 45:1). La mención de los profetas que Abdías escondió durante el tiempo de Eliseo refiere probablemente también a la escuela de profetas (1 R. 18:13). Entre los profetas canónicos están hombres como Natán, que fue profeta y consejero de David y Salomón (2 S. 7:12-17, 12:1-22; 1 R. 1:8-45). También después de que el reino se dividiera leemos de Ahías (1 R. 11) y Semaías (1 R. 12). En 1 Reyes 16 leemos del profeta Jehú, y en 1 Reyes 22 de Micaías. Y por supuesto, leemos de Elías y Eliseo desde 1 Reyes 17 hasta 2 Reyes 8.

El período canónico inicia con el profeta Abdías (alrededor del año 845 a.C.) en el reino de Joram de Judá. Estos profetas son escritores y en la actualidad se les divide en “mayores” y “menores”. También se les llama los “últimos profetas”. El ministerio cronológico de estos profetas abarca del siglo 9 (Abdías y Joel) al siglo 5 antes de Cristo (Malaquías). Este ministerio es, por un lado, un testimonio continuo de la situación moral, espiritual y política de Israel y Judá en esos días, y por otro lado, un testimonio profético sobre el futuro del pueblo de Dios, de las naciones gentiles y del reino mesiánico.

Función del profeta

Después de una larga discusión sobre el supuesto significado del término original “profeta”, algunos han concluido que “el simple uso del término determina su significado.” Afortunadamente, sin embargo, el uso en el Antiguo Testamento de ese término aclara su significado preciso. El pasaje clásico de Éxodo 7:1-2, aclara que “nabí” (que se usa 300 veces en el Antiguo Testamento) es “el que habla por Dios”. Este mismo concepto se enseña en Éxodo 4:16. Para los traductores de la Septuaginta “nabí” tenía ese significado, porque lo tradujeron con la palabra griega “profeta”, un sustantivo derivado de la preposición *pro* (en favor de, por) y el verbo *phemi* que significa “hablar”, y de allí el concepto de “hablar por otro”. Otros términos utilizados en el Antiguo Testamento son:

1. **Vidente**: Los otros dos términos que parecen ser sinónimos de nabí o profeta, son *roeh* (usado 11 veces en el Antiguo Testamento) y *hozeh* (usado 21 veces en el Antiguo Testamento), términos ambos que se tradujeron como “vidente”. La raíz de ambos términos es “ver” (1 S. 9:9; Am. 7:12; 2 S. 24:11; y otros).
2. **Varón de Dios**. Este término es común y enfatiza el llamado santo de los profetas. Se usó para Moisés, Samuel, Elías y Eliseo (Dt. 33:2; 1S. 9:6; 2 R. 4:9).
3. **Siervo del Señor**. Este título subraya la relación santa entre Dios y Sus fieles mensajeros (1 R. 14:18; 2 R. 9:7 y 17:13; Jer. 7:25; Ez. 38:17; Zac. 1:6).
4. **Mensajero del Señor**. El término hebreo *malak* se usa tanto para “mensajero” como para “ángel” (Haggai en Hg. 1:13; Juan el Bautista en Mal. 3:1; en general 2 Cr. 36:15-16; Is. 44:26).
5. **Atalaya** (Ez. 3:17).

Hasta hace poco tiempo comparativamente, los críticos propusieron la teoría de que había un antagonismo entre el profeta y los ritos y sacrificios del sacerdote, utilizando pasajes como 1 Samuel 15:22, Isaías 1: 10-15, Oseas 6:6, Miqueas 6:6-8, Amós 5:21-25, y los pasajes clásicos

de Jeremías 6:20 y 7:22-23. Sólo los hombres incrédulos no pueden ver que estos pasajes son sólo una exhortación de Dios contra la observancia formal e insensible de las leyes levíticas sin aplicar en ello el verdadero espíritu de adoración que Dios desea.

Un escrito dice: “Es precisamente porque los israelitas ignoraron el elemento subjetivo y espiritual de la adoración y el ritual levítico que los profetas se vieron obligados a enfatizar el verdadero significado de una adoración aceptable—que era algo interno y espiritual, no algo externo y de mera conformidad con el ritual mosaico.”

En realidad, la ley le abrió paso a la institución profética, y así lo revela Deuteronomio 18. Los profetas le presentaron e interpretaron a la nación la revelación de Moisés. Según la Biblia de Wesley: “Su primera función fue llamar al pueblo a una obediencia radical hacia Dios y a depender de Él”. Calvino escribe: “Debemos seguir la pista desde los profetas hasta la Ley, de la cual derivaron ellos su doctrina, como si fueran corrientes a partir de una fuente ... de manera que sean tenidos justamente como intérpretes ... los profetas inculcan deberes morales, no crean nada nuevo, sino que simplemente explican esas partes de la ley que pueden ser mal entendidas”. Notemos dos cosas: (1) la función de los profetas era primero que nada de orden práctico: habían sido nombrados por Dios para ser predicadores de moral y ética, y maestros de la verdadera religión revelada a Israel, y (2) entretejido con la predicación de ética se hallan muchas predicciones de eventos futuros para la nación de Israel, los gentiles y la era mesiánica venidera.

Cuando Israel y Judá cayeron en la apostasía por permitir la idolatría y hacer alianza con otros pueblos, los sacerdotes, que eran los maestros religiosos de la nación según un orden establecido, en lugar de promover una reforma que enfrentara esa apostasía, se dejaron llevar por la decadencia moral y espiritual del pueblo. Fue a esta situación espiritual degenerada a la que los profetas fueron llamados. Al igual que un atalaya sobre el muro, su función o misión era advertir a la nación y volverla de su pecado e idolatría que eran producto del fracaso del sacerdocio establecido.

Profetas falsos y verdaderos

La Escritura admite que hay profecía genuina y profecía falsa y que en Israel había tanto profetas falsos como profetas verdaderos. Jeremías y Ezequiel denunciaron a los profetas mercenarios de su tiempo y Jesús también advirtió que se levantarían falsos profetas que engañarían a muchos (Mt. 24:11). La prueba bíblica para saber si un profeta es verdadero o no es la siguiente:

1. Habla sólo en nombre de Jehová. Esta prueba fue establecida en Deuteronomio 13:1-5 y 18:20. El profeta que habla en nombre de otro dios que no sea Jehová, es falso, incluso si hace señales milagrosas.
2. Habla sólo por revelación o inspiración. La revelación es que Dios hace saber Su verdad a los hombres, y la inspiración es la influencia divina del Espíritu Santo sobre los escritores de la Biblia, gracias a la cual sus escritos son infalibles verbalmente. Si un profeta afirma

hablar en nombre de Jehová y a la vez practica adivinación, hechicería o cosas por el estilo, debe ser tenido por ser falso (Dt. 18:9-14).

3. Se le puede identificar por el testimonio de su carácter moral. Los falsos profetas se caracterizan por una baja moral: son borrachos (Is. 28:7-8), profanos y malvados (Jer. 23:11), conspiran contra otros para engañar y defraudar (Ez. 22:25), son livianos y fraudulentos (Sof. 3:4), cometen adulterio, dicen mentiras y apoyan a los que hacen lo malo (Jer. 23:14). Son también oportunistas religiosos que profetizan únicamente lo que los degenerados desean escuchar (Is. 30:10-11, Miq. 2:11), y proclaman un mensaje optimista de paz y prosperidad (Ez. 13:1-16, Jer. 14:13 y 23:17).
4. Tiene conciencia de su llamado divino. El profeta de Dios no busca el oficio por su propia iniciativa, sino que se limita a hablar lo que siente de parte de Dios. Por tanto, su mensaje lleva el sello divino de autoridad y convicción.
5. Con frecuencia su llamado es validado por señales y milagros. Esta prueba es otra forma por la que se puede saber si el profeta es verdadero. Como ejemplos están Moisés en Egipto, así como otros profetas y los apóstoles. Pero esta prueba no es todo, porque hay muchas evidencias y advertencias de que las señales y los milagros pueden ser imitados.
6. Su mensaje armoniza con la revelación que ya ha sido dada. Según Deuteronomio 13:1-3, la palabra de los profetas no puede estar en desacuerdo con ni contradecir a la revelación de la verdad previamente dada. Al contrario, debe confirmarla y usarla como base. Esto se ilustra en 1 Reyes 13.
7. El verdadero profeta recibe confirmación histórica. El cumplimiento real de la profecía es prueba de su verdad (Dt. 18:21-22). El ejemplo histórico se halla en 1 Reyes 22, cuando Micaías es confrontado por los falsos profetas de Acab.
8. La calidad moral del mensaje permite diferenciar si es falso o verdadero. Refiere a la calidad moral y esencia espiritual del mensaje del profeta. Los falsos profetas dicen muchas veces lo que la gente desea escuchar. Los profetas de Dios profetizan que el pecado traerá juicio y la justicia bendición. Profetizan que al Dios Santo no le interesa quedar bien con las personas pues “sus ojos son demasiado puros para soportar el mal.”
9. El discernimiento del oyente indica si lo que oye es falso o verdadero. Esta prueba fue enunciada por Moisés en Deuteronomio 18:15-19 y por Jesús en Juan 7:17.

Antes de que iniciemos el estudio de los profetas, que arrancará con Jonás, comentaremos sobre el lenguaje de la profecía, sobre la profecía mesiánica y sobre por qué cesó la profecía del Antiguo Testamento.

Los profetas de Israel afirmaban haber recibido revelación divina y predicaban bajo la convicción psicológica de que el Señor les había dicho Su palabra y les había ordenado decirla a Israel (Am. 3:7-8, 15-16). La naturaleza única de la profecía del Antiguo Testamento proviene de lo que puede llamarse una conciencia profética—la convicción total de los profetas de que tenían un llamado divino y una orden de predicar las palabras de Dios. Esta convicción se expresa frecuentemente en el Antiguo Testamento con la frase: “Así dice el Señor”.

El problema del éxtasis

Según los primeros padres de la Iglesia, la inspiración divina fue recibida por los profetas estando éstos en un estado mental que se describe con el término griego *ekstasis*, o éxtasis, es decir, en un estado de arrebatamiento donde la autoconciencia racional está suspendida. Se describe como un estado en el que la mente del profeta está libre de las limitaciones de lo natural o físico y se eleva a la esfera de la exaltación mental e inspiración poética.

Los críticos han usado el término “éxtasis” para describir el comportamiento anormal de los profetas paganos que practicaban la adivinación, la hechicería y la magia, y que en sus trances autoinducidos emitían frases irracionales, deliraban, brincaban por todas partes y hasta se mutilaban a sí mismos, tal como hicieron los profetas de Baal en el tiempo de Elías. Los religiosos modernistas han argumentado que ese comportamiento anormal era característico de todos los profetas de Israel lo cual, nuevamente, es una interpretación adrede de clara incredulidad.

Debemos notar, sin embargo, que en aquellas ocasiones en que el llamado profético, así como los mensajes y las revelaciones se manifestaron mediante una visión sobrenatural, una teofanía en un sueño o una voz audible, fueron ocasiones anormales, y ciertamente no la experiencia normal del israelita común (Ex. 3, Nah 1:1, Ez 1-3, Jer. 1, Is. 6).

Cuando al ser humano se le revelan la presencia divina y la palabra santa, ciertamente no podemos esperar que su respuesta a la dimensión espiritual esté en el mismo plano al del ámbito natural. Por tanto, las Escrituras no niegan que haya habido alguna forma de experiencia extática entre los profetas hebreos, pero la describen como una condición reveladora propiciada por Dios de una naturaleza más o menos limitada que no forma parte de la profecía pagana. Los profetas falsos y paganos, por otra parte, provocan en forma artificial trances o estados extáticos aberrantes, utilizando drogas, efectos de masa, flagelación, danzas frenéticas o rituales mágicos.

Revelación e inspiración

Se ha dicho que el hombre es sin duda un ser espiritual e incurablemente religioso. La Biblia declara que el ser humano fue creado según la imagen moral de Dios, y aunque la caída manchó esa imagen, ésta no se perdió del todo. El hombre defiende en muchas formas algún concepto de realidad espiritual e intenta postular principios fundamentales que trasciendan y expliquen el orden creado. La incesante búsqueda del hombre por el significado de la vida, su búsqueda incansable de la verdad, de la realidad, del conocimiento y de un bien superior bien se pueden catalogar como una búsqueda de Dios. El hombre pecador ha seguido, básicamente, tres caminos en esa búsqueda: (1) la filosofía, (2) la ciencia y (3) la religión.

(1) La filosofía. Todos los sistemas filosóficos son intentos de hallar la verdad absoluta, es decir, la respuesta a las preguntas sobre la realidad final. Las preguntas nunca cambian, sólo cambian las respuestas filosóficas. El filósofo puede formular preguntas, pero sólo la fe cristiana puede aportar las respuestas, porque ésta las suple Dios y no la razón humana. La filosofía bien puede lanzar las siguientes preguntas: ¿Qué es el hombre?, ¿cuál es su

origen?, ¿por qué está aquí?, ¿cuál es su destino? También puede preguntarse qué es la justicia, la belleza, el bien y el mal; qué es el amor, la bondad, el odio y el pecado; qué es Dios; es el hombre inmortal. Pero no existen verdaderas respuestas a estas preguntas fuera de la Revelación Divina. La falacia más grande de la filosofía es suponer que el hombre, por su propia razón, es capaz de hallar las respuestas que su espíritu inmortal requiere. Se niega a reconocer que la razón del hombre fue afectada por la caída. En su mayoría, la filosofía tiende a humanizar a Dios y a deificar al ser humano.

- (2) La ciencia. La búsqueda del hombre de la realidad y la verdad final por medio de un laboratorio científico ha sido aptamente definido como “cientisimo”. Es una la creencia contemporánea de muchas personas, incluyendo cristianos profesantes, que el único medio válido para llegar a conocer la realidad y la verdad final es el descubrimiento científico, no la revelación. En un sentido real, la ciencia se ha convertido en el dios de esta época, y es adorado como el salvador y gran benefactor de la humanidad. El materialismo científico es una de las amenazas más grandes que confronta la iglesia cristiana del siglo XXI porque muchas personas no están conscientes de los estrechos límites de su conocimiento “absoluto” en el área de la realidad, ni tampoco de la artificialidad de muchos de sus supuestos. La falta de conocimiento del lenguaje técnico, así como del trasfondo de los estudios científicos, ha hecho que el cristiano promedio y otras personas acepten, sin cuestionar, las aseveraciones dogmáticas los expertos y científicos en sus respectivos campos. Esto es cierto especialmente en las áreas de la medicina, la ciencia y la filosofía. Sigue siendo verdad que mucho de lo que llamamos ciencia y hechos dogmáticos se ubican dentro del campo de la teoría, la hipótesis y la suposición, y que por lo mismo, no pueden ser demostrados.
- (3) La religión. Fuera de la revelación divina en la Biblia, todo intento del hombre por conocer la realidad de Dios es en vano. Ya se trate de toscos ritos paganos, de una autojustificación que utiliza ritos y sacramentos, o del esfuerzo religioso social del liberalismo—todo es en vano. Todas las religiones de la humanidad se basan en el descubrimiento; pero sólo la religión de las Escrituras es revelación. Es porque el ser humano rechaza la Revelación Divina que es susceptible a la invasión de demonios engañadores que al final le abren la puerta al reino del anticristo.

La autorevelación de Dios

Es la revelación, y no la especulación o el descubrimiento, lo que es fuente y contenido de la verdad metafísica. La religión de las Escrituras no es una búsqueda de la verdad, sino una respuesta a la verdad; no es un medio para descubrir a Dios sino el medio para ser descubiertos por Él. Después de la caída del hombre, fue Dios quien tomó la iniciativa de buscar al hombre. Desde ese momento, pasando por el llamado de Abraham, la comisión de Moisés, la liberación de Israel de Egipto, hasta el tiempo de Cristo, el relato divino muestra cómo Dios ha buscado al hombre caído y cómo ha ido revelando progresivamente quién es Él y cuál es Su propósito divino. La autorevelación de Dios se personificó en Jesucristo, quien dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre y nadie conoce al Padre, salvo el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera darlo a

conocer” (Mt. 11:27, cf. Lc. 19:10). El tema de la revelación se suele dividir en dos áreas:

- (1) La revelación especial. Hay tres elementos distintivos en la revelación especial. (a) Es redentora. El desarrollo de la revelación especial o redentora de Dios inicia con la caída del hombre en el Edén y se expone claramente en Génesis 3:15. En ese tiempo, según el propósito eterno de Dios, iniciaron varias intervenciones divinas en la historia humana por medio de las cuales Dios se reveló en forma redentora. (b) El segundo elemento distintivo de la revelación especial es que es sobrenatural. Esto significa que la revelación del conocimiento viene en forma sobrenatural, pues el ser humano no lo puede conocer o discernir por sus propios poderes racionales. (c) El tercer elemento distintivo es que la revelación bíblica es primordialmente una revelación de hechos a través de la historia en forma de palabra hablada o revelada. Esta verdad se opone a la teoría neo-ortodoxa de que la Biblia no es un conjunto de revelaciones sin errores, compuesto de hechos históricos y proposiciones teológicas o verdades, sino que simplemente contiene las inferencias e interpretaciones de Israel y luego de la Iglesia, de lo que ellos creían que Dios había hecho en la historia. Contrario a esta visión neo-ortodoxa está el siguiente resumen de la revelación bíblica. El concepto bíblico de revelación es que la verdad factual se ha revelado por medio de eventos históricos usando tanto la palabra hablada como la palabra revelada de Dios. El relato de la creación, así como el relato del pecado original, el diluvio, el llamado de Abraham, la elección de Israel, las milagrosas plagas sobre Egipto y la consecuente liberación de Israel en el éxodo, son también relatos históricos factuales y confiables por la precisa razón de que Dios se los reveló a Moisés, el profeta, a quien también le comunicó Su palabra (cf. Ex. 3:1 y ss.).

- (2) La revelación general. Esta revelación, también llamada natural, significa que Dios le ha revelado algo de Sí mismo al hombre usando la creación, la providencia, la naturaleza física y la conciencia. La revelación general refiere al conocimiento de Dios que el hombre obtiene fuera de las Escrituras o fuera de otros medios que mencionan las Escrituras. En muchas partes de las Escrituras es posible hallar referencias a revelaciones generales, y en Romanos 1, Pablo declara que por esa revelación, los seres humanos ya no tienen excusas para alejarse de Dios. Sin embargo, la Escritura aclara bien que, por la revelación especial escrita de Dios y por la declaración del Evangelio de Cristo, la obra redentora de Dios es alcanzar al ser humano perdido.

Inspiración

La revelación es que Dios revela la verdad a los seres humanos, tal como ya hemos dicho, mientras que la inspiración es la influencia divina del Espíritu Santo que desciende sobre los autores de las Escrituras, razón por la cual sus escritos son verbalmente infalibles. El registro de la revelación de Dios en Su Palabra, registro que ocurre bajo la guía del Espíritu Santo, es resultado de la inspiración. La iluminación es el ministerio divino del Espíritu Santo en la mente y corazón del creyente, por medio de la cual el creyente comprende el registro inspirado de la revelación. En 2 Timoteo 3:16, la frase “inspirada por Dios” viene del término *theopneustos*, que es una palabra griega compuesta que significa, literalmente, “insuflada por

Dios”. Por eso, el versículo se puede leer de esta forma: “Toda la Escritura fue insuflada por Dios”, para indicar que Dios es la fuente y el origen de la Escritura. La única forma aceptable de analizar las diferentes teorías de la inspiración es conociendo la relación entre Dios y el hombre. El teólogo A.H. Strong llama a esto la Teoría Dinámica, y Lois Berkhof lo denomina la Teoría Orgánica. Estas teorías analizan en forma adecuada la relación entre Dios y el hombre en la inspiración, y por tanto, dan cuenta satisfactoriamente de la diferencia entre el estilo y el contenido de los distintos autores de las Escrituras. Sostienen que la inspiración es la influencia divina del Espíritu Santo sobre los autores de las Escrituras, que permite que sus escritos sean infalibles.

La visión verbal plenaria de la inspiración de las Escrituras es la única forma correcta de visualizar lo que la misma Biblia enseña. Aunque en las Escrituras no se pueden hallar enseñanzas que confirmen que los escritores estuvieron inspirados, en todas las Escrituras se declara que las palabras que contienen son palabras de Dios (Mc. 7:13; Ro. 10:17; Heb. 4:12; 1 Ts. 2:13). La inspiración verbal plenaria significa que las Escrituras, en su totalidad, contienen las palabras de Dios y, por tanto, son infalibles y sin error en los escritos originales.

El lenguaje de la profecía

Los métodos que usan los profetas para dar sus mensajes son tres: (1) por la vía oral, es decir, usando la predicación o proclamación de la Palabra de Dios tal como la han visto, como por ejemplo, cuando Miqueas le habla a Acab (1 R. 1:22) o cuando Natán se dirige a David (2 S. 11); (2) por la palabra escrita (las Escrituras), como es el caso de los libros de Isaías y Jeremías; y (3) por un acto simbólico, como cuando Isaías caminó descalzo y desnudo (despojado de sus vestidos exteriores) en señal de que vendría juicio sobre Egipto y Etiopía, o cuando Oseas recibió el mandato de casarse con una prostituta con cuyo matrimonio Dios deseaba mostrar Su relación con la nación adúltera de Israel.

En el lenguaje de la profecía, la forma no se limita a un solo tipo, sino que la Palabra de Dios se expresa en numerosas maneras. (1) Algunas profecías fueron anunciadas claramente, como por ejemplo, cuando el profeta anunció el nombramiento del futuro rey Josías (1 R. 13:1-3) y el exilio de Israel que duró setenta años (Jer. 25:11-14). (2) Otras profecías usaron parábolas, como por ejemplo la de la corderita del hombre pobre (2 S. 12:1-14), o la parábola de Isaías 5:1-7. (3) Otra forma de profecía fueron las alegorías, que son formas de expresión muy comunes en el libro de Ezequiel (la vid que no tiene valor en el 15:1-8; la desnudez en el 16:1-43). (4) También están las metáforas, que fueron usadas con frecuencia, como por ejemplo en la profecía de Isaías sobre Asiria: “¡Ay de Asiria! Vara y bastón de mi furor, en su mano he puesto mi ira” (10:5).

Típicamente, este tipo de lenguaje fue característico de la profecía del Antiguo Testamento y las personas, cosas y eventos indicaban algún cumplimiento en el futuro. Este marcado elemento profético del Antiguo Testamento establece el principio de que el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo y éste está presente en el Nuevo. La profecía hace predicciones tanto verbalmente como usando tipologías. Por tanto, una “tipología” es en realidad una especie de

profecía y en el Antiguo Testamento están los ejemplos de la Pascua, los sacrificios levíticos, el templo y el sacerdocio.

Según Bernard Ramm, la justificación para interpretar la tipología de muchos pasajes del Antiguo Testamento se basa en tres puntos: (1) la relación general del Antiguo Testamento se mantiene en el Nuevo, (2) el uso que Cristo mismo le da al Antiguo Testamento y la invitación que nos hace para que lo hallemos allí profetizado y tipificado; y (3) el vocabulario del Nuevo Testamento en referencia al Antiguo, que se nota en frases como “Cristo, nuestra Pascua”, “Cordero de Dios”, “Hijo del Hombre”, y en términos como “sacrificio”, “Redentor”, “sangre” y “Mesías”.

Hay seis tipologías en el Antiguo Testamento que fueron temas de la profecía: (1) las personas: David tipifica a Cristo; (2) las instituciones: el Sábado apunta al descanso de la salvación, la Pascua tipifica la redención; (3) los oficios: el profeta, el sacerdote y el rey tipifican a Cristo; (4) los eventos: el Éxodo apunta a la futura liberación espiritual; (5) las acciones: levantar la serpiente de bronce tipifica la crucifixión; y (6) las cosas: el velo del tabernáculo implica el acceso a Dios.

La profecía mesiánica

La profecía mesiánica es la que predice el cumplimiento de la redención y el establecimiento del reino de Dios por medio del Mesías. Esa profecía en su totalidad se halla tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. La profecía mesiánica del Antiguo Testamento se desarrolla en dos líneas que están ambas ancladas en la doble promesa de Dios hecha a Abraham. Un aspecto tiene que ver con el reino futuro, y el otro con la salvación y la bendición. Ambos aspectos están claramente indicados en Génesis 12:1-3: “Jehová había dicho a Abram: «Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan, maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra»”.

De esta doble promesa salen dos corrientes de la profecía mesiánica. Una enfatiza el futuro glorioso del reino de Israel, gobernado por un monarca davídico, el Rey Mesías. Este concepto fue el que hizo que los judíos no pudieran reconocer y aceptar a Jesús como el Mesías. La otra corriente habla de la obra del Mesías y lo retrata no como un rey reinante, sino como un siervo sufriente que moriría por causa de Su pueblo. La profecía de este siervo sufriente se nota muy claramente en Isaías 5:3.

El significado más literal de “Mesías” es “ungido”. Debemos señalar que en el Antiguo Testamento, el término “ungido” o “ungido del Señor” no siempre refiere al Mesías (es decir, a Cristo), sino que también refiere a la nación de Israel, a un rey, al patriarca judío o incluso al gobernante persa Ciro. El término significa simplemente “ungido”, por lo que el contexto debe determinar si se está usando o no para designar al Mesías. Sin embargo, este término siempre se usa en conexión con el propósito redentor de Dios.

Cese de la profecía en el Antiguo Testamento

Para los hebreos, el último profeta verdadero en Israel fue Malaquías. Según 1 Macabeos 4:46, 9:27 y 14:41, no hubo profetas canónicos en Israel durante el período intertestamentario, período durante el cual floreció la literatura apocalíptica y religiosa, aunque ningún libro pasó a ser canon en el judaísmo. Se cree que Esdras compiló el canon del Antiguo Testamento y que después de él, cesó la profecía y no se escribió ninguna escritura. Por tanto, ningún libro escrito después de Esdras puede incluirse en el canon de las Escrituras. Otro criterio, usado por los teólogos judíos de Jamma cerca del año 90 después de Cristo para confirmarles a los ghaneses el libro, fue si éste existía o no en el hebreo original. Los libros apócrifos se escribieron o sobrevivieron sólo en griego y por tanto, fueron tenidos como no canónicos. Hay también muchas inexactitudes históricas y doctrinales en los libros apócrifos.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 1

1. ¿Qué se quiere decir y qué no se quiere decir con los términos “profetas mayores” y “profetas menores”?
2. ¿Cuáles tres períodos históricos se estudian y cuáles profetas se incluyen en cada uno?
3. ¿Cómo se caracterizan las relaciones entre el Señor, los profetas y los oyentes?
4. ¿En qué consiste simplemente la Palabra de Dios?
5. ¿Cuáles son los dos períodos generales del desarrollo histórico de la profecía en el Antiguo Testamento?
6. ¿Cuál es la diferencia entre los profetas literarios y los profetas no literarios?
7. ¿Cuáles son los cinco términos que se aplican a los profetas, sean hombres o mujeres?
8. ¿Cuáles son las características de un verdadero profeta?
9. ¿Qué significa inspiración verbal plenaria?
10. ¿Cuáles tres métodos usaron los profetas para dar sus mensajes?

NOTAS DE LA LECCIÓN 2

Jonás: El prefacio de los profetas

REFERENCIA: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

Quizás parezca inapropiado usar el libro de Jonás como prefacio para el estudio de los profetas, pero hay tres razones para iniciar allí en lugar de seguir el camino estándar de utilizar el libro de Amós: (1) La fecha temprana que el escritor de Reyes le dio al libro de Jonás (2 R. 14:25); (2) Jonás enfoca la carrera del profeta; y (3) la naturaleza de transición que tiene la profecía en Jonás, que va del modelo preclásico al clásico.

Como ya hemos mencionado, los dieciséis profetas del Antiguo Testamento se dividen en cuatro profetas mayores y doce menores. Los cuatro profetas mayores son Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Los doce profetas menores fueron denominados “menores” primeramente por la Iglesia Latina en el tiempo de Agustín y Jerónimo, debido a su brevedad en comparación con los así llamados “profetas mayores”. Para los hebreos, estos doce profetas conformaban un solo libro llamado “Los Doce” y fueron agrupados así porque eran rollos pequeños que, de haberse separado, quizás se hubieran perdido.

El ministerio de los profetas, cronológicamente, va desde el siglo nueve antes de Cristo (Abdías y Joel) hasta el siglo cinco antes de Cristo (Malaquías). Por esta razón, por un lado es un testimonio continuo y contemporáneo de la situación moral, espiritual y política de Israel y Judá, y por otro lado, un testimonio profético sobre el futuro del pueblo de Dios, de las naciones gentiles y del reino mesiánico.

En cuanto al trasfondo del libro de Jonás, sabemos que entre los años 900 y 625 antes de Cristo el imperio de Asiria fue la fuerza dominante en el Medio Oriente. Gracias a su excelente organización militar, así como a su equipo y tácticas militares, sumados a una brutalidad finamente calculada, los asirios impusieron progresivamente su voluntad en toda la región. Para el año 690 el imperio se extendía desde el Golfo Pérsico hasta el sur de Egipto, aunque por sus conquistas se ganaron el odio de toda la región.

Para el momento del nacimiento de Jonás, que probablemente fue alrededor del año 800 antes de Cristo, Asiria había llegado hasta la frontera norte de Israel en su camino hacia afán Egipto. El futuro de Israel pendía de un hilo y a menos que Asiria fuera vencida de alguna forma, el destino de cientos de otros pequeños reinos señalaba que el futuro de Israel en verdad era oscuro.

Jonás, junto con Amós y Oseas, está entre los profetas menores que le hablaron al Reino del Norte. La historia de Jonás es una de las demostraciones más claras del amor y la misericordia

de Dios hacia toda la humanidad. Este amor universal es una verdad fundamental de la Biblia, que se enseña en su versículo más citado, Juan 3:16. Por medio de Jonás, antes de estudiar los otros profetas menores, veremos la visión general de primero, es decir, el amor que Dios les tiene tanto al gentil como al judío.

Jonás: hombre y profeta

De Jonás se tiene poca información personal. Tanto en Jonás 1:1 como en 2 Reyes 14:25 se le identifica como el hijo de Amitai, y en Reyes se da información adicional de que provenía de Gat-hefer, un pueblo en la baja Galilea a unos 4.8 kilómetros al noreste de Nazaret en el antiguo territorio tribal de Zabulón. El nombre de Jonás significa “paloma”. Hay una tradición judía, según Irving L. Jenson, según la cual la madre de Jonás era la viuda del pueblo de Zarepat y que Elías levantó a Jonás de entre los muertos.

El breve relato en 2 Reyes 14:25 parece señalar que Jonás había sido usado previamente por Dios y era un hombre de influencia. Pero la mayor parte de sus características, tal como se ven en este libro, no son loables (fue desobediente y malcriado, por ejemplo). La historia del servicio de Jonás hacia Dios subraya la paciencia de Dios y Su deseo de trabajar por medio de los hombres a pesar de sus faltas. Yates dice: “Por ser un patriota celoso que amaba a su pueblo y su tierra, le fue difícil tuvo comprender y obedecer el llamado de Dios de ir a Nínive a anunciar la destrucción de esa ciudad para que su gente pudiera arrepentirse y vivir... No era cobarde, sino un profeta voluntarioso, fuerte e impulsivo que no quería que Dios cometiera un grave error.”

El pasaje de 2 Reyes 14 nos dice que Jonás vivió en los días de Jeroboam II, cuyo gobierno sobre Israel fue largo y próspero aunque lleno de maldad. El tiempo en que Jonás le predicó a Israel fue uno lleno de éxito sin paralelos y grandes lujos. El pueblo de Israel no estaba dispuesto a pensar amistosamente de ninguna de las naciones vecinas, pues creía que era el pueblo escogido de Dios y que sólo debía esperar el “día” en que Él borraría a todos sus enemigos del mapa y lo colocaría sobre el pedestal del mundo. Aunque Jonás sabía que Israel era el pueblo escogido de Dios, también sabía que no debían tratar injustamente a las naciones impías de la tierra. Más bien, por ser el pueblo escogido de Dios, Israel estaba llamado a invitar a las naciones al arrepentimiento y a señalarles las bendiciones que vendrían de parte del único Dios verdadero. Jonás conocía la compasión universal de Dios y tenía un conocimiento especial de los planes de destrucción que Dios tenía para Asiria. Sin embargo, quiso quitarle a Nínive la oportunidad de arrepentirse. Mas Dios no le permitió ni a él ni a Israel.

El libro

El libro no especifica quién es el autor, pero la tradición se lo acredita a Jonás, el profeta del Reino del Norte durante el siglo ocho antes de Cristo 8 (entre el 782 y el 770). La fecha que se le da a este libro depende grandemente de la opinión del teólogo. Hay tres grandes escuelas de pensamiento en cuanto al tipo literario de este libro, y hay variaciones entre las tres. Los tipos

son la alegoría, la parábola y la historia.

1. La alegoría. Si el libro de Jonás es una interpretación alegórica, es entonces una parábola que tiene fines didácticos. Jonás representaría a Israel y el pez al poder mundano (Babilonia) que se tragó a Israel. Sin embargo, no hay una alegoría en el Antiguo Testamento que haya sido escrita tan directamente como narración histórica como el libro de Jonás.
2. La parábola. En los tiempos modernos, la opinión que prevalece es que el libro de Jonás es una parábola. Las características de las parábolas del Antiguo Testamento son la simplicidad y una interpretación que las acompañan. Jonás es una historia compuesta y no tiene interpretación, razón por la cual los lectores no deben considerar que este libro sea una parábola.
3. La historia. Ésta es la posición de los creyentes conservadores y tanto judíos como cristianos consideran que el libro es de carácter histórico. Fue escrito como un tratado teológico refinado sobre la vida y actividad de un profeta de la antigüedad. Escondido dentro del relato histórico está el propósito de la predicción. La tipología principal tiene que ver con Jonás y la ballena, que prefiguran el entierro y resurrección de Cristo (Mt. 12:39-41; Lc. 11:29-30).

Se han mencionado dos problemas de historicidad como obstrucciones. Uno se relaciona con Nínive y el otro con los milagros de la historia.

- (1) Nínive era llamada “la gran ciudad” y según la Escritura era tan grande que para cruzarla se requerían tres días. Sin embargo, de acuerdo con las excavaciones del lugar donde se supone estuvo Nínive, la ciudad era muy pequeña, de sólo unos doce kilómetros. Ciertamente nada parecido a un recorrido de tres días. Hay varias explicaciones para esto. Una es que estos tres días refieren al tamaño del distrito administrativo que abarcaba tres áreas. Otra es que la frase refiere al tamaño del proyecto. La tarea de Jonás, que incluía la predicación a los ciudadanos y quizás también una visita oficial al rey requería al menos tres días para realizarse. Es probable que usó tres días para anunciarles las malas nuevas a todos los ciudadanos de Nínive, deteniéndose en las puertas principales (Nínive tenía más de doce), los atrios de los templos y quizás el palacio del rey. Hay otros argumentos pero no tienen suficiente respaldo como para descalificar la validez histórica.
- (2) El punto de los milagros se reduce a una simple pregunta: ¿son posibles o no los milagros? Si deseamos analizar más este asunto, la literatura secundaria sobre Jonás aporta evidencia de que son pocas las personas que en tiempos modernos hayan sido tragados por una ballena cachalote y hayan sobrevivido. Toda buena intención de explicar esto no logrará convencer al escéptico de que Dios puede y quiere realizar milagros.

La historia de Jonás suele llamar la atención por su bien relatada historia y su significado, y no por su fecha histórica y cultural, aún cuando esos datos están claramente incluidos. El libro es

un relato refinado de la carrera de un profeta que tiene gran valor teológico. Con todo, el autor no abusa de la historia para comunicar esa teología. Las opiniones contrarias que existen contra la historicidad del libro, aunque tienen peso en su naturaleza, no bastan para descalificarlo como histórico.

El propósito del libro es el problema más crucial y confuso. Las opiniones al respecto son muchas y variadas y se pueden resumir en las siguientes: (1) Dios cuida a todos y a todos les provee Su Palabra, sean judíos o gentiles; (2) el hombre tiene capacidad de arrepentirse; y (3) puesto que la muerte y resurrección de Cristo son prefiguradas en la experiencia de Jonás, es claro que eran parte del plan de Dios desde el comienzo.

El héroe real de la historia de Jonás es el Señor, quien domina la acción en la narración: (1) el Señor levanta un gran viento en el mar (1:4); (2) hace que un gran pez se trague a Jonás (1:17); (3) le ordena al pez (2:10); (4) aplaca su enojo ante la calamidad (3:10); (5) hace que brote una planta (4:6); (6) hace que aparezca un gusano (4:7); y (7) trae un viento abrasador desde el oriente (4:8). El control que Dios tiene del mundo abarca la naturaleza, los profetas y los paganos. Él es soberano en el juicio y también en la misericordia.

El libro se divide en cinco partes. Para determinar cada sección, se usan los siguientes criterios: la palabra del Señor a Jonás (1:1, 3:1) y las oraciones de Jonás (2:1, 4:2). Los hilos del mensaje se unen en el diálogo final entre Dios y Jonás. El bosquejo básico puede ser éste: (1) La palabra de Dios a Jonás (1:1); (2) la acción de gracias de Jonás (2:1); (3) una segunda palabra de Dios a Jonás (3:1); (4) el lamento de Jonás (4:2); y (5) la resolución, un diálogo final entre Dios y Jonás (4:6-11).

Llama la atención que el escritor de Reyes, además de llamarlo “profeta”, dice que Jonás es “siervo” de Dios. Sin embargo, Jonás como profeta parece ser algo egoísta, pues desobedece a Dios y huye de Nínive porque no quiere dar el mensaje y darle a la ciudad la oportunidad de arrepentirse a fin de evitar la calamidad.

Pero hay que recordar que un siervo puede tener su propia opinión y que incluso puede enfocarse en lo que desearía que Dios hubiera dicho en lugar de aquello que en realidad ha dicho. Es el llamado que Dios hace a la profecía lo que atrapa al siervo dondequiera que esté y lo obliga a ser obediente. El siervo, aunque sea egoísta, es siervo de Dios pues no le puede decir no a Dios. Puede huir a Tarsis, pero Dios tomará las letras de su no desafiante y les dará vuelta para que se conviertan en un sí obediente.

Por consiguiente, el mensaje de Dios a Nínive fue: “Comenzó Jonás a adentrarse en la ciudad, y caminó todo un día predicando y diciendo: «Dentro de cuarenta días Nínive será destruida»” (3:4); “los hombres de Nínive creyeron a Dios, proclamaron ayuno y, desde el mayor hasta el más pequeño, se vistieron con ropas ásperas” (3:5); “vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo” (3:10).

Al derramar Su gracia sobre la malvada Nínive (¡y sobre el rebelde Jonás!), Dios reveló que le interesan los seres humanos pecadores. Como Creador soberano de todas las personas, Dios tiene derecho de mostrar misericordia sobre quien Él desee, sin importar cuán merecedor parezca ser esa persona. Los siervos de Dios no deben resistirse ni cuestionar Sus decisiones en estos asuntos, sino que deben someterse obedientemente a Sus deseos.

El libro de Jonás enseña mucho sobre el carácter de Dios. A lo largo del libro Dios se presenta como el gobernante omnipotente del mundo (cf. 1:9). Agita y calma el mar, controla las suertes que echan los marineros, manda al gran pez a hacer Su voluntad, hace que una planta crezca y luego muera, utiliza a un gusano y a un viento abrasador para lograr Sus fines, y controla el destino de incluso las ciudades más poderosas.

Dios ejerce todo este poder con una meta particular en mente: alcanzar a los seres humanos pecadores y rebeldes. Al hacerlo, demuestra que sólo Él es la fuente de la liberación de la muerte (2:9). También se revela como un Dios de gracia, compasión y paciencia, cuya devoción a hombres y mujeres lo impele a arrepentirse del juicio (4:2). La gracia de Dios no se limita a los israelitas (representados por Jonás), sino que abarca el mundo pagano e incluso los animales (4:11).

Por medio del ejemplo negativo de su personaje principal, el libro también les enseña a los siervos de Dios cómo deben responder a Sus decisiones soberanas. En nombre de la justicia, Jonás intentó limitar la soberanía de Dios negándoles Su gracia a los paganos impíos. Desde una perspectiva meramente humana se podría argumentar que estaba en lo justo. Pero desde la perspectiva divina, Jonás fue culpable de aplicar un doble estándar, pues aunque conocía bien la misericordia que Dios había tenido en el pasado con Israel (cf. 4:2) y él mismo había sido objeto de esa misma misericordia (cf. cap. 2), no estaba dispuesto a que los paganos la recibieran. Al tratar de confinar a Dios a una caja, Jonás se convirtió en una contradicción confundida y deprimida, cuyas actitudes y acciones fueron una negación real de sus previas confesiones teológicas. El ejemplo negativo de Jonás les recuerda a los siervos de Dios que deben aceptar Sus decisiones soberanas, aún si éstas parecen no corresponder con sus ideas personales de lo que es justo y correcto.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 2

1. ¿Cuáles son las tres razones para escoger a Jonás, y no a Amós, como el prefacio del estudio de los profetas?
2. ¿Cuáles son las tres grandes escuelas de pensamiento sobre el tipo literario del libro de Jonás y cuál es la base de cada una?
3. ¿Cuáles son los dos problemas en cuanto a la historicidad y por qué?
4. ¿Cuál es el fin del libro de Jonás?
5. ¿Cuáles son las siete cosas que muestran que el verdadero héroe de la historia de Jonás es el Señor?
6. ¿Cuáles son las cinco partes en las que se divide el libro de Jonás?
7. ¿Cuál otro nombre recibe Jonás, además de “profeta”?
8. ¿Por qué desobedeció Jonás y huyó a Tarsis?
9. En lugar de la autocompasión, ¿cuál debió haber sido la actitud de Jonás?
10. ¿Cuál fue el mensaje que Dios le dio a Nínive por medio de Jonás y qué ocurrió?

NOTAS DE LA LECCCIÓN 3

Amós: Un llamado a la obediencia moral

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

Cuando las diez tribus del norte se independizaron de la dinastía de David tras la muerte de Salomón (alrededor del año 930 a.C.), Jeroboam I, hijo de Nebat, fue coronado rey. Para desviar la lealtad hacia Jerusalén, que era la capital religiosa tradicional, hizo levantar altares en Betel y Dan y erigió toros de oro, lo cual iba contra el primer mandamiento (véase 1 R. 12:28). Estas prácticas paganas ejercieron una influencia perniciosa continua en la vida espiritual del Reino del Norte.

Tras un período de decadencia política y militar, Israel vivió un renacimiento durante el reinado de Jeroboam II, y disfrutó de gran prosperidad y prestigio internacional. Este éxito a nivel nacional, sin embargo, vino acompañado de autoindulgencia, búsqueda excesiva de lujo y opresión de los pobres por parte de los ricos. El mensaje enjuiciador de Amós parece incongruente en medio de todos los adornos de esa era. Pero por percepción divina, Amós vio la corrupción que había debajo del brillante colorido exterior y anunció que la nación estaba corrompida hasta los tuétanos. El libro es un testimonio elocuente contra los que subordinan la necesidad y dignidad humanas a la consecución del placer y la riqueza. Amós advierte contra la religión civil que iguala el favor de Dios con el éxito de la nación.

La predicación de Amós enfatiza la justicia de Dios. La forma en que él comprende la justicia es igual a lo que el Antiguo Testamento define como integridad en las relaciones humanas, especialmente hacia los menos afortunados. Por tanto, el profeta condena a los ricos y poderosos de Israel por despojar al pobre y utilizar el poder de su riqueza y posición para obtener ventajas que dejan sin nada a los demás. Puesto que su llamado es a corregir el desbalance de la riqueza y el poder, su mensaje tiene pinceladas de reforma social. Sin embargo, la verdad no viene a causa de las preocupaciones humanas. La verdad se basa totalmente en el pacto bíblico de la hermandad, lo cual expresa el interés que tiene Dios en la justicia social.

Desde el primer versículo de esta profecía y en el 7:14, vemos los siguientes hechos: (1) Cuando fue llamado por Dios a ser profeta, Amós era pastor y recolector del fruto del sicomoro; (2) no descendía de la línea de los profetas; (3) era oriundo del pequeño pueblo de Tecoá, que estaba a unos ocho kilómetros al sureste de Belén. Otros datos de Amós son: (1) Su nombre significa “carga”; (2) fue llamado “el profeta de la justicia” debido a su valiente predicación contra el deterioro moral de Israel y Judá; (3) profetizó contra las naciones vecinas de Damasco (Siria), Gaza (Filistea), Tiro (Fenicia), Edom, Amón y Moab; (4) casi todo su ministerio lo ejerció en Betel, principal santuario religioso de Israel (7:10).

En Amós 1:1 vemos que profetizó en los días de Uzías, rey de Judá, y en los días de Jeroboam II, hijo de Joás, rey de Israel. Tomando la fecha de esos reyes, se ha colocado la profecía de Amós entre los años 760 y 753 antes de Cristo.

En el tiempo en que Amós profetizó, Israel estaba protegido de enemigos externos e internos y era próspero. No tenía temor alguno de ser juzgado ni de enfrentar problemas en los siguientes cuarenta años. Política y militarmente, Jeroboam II fue el rey más exitoso de los reyes del norte de Israel.

El libro de Amós muestra a una nación que goza de prosperidad y descansa en una tranquilidad carnal y una seguridad egoísta, ambas cosas productos de la paz y la libertad de peligros externos (6:13). La prosperidad, inevitablemente, había producido frutos: orgullo, lujo, egoísmo, avaricia, opresión y decadencia moral. Estos pecados se acentuaron en Israel por la adoración idólatra a un becerro que estaba colocado en Betel, adonde Amós fue enviado a predicar. En la cima de su prosperidad material y poder, Israel estaba tan hundida en las profundidades de la corrupción y era tan complaciente, que las palabras del sencillo pastor de Tecoa no tuvieron fruto. Tanto Amós como Isaías vieron lo que otros no pudieron ver: que los asirios pronto serían el instrumento de la ira de Dios contra la apostasía de Israel (cf. Is. 10 y Am. 7:11, 16, 17 y 5:27).

El libro de Amós es una profecía en nueve capítulos que contienen básicamente los anuncios del juicio sobre el Reino del Norte de Israel por causa de sus injusticias sociales, su degradación moral y su apostasía. El profeta no sólo predice la cercana disolución de Israel, sino también que habrá juicio sobre las naciones vecinas. Amós ve la justicia y la conducta ética entre los hombres como la base de la sociedad, y afirma que la adoración de un pueblo que es egoísta, codicioso, inmoral y opresor es una abominación para Dios.

El libro se compone de tres grupos de oráculos. (1) Los capítulos 1 y 2, la primera sección, abarcan ocho “gravámenes” de las naciones vecinas, entre ellas Judá e Israel. Los oráculos enfrentan los crímenes de estas naciones y culminan en una denuncia detallada de los males sociales y morales de Israel. (2) La segunda sección, los capítulos 3 al 6, incluyen tres sermones contra Israel por sus pecados. Los sermones de juicio se notan fácilmente ya que cada uno inicia con la frase “así dice el Señor”, que aparece al inicio de cada capítulo. Cada una de esas tres denuncias concluye con un enfático “por tanto” (3:11, 4:12, 5:16 y 6:7), que anuncia el tipo de juicio que vendrá. Por consiguiente, en la primera parte de cada sermón se coloca la causa del juicio, y en la parte final, el tipo de juicio. (3) La tercera sección abarca los capítulos 7 al 9 e incluye cinco visiones: (i) las langostas (7:1); (ii) el fuego (7:4); (iii) la plomada (7:7); (iv) la fruta de verano (8:1); y (v) el altar (9:1). En el pasaje 7:10-17 hay una narración parentética que contiene la exhortación del sumo sacerdote Amasías contra Amós por predicar en esa forma, lo cual hace que el juicio sea inevitable puesto que por esa acción la nación indica que ha escogido como curso final la rebelión contra la palabra del Señor. La profecía concluye (9:11-15) con la promesa de la restauración y la gloria de Israel.

El principio que Amós reitera es que la práctica externa de la religión es inaceptable a Dios cuando se divorcia de la conducta ética correcta. Las personas se engañan al creer que su observancia religiosa superficial podrá evitarles las consecuencias del juicio divino mientras llevan una vida de egoísmo, codicia y cruda inmoralidad.

El libro de Amós se divide en tres secciones: (1) Juicios generales contra las naciones, incluyendo Judá e Israel (capítulos 1-2); (2) juicios específicos contra Israel que están contenidos en tres proclamaciones (capítulos 3-6); y (3) visiones simbólicas del juicio venidero (capítulos 7-9). Casi la mitad del libro abarca los oráculos contra las naciones (1:3—2:16) y las cinco visiones (7:1-9; 8:1—9:10) además de sus apéndices. Algunos teólogos promueven la tesis de que el libro tiene dos centros—los oráculos y las visiones—y que el resto se agrupa alrededor de ambas colecciones. En su totalidad, la forma publicada del libro repasa cómo Amós predice con exactitud lo que en realidad llegó a suceder, y le recuerda a Israel que aún faltan cosas por venir. El plan final del libro (1) detalla los oráculos y visiones que el profeta dio dos años antes; (2) reconoce que la profecía fue confirmada por un terremoto y (3) ofrece esperanza ante la tormenta inminente que ocurrirá a mano de enemigos no nombrados, que ahora sabemos son los asirios.

Amós 1:2 determina el tono de las profecías de este libro cuando dice “Jehová rugirá desde Sión”. Dios habla de que vendrá un juicio. Amós declara que todas las ciudades y naciones que rodean a Israel serán destruidas. Concluye sus profecías contra los extranjeros con acusaciones contra Judá e Israel. Las naciones no hebreas serán condenadas por violar la ley natural de la compasión hacia el indefenso. Este juicio se basa en el concepto divino de la “revelación general” mediante la creación y la conciencia. Judá e Israel, por otro lado, serán juzgados con base en la “revelación especial” de la voluntad de Dios, la cual han conocido mediante la ley. La naturaleza universal de estos pronunciamientos enfatiza que para Amós, Dios es Dios de todas las naciones. Los juicios divinos anunciados para las seis naciones paganas tienen cierta uniformidad pues cada uno de los reinos es amenazado de ser destruido, o de que verá ruina y violación. De las seis naciones mencionadas, tres tienen relación con el pueblo del pacto. Las seis representan naciones gentiles que se levantarán con hostilidad contra el pueblo de Dios y Su reino. Los pecados por los que serán castigados, son crímenes que han cometido contra el pueblo de Dios, y en el caso de Judá, será castigado por su menosprecio a los mandamientos del Señor y su idolatría.

Aunque los juicios contra las naciones gentiles revelan que son necesarios y universales, su fin es promover interés en el Reino de Dios, y testimonian que todos seremos juzgados según sea nuestra actitud hacia el Dios vivo. Si las naciones que sólo han pecado indirectamente contra el Dios vivo serán castigadas severamente, ¿cuánto más no será Israel castigado por haber pecado tan gravemente contra la revelación de Dios y contra toda la bondad y misericordia que Dios le ha mostrado?

I. Juicios generales (oráculos) contra las naciones, incluyendo Judá e Israel (capítulos 1-2).

Hay ocho oráculos contra las naciones que finalizan con el oráculo para Israel. Los primeros

siete oráculos comparten una misma forma estándar, con leves variaciones, mientras que el octavo oráculo se distancia considerablemente de ese formato. Este formato se caracteriza por cinco elementos: (1) una fórmula introductoria—“así ha dicho Jehová”; (2) una declaración suave del irrevocable juicio de Jehová—“por tres pecados de de la ciudad y por el cuarta no revocaré su castigo”; (3) la acusación misma, que es introducida por la preposición hebrea “porque” y un verbo en tercera persona plural, y es seguida de los detalles del crimen; (4) una declaración del castigo que inicia con la fórmula: “Prenderé fuego a (objeto del castigo) y consumirá sus palacios” (no aparece en el oráculo de Israel, y en el oráculo contra Amón tiene la variación de “encenderé” en lugar de “prenderé”); (5) la fórmula de conclusión “dice Jehová” (que no está presente en los oráculos de Tiro, Edom y Moab, y en el de Gaza tiene la forma de “ha dicho Jehová, el Señor).

En general, los oráculos (juicios) del profeta Amón se han agrupado en tres categorías según su forma y contenido: (1) los oráculos contra Damasco, Gaza, Amón y Moab; (2) los oráculos contra Tiro, Edom y Judá; y (3) el oráculo contra Israel. Los del primer grupo son idénticos en forma y contenido, pero los del segundo tienen en común que el castigo (elemento 4) termina con “prenderé fuego a... y consumirá los palacios de...”. Además, estos tres oráculos no tienen la frase final “dice Jehová”. El contenido del oráculo contra Judá es distinto de los oráculos de Tiro y Edom. Estos dos últimos son por atrocidades cometidas durante la guerra, mientras que el de Judá es sólo para condenar la apostasía religiosa.

Desde la perspectiva de Amós, el fin de los oráculos es estrictamente alcanzar a Israel. Sin embargo, los oráculos contra las naciones tienen un efecto acumulativo obvio, cuya suma es el juicio absolutamente ineludible de Israel. Puesto que los profetas no llaman a las naciones al arrepentimiento, no esperan una respuesta de ellas. Es a Dios a quien le deben cuentas y eso es claramente el caso en Amós.

II. Juicios específicos contra Israel (capítulos 3-6).

Después de los oráculos vienen cinco proclamas contra el estado de los asuntos del Reino del Norte y extienden la acusación del oráculo a Israel. Las primeras tres proclamas son introducidas con la frase: “Oíd esta palabra”, y van dirigidas, respectivamente, a los israelitas (3:1), a las mujeres de Samaria (4:1-13) que eran parte de la maquinaria opresiva de esa sociedad, y a la casa de Israel (5:1-17) que se lamenta del juicio que Amós ha pronunciado sobre Israel. En el primer oráculo (3:1-15) Amós acusa a todo Israel por abusar de la relación privilegiada que tiene con Jehová. El éxodo de Israel desde Egipto conlleva responsabilidad, la cual no han aceptado, por lo que el Señor los castigará por sus iniquidades (3:2). Así como Amós interrumpe las visiones relatando cómo fue llamado (7:10-17), en igual manera a los oráculos contra las naciones les sigue una defensa biográfica de su participación profética (3:3-8). Las cosas no suceden por que sí. Hay un evidente patrón causa-efecto en la naturaleza y la historia. La cuarta proclama (5:18-27) lamenta que Israel no se ha arrepentido y concluye con la predicción del exilio más allá de Damasco. El quinto oráculo (6:1-14) va dirigido a los líderes políticos de Judá y Samaria, que han sido seducidos por un falso sentido de seguridad a causa de su riqueza y éxito. Su pecado real es que “no se afligen por el quebrantamiento de

José” (v. 6).

III. Visiones simbólicas del juicio venidero (capítulos 7:1-9 al 10).

Amós tiene cinco visiones: la plaga de las langostas (7:1-3); (2) el fuego (vv. 4-6), la plomada (vv. 7-9), el canastillo de fruta de verano (8:1-14) y el altar (9:1-10). Las primeras cuatro visiones abarcan los capítulos 7 y 8 y cada visión inicia con la frase: “Esto me ha mostrado Jehová”. La última visión tiene un inicio distinto y abarca el capítulo 9. Se cree que el altar significa el templo, que a su vez representa el reino de Dios. Las dos primeras visiones difieren en contenido y simbolizan juicios que en parte ya han caído sobre Israel y en parte aún deben llegar. Las visiones tres y cuatro hablan de la caída del pueblo escogido de Dios. Aunque las dos primeras dicen que el Señor se arrepintió (7:3, 7:6), en la tercera y cuarta Dios dice: “No lo toleraré más” (7:8, 8:2), es decir, no pospondrá el juicio por más tiempo.

Los detalles de estas visiones son difíciles de interpretar. El siguiente resumen parece ser la mejor interpretación:

1. Las langostas (v. 1) simbolizan todos los juicios que el Señor ha hecho hasta ese momento sobre Israel y abarcan todo lo que el profeta menciona en el 4:6-10. Las langostas representan figurativamente los juicios que aún le esperan a la nación del pacto, según los cuales todo será destruido excepto un pequeño remanente, que será salvado gracias a las oraciones de los justos.
2. La visión del fuego tiene un alcance parecido y abarca el pasado y el futuro. También habla de los juicios que vendrán sobre el mundo pagano y que sólo tendrán su culminación final cuando todo lo malvado sea erradicado de la faz de la tierra, cuando el Señor venga con fuego a luchar contra toda carne (Is. 66:15-16) y a quemar la tierra y todo lo que haya en ella en el día del juicio, que será la perdición de los impíos (2 P. 3:7. 10-13). Sin embargo, Jehová elimina estos dos juicios gracias a la intercesión del profeta, lo cual demuestra que Su intención no aniquilar totalmente a la nación, sino simplemente que ésta sea refinada y que los pecadores sean erradicados de en medio de ella. La idea es que, gracias a la misericordia dispensadora de Dios, quede un remanente santo en la nación de Dios.
3. Las visiones de la plomada (vv. 7-9) y del canastillo de fruta de verano (8:1-2) refieren a los juicios que le esperan en el futuro inmediato al reino de las diez tribus. La figura de una plomada indica “una línea bien construida, que está sobre una pared perpendicular, una pared construida sólidamente y con exactitud mecánica”. Sobre esta pared Amós ve a Dios de pie. La pared construida con plomada compara el reino de Dios en Israel con un edificio firme y bien construido. La profecía es que con la plomada Jehová mide derecho, lo cual revela el estándar de justicia que Dios tiene para el pueblo de Israel, y no los castigará más como ha hecho hasta ese momento.

La destrucción tocará (1) los santuarios idólatras del país, los altares en los lugares altos y los templos en Betel, Dan (véase 1 R. 12:29) y Gilgal. (2) Se menciona aquí a Isaac y no a

Jacob, como sinónimo del Israel de las diez tribus. (3) La casa de Jeroboam, que es la familia real reinante, morirá a espada y se la menciona como representante de la monarquía. Las palabras no se limitan sólo a la caída de la dinastía, sino que anuncian la destrucción de la monarquía israelita, que fue en efecto anihilada después de la caída de esta dinastía.

4. La cuarta visión, la del canastillo de fruta de verano (8:1-2), representa a la nación que está madura para ser juzgada. Esto queda claro en las palabras: “Ha venido el fin sobre mi pueblo Israel; no lo toleraré más” (v. 2). El versículo 3 evoca lo dicho en el capítulo 6:10, que serán tantos los cadáveres por doquier que no habrá hombres suficientes para enterrarlos. Todos los cantos de gozo se tornarán en lamento y gemidos (v. 3). La frase “en silencio serán arrojados en silencio en cualquier lugar” se ajusta a lo dicho en el 6:10 donde Jehová dice: “¡Calla!”, palabra que no indica una oscura desesperanza, sino que exhorta a inclinarse ante la abrumadora severidad del juicio de Dios (cf. Heb. 2:20; Zac. 2:13).

En esta visión, Amós reprocha duramente a los ricos y poderosos de la nación por el espíritu de codicia con que oprimen a los pobres y ensucian los días de fiesta y el sábado, en los que no pueden esconder su ganancia deshonesta por la que los pobres cada vez son más pobres hasta el punto de ser vendidos como esclavos (vv. 4-6).

La intensidad de su castigo queda expuesta por el hecho de que cuando estén en su más profundo dolor a causa de los juicios que Dios, también serán privados de Su Palabra. Dios quitará a los profetas que les dan palabras divinas de ayuda y guía y en su dolor “irán errantes de mar a mar; desde el norte hasta el oriente andarán buscando palabra de Jehová y no la hallarán” (v. 12).

5. La última visión está en el 9:1-4. La mención del altar, el capitel y las puertas es una referencia al templo. El templo simboliza el reino de Dios, que el Señor fundó en Israel; y por ser el centro de ese reino, aquí representa al reino mismo. En el templo, como lugar donde habita el nombre de Jehová, es decir, la presencia de la gracia de Dios, la nación idólatra ha hecho una promesa indestructible de continuar eternamente el reino. Pero esta falsa confianza ha sido minada por el anuncio de que el Señor llevará a ruinas el templo. Nadie escapará de este juicio. La visión se basa en que la nación entera está reunida delante del Señor ante las puertas del templo, de manera que será enterrado bajo las ruinas del edificio que caerá porque recibirá un golpe desde arriba, que destruirá el templo hasta sus mismos cimientos. El Señor aparece en el altar porque allí, en el lugar del sacrificio de la nación, se amontonan los pecados de Israel, y Él juzgará a la nación allí. En 1 Reyes 13:1, Dios está de pie “junto a” y no “sobre” el altar.

El resto de la visión habla básicamente de que nadie escapará el juicio sin importar adónde se quiera escapar. Los versículos 5 a 8 declaran que el Dios omnipresente, omnipotente y omnisciente no dejará de ejecutar su juicio. Pero los versículos 9 y 10 declaran que Dios, en Su misericordia y de acuerdo con Su promesa, conservará un remanente.

En el pasaje del 7:10-17, Amós defiende su ministerio. La interpretación tradicional de este pasaje es que Amós niega toda conexión vocacional con los profetas profesionales (es decir, que él no se gana la vida con eso), ni como profeta ni como discípulo de un profeta (“hijo de profeta”). Se supone que Amós se separa de la antigua connotación de los profetas profesionales que eran famosos por fomentar rebeliones.

El mensaje de Amós es que Dios es más grande que la religión. La religión que se limita al santuario es peor que no tener religión, porque es falsa.

Amós describe que la condición social y la práctica religiosa de Israel se caracterizan por mostrar injusticia en la corte (5:10-12) y fraude en el mercado (8:4-6). Contrario al bullicio de las festividades sociales, el ruido del comercio y el canto litúrgico, está el temible silencio de los protectores de la sociedad, que “no se afligen por el quebrantamiento de José” (6:6). Ese es el pecado que está a la base del imperio del mal. Los líderes sociales y políticos de Israel habían caído hasta este nivel.

La última sección (11-15) es una profecía llena de esperanza para el futuro. Puesto que Dios es inmutable, no puede destruir totalmente a Su pueblo escogido ni abolir o revertir Su propósito de salvación. Luego de destruir al reino pecador, establecerá un nuevo y genuino reino de Dios. El cumplimiento final de esta profecía sólo puede ser después de que el Señor establezca su reino milenarío en esta tierra—“la tierra será entonces una nueva Canaán, donde el Señor morará en Su reino glorificado en medio de Su pueblo santificado”. Una profecía sin esperanza, incluso a tan temprana época como el tiempo de Amós, era algo inconcebible. Aunque Amós apagó la falsa esperanza, no podemos concluir que no les ofreciera esperanza después de que hubiera pasado el juicio de Dios. Podemos estar seguros de que el profeta no visualizó un día de juicio sin un día de renovación.

En resumen, el Señor, el soberano Gobernador del universo, vendrá como un poderoso guerrero a juzgar a las naciones que se han rebelado contra Su autoridad soberana. En particular, castigará a Israel por quebrantar el pacto, lo cual es especialmente evidente en sus tratos deshonestos y opresivos, en su formalismo religioso vacío y en su arrogante autoconfianza. Sin embargo, al cabo del tiempo el Señor restaurará a Su pueblo y le dará un lugar de bendición bajo el liderazgo de una dinastía davídica revitalizada.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 3

1. ¿A qué se opone el libro de Amós y qué enfatiza?
2. ¿Cuáles son los tres grupos de oráculos del libro de Amós?
3. ¿Cuáles son las tres secciones del libro de Amós?
4. ¿Cuál es la diferencia entre el juicio de Dios que se basa en la “revelación especial” y el que se basa en la “revelación general”?
5. ¿Cuáles son las tres categorías de los oráculos (juicios) de Amós que se encuentran en los capítulos 1 y 2? (Señale las similitudes y las diferencias.)
6. ¿Cuál fue el propósito de los oráculos de Amós 1 y 2?
7. ¿Cuáles son las cinco visiones de Amós y cuáles son sus fines?
8. ¿Cuál es el fin y la función del pasaje de Amós 7:10-17?
9. ¿Qué dijo Amós sobre la verdadera religión?
10. ¿Qué dijo Amós sobre una esperanza futura?

NOTAS DE LA LECCIÓN 4

Oseas: El dilema de un profeta

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

Oseas predicó en el reino del norte, cuando la nación era próspera externamente pero decadente internamente, por lo cual había enfrentado juicio. Oseas es un maestro en imaginación, como podemos leer, y sus muchas comparaciones son claras (“como tierra seca”, “como nube de la mañana”, etc.).

La principal imagen en su libro es la del “matrimonio”. Oseas se casa con una mujer que le da tres hijos y luego lo abandona para hacerse prostituta. Luego él la compra de vuelta en el mercado de esclavos (3:1-2). La dolorosa experiencia de Oseas fue un sermón para la nación. La nación de Israel se había casado con Jehová pero luego había cometido “adulterio espiritual” y se había vuelto hacia los ídolos. Esto la había llevado a la decadencia moral y como nación debía sufrir por sus pecados, aunque el Señor un día la redimiría y restauraría.

Oseas fue el último profeta escritor que ministró en Israel antes de que la nación fuera conquistada por los asirios en el año 722 antes de Cristo. Ha sido llamado el profeta “de la hora cero de Israel”, porque la nación había caído a tal punto de corrupción que era imposible detener el juicio divino. Pero incluso aunque el juicio es el tema principal del mensaje de Oseas, el libro es conocido mayormente por las vívidas imágenes del amor y la gracia de Dios. Alguien ha dicho muy bien que “nada de la gracia divina está ausente en el libro de Oseas”. Nuestro estudio de este libro nos llevará a conocer más a fondo quién es Dios y cómo trata Él con los pecadores.

Oseas, el hombre

Mucho se puede decir de la fuerza de Oseas durante su crisis personal y la crisis nacional, pero este profeta estaba agudamente consciente de que esta fuerza tenía un origen divino. La infidelidad, el rechazo y la restauración de Israel se ilustran en la trágica experiencia del profeta.

El nombre Oseas significa “salvación”. Es interesante observar que los nombres Josué (Nm. 13:16) y Jesús (Mt. 11:22) derivan de la misma raíz hebrea que el nombre Oseas. El padre de Oseas se llamaba Beerí (1:1). No sabemos cuál era el oficio de Oseas, pero usa muchas ilustraciones del contexto agrícola.

Introducción

Los mensajes de Oseas probablemente se dieron entre los años 760 y 714 antes de Cristo. Durante el ministerio de este profeta reinaron siete reyes en Israel y cuatro en Judá. Fue el último profeta escritor de Israel, aunque hubo otros profetas. Ministró en Israel durante la invasión de Asiria en el año 722 antes de Cristo. Debe observarse que en el año 586 antes de Cristo Jeremías le predicó a Judá. Ambos profetas (Amós y Jeremías) dieron el mismo tipo de mensaje y ambos fueron “profetas sufrientes”.

Se ha estimado que probablemente el libro Oseas se escribió alrededor del año 725 antes de Cristo. El contexto es el reino del norte de Israel, que estaba políticamente plagado de anarquía, conflicto y confusión. Uno de los aspectos políticos hacer alianzas con Egipto y Asiria, naciones a las cuales Oseas llama amantes ilícitos. Económicamente, la nación era próspera. Espiritualmente, fue la hora más oscura de Israel. La idolatría, la inmoralidad y un fuerte rechazo hacia el amor de Dios anunciaron el desastre.

El tema de Oseas tiene tres partes: (1) una revelación de la profunda naturaleza del pecado; (2) una revelación del inevitable juicio; y (3) una revelación de la fuerza indómita del amor. No hay introducción mejor ni más clara que la que ofrece el Dr. G. Campbell. En su opinión, Oseas tuvo una visión clara gracias a su profunda tristeza. Y este sentimiento llegó a ser más profundo gracias a la claridad de su visión. Entendió el centro mismo de los grandes temas que analiza, y esto lo pudo hacer gracias a que su propio corazón vivió la angustia en el ejercicio de su ministerio profético. El que quiere enseñar mucho también debe sufrir mucho; y sólo puede hablar de las cosas más profundas de Dios aquel que en algún momento ha tenido comunión con el sufrimiento de Dios. Oseas tuvo contacto con ese a través de su propio sufrimiento, y desde esa vivencia pudo hablarle a su generación. Esa es la llave que explica la fuerza y pertinencia que tiene esta maravillosa profecía. El libro tiene tres valores permanentes.

1. Define el pecado en su sentido más profundo y terrible. Sin embargo, aunque Oseas define claramente ciertas formas del pecado, su interés mayor son sus expresiones más profundas. Ve la raíz misma del pecado, es decir, ve el pecado en su peor expresión y comprende el horrible hecho que lo hace tan atrayente.

Para comprender esto, debemos recordar que Oseas le está hablando al pueblo escogido de Dios. Se ha discutido mucho si hay diferentes grados de pecado. Algunos opinan que sí y otros que no. Escoger la opción de pecados “pequeños” y pecados “grandes” es meterse en un área donde la Escritura no da garantías. Por otro lado, compara el pecado de una persona con el de otra, puede hacernos creer que el pecado de una es menor que el de la otra. La diferencia, en realidad, la establece la luz. La medida de luz aumenta según aumente el grado del pecado. En proporción, mientras más luz reciben los hombres más pecaminoso es su pecado. Éste es el principio eterno que revelan todas las Escrituras y que subyace la profecía de Oseas. Sus mensajes nos enseñan que el pecado llega a la acción y a la manifestación más profundas y horribles cuando se colocan contra la luz, porque esa luz revela el amor. El pecado contra el amor es el más horrendo de todos. El pueblo escogido por Dios para ser Su pueblo, sobre el cual Él ha prodigado amor, le ha dado la espalda y ha

transformado los dones de ese amor en lujuria; así que el profeta echa mano de la ilustración más trágica y horrenda y declara que el pecado de Israel en la infidelidad, el adulterio espiritual y que aún más, su pecado es aún más horrendo y terrible que el adulterio espiritual, pues se ha caído en la prostitución por contrato.

Oseas le declara al pueblo de Dios que el símbolo más perfecto de la relación entre ellos y Dios es la relación sagrada del matrimonio y que, por tanto, su pecado contra Dios es la infidelidad, o sea, la falta de fidelidad al amor. El profeta sabe de esta verdad por medio de las trágicas y feas experiencias de su propia vida doméstica. Entra en comunión con Dios cuando su propio corazón es destrozado, cuando experimenta la tristeza más innombrable y apabullante que puede sobrevenirle al espíritu de un ser humano. Lo que el pecado de Israel significa para Dios, Oseas lo aprende por medio de la tragedia de su propio hogar y su propio corazón, y con ira feroz y ardiente denuncia por igual a reyes, sacerdotes y pueblo. Al mismo tiempo que lidia con las claras manifestaciones del pecado, el mensaje real de Oseas habla del pecado principal, que es la infidelidad al pacto que se basa en el amor. Es por eso que debemos tomar conciencia de que lo más profundamente feo en el reino del pecado es cometer pecado, pese al amor.

2. El segundo gran valor de las enseñanzas del libro de Oseas es el juicio. El profeta enfatiza con determinada insistencia que el juicio es un resultado necesario del pecado. Declara que es necesario que haya juicio sobre el pueblo que peca y afirma que éste no tiene derecho de esperar perdón. En la última sección de la profecía, que habla del amor de Jehová, el relato habla del amor en tres partes: (1) el amor de Jehová a la luz del amor pasado; (2) el amor de Jehová a la luz amor presente y continuo; y (3) el amor de Jehová a la luz del amor futuro. Al referirse al inagotable amor de Dios, el profeta traza la historia del pueblo hacia atrás, y la última palabra que les ha sido dada les dice que no hay esperanza. Es decir, el profeta ve el pecado y ve que inevitablemente conducirá al juicio y escribe su mensaje en letras de fuego, pues indudablemente usó palabras que ardieron en el corazón de quienes las escucharon. Semejante pecado no tiene derecho de esperar misericordia. El hombre que puede visualizar profundamente la raíz del pecado y lo conoce en su peor expresión, es el hombre que ve más claramente lo inevitable que es el juicio y cómo, por eso mismo, el hombre no tiene derecho de esperar algo que no sea juicio.
3. El tercer valor, y el más importante en el libro, es el amor. En medio de su propio dolor abrumador, Dios llama a Oseas y le ordena que, a pesar de su pecado, busque a Gomer y la traiga del desierto a un tiempo de reclusión primero pero finalmente a un lugar de amor y privilegio a su lado.

Así como Oseas comprende la pecaminosidad del pecado por medio de la infidelidad de su esposa, por el mandato de Dios y su consecuente obediencia al mismo comprende también cuánto ama Dios a pesar del pecado. El mensaje de Oseas sobre el pecado nos lleva a entender que es infinitamente mejor nunca haber tenido la luz y nunca haber conocido el amor, que haber tenido la luz y desobedecerla o haber conocido el amor y herirlo con la infidelidad. Este tipo de pecado genera la forma que juicio que viene luego. Si hay una

cosa que este libro enseña claramente sobre el juicio, es que Dios asesta el golpe sólo cuando el hombre peca. Es la cosecha que produce la semilla del pecado. El juicio está ya implícito en el acto del pecado. Pero el mensaje permanente es el amor. Aunque el camino hacia el triunfo del amor debe pasar por el sufrimiento, del cual ningún hombre conoce la medida; aunque el costo que debe pagar el amante infiel es soportar el juicio, aún así el amor sigue adelante, entonando el canto de la victoria que vendrá. No debemos olvidar jamás cómo concluye el libro de Oseas: “Efraín dirá: “¿Qué tengo que ver con los ídolos?”

ESBOZO DE OSEAS

El libro de Oseas tiene dos grandes secciones. La primera (caps. 1-3) habla de la experiencia matrimonial de Oseas, que representa la relación de Dios con Israel. La segunda (caps. 4-14) incluye varios mensajes proféticos que hablan del pecado, el juicio y la futura restauración de Israel.

Primera división: Capítulos 1-3

I. La infidelidad, el rechazo y la restauración de Israel ilustrados en las trágicas experiencias del profeta.

A. El matrimonio de Oseas con Gomer, una prostituta (1:1 – 2:23). “Dijo Jehová a Oseas: «Ve, toma por mujer a una prostituta y ten hijos de prostitución con ella, porque la tierra se prostituye apartándose de Jehová»”. Hay dos puntos de vista en cuanto al matrimonio de Oseas: (1) El primero es que Gomer era una prostituta con la que Oseas debe casarse, y que sus hijos ya los tenía antes de casarse producto de su prostitución, o bien, que fueron producto de su matrimonio con Oseas (1:3), o bien, que fueron producto de sus infidelidades mientras estuvo casada con el profeta. Según este punto de vista, el matrimonio se convierte en una ilustración obvia e intencional para confrontar a Israel a fin de que tome conciencia de sus pecados contra Jehová Dios. La objeción a este punto de vista es que no parece ser consecuente con la imagen de un Israel fiel y casto en el tiempo en que se casó con Jehová en el Éxodo, y que fue mucho más tarde que cometió infidelidad yendo tras otros amantes (dioses). (2) El segundo punto de vista es que se trata de un relato histórico literal donde hubo en verdad un matrimonio entre Oseas y Gomer. Gomer era una mujer rechazada en el momento del matrimonio, pero su tendencia a la infidelidad se manifestó sólo después del matrimonio. Para este punto de vista se dan las siguientes razones: (a) acepta que el matrimonio fue un dato histórico y no una alegoría o visión; (b) elimina todas las dificultades morales que están implicadas en los otros puntos de vista; (c) reconoce apropiadamente que Oseas amaba realmente a su esposa y que ese amor evidente no era algo artificial ni simbólico; (d) explica mejor la estrecha relación que hay entre las experiencias de Oseas y la lección que se le pretende dar a Israel por su infidelidad a Jehová; (e) el capítulo 3 apoya esta perspectiva al describir la forma en que Oseas recibe nuevamente a su esposa, luego de haber sido rechazada por causa de su adulterio (caps. 1-2); este rechazo no habría sido justificable si Oseas se hubiera casado con una prostituta común, a sabiendas de que esa era su naturaleza; y (f) ayuda a solucionar los problemas que implica la frase “hijos de prostitución”, que puede significar

simplemente que, siendo Gomer prostituta, sus hijos eran “hijos de prostitución”, explicación que bien podría ser la más correcta, en lugar de entender que Gomer antes de casarse con Oseas.

1. El rechazo de Israel simbolizado en los tres hijos de Gomer (1:1-9). “Ponle por nombre Jezreel, porque dentro de poco castigaré a la casa de Jehú a causa de la sangre derramada en Jezreel y haré cesar el reinado de la casa de Israel”. Los nombres de los hijos fueron escogidos por Dios, porque tanto ellos, que fueron fruto del matrimonio, como el matrimonio mismo, sirvieron para instruir a la nación idólatra de las diez tribus de Israel. La mención de que Jehú destruye la casa de Acab se halla en 2 Reyes 9:27—10:14. La culpa por derramar sangre en Jezreel sólo puede ser de aquellos que Jehú contrató en Jezreel. Es decir, las obras de sangre que mencionan los capítulos 9 y 10 de 2 Reyes. El derramamiento de sangre al exterminar la casa de Acab es visto como el cumplimiento del mandato divino. Incluso las cosas deseadas y ordenadas por Dios pueden volverse crímenes dependiendo de cómo se ejecuten, cuando el hombre no realiza simplemente la voluntad del Señor como siervo de Dios, sino que se permite actuar siguiendo motivos malvados y egoístas—o sea, cuando el hombre abusa del mandato divino y lo usa de mampara para la codicia de su propio corazón malvado. El que Jehú tuviera el mismo corazón malvado de aquellos sobre los que impuso juicio, queda claro en 2 Reyes 10:29 y 31: “Con todo eso, Jehú no se apartó de los pecados con que Jeroboam, hijo de Nabat hizo pecar a Israel, y dejó en pie los becerros de oro que estaban en Bet-el y en Dan.” En Oseas 1:6 se nos dice que Dios ya no tendrá más compasión hacia la nación rebelde: “Vosotros no sois mi pueblo ni yo seré vuestro Dios”. Tan pronto como Dios deja de tener compasión hacia las tribus rebeldes, viene sobre ellas el rechazo.
2. La restauración tanto de Israel como de Judá (1:10—2:1). “El lugar” no refiere a Palestina, donde su rechazo quedó expuesto por medio de ese nombre, sino a la tierra del exilio, donde ese nombre se vuelve realidad. El versículo 11 apunta al retorno del exilio—luego de que ambas naciones, Israel y Judá nombren un solo líder y vengan a la nueva tierra. El reino ya no estará dividido. Cuando el remanente retornó bajo las órdenes de Esdras, Zorobabel y Nehemías, todos estaban bajo un solo Líder. “Jezreel” refiere a cuando la fuerza de Israel fue quebrada en el valle de Jezreel y el reino de la casa de Israel llegó a su fin (1:4). Ese día es llamado grande, es decir, importante, glorioso, por causa de su efecto y consecuencia para Israel. La caída de Israel y su exilio componen el momento del cambio por el cual se hace posible la conversión de los rebeldes al Señor y su reunión con Judá. Oseas 2:1 dice: “Decid a vuestros hermanos: «Pueblo mío», y a vuestras hermanas: «Compadecidas».” El profeta ve (en el Espíritu) delante de él a la nación favorecida del Señor y llama a todos a hablarse entre sí con gozo usando el nuevo nombre que han recibido de Dios. Este cumplimiento pleno apunta al día aún más grande en que esto tendrá su cumplimiento, cuando todos se conviertan a Cristo (Ro. 11:25-26) y en un sentido espiritual en 1 Pedro 2:10.
3. La infidelidad de Israel es condenada y se anuncia su castigo (2:2-13). Israel es llamada mujer adúltera. Vista como una unidad ideal, la nación es llamada “madre”, y los distintos

integrantes de la nación son los hijos de esa madre. La petición de que los hijos razonen con esa madre para que deje su adulterio (idolatría) presupone que, aunque la nación como un todo había caído en la idolatría, había individuos que no estaban esclavizados a ella, a quienes se llama para que se levanten, salgan a la luz y razonen con su nación. Dios siempre tiene un remanente, igual que los siete mil de Elías que no se inclinaron ni arrodillaron ante Baal. No sólo reservó el Señor siete mil para Él en tiempos de Elías, sino que en todos los tiempos hay muchas personas que en medio de las masas corruptas escuchan la voz del Señor y aborrecen la idolatría. Los hijos tienen razón de suplicar, porque la madre ya no es la esposa de Jehová y Jehová ya no es el esposo. Es decir, porque ella ha disuelto su matrimonio con el Señor y la disolución moral interna del pacto de gracia lleva al inevitable resultado de la disolución real externa (divorcio), es decir, por causa del rechazo de la nación. Por consiguiente, el deber de una nación con más inteligencia es resguardarse de la destrucción venidera y hacer todo lo que pueda para convencer a la esposa adúltera a que desista de sus pecados. La idolatría se describe como prostitución y como adulterio. Israel ha pactado con Jehová que Él será su Dios y por tanto, su idolatría rompe la fidelidad que le debe a Él. El acto de apostasía contra Dios es más condenable que la idolatría de los paganos. Debe el rostro de las prostituciones y quitar los adulterios de entre sus pechos, porque éstas partes del cuerpo deben ser castas en una mujer; al mostrarse muestran abiertamente señalan claramente el atrevimiento y la falta de vergüenza con que Israel practicaba la idolatría.

4. Se asegura que Israel volverá a casarse con Jehová (2:14-23). Al igual que en el versículo 1 se introduce aquí abruptamente la promesa de que el Señor llevará, paso a paso, a la nación rebelde hacia una conversión y reunión con Él, el justo Dios: “Por eso voy a seducirla.” ¿Cómo lo hará siendo que la esposa que ha sido atrapada en un mundo ficticio de prostitución y adulterio y ha olvidado a Dios? Primeramente, la castigará (vv. 6, 9) y ella, luego de ser separada de sus amantes adúlteros dirá: “Regresaré a mi primer marido, porque mejor me iba entonces que ahora”. Entonces Él le manifestará el amor que le tiene. “La llevaré al desierto y hablaré a su corazón.” En resumen, el Señor repetirá lo que sucedió cuando sacó a Israel de Egipto. Israel estaba por ir cautivo a Babilonia cuando Dios, en el proceso del castigo, cura su idolatría y lo hace pasar por un período de separación parecido al caminar en el desierto, hasta que la nación esté lista para escuchar a Dios. Todo esto fue movido por el amor de Dios para hacerlos volver a Él. En el 2:15, “el valle de Acor” refiere al valle del llanto y la tristeza donde el corazón se ve forzado a analizar los valores verdaderos. Con frecuencia este valle donde se vierten lágrimas por lo que se ha perdido, hace que el alma se vuelva a Dios y, ¡oh sorpresa!, vea que hay una puerta de esperanza. Esta puerta se abre con amor, misericordia y gracia. “Le daré sus viñas desde allí...Y allí cantará como en los días de su juventud, como en el día de su subida de la tierra de Egipto. Oseas 2:16 nos dice que en ese día ella llamará a Dios “Ishi” (“esposo mío”) y nunca más lo llamará “Baali” (“amo mío”). Oseas 2:17-23 continúa mencionando las bendiciones prometidas a Israel una vez que se haya arrepentido y haya regresado al Señor.
- B. Oseas se vuelve a casar con Gomer (3:1-5). El carácter puramente simbólico de este

mandato divino es evidente en la misma naturaleza del mandato, pero más especialmente por el epíteto particular que se le da a la esposa. Amar a la esposa, al igual que hacer lo que Dios manda en el versículo 2, muestra claramente que esto es de hecho equivalente a tomar esposa.

La escogencia aquí de esa palabra hebrea tiene como fin indicar la naturaleza externa de la unión prescrita para el profeta. Por los participios que se utilizan, se supone que el profeta ama a esta mujer cuando ésta es su compañera y también cuando comete adulterio. Pues el esposo es el único que tiene derecho a darle amor. Y ese esposo sólo podía ser el mismo profeta, con quien ella tuvo la más profunda intimidad, fundada en el amor que existe en la relación del matrimonio. La rectitud de esta perspectiva queda más allá de toda posible duda por el mandato divino que viene después.

Oseas 3:2 dice que el profeta compró a Gomer a precio de esclava. Parece ser que Gomer había dejado el hogar y posiblemente su prostitución la había llevado a la esclavitud. El acto de Oseas de redimirla simboliza la futura restauración del pueblo de Dios, que ocurrirá después de un tiempo de cautiverio. El versículo 3 nos dice que, en lugar de concederle la total comunión conyugal de esposa, el profeta la pone en una especie de reclusión donde es privada de toda relación sexual con cualquier hombre, incluyéndose a sí mismo. Los versículos 4 y 5, muestran que en el exilio, Israel no tendría la falange religiosa y política que tanto amaba. En el exilio se vería forzada a confiar sola y simplemente en Dios. Su regreso a Dios implicará la reunión de Israel y Judá, además del reconocimiento de la dinastía de David que había sido establecida por Dios. La línea de David producirá el Mesías, así que es un reconocimiento implícito del Cristo venidero. Wesley afirma que la frase “Temerán al Jehová y a su bondad al fin de los días” significa “en los días del Mesías, en los tiempos del evangelio”.

Segunda división: Capítulos 4-14

II. Acusación, castigo y restauración de Israel en el mensaje del profeta (Oseas 4-14).

A. Se culpa a Israel (4:1—7:16).

1. La controversia de Dios con Israel (4:1—5:7). El capítulo 4 dice (1) que no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra; (2) que el pueblo será destruido por falta de conocimiento, pues ha rechazado el conocimiento y olvidado la ley de Dios; y (3) que Efraín (Israel) se ha unido a sus ídolos. También habla de (1) que se han dedicado al perjurio, a la mentira, al asesinato, al robo, al adulterio y al derramamiento de sangre; (2) que la prostitución y el vino han llenado sus corazones; y (3) que sus hijas y cónyuges han cometido prostitución y adulterio en adoración idólatra.
2. Se anuncia el juicio de Israel (5:8-14). En el capítulo 5 se declara que vendrá juicio. Los líderes de Israel son responsables de gobernar con justicia sobre el pueblo y por no hacerlo caerá sobre ellos el juicio. El llamado de la trompeta refiere a los esfuerzos de Israel de independizarse de la dominación siria. El pecado de Israel lo destruirá por dentro, como si fuera un cáncer. En lugar de respaldar las tradiciones religiosas de Judá, como deberían, los

príncipes de Judá las han destruido. Traspasar un lindero era un pecado especialmente grave porque los linderos habían sido colocados originalmente por el Señor. Caminar según los preceptos humanos en lugar de según la voluntad de Dios siempre amenaza la vida. El Dios que ingenuamente esperan será su fuerza en la tribulación, apurará su destrucción. La presencia de Dios no es bendición para quienes no se sujetan a Él. Dios no los castiga para destruirlos, sino para hacerlos entrar en razón.

3. Se describe el arrepentimiento de Israel (5:15—6:3). En el 5:15 Dios declara que habrá juicio hasta que haya un verdadero arrepentimiento. Oseas 6:1-3 tiene sentido como conclusión al capítulo anterior e ilustra lo que implica un verdadero arrepentimiento. Visualiza un tiempo, ya aludido en el 5:15, donde el arrepentimiento genuino de los exiliados reemplazó la hipocresía en los días de Oseas. Estos versículos toman la forma de una exhortación al arrepentimiento, apoyados por varias motivaciones. El pueblo de Dios debe arrepentirse, reconociendo que su Juez tiene mucho interés en sanarlos y restaurarlos pronto a una comunión de pacto. Deben reconocer Su señorío, confiados en que Él saldrá de su escondite.
4. Israel está maduro para el juicio (6:4—11:11). En esta sección hallamos un relato más largo de la apostasía religiosa y la corrupción moral que se han vuelto tan injuriosas, y del juicio que vendrá sobre el pueblo pecador.
 - a) La preocupación de Dios por una reforma interna en lugar de una conformidad externa a un ritual (6:4-11). La lealtad de Israel no ha durado sino que se ha desvanecido como una nube y evaporado como el rocío. Han llevado sacrificios y realizado servicios religiosos, pero estas actividades no han modificado su forma de vivir. Sus sacrificios han sido sólo substitutos de la obediencia.
 - b) La depravación interna de Israel y las señales externas de la decadencia (7:1-16). El deseo de pecar puede arder como el fuego de un horno y quemarlo todo apenas surge la oportunidad. Si tenemos “deseos que arden”, asegurémonos de que estén bajo el control de Dios pues podrán destruirnos (7:1-7). Si el fuego no se vigila, puede quemar el pastel, que habrá entonces de ser descartado. Las personas son “tortas no volteadas”; es decir, sin profundidad en su experiencia religiosa. La nación estaba agonizando y no se habían dado cuenta, y la muerte nacional podía sobrevenirles mucho antes de lo que creían (7:8-10). En su política extranjera, los oficiales revoloteaban entre Egipto y Asiria, confrontándolos el uno al otro, hasta que con el tiempo la nación se vio atrapada. En lugar de confiar en el Señor y obedecer Su Palabra, dependieron de políticas y fracasaron (7:11-12): Dios no pudo depender de Su pueblo. Pecaron contra Él, le mintieron y no aprovecharon Su disciplina. Trató de enderezarlos, pero prefirieron ser inferiores (7:13-16).

B. El castigo de la infidelidad de Israel (8:1 - 10:15)

1. El profeta anuncia que el juicio es inminente (8:1-14). La trompeta suena en Israel para

anunciar que viene la batalla. En este caso, se trata de Asiria y no habrá escapatoria. Israel dice que conocía a Dios (v. 2) pero lo desobedece. Elige reyes y gobernantes sin buscar la voluntad de Dios, y hace ídolos desafiando al Señor. El famoso becerro de Samaria será destruido cuando descienda el águila (v. 1) y vengan los vientos (v. 7). Lo que parece un suave viento hoy será una tormenta mañana. Israel será como un pedazo de vasija sin valor (v. 8). Confiaron en la protección de las naciones gentiles pero dejaron fuera de sus planes a Dios (vv. 9-10). Israel multiplicó los altares (v. 11) y Judá multiplicó sus ciudades fortificadas (v. 14), pero ninguna de esas cosas los librará del juicio. Israel será tomada por Asiria y Judá por Babilonia, y el juicio de Dios vendrá sobre el pueblo pecador.

2. La corrupción de Israel llevará al exilio (9:1-9). El nombre “Efraín” significa “doblemente fructífero” y Oseas lo usa como base para su mensaje en este capítulo. No habrá fruto en la cosecha (9:1-9) porque vendrá pobreza y Dios juzgará la tierra. Ese será el final del gozo (9:1). Efraín no será conocido ya como tierra fructífera. En los versículos 7 a 9 el profeta enfatiza nuevamente las razones para el juicio venidero. Los pecados de Israel son numerosos y malvados. La corrupción se compara con “los días de Gabaa”. Esto alude a violación y muerte brutal de la concubina del levita, sobre la cual la gente de ese día había dicho: “Jamás se ha hecho ni visto tal cosa desde el tiempo en que los hijos de Israel subieron de la tierra de Egipto hasta hoy” (Jue. 19:30).
3. La degeneración de Israel y la ruina de su reino (9:10—11:11). Este último episodio del adulterio espiritual demanda un castigo fuerte y extremo. El Señor privará a Israel de las mismas bendiciones que espera recibir de Baal. Cerrará el vientre de las mujeres de Israel y si quedan embarazadas, esos hijos solo adorarán a los ídolos y luego serán asesinados por los invasores asirios. Como Israel ha adoptado las prácticas religiosas de los cananeos, el Señor se ve forzado a sacarlo de su tierra. En toda esta sección, el profeta hace memoria tres veces de los primeros días de Israel y muestra cómo esta nación ha sido infiel a su divino llamamiento y cuál ha sido su respuesta, desde tiempos inmemoriales, a todas las manifestaciones del amor y la gracia de Dios. Ha caído en apostasía e idolatría, como una esposa infiel, razón por la que el Señor se ha visto obligado a castigar a la nación degenerada y obstinada. Sin embargo, el Santo, por amor de Su pacto inmutable de fidelidad, no lo va a erradicar totalmente. El capítulo 11:1-11 habla de la ingratitud de Israel y la dureza de su corazón. Muestra su ingratitud porque da por sentada su relación de pacto con el Señor, olvidando que fue Él quien lo escogió. Por Su gran amor hacia ellos, Dios los liberó de Egipto, los alimentó y les enseñó. Y ellos, mostrando gran ingratitud, lo abandonaron por ídolos. Siguieron sus propios planes y no prestaron oído a la voluntad de Dios. Tampoco se arrepintieron, incluso cuando Él los reprendió. Y, aunque sus corazones se endurecieron contra Dios, aún así Dios fue tierno con ellos. No podía simplemente destruirlos como había hecho con las ciudades del valle, pero los castigaría.

C. Dios restaura a Israel luego del castigo (11:12—14:9)

En esta sección final del libro, hay un discurso bastante largo sobre el juicio (11:12—13:16) y un mensaje final de salvación (14:1-9). El Señor condena a Su pueblo por su carácter engañoso

(11:12), e señala específicamente sus alianzas con extranjeros (12:1) y sus prácticas económicas deshonestas (v. 7). Tanto Israel como Judá (el reino del sur) están incluidos en este mensaje. El profeta repasa la historia de Jacob, el padre de la nación, y ve que en sus descendientes hay engaño. La vida de Jacob da un giro cuando lucha con el ángel del Señor en Peniel y es tiempo para que Israel y Judá regresen al Señor y se arrepientan de sus pecados (12:6). En el 12:7-14, alardean, diciendo: “Ciertamente me he enriquecido”, pero es una pretensión vacía porque han hecho dinero en forma engañosa, estafando a los pobres. Esa clase de riqueza nunca perdura. La idolatría es el punto central del discurso del juicio en el 13:1-3. Aunque el pueblo es líder entre las tribus del norte, se ha entregado a la adoración de Baal, multiplicando sus imágenes e incluso besando a los ídolos becerros como señal de devoción a Baal. Al igual que su corta devoción al Señor, el Efraín idólatra desaparecerá rápidamente como la niebla y el rocío de la mañana, como la paja y el humo. La ingratitud de Efraín acentúa su pecado (vv. 4-6) y hace enojar grandemente al Señor (vv. 7-9). Al igual que los dolores de parto antes del alumbramiento, las señales del juicio cercano son ya observables e Israel debe responder a esas señales del juicio arrepintiéndose. Sin embargo, insensatamente no lo ha hecho y por tanto, su muerte es inevitable. El pasaje del 13:14-16 describe esa muerte. En lugar de liberar a Israel de la tumba, el Señor traerá muerte con plagas que destruirán a Su pueblo. El juicio del Señor será como el viento solano del desierto y los invasores asirios robarán los tesoros de Israel y degollarán a su gente. El mensaje crucial de Oseas es que Israel no conoce al Señor. Carece de conocimiento lo cual equivale a haber olvidado la ley de Dios. El “conocimiento de Dios” se define como el conocimiento de la moral hebrea tradicional, comprendiendo ese conocimiento en el sentido hebreo dinámico, es decir por la práctica de la moralidad e integridad tradicional de los hebreos. Pero el amoroso llamado de Dios al arrepentimiento siempre está presente. Al final del capítulo, en el 14:1-9, una exhortación al arrepentimiento (vv. 1-3) precede a la promesa de la restauración (vv. 4-8) y concluye con un dicho sabio (v. 9). El llamado al arrepentimiento contiene la esperanza de la bendición que le es restaurada a una generación futura. Dentro de la exhortación se incluye un modelo de oración para que una generación penitente se la ofrezca al Señor. En esta oración la nación arrepentida pide perdón para poder ofrecer alabanza. Le confiesa al Señor que sólo Él es la fuente de protección y desacredita a los falsos dioses (14:1-3). El Señor le promete al Israel arrepentido una restauración total (vv. 4-8). Su amor reemplazará Su ira y sanará a la nación. En conclusión, el profeta extrae una lección para su audiencia (v. 9). El que posee la sabiduría verdadera reconocerá que los mandamientos del Señor son ciertos y los obedecerá. Sin embargo, para el rebelde esos mandamientos serán piedras de tropiezo que lo llevarán a caer. El Señor renovará Sus bendiciones y cumplirá Sus promesas a Abraham, por las que le garantizó al patriarca una numerosa descendencia y la posesión eterna de la tierra prometida.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 4

1. ¿Cuál fue la angustia personal de Oseas?
2. ¿Cuál era el estatus social de Oseas?
3. ¿Cuál es la fecha probable del ministerio de Oseas?
4. ¿Cuál es el tema tripartito de Oseas?
5. ¿Cuál es el principio eterno que revelan las Escrituras que sirve de base para la profecía de Oseas?
6. ¿Cuáles son las dos secciones del libro de Oseas y qué incluye cada una?
7. ¿Cuáles son las dos perspectivas sobre el matrimonio de Oseas?
8. ¿Qué aprendió Oseas por medio de su dolor personal?
9. ¿Cuáles son los tres valores permanentes del libro de Oseas?
10. ¿Qué se aprende en el valle del llanto y del sufrimiento?

NOTAS DE LA LECCIÓN 5

Miqueas: Juicio, esperanza y promesa

REFERENCIA: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

Perspectiva histórica. Al igual que su contemporáneo Isaías, Miqueas perteneció al período crítico de la historia de Israel en la segunda mitad del siglo 8 antes de Cristo. En ese tiempo Asiria gozaba de gran poder bajo el mando de Teglathfalsar III, Salmanasar V, Sargón II y Senaquerib. A Uzías, rey de Judá, le sucedió en el trono su hijo Jotam, que había reinado junto con su padre y quien reinó independientemente sólo unos pocos años (del 739 al 735 a.C.). Hacia el fin de su reinado, Judá fue amenazado de ser invadido por las fuerzas aliadas de Damasco e Israel (2 R. 15:37), pero la crisis no ocurrió sino hasta el reinado de su hijo Acaz. Acaz, lleno de temor por la denuncia de Isaías (Is. 7:1-16) apeló a Teglathfalsar III de Asiria. De esa forma Damasco e Israel fueron vencidos y Judá fue librado, pero a precio de su independencia nacional. Por causa de esto, Judá pasó a ser vasallo del rey asirio (2 R. 16:7-9. 2 Cr. 28:20).

Durante los primeros años de Ezequías, Judá gozó de paz pagando un tributo anual a Asiria. El poder de los asirios se notó en la conquista de Samaria y en la cautividad de Israel a manos de Sargón, luego de que Oseas de Israel buscó quitarse el yugo asirio haciendo una alianza con Egipto. Senaquerib, sucesor de Sargón, tras la muerte de su predecesor, fue confrontado con revueltas en las cuales participó también Judá. En los años 702 y 701 antes de Cristo se dirigió al oeste. Tiro, Sidón y otros estados cayeron a sus pies, Judá fue vencida, y Ezequías fue encerrado en Jerusalén “como un ave enjaulada”, aunque por la intervención divina fue librado por un evento sobrenatural (2 R. 18-19, 2 Cr. 32:1-22, Is. 36:1.37.38).

Miqueas, autor de este libro profético, provenía del pueblo de Moreset, que probablemente es Moreset-gat, localizado al suroeste de Jerusalén. Miqueas profetizó durante los reinados de Jotam (ca. 750-731 a.C.), Acaz (ca. 735-715 a.C.) y Ezequías (ca. 715-686 a.C.). Algunos de sus mensajes claramente predicen la caída de Samaria en el año 722, pero otros parecen reflejar la crisis asiria del año 701. Miqueas enfrentó las difíciles tareas de denunciar el pecado a un público potencialmente hostil, y anunciar su inminente caída. Al igual que Amós, Miqueas captó la atención del pueblo describiendo primero el juicio de sus enemigos. Empezó con un vívido retrato del Señor viniendo en poder a juzgar a las naciones. Luego incluyó al reino del norte y su capital, Samaria, dentro del alcance de su juicio. En este punto, su audiencia judaica debió haber asentido de aprobación. Cuando el público bajó la guardia, Miqueas apuntó rápidamente que Judá y Jerusalén tampoco escaparían el castigo de Dios. El libro consta de tres discursos proféticos que se distinguen claramente entre sí por la palabra introductoria: “Oíd”. Declaró el juicio venidero (caps. 1-2), el reino futuro (caps. 3-5) y la invitación de Dios al pueblo de volverse al Él (caps. 6-7). Esperaba que el pueblo de Judá aprendiera de la triste

experiencia de Israel, pero no fue así. Su mensaje de juicio se entremezcla con la misericordia y la esperanza.

Miqueas presenta a Dios como el Señor soberano de la tierra que controla los destinos de las naciones, incluyendo el de Su pueblo Israel. El Señor soberano puede juzgar a las naciones de la tierra, subyugarlas e incorporarlas a Su reino. Pero este juicio incluye también a Israel, pues el pueblo de Dios ha violado las demandas de Su pacto. El juicio apropiado y exhaustivo del Señor tiene como fin purificar a Su pueblo. Debido a su promesa incondicional a Abraham, el Señor perdonará los pecados de Su pueblo y librerá a un remanente del exilio. Con este remanente formará una nación poderosa bajo el mando del rey mesiánico. Jerusalén, que ha sido tan humillada por las naciones en el pasado, será elevada a un lugar de importancia, y será el centro del reinado de paz mundial del Señor.

La introducción de la profecía de Miqueas (1:2-4) deja en claro que el Dios de Israel es soberano sobre todas las naciones. Usando el lenguaje legal de una corte, el profeta les anuncia a las naciones que “Jehová, el Señor” está por dar testimonio en su contra. Luego describe en vívidas palabras que el Señor descenderá desde los montes a juzgar.

Los tres discursos proféticos se diferencian entre sí por el contenido, el tono en que son pronunciados y en el punto de vista, pero todos tienen cierta conexión interna. Cada división contiene una descripción de la corrupción vigente, un anuncio del juicio inminente y una promesa de un futuro glorioso. Los tres discursos son los siguientes:

1. **El juicio venidero (caps. 1-2)**. Los capítulos 1 y 2 anuncian un juicio general que vendrá sobre Israel y Judá a causa de sus pecados. En el 1:1-7, Miqueas se dirige a la corte y anuncia el veredicto de Jehová contra Israel—el juicio se acerca. Asiria invadió el reino del norte en el 722 antes de Cristo y dejó en ruinas la ciudad capital de Samaria. La idolatría de la nación era mera prostitución contra el Señor, y la infidelidad debía ser juzgada. En Miqueas 1:8-16, el profeta se lamenta y llora por las terribles cosas que le sobrevendrán al pueblo. En el capítulo 1, Miqueas nombra algunos de los pecados, iniciando con la codicia (vv. 1-5), que es idolatría. Los ricos explotaban a los pobres y estaban quedando impunes. Pero cuando viniera el invasor, el límite de nadie sería respetado. Otro pecado era rechazar la Palabra de Dios (vv. 6-11). Los falsos profetas trataron de silenciar a Miqueas porque anunciaba destrucción. Deseaban que diera un mensaje agradable sobre seguridad y fuertes bebidas. Los “predicadores de la prosperidad” suelen ser populares, mientras que los que declaran la Palabra de Dios usualmente son perseguidos. Pero la Palabra de Dios es buena para la vida de quienes hacen el bien y obedecen al Señor. Habían profanado la tierra con su idolatría y prostitución, y ahora la tierra los destruiría a ellos. Dios termina con una promesa de esperanza (vv. 12-13), diciendo que guardará a un remanente y los reunirá en Su reino futuro.
2. **El reino futuro (caps. 3-5)**. El segundo discurso de Miqueas habla del juicio divino sobre los líderes de la nación, los príncipes malvados y los falsos profetas (cap. 3) y anuncia la esperanza futura de un reino mesiánico (caps. 4-5). Con un “¡Oíd!”, Miqueas inicia el

segundo mensaje, dirigido a los líderes. Debido a sus pecados, la nación desobedeció a Dios y eventualmente fue juzgada. Utiliza tres imágenes para describir los pecados. (1) Los cazadores (vv. 1-4): Los líderes, en lugar de cuidar de las personas, las han tratado como animales y las han devorado. Pero vendrá el día en que esos líderes clamarán a Dios y Él no les responderá. (2) Los pastores (vv. 5-7): En lugar de guiar el rebaño por los caminos de Dios, lo han desviado con un mensaje de una falsa paz. Su engaño llevará a la oscuridad y no tendrán esperanza. (2) Los constructores (vv. 8-12): En lugar de construir la ciudad sobre la ley del Señor, han quebrantado la ley y han construido con derramamiento de sangre. ¿Y por qué? Porque desean tener dinero. Pero todo lo que han construido será demolido y su dinero les será inútil. Un líder verdadero protege a su gente, la guía hacia la voluntad de Dios y la sirve sin pensar en el lucro personal. En el capítulo 4, Miqueas nos da una visión del juicio sobre los enemigos de Israel y el establecimiento del reino futuro. Lo hace mediante cuatro imágenes. (1) Una ciudad (vv. 1-5): Aunque Jerusalén va a ser destruida por Babilonia, un día la ciudad será la capital del reino. Será en un tiempo de paz cuando todos los hombres desearán aprender sobre el Señor y caminarán en Sus caminos. (2) Un rebaño (vv. 6-8): El Señor reunirá Su rebaño (el remanente) y cuidará del cojo y del afligido. Su Pastor será su Rey, y Él reinará en justicia. (3) Un nacimiento (vv. 9-10): Así como la mujer embarazada debe dar a luz, así Judá debe ser llevado cautivo a Babilonia. Será un tiempo de dolor, pero al final habrá bendición. Dios promete librarlos y restaurarlos. (4) Una cosecha (vv. 11-13): Vendrá el día en que el pueblo de Dios vencerá a sus enemigos que buscan destruirlo. Será como aventar el grano y el Señor recibirá la cosecha. Por tanto, el capítulo 4, aunque habla de un día malo de lucha y guerra, habla también de un tiempo de paz entre las naciones. Miqueas vio la venida de Cristo a establecer Su reino terrenal entre los hombres. Contrastando con las sórdidas situaciones a su alrededor, a pesar del temor presente de los juicios que vendrán sobre el pueblo de Dios, Miqueas eleva sus ojos y ve una visión brillante de la gloria futura. Miqueas 5 se enfoca en el Libertador de Israel, el Señor Jesucristo. (1) Hay dos ciudades (vv. 1-2): Miqueas hace un contraste entre la gran Jerusalén que experimenta el sitio babilónico, y la humilde Belén, donde ingresará el Eterno para salvar a Su pueblo. El futuro del plan de salvación de Dios yace en la humilde Belén. (2) Dos nacimientos (vv. 3-4): El nacimiento del Mesías traerá esperanza a Israel, pero la nación no lo recibirá. Tiene que cederlos hasta el día en que vuelva a restaurarlos. Su salvación será el nacimiento de una nación y habrá paz hasta los confines de la tierra. (3) Dos victorias (vv. 5-15): El Mesías vencerá a sus enemigos y le dará a Su pueblo victoria (el león) y prosperidad (el rocío). Pero también vencerá sobre Su propio pueblo y los purgará de sus pecados (vv. 10-15). Las cosas en que confiaban serán quitadas—armas, fortalezas, hechicerías e ídolos—y aprenderán a confiar en el Señor.

3. **La invitación de Dios al pueblo para que se vuelva a Él (caps. 6-7).** El ciclo final de Miqueas de los oráculos de juicio y redención, se encuentran en los capítulos 6 y 7. Con términos legales, Miqueas le pide a Dios que se levante y exponga su causa contra el culpable y rebelde. El Señor tenía una controversia con el Judá pecador, pues el pecado siempre provoca tensión entre Dios y el hombre. Dios expone su caso contra Su pueblo mostrándole que sin duda merece el juicio. Esto hace que la gracia de la redención y

purificación sea aún más maravillosa. Dios siempre es fiel para dejar en claro cuáles son los pecados implicados. Razona y les suplica a los pecadores con ternura para que se vuelvan a Él, a fin de que ser justificados y tener nuevamente comunión con Él. La acusación del Señor es que, a pesar de la fidelidad de Dios en la historia de Judá (vv. 3-5) y la simplicidad de sus requerimientos (vv. 6-8), el pueblo ha insistido en seguir oprimiendo viciosamente a los indefensos (vv. 9-12). El resultado es que Dios los privará de esas mismas cosas que procuran obtener (vv. 13-16). Los versículos 6 a 8 del capítulo 6 son probablemente los más conocidos de Miqueas y vale la pena memorizarlos. El profeta proclama un aspecto básico de la religión bíblica. Dios no desea el sacrificio de cosas materiales—ni siquiera del primogénito (vv. 6-7). Lo que pide es que seamos justos y misericordiosos con nuestro prójimo y que vivamos en humilde obediencia a Dios. Este mensaje también lo proclama Jesús (véase Mt. 22:36-40). Los versículos rezan: “¿Con qué me presentaré ante Jehová y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante él con holocausto, con becerros de un año? ¿Se agrada de millares de carneros y o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios”. En el versículo 8, Miqueas responde sus preguntas. En una única oración resume todos los requisitos legales, éticos y espirituales de la verdadera religión y señala las principales enseñanzas de Isaías, Amós y Oseas. Estos requisitos de la verdadera religión pueden ser cumplidos por cualquier persona si así se lo propone. El Señor no requiere de nadie algo que no pueda hacer de inmediato.

En el 6:9-16, Miqueas anuncia que Dios está por dar una última palabra urgente a su pueblo impenitente. Por consiguiente, el profeta les aconseja a los habitantes de Jerusalén, especialmente a los líderes de la ciudad, que escuchen de corazón lo que el Señor desea decirles. En los versículos 9 a 12, se mencionan los pecados del pueblo, que hablan de cómo los ricos de Jerusalén han adquirido su riqueza usando la opresión, el engaño con pesas y medidas deshonestas, la mentira y la fanfarria arrogante. En los versículos 13 a 16, el Señor proclama los principios inmutables de que toda ganancia adquirida por medios malvados se perderá, que la prosperidad erigida sobre la injusticia no perdura, que las comodidades adquiridas mediante la opresión no se disfrutarán por mucho tiempo. La felicidad y el poder que los pecadores buscan siempre los eludirán, porque los medios por los que procuran esas cosas no son congruentes con el fin. El juicio de Dios es una consecuencia inevitable.

En el capítulo 7, tras transmitir fielmente el mensaje de Dios, Miqueas busca en vano en Judá señales de arrepentimiento y reforma. Lo que ve lo llena de tristeza. La respuesta a su predicación es poca y nada favorable. Iguala su ansiosa y defraudada búsqueda de justicia con un hombre, que hambriento de fruto fresco, va a la viña tras la cosecha esperando que por casualidad haya quedado algo de fruto. Descubre que Judá es moralmente estéril. Con todo, Miqueas se niega a darse por vencido. Hace una resolución de tres partes que es especial para los momentos de prueba. En el versículo 7 resuelve (1) tener fe—“mas yo volveré mis ojos”; (2) tener paciencia—“esperaré”; y (3) tener esperanza—“el Dios mío me oirá”. En los versículos 8 a 13, Dios levanta a los que han caído y da luz a los que están en la oscuridad,

incluso si esto significa que deba luchar con el pueblo a causa de sus pecados. Dios hace lo que es mejor. Seamos pacientes porque un día Él vencerá a nuestros enemigos y nos llevará a bendición. En Miqueas 7:14-20, el pueblo de Dios debe confiar con base en la fe en el amor de Dios. Cuando vamos a Él y le confesamos nuestros pecados, Él nos perdona, pone nuestros pecados bajo nuestros enemigos derrotados y los envía al fondo del mar donde no se verán nunca más. Como es granjero, Miqueas sabe cuán básico es el pastor fiel para defender al rebaño. Ora: “Apacienta a tu pueblo con tu cayado, al rebaño de tu heredad que mora solo en la montaña, en campo fértil; que sean apacentados en Basán y Galaad, como en el tiempo pasado” (7:14). La imagen de un Pastor divino da la idea del cuidado personal de Dios para con Su pueblo y sus necesidades individuales. Miqueas se regocija en alabanza por la misericordia perdonadora de Dios. Cuando Dios perdona, el pecado es quitado del pecador de tal forma que jamás será recordado. “¿Qué Dios hay como tú?”, es una pregunta que se repite muchas veces en la Escritura, pero usualmente es para reconocer el poder y la gloria de Dios. Aquí, sin embargo, el profeta busca la gracia y misericordia ilimitadas de Dios hacia los pecadores. El salmo de Miqueas no sólo es para todos los tiempos sino que también es oportuna, porque toca la esencia misma de la salvación pasada, presente y futura. Los hombres de Dios de todas las edades pueden unirse al profeta en su feliz estribillo de la redención. Su salmo habla del mensaje evangélico de esperanza que fue cumplido en la salvación que Cristo proveyó y de la cual Miqueas habla en el versículo 5:2. Una perspectiva sin paralelo de “nuestro incomparable Dios” en respuesta a la pregunta de “¿Qué Dios hay como tú?” es que Él (1) perdona la iniquidad y la transgresión (v. 18), (2) provee misericordia y compasión (vv. 18-19), (3) provee poder sobre el pecado (v. 19) y (4) cumple Sus promesas antiguas (v. 20). De esta manera Dios es fiel a Jacob y a la promesa que le hizo a Abraham de que sus descendientes serían el pueblo de Dios.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 5

1. ¿Cuáles son los tres mensajes proféticos de Miqueas?
2. ¿Cuáles son las tres imágenes que describen los pecados de la nación y qué significan?
3. ¿Cuáles son las cualidades de un verdadero líder?
4. ¿Cuáles son las cuatro imágenes que da Miqueas del juicio sobre los enemigos de Israel y el establecimiento del reino futuro?
5. ¿Qué vio Miqueas en cuanto a la venida de Cristo?
6. ¿Qué contrastes da Miqueas sobre el Redentor, el Señor Jesucristo?
7. ¿En qué sola oración resumió Miqueas las enseñanzas de Isaías, Amós y Oseas, y qué significa?
8. ¿Cuál fue la solución tripartita que dio Miqueas especialmente para los momentos de prueba?
9. ¿Qué ocurre cuando el pueblo de Dios tiene una confianza basada en la fe en el amor de Dios?
10. ¿Cuál es la perspectiva sin paralelo de “nuestro incomparable Dios” que responde a la pregunta de “¿qué Dios hay como tú?”

NOTAS DE LA LECCIÓN 6

Isaías: El profeta por excelencia

REFERENCIA: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

A Isaías con frecuencia se le llama “el príncipe de los profetas” debido al ritmo majestuoso de su libro y a la poderosa manera en que trata los temas de la justicia y la redención, que culminan con las grandes profecías del Mesías y la era mesiánica. El nombre “Isaías” significa “salvación de Jehová”. En el primer versículo del libro se menciona que el autor es Isaías, hijo de Amoz. No hay ni siquiera una alusión a que haya sido otra persona. Es más, el trabajo ha sido una única unidad desde al menos el año 150 antes de Cristo (que es la fecha de la copia más antigua conocida). La iglesia ha concluido, por consiguiente, que el libro entero es obra de Isaías, obra que escribió a lo largo de su vida (entre los años 760 y 695 a.C.). A partir del año 750 antes de Cristo el reino de Judá no logró escabullirse de la mirada de los grandes imperios. Primero vino Asiria (750-609 a.C.), que es hoy el norte de Irán. Luego vino Babilonia (609-539 a.C.), que es hoy el sur de Irak. Luego vino Persia (539-333 a.C.), que es el Irán moderno. Y finalmente vino Grecia en la persona de Alejandro Magno, seguido brevemente por sus sucesores, Egipto primero y luego Siria (333-169 a.C.). Isaías pavimentó el camino para que la fe de Judá pudiera sobrevivir a estas invasiones. Durante su vida, la amenaza fue Asiria, e Isaías tuvo que hablarles con fuerza al pueblo y a sus reyes pues tendían a confiar en sus maniobras políticas y militares en lugar de en la gracia y el poder de Dios. Pero el profeta previó que habría imperios aún más poderosos que Asiria. Así que se dedicó a demostrar que Dios—el Dios de Judá—era superior a todos esos imperios, los cuales vendrían y partirían según Él lo mandara. Es más, Isaías argumentó que al final el mundo no sería gobernado por la fuerza bruta, la arrogancia o la pompa real, sino por la fe, la simplicidad y la pureza del Hijo de Dios.

El libro de Isaías se puede comparar a toda la Biblia porque tiene dos partes, algo así como dos testamentos. En la sección del Antiguo Testamento (caps. 1-39) el profeta condena los pecados de Judá y advierte que vendrá un juicio. La formalidad y el legalismo ha drenado la fuerza de la religión de los judíos y el llamado vibrante de Isaías a la sinceridad y a la verdadera espiritualidad es uno de los puntos sobresalientes de la literatura profética. En la sección del Nuevo Testamento (caps. 40-66), también conocida como “el Libro de la Consolación”, Isaías profetiza que Judá será liberada del cautiverio babilónico. En ambas secciones, el profeta anuncia que Dios establecerá un reino glorioso. La primera sección destaca primordialmente la ley y la condenación, mientras que en la segunda sección se enfatizan la gracia y la gloria de la redención. “El Santo de Israel” es uno de los nombres favoritos de Isaías para el Señor.

El profeta habla de cuatro tipos de salvación: (1) la salvación nacional de Judá de los ataques de otras naciones; (2) la salvación de Judá del cautiverio babilónico; (3) la futura salvación de

los judíos cuando su reino sea restablecido; y (4) la salvación personal del pecador que pone su fe en el Redentor.

Un esbozo excelente del contenido de Isaías dice que el libro es una unidad teológica, y el tema que permite esa unidad es la servitud. Los siervos de Dios deben tener una visión de la grandeza trascendente de Dios para poder confiar en Él. Dios es merecedor de toda confianza, incluso frente a las amenazas de los imperios humanos. Pero el que podamos confiar en Él no significa que necesariamente lo haremos. Un siervo debe sentirse motivado a servir. Las marcas de la servitud en los capítulos 55 y 56 son el abandono de uno mismo y un sentido de justicia dado por Dios.

Primera sección

Capítulo 1. Los capítulos 1 al 12 giran alrededor de grandes eventos históricos que ocurrieron en la segunda mitad del siglo 8 antes de Cristo y por eso, aparecen en muchas profecías de la redención y la liberación que ven en la venida del Mesías su cumplimiento. El profeta inicia mencionando el tema y el tiempo de su libro. El tema es Judá y Jerusalén y se ha dicho que este tema doble es el principal en los capítulos 40 a 66, así como en los capítulos 1 a 39, y que alude constantemente a toda la nación de Israel. Invoca a que cielo y tierra sean testigos de lo que el Señor ha dicho, así como hizo Moisés en Deuteronomio 32:1, y al igual que Moisés, denuncia los malos caminos del pueblo de Dios. Dios ha sido para Israel un Padre, los ha nutrido (es decir, los ha hecho grandes, como en el crecimiento natural) y los ha criado, pero ellos se han apartado de Él. Israel es Su hijo descarriado. Externamente, la nación parece próspera e incluso religiosa, pero Dios ve un cuadro distinto. Su pueblo es rebelde e inferior a los animales (vv. 1-3). Está enfermo de pecado, como un leproso (vv. 4-6) y su ciudad es como otra Sodoma y Gomorra (vv. 7-9). Pero Dios promete que siempre habrá un remanente, tanto entonces como en el día de la “tribulación de Jacob”, así como en la Iglesia en los días del gran alejamiento. Las populares reuniones religiosas son inútiles y cargan al Señor (vv. 10-15). La respuesta de Dios a esta hipocresía religiosa viene en tres partes: (1) “cansado estoy de soportarlas” (v. 14), (2) “esconderé de vosotros mis ojos” (v. 15), y (3) “no oiré” (v. 15). Los versículos 16 a 18 son un llamado al arrepentimiento. Es preferible un comportamiento que el ritual. El versículo 18 es una promesa que evidencia que la salvación no se puede divorciar de la limpieza de la santificación. “Venid, luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” El arrepentimiento y la gracia ofrecida generan bendiciones. La falta de arrepentimiento y la desobediencia acarrearán juicio. Dios se lamenta de la condición apóstata de Judá y promete liberación y juicio. Debido a que Judá se niega a escuchar, su destrucción es certera. Pero el propósito de Dios al juzgar es restaurar mediante la limpieza del pecado y una condición verdadera de justicia.

Capítulo 2. Las palabras que abren este capítulo resumen lo que el profeta ha dicho al inicio del versículo 1:1, pero ahora presenta el tema de los capítulos 2 a 5. En el 1:1 habla de que ha tenido una visión, ahora habla de que ve una palabra. Esto señala que la comunicación es algo sobrenatural. Cuando los hombres se hablan entre sí, escuchan; la palabra de Dios se ve. Esto

sugiere dos cosas: primero, que la palabra de Dios es “viva”, y su efecto energizante imparte una revelación que es imposible a la mente meramente natural; y segundo, la mente debe estar preparada y calificada para comprender inteligentemente lo que Dios tiene que revelar. Ver la palabra lleva a una visión de la gloria del Señor en el capítulo 6. En el capítulo 1, la justicia de Dios trata la misericordia rechazada; en el 2:5, la misericordia de Dios restaura la santidad. Por tanto, la profecía inicia no con una denuncia del pecado (que se renueva en el versículo 6), sino con la promesa de la bendición: “al final de los tiempos”. Por tanto, tenemos aquí una profecía que concierne al reino del milenio cuando habrá grandes en la actitud de las naciones: (1) las naciones le pedirán al Israel redimido que les enseñe los caminos del Señor (vv. 2-3) y (2) la guerra cesará y las armas de la guerra se convertirán en instrumentos para arar la tierra (v. 4). En el versículo 5 el profeta irrumpe en un grito pidiéndole a Israel que pase a la luz del Señor—en vista del futuro prometido—y se vuelva de sus malos caminos dejando atrás las malas prácticas de las naciones paganas. Los versículos 6 a 9 dicen que Israel ha dejado valores espirituales y eternos para ser del mundo. En los versículos 10 a 22 el profeta pasa de las circunstancias inmediatas a predecir el juicio que vendrá y establecerá el reino del milenio. El Señor, cuya presencia “es temible” (v. 10), les pedirá cuentas a los malvados de la tierra. Los que en su orgullo han desafiado el gobierno de Dios sabrán que Dios es Dios, Rey de reyes y Señor de señores. Dios hará que la tierra convulsione y aquellos que no hayan querido reverenciarlo, llenos de temor tratarán de esconderse en las cuevas y aberturas de la tierra. Lo que para ellos era confiable será desechado como algo sin valor. En el versículo 22, “el hombre” es quizás “el hombre de pecado”, es decir, el hombre pecador personificado en el anticristo y su sistema.

Capítulos 3 y 4. En el 3:1-3, Dios retiene las bendiciones debido al pecado de Israel. (1) Porque han preferido lo material en vez de lo espiritual, Dios les quitará el pan, es decir, la satisfacción material. (2) Porque han confiado en la sabiduría de los hombres en lugar de en Dios, Él los dejará a su propia suerte. (3) Como resultado final, la sabiduría de los gobernantes será como la de los infantes y niños. En el 3:5-7, rechazan la ley de Dios, así que Dios los entregará a un estado sin ley. En el 3:8 el resultado es la ruina y en el 3:9-12 el pecado pierde su sentido de pecaminosidad y ya no genera vergüenza. En los versículos 13-15, Dios se levanta para juzgar el pecado y el orgullo de los líderes y gobernantes que oprimen al pueblo y lo llevan a pecar. En los versículos 16-24, Dios acusa a la clase gobernante por su orgullo, que se evidencia en mujeres necias. El pecado es el orgullo—que utiliza medios legítimos e ilegítimos para expresarse. En los versículos 25-25, vemos el juicio. El primer versículo del capítulo 4 habla de los resultados del juicio de los hombres que han caído en la batalla y en el 4:2-6 está el segundo de los pasajes que habla del futuro, cuando “el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria”.

Capítulo 5. Este capítulo es una alegoría de Judá, la “viña infiel” de Dios y el juicio que le sobrevendrá. Este capítulo vuelve los ojos al día en que el remanente de Israel regresará a Jesucristo y será purificado. En el 5:5 se nos recuerda cuál es la intención de Dios: darnos bendiciones y protección.

Capítulo 6. Habla del año en que muere el rey Uzías tras haber reinado cincuenta y dos años

(809-758 a.C.). Este extenso período fue, para el reino de Judá, fue igual que el período más corto de Salomón (40 años) en Israel: un tiempo de vigorosa y próspera paz que le permitió a la nación abundar en manifestaciones del amor divino. Pero las riquezas de la bondad de Dios no influyeron más en ese tiempo que los problemas por los que habían atravesado antes. Y ahora ocurre un cambio en la relación entre Israel y Jehová, para el cual Isaías ha sido escogido como instrumento desde antes y por encima de los demás profetas. El año en que esto ocurre es el año de la muerte de Uzías. Fue en este año cuando Israel, como pueblo, endureció el corazón y, como reino y país, fue devastado y destruido por el poder imperial del mundo (5:24-25). Qué significativo es el hecho, como observa Jerónimo en relación con este pasaje, que en el año de la muerte de Uzías sea el año en que nació Rómulo, y que fue sólo un poco de tiempo después de la muerte de Uzías (es decir, Jerusalén cayó en el 582 y Samaria en el 722) que según la cronología de Varro, en el 754 antes de Cristo, ¡se fundó Roma! La gloria nacional de Israel murió con el rey Uzías y hasta el día de hoy jamás ha vuelto a revivir. La referencia al continuo endurecimiento en los versículos 9-10, y la disolución resultante que viene con la promesa de un remanente componen una profecía que llegó hasta el tiempo de Jesús. Para hablar del endurecimiento y el rechazo, Jesús citó de esta profecía en sus parábolas sobre el reino de los cielos (Mt. 13:13-16, véase también Jn. 12:37-41). En el versículo 41, Jesús se identifica a Sí mismo como Aquel cuya gloria vio Isaías. Este capítulo 5 tiene gran importancia: (1) es el año en que muere el rey Uzías (754 a.C.), (2) es el catorceavo año de jubileo—Israel había estado en Canaán por 700 años; (3) el reino de Uzías marca el fin de un largo y próspero año en Judá, que no correspondió al regalo de amor de Dios; (4) el reino de Uzías concluye con el juicio por su pecado personal, pues su corazón se ha llenado de orgullo—se cree que utilizó los objetos sagrados en forma irreverente—por lo cual contrae lepra, es decir, se llena de pecado; (5) la súplica personal de Uzías se parece a la que solía hacer Judá. La nación también era leprosa espiritualmente debido al orgullo y al pecado de presunción y en el 5:24-25, así como en el 6:9-12, leemos la sentencia de muerte que se dicta en su contra en cuanto a su gloria y lugar entre las naciones. Está destinada a caer, pero Dios conservará un remanente. Lo que el profeta vio fue: (1) la santidad de Dios en Su gloria; (2) su propio corazón es impuro ante la santidad de Dios—los que están a su alrededor son como él, pero eso no lo consuela; (3) escucha el llamado de Dios de transmitir el único mensaje que librerá al hombre del justo juicio de Dios.

Capítulos 7-9. Estos capítulos son “la consolación de lo inmoral en medio de las opresiones asirias”. En 2 Reyes vemos que Asiria empieza a surgir como un gran imperio y se convierte en una amenaza para todas las naciones circundantes, incluyendo Siria e Israel. Por eso los reyes de las naciones forman una confederación contra Asiria en la cual Acáz, rey de Judá, se niega a participar. Por tanto, Judá es atacado por Rezín y Peka, reyes de Siria e Israel respectivamente. Notemos que las ciudades capitales de estos dos reinos se usan como sinónimos de los reyes. Notemos también que Efraín, la tribu más grande y líder de Israel en el reino del norte, es también el nombre que se usa para toda la nación. Debemos ver también la condición moral de Judá en ese tiempo, que se describe en 2 Crónicas 28, especialmente en el 28:19. Dios ha permitido que todos los enemigos de Judá lo ataquen debido a su idolatría. Sin embargo, porque Dios le había hecho promesas a David y porque desea conservar un remanente, Dios no les permite a Siria e Israel destruir Jerusalén en ese momento. Por consiguiente, Dios envía a Isaías con un mensaje de esperanza y ayuda (7:7.11). Acáz,

haciendo un falso alarde de piedad, rechaza el ofrecimiento de Dios en cuanto a la liberación de Judá. Es en esta persistente incredulidad de Judá, representada en la actitud de Acáz, que Dios revela nuevamente su maravillosa gracia hacia el hombre caído y da su primera gran Promesa Mesíasica en el 7:13-14. Acáz rechaza el camino de Dios y no cree en la profecía que habla de la derrota de las dos naciones enemigas. Se nos dice en 2 Reyes 16:7-9 que Acáz le pide ayuda a Teglafalasar, rey de Asiria, quien viene en su ayuda y ataca e invade Damasco (v. 9), y mata al rey Rezín. Peka, rey de Israel, es asesinado por Oseas en una conspiración (2 R. 15:39) quien asume el trono de Israel (17:1). Salmanasar, sucesor de Teglafalasar en Asiria, ataca a Israel y hace de Oseas un rey vasallo. Más tarde Oseas intenta aliarse a Egipto, pero es destronado y puesto en prisión, y Samaria es vencida y llevada cautiva a Asiria (2 R. 3-7). Los resultados de la estrategia de Acáz de pedir ayuda a Asiria llevan a la derrota primero de Siria e Israel y luego del mismo Judá. Esto aparece en Isaías 7:17 al 8:1-10. Los últimos versículos (21-22) del capítulo 8 hablan de la noche de dolor que vivirá la nación incrédula. El pueblo llegará a tal punto de sufrimiento por la opresión asiria, que vagará por la tierra vencido por su duro destino. Tendrá hambre porque todas las provisiones habrán cesado y los campos y viñedos estarán desolados—“se enojarán”. Maldecirá a su rey, a sus ídolos y a su Dios, pero de nada le servirá, porque no tendrá conciencia de que su dolor fue provocado por pecar y desobedecer a Dios. El versículo 22 revela su búsqueda infructuosa por todas partes: “Y mirarán a la tierra, y he aquí tribulación y tinieblas, oscuridad y angustia; y quedarán sumidos en las tinieblas.” ¡Este sí es un cuadro de desesperanza! Después de que el profeta ha retratado de esta forma al pueblo que no verá el amanecer, explica por qué puede aún esperar una restauración luminosa, aunque no sea en la generación presente. En el 9:1 la palabra “mas” contrasta con esa oscuridad. Dios proveerá una luz si la nación rebelde la recibe. Aquí, nuevamente, la profecía pasa inmediatamente de las calamidades provocadas por la invasión a la luz brillante del Cristo encarnado entre el pueblo, especialmente en Galilea. Ese distrito, la región de Zabulón y Neftalí, van a ser invadidos por los sirios y luego los asirios. Pero a diferencia del pasado lleno de dolor, “al fin” Dios traerá gloria (a la región). En el versículo 2 leemos: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos”. El tiempo que se usa en el original es el presente profético. El cumplimiento de esto está en Mateo 4:12-25. También Juan 2:1-11 registra que la luz brilló en Caná de Galilea. Desde este punto hasta el versículo 7, la profecía abarca otro intervalo y llega a la derrota del anticristo, el opresor, y al establecimiento del reino mesiánico lleno de paz y justicia. El versículo 4 habla de ese futuro evento como una certeza garantizada. El pronombre posesivo “su” se utiliza en este versículo tres veces en referencia a Israel—“su pesado yugo, la vara de su hombro, el centro de su opresor”. El “día de Madián” muestra que así como Dios salvó a Su pueblo en el día de Gedeón, no por fuerza militar sino por Su poder, así lo hará nuevamente pues la nación volverá a ser extremadamente débil. El versículo 5 habla de la gran batalla entre los malos y el Dios de justicia, de la cual todas las batallas del pasado son en cierta forma una sombra. Los instrumentos de guerra los lleva el guerrero “en el tumulto de la batalla” (Jl. 3:9-14, Zac. 14:3). Las ropas revolcadas en sangre “serán quemadas” y serán “pasto del fuego”. Todas estas cosas retratan que el gran conflicto cesará con una imponente victoria. Pero esta victoria, esta liberación y gozo, se basan en el nacimiento de Cristo. El versículo 6 es una extensión del significado de “Emanuel” en el 7:14, donde se dice que Cristo será señal, pero ahora es un regalo: “Porque un niño nos es nacido”. Es Aquel que llegará a ser

un hombre calificado para ejercer el poder y revelar Su naturaleza y carácter: “El principado sobre sus hombros”. El versículo 7 aclara más allá de toda duda que la segunda venida de Cristo y la consumación de Su obra redentora están a la vista. Se dice específicamente cómo sucederán. El fuerte celo del Señor de las huestes tiene dos fines. Uno, es fuego indignado contra todos los que maltratan a Su pueblo escogido en la tierra, y segundo, es fuego que quema con tal amor por ellos y con tal celo por sus batallas que forzosamente consumirá a todo infiel que haya entre ellos. La promesa de los versículos 6 y 7 es seguida de los versículos 8 al 10:4 donde se denuncia el mal y se advierte del juicio venidero (así como es el caso después de la promesa del 7:14). La nación debe recordar una y otra vez que su condición es tal que todo mal y los consecuentes problemas y oscuridad van a llegar a un clímax antes de que puedan venir la bendición y la luz prometidas. Notemos la frase en la última parte del versículo 12, que nos devuelve al 5:25, a la parábola en la viña, cuando Dios rechaza al pueblo rebelde: “Por esta causa se encendió el furor de Jehová contra su pueblo, y extendió contra él su mano”. Estas mismas palabras las encontramos en los versículos 17, 21 y en el 10:5, donde Dios repite cinco veces que ha determinado juzgar. Los versículos 19-21 hablan de las consecuencias del juicio divino—oscuridad, nadie tendrá piedad del prójimo, una guerra civil llena de crueldad, hambre y autodestrucción.

Capítulo 10. Los versículos 1-4 continúan con advertencias de parte de Dios. Los versículos 5-19 ejemplifican vigorosamente cómo Dios usa a las naciones gentiles para castigar a Su pueblo en la tierra, permitiéndoles tener un alto grado de dominación. Por su parte, esas naciones se han enorgullecido creyendo que su poder se debe a sus propios méritos, por lo cual serán retribuidos con juicio por parte del Señor. Ese es el caso de Asiria, “vara y bastón de mi furor”, “nación pérfida”, “pueblo de mi ira”. Los versículos 7-11 y 13-14 muestran cómo se enorgullece Asiria y cómo está determinada a fundar un imperio universal. Así han sido los tiranos y sus estrategias, y así será el hombre de pecado, que alcanzará mucho más éxito que todos sus predecesores. Aunque el juicio de Dios será completo, el remanente de Israel (el “Sear-jasub” del 7:3) no debe confiar más en el poder de los gentiles (los asirios) que lo han atacado, sino que debe confiar sólo en Dios (vv. 20-21). El resto de este capítulo es una predicción de menciona detalles reales de la invasión asiria y la derrota del invasor. Dios derrotará al arrogante y lo hará caer como un cedro del Líbano. La lección es que una vez la herramienta ha cumplido su fin, debe ser puesta a un lado. Dios humilla a los mortales orgullosos y blasfemos, como hizo con Senaquerib.

Capítulo 11. En contraste con el cierre del capítulo 10, el capítulo 11 ofrece una tercera imagen mesiánica. La primera es la profecía de Emanuel en el capítulo 7; la segunda, el admirable consejero en el capítulo 9, y ahora viene al gran antitipo de Melquisedec, rey de justicia y paz. Es la vara de justicia de Dios, que contrasta con la vara de ira de Asiria. Es un contraste entre el orgulloso cedro del Líbano y una rama de un tronco cortado, una rama de sus raíces. El primero simboliza a Asiria y su modelo final, el anticristo. El segundo describe a Cristo, Su humilde nacimiento, Su crecimiento bajo el beneplácito de Jehová, y eventualmente Su gran poder para vencer todos los poderes del mal, incluyendo la misma personificación del mal en el hijo de pecado, y Su reino lleno de justicia y paz. El versículo 2 habla de sus calidades: “Y reposará sobre él el espíritu de Jehová”. En este versículo se mencionan las tres personas de la

Trinidad, y las siete manifestaciones de la plenitud del Espíritu divino. El resto del capítulo habla directamente de los sucesos relacionados con la segunda venida de Cristo. Él juzgará a los malos y esto desencadenará paz y grandes cambios en el reino del milenio. El versículo 10 identifica de nuevo a Cristo como la raíz de Isaí; por Su humanidad y el parentesco con Israel y toda la humanidad Él puede ser nuestro Redentor. Como Señor glorificado reunirá a Su pueblo de todos los confines de la tierra para llevarlo al lugar del descanso glorioso donde no habrá más guerra ni división. Habrá cambios geográficos que serán para el bienestar de Israel. El mar entre Egipto y Arabia será destruido (“levantará pendón”) y el río Éufrates será dividido en siete brazos pequeños. Y habrá un camino transitable desde Egipto hasta Siria (v.16).

Capítulo 12. Este capítulo es el canto de alabanza de la nación redimida porque ha iniciado el reino milenar del Mesías Libertador, después de vencer a los enemigos anticristianos. Este canto es la contraparte terrenal de la doxología celestial que se canta antes de los juicios que preceden a la derrota y ocurren mientras ésta se desarrolla (Ap. 5:9-10, 12-13, 15:3-4), y como contraparte inmediata de la doxología de Apocalipsis 19:6-7.

Los capítulos 13 a 27 hablan de los juicios de las naciones cerca de Palestina y cada uno inicia con la frase “Profecía sobre...”. El primer nombre es Babilonia y se predice la caída de Nabucodonosor con una asombrosa meticulosidad en los capítulos 13 y 14, unos 150 años antes de que ocurriera en verdad. En los capítulos 15 y 16 se predice la destrucción de Moab, tres años antes de que ocurriera; y en los capítulos 17 a 23 se menciona la caída de Damasco, Egipto, Edom, Arabia y Tiro.

Capítulos 13-14. Estos capítulos hablan de la caída de Babilonia. En el tiempo de Isaías, como hemos visto ya, el imperio asirio dominaba el mundo y Babilonia estaba bajo su mando. No fue sino hasta el año 612 antes de Cristo, cien años después de la profecía, que los babilonios vencieron a los asirios y subieron al poder. Con el tiempo, los mismos babilonios se convirtieron en gobernantes indiferentes, de manera que fueron vencidos en el 538 antes de Cristo por los medos y persas, bajo el mando de su rey Ciro. En esta profecía, por tanto, Isaías, con los ojos hacia el futuro, predice la caída de Babilonia casi doscientos años antes de que ocurriera.

Capítulos 15-16. Estos dos capítulos contienen la profecía contra Moab. Isaías se lamenta de su destino (v. 5a). En Jeremías 48 se dan más detalles de algunas de las declaraciones que Isaías hace aquí. Jeremías 48:47 cierra con una promesa de restauración: “Pero haré volver a los cautivos de Moab al final de los tiempos, dice Jehová”. En Isaías 15:5, se describe a Zoar, una fortaleza del sur, como una “novilla de tres años”, es decir, como un torete en la plenitud de sus poderes (Jer. 46:20, 50:11). A esta fortaleza sin conquistar huirán los habitantes de Moab para escapar del enemigo que viene del norte.

Capítulo 16. En el versículo 1, “el señor de la tierra” es el que ocupa el trono de David, a quien Moab, representado por Sela, le paga corderos como tributo. Este tributo ha sido enviado a Samaria (2 R. 3:4) y ahora los corderos deben enviarse a Israel; así será el tributo de los gentiles cuando Cristo venga a liberar a Israel (v. 5). La exhortación a Moab es que refugie a

los desterrados de Israel, es decir, al remanente de Dios, y esto tiene un profundo significado profético. El tiempo indicado es la futura gran tribulación, el tiempo de la prueba de Jacob (vv. 2-4). En el tiempo de la batalla de Armagedón, la tribu del norte pasará por Palestina, “el cordero glorioso”. De camino a la conquista de Egipto, serán liberados Edom, Moab y Amón (Dn. 11:41). Satanás acicateará al anticristo para que anime a los ejércitos del poder romano a exterminar al pueblo judío, particularmente al remanente de Dios. Pero el remanente huirá a los montes de Moab desde Jerusalén, cumpliendo la palabra del Señor en Mateo 24:16 donde dice que huirán de Jerusalén hacia las montañas. Deben ser cuidados y nutridos por estos tres años y medio (Ap. 12:6,14). La serpiente provocará una inundación, lo cual simboliza quizás una expedición militar para destruirlos (Ap. 12:15), pero la tierra (probablemente la región desértica entre Palestina y las montañas) se tragará a ese ejército. La característica arenosa del distrito perfectamente puede hacer que esto sea así. Petra será refugio para miles de estos judíos errantes, que han sido elegidos para conformar el núcleo mismo de la raza cuando Cristo vuelva en gloria (Is. 16:3-4). David llevó a su padre y a su madre a Moab para protegerlos de Saúl (1 S. 22:3) y esto es una especie de predicción de la salvación de aquellos que serán los padres del nuevo Israel durante el tiempo del anticristo. Isaías 16:6-14 vuelve a la destrucción de Moab, que le sobrevendrá por causa de su orgullo, ira y mentira (Jer. 48:29). En los versículos 12-14, Moab ora a su ídolo y eso no le sirve de nada. El juicio vendrá a los tres años, “como los años de un jornalero”, es decir, exactamente en el tiempo predicho, pues un jornalero no puede tener un período mayor y su patrono no le permitirá irse antes.

Capítulo 17. Este capítulo contiene un pequeño oráculo sobre Damasco y luego sigue con el juicio sobre Israel, especialmente sobre Efraín, que se ha aliado a Damasco en contra de Judá. Sólo quedará un remanente (vv. 4-6) que le será fiel a Dios (v. 7) y abandonará la idolatría (v. 8). De nuevo, en consonancia con el principio profético, el oráculo apunta a un tiempo futuro (vv. 12-14) cuando las naciones, como fuertes aguas, se reunirán “contra Jehová y contra Su ungido” (Sal. 2:2), sólo para ser aventados como paja, como “torbellino delante de la tormenta” (Is. 17:13).

Capítulo 18. El inicio de este capítulo se entiende mejor si se relaciona con el hecho de que Asiria era una amenaza para las naciones. La interjección “¡ay!” expresa el llamado a escuchar la palabra de Dios. La tierra mencionada está más allá de los ríos de Etiopía, así que debe ser entendida como una región fuera de las actividades de la tierra, dominada por los poderes que han atacado o atacarán a Israel y a las naciones circundantes. En el versículo 2 se menciona a Israel—“de elevada estatura y piel brillante” a quien las naciones deben llevarle mensajes. Esta naciones también participarán en recoger a los desterrados errantes del pueblo de Dios (véase el 11:12) en el tiempo en que aparezca una insignia en la montaña. El versículo 7, “en aquel tiempo” indica el tiempo en que Dios reunirá a Su pueblo al inicio del reino milenar.

Capítulo 19. Incluye una profecía sobre Egipto. “Jehová monta sobre una ligera nube” significa que Él está por mostrar su juicio. El versículo 2 habla de una guerra cruel que arruinará la nación. Debido a la idolatría y a la hechicería, Egipto caerá en manos de un amo cruel, que no será un poder extranjero sino el mismo monarca egipcio, como lo fue, por ejemplo, el faraón Neco. Notemos que la frase “en aquel tiempo” aparece cinco veces (vv. 16, 18, 19, 23 y 24).

Capítulo 20. Aquí regresamos a la conquista de Egipto a manos de Asiria. Como Filistea se ha aliado con Egipto, Tartán, el comandante en jefe de Senaquerib, ha dominado de paso a ese país (representado por Asdod) (v. 1). Isaías mismo fue nombrado como señal de la cercana caída de Egipto y Etiopía. La “costa” en el versículo 6 representa toda Palestina.

Capítulo 21. En el capítulo 20, Isaías nos recuerda que aquellos que están destinados al cautiverio no pueden salvar a los demás. Caminar descalzo (20:2.3) y desnudo para representar al que está en prueba, es una advertencia de lo inútil que Judá espere ayuda de parte de Egipto. En este capítulo, Isaías ve la destrucción de Babilonia (“el desierto del mar”) a manos de los medas y persas (v. 2). Y el sufrimiento y la destrucción son tan severos que la visión afecta a Isaías como si fuera una mujer en labor de parto (v. 3). En los versículos 6-9, Dios le dice a su mensajero Isaías que disponga su alma como atalaya e informe sobre lo que ve. Y lo que ve es una compañía de jinetes que vienen en parejas, seguidos de tropas de camellos y asnos. Escucha el rugido del león, que quizás es señal de horror y de la vulnerabilidad cuando el enemigo desciende sobre ellos. En el versículo 10, Isaías regresa al sufrimiento de su propio pueblo, que será como grano trillado y aventado. En los versículos 11-12, el profeta escucha que alguien llama repetidamente a escapar del Monte Seir hacia la tierra de los edomitas—“Guarda, ¿qué de la noche?”, a lo que él responde: “La mañana viene y después la noche”. “Duma” significa silencio, y se puede casi interpretar como el silencio de la muerte. Esta tierra puede lanzar preguntas una y otra vez, pero aún será de noche: “Para Israel y para el mundo la mañana vendrá cuando amanezca el milenio, pero antes del día del Señor será la noche de la gran tribulación.”

Capítulo 22. En los versículos 1-7 el profeta exhorta a los que se han dado a la fiesta y la lujuria pues se apoyan en una falsa seguridad. El profeta sabe que el haberse librado del peligro inminente es algo temporal. Es el tiempo (probablemente el año 701 a.C.) en que Senaquerib ha dejado de sitiar Jerusalén (2 R. 18:13-16) luego de haber derrotado a los egipcios en Elteque, pero luego volverá a sitiar a Ekrón, y al finalmente Jerusalén será vencida y caerá. En los versículos 8-11 se describe lo que ocurrió en el tiempo de Ezequías (2 R. 20:12-21, 2 Cr. 32:2-7, 30). Aunque Dios bendijo los esfuerzos de Ezequías, éste tramó sus propios planes y el pueblo vivía en tal estado de apostasía que Dios no podía dejar de purgar su iniquidad (v. 14). El pueblo no tenía intención alguna de buscar a Dios. Como suelen hacer los seres humanos cuando se apoyan en falsas seguridades, cuando el profeta los llamó al arrepentimiento, desoyeron por completo la advertencia del juicio y la destrucción inminente. En los versículos 15-25 vemos otras advertencias y una promesa. Se habla de Sebna, que ocupaba el puesto de tesorero en la casa del rey, quien era un mayordomo infiel y además había perdido el favor del rey por haberle aconsejado que confiara en la ayuda de Egipto. Ahora Egipto había sido vencido. Sebna representa al que edifica para sí la tumba pomposa de un rey en un intento de perpetuar su nombre. Su plan lo trama con arrogancia, y las palabras del profeta muestran el disgusto que siente Dios por ello. Por eso Sebna no será enterrado en una tumba sino que irá cautivo y morirá en infamia. El lugar de Sebna será ocupado por Eliaquim, que significa “Dios establecerá”. Eliaquim será investido con la autoridad de quien ocupa su lugar por derecho, y será fiel a las riquezas que se le encomienden. Tendrá la “llave de la casa de David sobre su

hombro”. A diferencia del infiel Sebna, Eliaquim sí será fiel y confiable. Representa la autoridad divina: “abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá” (v. 6). “Lo hincaré como un clavo en lugar firme y será motivo de honra”. La referencia a este pasaje en Apocalipsis 1:18 y 3:7-8 deja en claro que la llave y la autoridad son modelos de la autoridad de Cristo que trasciende el poder de la muerte y siempre acaba con todo poder humano. Jesús declara que Él tiene las llaves de la autoridad ya que vive y vivirá por siempre. Aunque estuvo muerto, vive, y es ahora el alfa y la omega, y vivirá por siempre. Su autoridad es sobre la muerte y el Hades. Como redentor y gran cabeza de la iglesia, ha abierto una puerta para que Su iglesia evangelice, puerta que nadie puede cerrar. Su gloria y Su honor y los de aquellos que confían en Él y lo obedecen, no pueden ser detenidos por la muerte, pues Él es la resurrección y la vida y porta las llaves de la vida y la muerte en su cinto desde la mañana de la resurrección. Nadie que confíe en Él será confundido jamás.

Capítulo 23. “El orgullo del poder pagano cierra la serie de profecías contra las naciones que se inició con la profecía sobre Babilonia. Babilonia era la ciudad donde residía el poder imperial del mundo; Tiro era la ciudad del comercio mundial. La primera sometió a las naciones con brazo de hierro y aseguró su dominio mediante la deportación; la segunda obtuvo posesión de los tesoros de las naciones en la manera más pacífica posible y aseguró su ventaja mediante colonias y fábricas. En el versículo 9, Tiro es un ejemplo del propósito divino en cuanto a las potencias que se glorían de sus proezas y de haber alcanzado poder y dominio. En el versículo 15, los asirios son seguidos por los caldeos (v. 13), quienes asolan Tiro y la llevan a la ruina (Ez. 29:17-18). Durante los setenta años de la dominación caldea (Jer. 25:9, 11; 29:10) Tiro es olvidada. El versículo 18 es el cumplimiento de lo predicho, que Tiro y Sidón ayudarían a construir el templo luego del cautiverio (Esd. 3:7).

En los capítulos 24-27 se habla del juicio mundial de las naciones del Cercano Oriente, pero al pueblo de Judá se le urge a confiar “en Jehová perpetuamente, porque en Jehová, el Señor, está la fortaleza de los siglos”. Dios permitirá que llegue el día “cuando Jacob echará raíces, florecerá y echará renuevos Israel, y la faz del mundo se llenará de fruto”. El ciclo de profecías que comienza aquí no tiene otro paralelo en el Antiguo Testamento, excepto quizás en Zacarías 9-14. Ambas secciones son completamente escatológicas y apócrifas en su naturaleza, y parten de circunstancias históricas aparentemente definidas, que sin embargo, desaparecen como una nubecilla tan pronto uno intenta seguirlas y atraparlas. Por la simple razón de que el profeta se basa en ideas radicales, esas profecías van más allá de su forma histórica externa y sirven de emblemas para los eventos lejanos de los últimos días. Por su misma naturaleza, no sorprende que muchos críticos modernos consideren que estas profecías sean verdaderas.

Capítulo 24. Este capítulo sigue relatando el trato de Dios con naciones individuales, una tras otra, y toma en cuenta todas las naciones, incluyendo Israel, y ve que están destinadas a ser juzgadas por el Señor al final de los tiempos. Las naciones por separado, que se ven en los capítulos 12-23, muestran distintas formas de alejamiento de Dios, influidas y orquestadas por las huestes espirituales de maldad. Esas manifestaciones recibirán retribución divina en el Día del Señor. (1) Babilonia representa la corrupción y la opresión sistematizadas en toda la tierra; (2) Asiria es la antagonista del pueblo de Dios; (3) Filisteas representa la hostilidad cercana y

constante; (4) Moab es el orgullo humano; (5) Damasco es el aliado de la apostasía; (6) Duma representa la autoconfianza; (7) Jerusalén, la mera profesión; y (8) Tiro, la gloria mundana. Todo lo que está representado en el mundo por medio de estas características debe pasar por el juicio predicho en el 24:1. Muchos se han preguntado si el profeta está hablando de un juicio pasado o futuro importante, o si está interpretando la totalidad, pero esa pregunta queda respondida con la frase “He aquí”, pues Isaías siempre la usa para referirse a algo en el futuro (véase Is. 17:1; 19:1).

Capítulo 25. Este capítulo y la mayor parte del capítulo 26 incluye el canto de alabanza que entonará el remanente santo, el núcleo del Israel redimido, luego de la “gran tribulación”. (1) Primero se alaba la fidelidad de Dios por Su revelación a Su pueblo terrenal (v. 1). (2) En el versículo 6, se simboliza el gozo completo de la bendición en el reino perfeccionado de Dios. Los paganos, ahora humillados, participan de la bendición del pueblo de Dios. Los versículos 8-9 muestran la resurrección, donde la muerte es tragada en victoria. Todo lo que tiene que ver con la muerte, el pecado, la maldición del pecado y todo lo conectado a esto—sufrimientos, separaciones, vergüenza, esperanzas fallidas, temores, toda la miseria humana representada en las lágrimas sobre los rostros—“Dios las enjugará”. Esto significa que Él eliminará no sólo el síntoma externo, sino también la causa, es decir, las lágrimas y también los pecados. Es evidente que esto aplica a la Iglesia triunfante; el mundo ha sido juzgado y lo que se podía salvar ha sido salvado.

Capítulo 26. Cuando se compara el versículo 19 con el Apocalipsis, vemos que Isaías menciona aquí por primera vez la resurrección. Los que han creído en Jehová saldrán de sus tumbas para conformar una iglesia gloriosa junto con los que todavía están en el cuerpo (que será transformado en un abrir y cerrar de ojos). En los capítulos 24-27, el punto de vista de la profecía oscila incesantemente entre el pasado y el futuro. Los versículos 20-21 muestran un regreso al presente, donde el profeta habla una vez más como profeta: “En tanto que pasa la indignación”. Y sobre lo que menciona Daniel 8:9, el pueblo de Dios debe buscar la soledad de la oración (Mt. 6:6; Sal. 27:5, 31:21), porque ser liberados de sus enemigos es un acto que sólo Jehová puede realizar, y porque sólo el que se esconde en Dios por la oración escapa de la ira. La tierra también descubrirá la sangre derramada en ella y como testimonio, abrirá las tumbas de los mártires muertos. El Tigris es un símbolo del poder de Babilonia.

Capítulo 27. El Leviatán que menciona el versículo 1, la serpiente veloz, la serpiente tortuosa y el dragón son sin duda símbolos de los grandes poderes mundiales al final de los tiempos y del maligno que los incitará; de él se habla que es tanto la serpiente como el dragón (Gn. 3:1, Ap. 12:9, 20:2, 10). Del dragón se predice su castigo. Los pasajes de Isaías y Apocalipsis son paralelos en el curso de los eventos, pues Apocalipsis 19 se relaciona con Isaías 26:1-21 y Apocalipsis 20 con Isaías 27:1.

Capítulos 28-31. Aquí inicia un grupo de profecías que tienen que ver principalmente con Judá y sus relaciones con Asiria. Samaria y Jerusalén serán asoladas por causa de su pecado. Pero es necio confiar en Egipto, pues en el tiempo de Dios el poder de Asiria será quebrantado. Dios declara nuevamente que pronto vendrá juicio sobre Judá y Jerusalén a causa de sus pecados.

Exhorta especialmente a Judá porque ha acudido a Egipto en pos de ayuda. Dios les recuerda que fue Él quien sacó a Israel de Egipto en forma milagrosa, así que por qué se vuelven a Egipto en busca de ayuda. Los que vuelven atrás buscan la fuerza de la carne, en lugar de confiar en Dios.

Capítulos 32-35. Aquí hallamos una de las descripciones más bellas del Antiguo Testamento sobre la era mesiánica. Nuevamente vemos una mezcla de juicios y promesas especiales para el remanente santo. Isaías 35 pone la mirada en el milenio y muestra el cumplimiento espiritual de los que sigan el camino de la santidad.

Capítulos 36-39. Estos capítulos concluyen la primera sección y son de naturaleza histórica, pues repiten el contenido de 2 Reyes 18:13—20:19. Esta sección relata algunos de los incidentes de la invasión asiria en Judá en cuyas batallas Isaías participa activamente. Este interludio histórico habla de cómo Dios libera en forma maravillosa a Jerusalén durante el reinado de Ezequías de Senaquerib de Asiria.

Segunda sección

Llegamos a la segunda gran división de este libro, a la cual se le conoce como “el libro de la consolación”. La principal preocupación de los últimos 27 capítulos de Isaías es el regreso del cautiverio en Babilonia. En ninguna otra parte se nota tan claramente la providencia de Dios y Su majestad en los asuntos de las naciones, como en el retorno a Palestina de los judíos expatriados luego del exilio en Babilonia. Esta sección se divide en tres partes: (1) los capítulos 40-48, (2) los capítulos 49-57, y (3) los capítulos 58-66. El tema de las tres partes tiene dos lados: un llamado al arrepentimiento y la promesa de una eventual liberación. Se ha dicho que cada una de estas tres partes cierra con una solemne advertencia: (1-1) “¡No hay paz para los malos!, ha dicho Jehová” (48:22); (1-2) “¡No hay paz para los impíos!, ha dicho mi Dios” (57:21); (1-3) “Su gusano nunca morirá ni su fuego se apagará; y serán abominables para todo ser humano” (66:24). (2-1) La primera advertencia hace un contraste entre Jehová y los ídolos, y entre Israel y los gentiles. (2-2) La segunda advertencia contrasta el sufrimiento presente del siervo de Jehová con Su futura gloria. (2-3) Y en la tercera, el contraste se observa en el corazón mismo de Israel, entre los hipócritas y rebeldes por un lado, y los fieles, dolientes y persuadidos por el otro. (3-1) La primera parte, los capítulos 40-48, declara la liberación de Babilonia, donde se cumple la profecía de Jehová tocante a la humillación y caída de los ídolos y sus adoradores. Notemos que Israel no se vuelve más a los ídolos, literalmente. El cautiverio babilónico fue el inicio de la era de los gentiles. (3-2) La segunda parte, los capítulos 49-57, abre paso al siervo de Jehová por medio de una profunda humillación (y muerte) hacia la exaltación y la gloria, que es al mismo tiempo la exaltación de Israel al punto más alto de su llamado mundial. (3-3) La tercera parte, los capítulos 58-66, muestra las condiciones indispensables para poder participar en la futura redención y la gloria.

Primera parte—Capítulos 40-48. Esta parte inicia con un llamado: “Consolad a mi pueblo”, el cual se proclama dos veces. Este énfasis implica que es un hecho seguro.

Capítulo 40. La primera profecía ofrece palabras de consuelo: Hay cierta verdad en que las características distintivas de las tres secciones aparecen en las tres cláusulas del 40:2: (1) “Que su tiempo es ya cumplido”; (2) “que su pecado está perdonado”; y (3) “doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”. El punto central de la primera sección es el fin de la prueba babilónica. En la segunda sección el punto es la expiación de la culpa gracias al sacrificio personal del siervo de Jehová. Y en la tercera sección, el punto es que después del sufrimiento viene un gran peso de gloria. En el 40:12-27, vemos la omnipotencia de Dios como creador y gobernador de toda la tierra. En los versículos 28-31 está la gran promesa de Dios de que renovará las fuerzas de los que esperan en el Señor.

Capítulo 41. Hay una segunda profecía (v. 8) incluida dentro de la profecía de Dios sobre la historia del mundo, y habla de que Israel es siervo de Dios y hay promesas para los que confían en Él. Dios le promete a Israel que aún cuando esté exilado debido a sus pecados, Él no lo abandonará.

Capítulo 42. Los versículos 1-4 contienen la tercera profecía, donde vemos al Mediador de Israel y al Salvador de los gentiles. El “siervo” que aparece aquí no puede ser ningún otro excepto Cristo. La expiación universal es posible gracias al sufrimiento y muerte del Siervo—la solución perfecta de Dios para llenar la necesidad más grande de la humanidad. Esto sólo puede ser una referencia a Jesucristo, el Único que completó en su totalidad la misión redentora de Dios para el mundo. En Jesucristo se ofrece salvación tanto a gentiles como a judíos.

Capítulo 43. Aquí hay promesas especiales de Dios para el Israel redimido. Al final Israel glorificará a Dios. La cuarta profecía aparece en el pasaje del 43:14—44:5 y se habla de la liberación y el derramamiento del Espíritu.

Capítulo 44. Se habla nuevamente de que Israel es siervo de Dios. Para hacer énfasis, se usan sus dos nombres: Jacob e Israel. Dios le recuerda a Su pueblo que Él los formó y escogió y Él los ayudará. No deben temer, pues Dios llena todas sus necesidades. La quinta profecía (44:6-23) habla de cuán completamente inútil es adorar a los ídolos. El Dios de Israel hace que Su pueblo se regocije.

Capítulo 45. La sexta profecía menciona a Ciro por nombre como el ungido de Jehová y liberador de Israel. Aunque Ciro no conoce el nombre del Señor, el Señor sí conoce su nombre, pues Él se lo ha dado. Quizás algunos se sorprendan de que Dios utilice a Ciro, un pagano, como pastor para llevar a Israel de vuelta a casa. Dice que somos Sus criaturas y por eso no estamos en posición de decirle a Él que Sus caminos no son los correctos. La frase “no hay ningún otro” recalca la naturaleza única de Dios. No basta que el pueblo de Israel sea liberado del cautiverio físico. De alguna forma debe también ser hecho justo. Dios promete tratar con la totalidad del problema.

Capítulo 46. La séptima profecía predice la caída de los ídolos de Babilonia ante la majestad de Jehová. La prueba de la deidad de Dios descansa en Su capacidad de predecir el futuro por

medio de Sus profetas. Habla de los duros de corazón, que no creen que Dios pueda liberarlos de Babilonia.

Capítulo 47. La octava profecía predice la caída de Babilonia, capital del imperio del mundo. La proclama del juicio pasa de los dioses de Babilonia a la misma Babilonia.

Capítulo 48. Se habla de la liberación de Babilonia. Dios le recuerda al remanente que Él es Dios y ha predicho todo lo que ocurrirá para que nadie se adjudique el crédito.

Segunda parte--Capítulos 49-57. Aquí vemos un contraste entre los sufrimientos presentes del siervo de Jehová y la futura gloria.

Capítulo 49. Este es un dramático monólogo que no pronuncia Jehová, sino el Hijo Divino, quien viene a revelar cuál es Su lugar en el plan de salvación. Está consciente de que Su misión es muy difícil e implicará mucho sufrimiento, además de que será rechazado por Su propio pueblo. Pero sólo por medio del sufrimiento podrá redimir a Israel, y al final no sólo a Israel, sino a toda la tierra. La alusión en este capítulo es primeramente a Cristo, el siervo de Jehová, pero Él está tan identificado con Su pueblo que a veces parece que se convierten en uno solo. Los versículos 1-5 hablan de cómo fue llamado y formado en el vientre de Su madre. Los versículos 1-6, hablan (1) del propósito de Dios y (2) la preparación de Dios (el nacimiento virginal). (1) El propósito de Dios tiene tres partes: (i) “Me formó desde el vientre” (v. 5), (ii) “para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob (v.5), y (iii) “te he dado por luz de las naciones para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra (v.6). (2) La preparación tiene varios elementos: (i) El nacimiento virginal, “me formó desde el vientre” (v.1); (ii) la capacitación, “puso mi boca como espada afilada” (Heb. 4:12, 2 Ts. 2:8; Ap. 1:16, 19:15); (iii) el cumplimiento en el futuro (vv. 7-12); y (iv) la afirmación, “en las palmas de las manos”, Dios no olvida; Sus promesas son verdad (vv. 13-26). Notemos que hay tres pasajes que hablan de preparar el camino del Señor (Is. 40:3-6, 57:14 y 62:10).

Capítulo 50. En este capítulo continúa el monólogo del Hijo de Dios como siervo, cuyo sentido de misión es más profundo, así como es mayor Su capacidad de soportar dolor y rechazo personal. El pueblo de Dios ha pecado, ha roto los votos y se ha alejado de Dios. Dios ha usado a sus enemigos para castigarlos y juzgarlos, pero esto no significa que les deba algo a los enemigos de Israel. No le está pagando nada a ningún acreedor. En los versículos 2-3 Dios afirma Su capacidad de redimir. En los versículos 4-11 revela los secretos internos del Redentor y Su comunión con el Padre. Estos versículos se pueden dividir en tres partes: (1) los versículos 4-6, la comunión y el compromiso personales de Cristo; (2) el propósito inmutable de Cristo de enfrentar la cruz y la seguridad de que recibirá ayuda del Padre, y (3) los versículos 10-11, las palabras de consuelo para quienes atraviesan momentos de prueba.

Capítulos 51-53. En el capítulo 51 (1) hay tres “oídmeme” (vv. 1-8) con palabras de confianza para el remanente fiel. (2) También hay tres “despiértate”. El primero (v.9) es un llamado a que Jehová revele Su fuerza redentora de nuevo. El segundo (v. 17) llama a Jerusalén a ser el centro de los escogidos de Dios que, (a) aunque ha fracasado en la producción de líderes, (b)

Dios le hace una promesa de redención (vv. 22-23). El tercer “despiértate” (¡vístete de poder, Sión!) aparece en el capítulo 52 y abarca todo el capítulo 53. El profeta presenta un esbozo completo del Mesías y su misión mesiánica: “Varón de dolores, experimentado en sufrimiento”.

Capítulos 54-55. Aquí no sólo se promete salvación sino que se le pide al pueblo vivir en ella. Aunque para Isaías la cruz está muy lejos en el futuro, su promesa y su efecto son tan claros que los visualiza como un hecho ya consumado. Israel es como una mujer estéril que se humilla delante del Señor, que por sí misma no puede llenar su necesidad, así que Dios le promete que si confía en Él, dará fruto inimaginable. Sólo porque el Señor puso “sobre él nuestra iniquidad” es que se puede hacer la invitación universal que vemos en el capítulo 55. La salvación se les ofrece a todos. Nadie la puede ganar y sólo se puede recibir con gratitud. Cuán fácilmente pasamos nuestra vida tratando de obtener cosas que no nos durarán ni siquiera mientras vivamos en la tierra y, por hacerlo, dejamos de lado lo que perdurará para siempre. La fidelidad de Dios para con David (55:3) evidencia lo que Él desea darnos a todos.

Capítulos 56-59. En el mismo centro del mensaje del profeta vemos su pasión por la santidad. Condena la irreverencia, el corazón descarriado, el formulismo, el legalismo, la deshonra del sábado y la ausencia de oración.

Tercera parte—Capítulos 58-66. Estos capítulos incluyen los tres elementos de las profecías: exhortación, amenaza y promesa. Esta sección inicia con una repetición de las advertencias ya antes dichas.

Capítulo 58. En el 58:13 Dios habla de cuán ciego es su formulismo externo en cuanto a la justicia. Exhorta a Judá porque en su ciega hipocresía ha incluso dicho que busca a Dios (v. 2). El 58:3 dice que le presentan a Dios obras y justicia, pero la respuesta de Jehová en los versículos 6-14 es una exhortación y una promesa.

Capítulo 59. Se sigue aquí el reproche del capítulo anterior. El pecado que ha hecho necesaria la redención sigue expuesto. En los versículos 1-8 Dios declara Su poder y deseo de salvar, y denuncia la decadencia moral de la gente, así como los males sociales. En los versículos 9-11, el profeta se incluye como parte del pueblo que ahora lamenta la condición y consecuencias del pecado. La deplorable condición se resume en el versículo 14. No les han dado su lugar a lo justo y la justicia, a la equidad y la honestidad—la verdad ya no se ve en la plaza.

Capítulo 60. Los versículos 1-22 son un himno a la Nueva Jerusalén y muestran la gloria de la Jerusalén restaurada. El profeta vuelve a cambiar su perspectiva y en otro bello pasaje ofrece una visión de la Luz del mundo, que un día vendrá a Jerusalén y a Sión. La ciudad restaurada será el centro de la Luz del mundo: “¡Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti!” Esto indica el inicio del reino del milenio. En ese día, “andarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu amanecer”. Los días del luto terminarán y todo el pueblo será justo y heredará la tierra por siempre: “Para siempre heredarán la tierra; serán los renuevos de mi plantío, obra de mis manos para glorificarme.”

Capítulo 61. Aquí sigue la profecía de la gloria futura de Sión. Hay otro monólogo dramático donde habla el Hijo, el Siervo del Señor. Jesús cita este pasaje al inicio de Su ministerio y declara que el pasaje se refiere a Él (Lc. 4:16-18). Aunque Jerusalén y el pueblo escogido serán honrados, este evangelio es un evangelio para tanto para gentiles como para judíos, tanto para humildes como para nobles.

Capítulos 62-64. El mensaje del Siervo de Jehová sigue adelante en un tono de urgencia. A pesar de que el pueblo cae una y otra vez, el amor y la paciencia de Dios lo llaman a la humildad y a la consagración. El Siervo es el Libertador Divino que sale de Edom “con vestidos rojos”, pues ha batallado con los enemigos de la justicia y la verdad. Edom, el enemigo tradicional de Israel, es aquí el gran ejemplo de los enemigos de Jehová.

Capítulos 64-66. Desde aquí hasta el fin de los tiempos la visión profética abarca “nuevos cielos y nueva tierra”, donde habrá paz “como un río y las riquezas de las naciones serán como un torrente que se desborda”. El profeta promete que sin importar cuánto parezca tardarse Dios, un día vendrá y pondrá todo en su lugar. Él prevalecerá no sólo en lo más grande, sino también en las pequeñas cosas. Para los justos Su venida será un día de gozo y reivindicación, pero para los malvados será un día de dolor. La tarea del pueblo judío, por ser siervo del Señor, es dar a conocer Su gloria entre los gentiles, quienes llegarán a la casa del Señor a aprender Sus caminos. Cuando Cristo vino, eso fue exactamente lo que ocurrió, pero también ocurrirá de nuevo en los últimos días. Dios no pretende que Sus últimas palabras sean de juicio, pero esto no significa que habrá una especie de amnistía universal al fin del mundo. La causa y el efecto seguirán vigentes. Los que se hayan negado a confiar en la provisión de Dios en Cristo, que hayan insistido en seguir sus propios caminos y hayan transgredido los caminos de Dios, enfrentarán consecuencias eternas.

Esto concluye el estudio de los profetas del período neo-asirio, a saber, Jonás, Amós, Oseas, Miqueas e Isaías.

RESUMEN DE LAS PREDICCIONES DE ISAÍAS **(Del Folleto Bíblico de Halley)**

Profecías que se cumplieron durante su propia vida

Judá fue librada de Siria e Israel (7:4-7, 16)
Siria e Israel fueron destruidas por Asiria (8:4, 17:1-14)
Asiria invadió Judá (8:7-8)
Los filisteos fueron sometidos (14:28-32)
Moab fue saqueada (15-16)
Egipto y Etiopía fueron conquistados por Asiria (20:4).
Arabia fue saqueada (21:13-17)
Tiro fue sometida (23:1-12)
Ezequías vivió 15 años más (38:5)

Profecías que se cumplieron después del tiempo de Isaías

El cautiverio en Babilonia (39:5-7)
Ciro derrotó a Babilonia (46:11)
Ciro derrotó a los medos y elamitas (13:17; 21:2; 48:14)
La desolación perpetua de Babilonia (13:20-22)
Se menciona por nombre a Ciro (44:18; 45:1,4)
Ciro conquista el mundo (41:2-3)
Ciro libera a los cautivos (45:13)
Ciro reconstruye Jerusalén (44:28; 45:13)
Israel es restaurado (27:12-12; 48:20; 51:14)
La religión de Israel influirá a Egipto y Asiria (19:18-25)
La religión de Israel se diseminará por todo el mundo (27:2-6)
La cautividad y restauración de Tiro (23:13-18)
La desolación perpetua de Edom (14:5-17)

Profecías sobre el Mesías

Su venida (40:3-5)
Su nacimiento virginal (7:14)
Galilea será el escenario de Su ministerio (9:1-2)
Su deidad y la eternidad de Su trono (9:6-7)
Sus sufrimientos (53)
Morirá entre malvados (53:9)
Será enterrado con los ricos (53:9)
El poder y la bondad de Su reinado (40:10-11)
La justicia y beneficencia de Su reinado (32:1-8; 61:1-3)
Su justicia y bondad (42:3-4, 7)
Su gobierno sobre los gentiles (2:2-3; 42:1, 6; 49:6; 55:4-5; 56:6; 60:3-5)

Su vasta influencia (49:7, 23)
Los ídolos desaparecerán (2:18)
Habrá un mundo sin guerra (2:4; 65:25)
La tierra será destruida (24; 26:21; 14:1-4)
La muerte será destruida (25:8; 26:19)
El pueblo de Dios recibirá un nombre nuevo (62:2; 65:15)
Se crearán un nuevo cielo y una nueva tierra (65:17; 66:22)
Los justos y los malvados estarán eternamente separados (66:15; 22-24)

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 6

1. ¿Cuáles son los cuatro tipos de salvación que menciona el profeta?
2. ¿Cuál es el único tema que describe la unidad del libro de Isaías y cuál es su efecto?
3. ¿Cuál es la respuesta de Dios a la hipocresía religiosa de Su pueblo?
4. ¿Cuáles son los dos grandes cambios que se profetizan sobre el reino del milenio?
5. ¿Cuáles fueron los pecados de Israel que retuvieron las bendiciones de Dios?
6. ¿Cuál visión tuvo el profeta luego de la muerte de Uzías?
7. ¿Cómo se le denomina a la segunda gran división del libro y cuál es el llamado doble que contiene?
8. ¿Cuáles son los tres elementos de los discursos proféticos?
9. Al final, ¿qué promesa hace el profeta y cuál es su efecto?
10. Según Isaías, ¿cuál es la tarea del pueblo judío?

NOTAS DE LA LECCIÓN 7

Artículo adicional: “La predicación de Isaías”

Referencia: Documento sobre Isaías del Dr. Charles A Tyron (padre)

PREFACIO

Deseo aquí analizar las dos áreas de estudio que menciona el título del documento. En particular, iré más allá del estilo de presentación que emplea Isaías y profundizaré en la esencia espiritual de sus afirmaciones particulares. Intentaré también hallar el sentido de su mensaje aplicado al contexto actual, y a la vez hallar el valor literal o espiritualizado que pueda tener para la presente generación. Mi segundo propósito es descubrir dentro de los mensajes mismos de Isaías medios que nos permitan recrear el oficio profético utilizando el instrumento del sermón.

Mi motivación para estudiar Isaías nace de un sentimiento personal de que necesitamos profetas. Los profetas no nacen simplemente, sino que son criados por Dios. En esa crianza, hay un desarrollo que es el mismo para todos los profetas.

De los profetas hay uno que sobresale entre los demás y es Isaías. Para aprender sobre profecía no podemos hallar a nadie mejor como instructor que este profeta. Las muchas condiciones que rodearon su ministerio están ocurriendo de nuevo hoy día.

Al analizar el mensaje escrito, la carga de Isaías, le daré especial atención a esa parte que se supone es el mensaje de Dios para Su pueblo. La razón es que Dios no tuvo ni tiene un doble estándar, y aparte de lo que cabe en un marco de referencia dispensacional, Su mensaje y Sus requisitos revelados son igualmente importantes en nuestro tiempo como lo fueron antaño. Es en esta área donde procuraré hallar la esencia espiritual del mensaje eterno de Dios, tal como Él lo reveló por medio de la genialidad profética de Isaías, el varón de Dios de su tiempo.

Si lo anterior es cierto y correcto—y creo que lo es—entonces es bien aparente que para el predicador de hoy, que desea estar seguro de ser escuchado y al mismo tiempo respetar adecuadamente las verdades eternas de Dios, le es necesario estudiar cuidadosamente a Isaías pues le generará recompensas.

Uno no necesita una excusa para estudiar Isaías. Basta con apreciar la Biblia en sí misma. La Biblia es el registro único e irreplicable del propósito y voluntad de Dios de establecer en la tierra y en los cielos una sociedad de mujeres y hombres redimidos. La Biblia contiene tanto la Palabra de su propósito como la manera de su comunicación y ejecución. Por esta razón es

esencial para la salvación. En lo que concierne al Antiguo Testamento, esta palabra es la palabra profética que comunica el Redentor por medio de los profetas.

Anunciar la Palabra que Dios dio a conocer y que está registrada en las Escrituras sigue siendo la obligación primordial del varón de Dios. El que ama en verdad la Biblia y es un predicador sincero de la Palabra, debe forzosamente estudiar Isaías. Que Dios añada bendiciones a este estudio de Su Palabra.

CAPÍTULO I

EL CONTEXTO PARA LA PROFECÍA

Las condiciones que hicieron necesario el ministerio de Isaías

Para poder captar la importancia inminente del oficio de profeta como única solución para confrontar la condición presente de las cosas en general, es vitalmente necesario conocer de primera mano las circunstancias que vivieron los profetas del Antiguo Testamento y el significado particular de los tiempos y eventos que rodearon a Isaías. En nuestro día actual, en que se les ha dado gran importancia a la política internacional, a las Naciones Unidas, a las cortes mundiales y al grito por orden y unidad en el mundo, es trágico que los empleados de estas instituciones sean hombres con poco conocimiento de los principios del orden divino y poco aprecio por ellos. Nuestros problemas de hoy no son únicos a esta generación, sino una repetición de previas experiencias del ser humano. La tragedia de todas las tragedias es que aunque una parte de la civilización alardea de estar dedicada a estudiar y conservar la historia, somos confrontados por el hecho de que lo que aprendemos de la historia es que no hemos aprendido nada de ella. La necesidad de nuestro día es contar con una maquinaria política instruida que reconozca la soberanía de Dios y la importancia de Su plan y Sus decisiones para nuestra vida personal y nacional. Esa fue la base en los tiempos pasados para lograr una operación exitosa del estado israelita cuando Israel se conformó como nación entre las naciones. El lugar del representante de Dios era usualmente un consejero, que era el vocero de Dios y ocupaba el oficio de profeta. Raramente fue este puesto ocupado por un sacerdote, y aunque conocía de política, muy rara vez este puesto se combinó con el de un ejecutivo político.

No necesitamos que un predicador se vuelva político. Más bien, lo que requerimos es que los hombres de Dios se interesen y se informen de la política y no tengan temor de expresarse a favor del bien y la verdad, por encima de lo que parezca urgente o concordar con las quejas de unos cuantos o incluso de las masas. Isaías fue un hombre así.

Como es el caso con todo, siempre aparece lo espúreo, lo falsificado y la contraparte que tratará de tomar el lugar de lo genuino. Así fue en cuanto al oficio de profeta en los días de Isaías. Muchos que buscaban ser escuchados por los líderes de Israel no eran verdaderos representantes de Dios y su consejo fue falso y erróneo. Se inclinaban más hacia el orden sacerdotal. En lugar de alzar su voz contra los males de la estructura social decadente, volvieron el corazón del pueblo hacia las instituciones y formas de un sacerdocio levítico corrupto que no logró satisfacer ni la mente ni el corazón.

Se ha dicho que hubo otros, como Isaías, que tuvieron una concepción totalmente distinta de Dios. Creyeron que Dios tenía más interés en la justicia que en el sacrificio, en la honestidad que en las festividades, en las obras dignas que en las palabras huecas. Creyeron que Dios estaba tan preocupado por la moral que no dudaría en destruir a la nación amoral. Concibieron que los intereses divinos abarcaban al mundo entero y por tanto lo veían como algo independiente de Su pueblo Israel. En Su nombre denunciaron la deshonestidad comercial y la codicia arrolladora que había atrapado el corazón de los hombres de Israel. Demandaron un nuevo espíritu social adecuado a la nueva situación. Con pasión abogaron por los derechos de los hombres sobre todas las cosas y afirmaron que Jehová era el vengador de todos los males de los oprimidos y de los pobres explotados. Al ver las farsas de justicia por todos lados no pudieron visualizar un futuro para Israel, sino sólo desastre y castigo de parte de Dios.

El mensaje de Isaías fue un llamado al arrepentimiento y a volverse a Dios. El pueblo de Dios había sido llevado a esa tierra para establecer los estándares de Dios y mostrarles a las naciones circundantes la vida que Él deseaba que todos vivieran. Pero en lugar de cumplir con ese fin, el pueblo comprometió los valores y comenzó a parecerse a sus vecinos.

La tarea del profeta es la misma hoy que entonces. Debemos hacer el llamado y procurar que las personas vuelvan a las cualidades y al modo de vida que hace una diferencia entre los cristianos y los demás. Por ignorar a Dios y volverse igual a sus vecinos, Judá socavó el cimiento moral sobre los cuales sus ancestros habían construido el estado y la iglesia. Es igual hoy día. La tarea del profeta es difícil. Las personas se inclinan a limitar a Dios de acuerdo con sus propias limitaciones y visualizan que Dios está contento por eso que les procura deleite personal. Hoy, al igual que en los días de Isaías, requerimos reformas. La tarea es la misma de entonces. ¿Cómo podemos guiar al pueblo hacia una comprensión espiritual? La solución está en abrir los ojos al verdadero carácter de Dios. El trabajo de Isaías fue en gran medida formular una nueva y mayor idea de Dios. Pero en esto no estaban de acuerdo los profetas tradicionales. Ellos no tenían ni la inteligencia ni la percepción espiritual para esta tarea. Esto requería de personas que tuvieran una empatía humana más amplia y una vida espiritual más profunda. Tampoco podían satisfacer la necesidad de ese tiempo ni entender su existencia y, por tanto, se sentían cómodos con dejar que las cosas se desarrollaran como siempre lo habían hecho. Eran firmes defensores de lo antiguo, porque eran totalmente incapaces de apreciar lo nuevo.

Nuestra esperanza radica no en la perpetuación de la ortodoxia, sino en la resurgencia de un despertar espiritual que ofrezca las respuestas necesarias. Las condiciones en Judá durante el ministerio de Isaías fueron similares a las del Israel de la época del ministerio de Amós y Oseas. Uzías subió al trono de Judá alrededor del año 789 antes de Cristo y murió en algún momento entre el año 740 y el 736, heredándole a su hijo Jotam lo que parecía ser una nación saludable. Uzías, sin duda bajo la influencia de Isaías, había hecho reformas religiosas. Le había dado importancia al lugar de adoración pues lo habían limpiado y reparado, y se habían restaurado las ceremonias siguiendo el rito adecuado. El avivamiento detuvo a la idolatría y el bien que esto generó trajo gozo al pueblo. Mientras Jeroboam II expandía sus fronteras en el reino del norte, Uzías fortalecía el reino de Judá. Gracias a un buen gobierno y al énfasis en las mejoras espirituales, vino a Judá una prosperidad sólo comparable a la de los días de David y

Salomón.

Después de que Jotam asumiera el mando por un breve tiempo, las condiciones en general empezaron a cambiar, pues las fuerzas aliadas de Damasco e Israel empezaron a hacer planes de invadirlos. La crisis, sin embargo, no llegó sino hasta empezó el reinado de Acáz, el hijo de Jotam. Al tener éxito los enemigos, Acáz tuvo temor y a pesar de las protestas de Isaías, buscó la ayuda de Teglathfalasar IV de Asiria. El ejército asirio fue demasiado grande para el ejército aliado del norte, que fue derrotado. Aunque Judá se salvó, el costo que pagó fue caro pues pasó a ser vasallo de los asirios.

Cuando Acáz murió, Ezequías tomó el mando del gobierno y todo caminó en orden mientras le pagó tributo a Asiria, lo cual hizo en verdad pues la caída de Samaria en los años 722-721 antes de Cristo dejó una fuerte huella por mucho tiempo. Pero a pesar de la derrota total de Egipto en el 720 a manos de Sargón II, el pueblo a lo largo de la costa mediterránea estaba inquieto, al punto que incluso en una ocasión provocó una revuelta.

Al morir Sargón en el año 705 antes de Cristo se intentó de nuevo buscar la libertad. Merodach-baladan pasó a ser rey de Babilonia e incitó a otros a rebelarse, actividad en la cual participó Judá. Luego de superar algunos disturbios en el oeste, Senaquerib, sucesor de Sargón, marchó hacia el oeste en los años 702-701. Tiro, Sidón y otros estados cayeron bajo su poder, y también Judá. Ezequías quedó encerrado en Jerusalén como un ave enjaulada y se esperaba la caída de la ciudad en cualquier momento. Sin embargo, gracias a la intervención divina, Senaquerib se vio forzado a regresar a Nínive. Aunque Jerusalén se salvó, no se sabe mucho más de Ezequías. Murió en algún momento entre los años 697 y 686 antes de Cristo.

En los últimos años de Isaías, las condiciones en Judá fueron pobres. En el capítulo 5 de Isaías hallamos una vívida descripción. Fueron años llenos de toda clase de males y errores. Los que más ofendían eran los nobles. Eran terratenientes codiciosos que utilizaban su poder para destruir a los pequeños que estaban desprotegidos. Confiscaban propiedades e incluso dejaban sin hogar a las viudas pobres. Por eso, la gente dejó de confiar en los demás. Había una clase afluyente y una clase pobre, con el característico abismo entre ambas. Los abusos, el resentimiento, la inquietud, el clasismo y las ganancias deshonestas eran evidentes por todas partes. Muchos perdieron sus terrenos mientras hombres sin escrúpulos, que utilizaban la extorsión y el desalojo para alcanzar sus malvados fines, se adueñaban de ellos.

Jerusalén era el centro de las facciones. Los procesos legales estaban corrompidos y las decisiones eran a favor del que pagaba más. Los profetas alababan a los ricos, los sacerdotes enseñaban sólo si les pagaban, y la codicia de bienes materiales reinaba por doquier. El comercialismo y el materialismo habían suplantado casi todo vestigio de la moral y la espiritualidad.

La condición de la vida religiosa también era deplorable. La religión era un asunto de forma. Se enseñaba que era suficiente cumplir con el rito religioso. Las ceremonias debían cumplir con todos los requisitos religiosos y, al igual que en Israel, era generalizado creer que si se

realizaban los actos externos de la adoración con todo escrúpulo, las personas tenían derecho de invocar el favor y protección de Dios. “Jehová Dios está con nosotros” era la frase favorita, y la falsedad que implicaba era algo que incluso los líderes religiosos promovían. Cuando uno ve estas declaraciones de ese lejano día, no puede menos que pensar si no describen también nuestro día actual a nivel nacional e internacional.

La dinámica del enfoque de Isaías

En tal crisis, Isaías sólo podía llamar a la nación a que se volviera a Dios y a la obligación moral con los demás. El ministerio de Isaías fue, por tanto, eminentemente práctico porque precisamente era lo que se requería para ese tiempo particular. No fue un asceta pálido o un sentimentalista temeroso. Fue un hombre de pura cepa, un hombre de gran temple, que no tuvo temor de exhortar a un rey débil y vacilante, ni de burlarse fieramente de los escépticos, ni de denunciar la falsedad y el engaño con palabras que quemaron e hicieron llagas. Su rasgo más sobresaliente fue la fuerza—fuerza de carácter, fuerza nacida de convicciones intensas y de fuertes y elevados motivos.

La misión de Isaías fue igual a la de los otros profetas. En general, todos fueron instrumentos de preservación, porque impidieron que las cosas se deterioraran más rápido. Señalaron la dirección correcta y pusieron su grano de sal para lograr que Jehová y Su voluntad fueran la fuerza dominante en Israel. Estuvieron del lado de Jehová, como Dios supremo, y se negaron a afirmar que Él aprobaba la opresión, la injusticia, la crueldad y la sensualidad. Los profetas fueron firmes cimientos para una elevada concepción moral y espiritual de Dios.

La razón para esta postura firme y rígida fue, sin duda, producto de su impulso interior de saber que la existencia de Israel estaba en juego y con ella estaba implicada la existencia de Jehová. Dios y Su pueblo debían estar de pie o caer juntos.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE PROFETA

¿POR QUÉ DEBEMOS ESTUDIAR ISAÍAS?

Isaías, el mayor de los profetas

Para responder a la pregunta que aparece en el título de este capítulo, uno simplemente debe notar los muchos admiradores que tiene el libro de Isaías, y leer algunos de los muchos comentarios elogiosos que se han escrito sobre él. Se ha dicho que cuando se estudian las diferentes etapas de la predicación de los profetas hebreos, el predicador moderno enfrentará una gran oportunidad y un gran reto. Se verá abrumado por las muchas ideas y percepciones, pues los profetas son voceros del Dios eterno. El amor justo de Dios toca toda situación humana concebible con autoridad y pertinencia particular. Si se estudia sincera y creativamente al vocero de Dios, se podrá subir al púlpito para comunicarle a la congregación la pasión divina por la Palabra de Dios. Esta es la gloria de la predicación profética.

Puesto que casi todos consideran a Isaías como el mayor de los profetas y puesto que el estudiante entendido del mundo debe primero considerar lo que es mejor, necesitamos sólo el

consejo erudito de aquellos hombres sabios que conocen este libro como pocos. Como escribió uno de ellos, Isaías ha sido visto desde hace mucho como el más famoso de todos los profetas. En el Nuevo Testamento, las citas del libro que lleva su nombre superan por mucho a las citas de otras fuentes proféticas. En tiempos más recientes, entre la vasta mayoría de los que aman la Biblia, este hombre se ha convertido en el profeta favorito. Hoy día, cuando alguien habla de un profeta, piensa primeramente en Isaías. Y este hombre ha logrado tal distinción básicamente por su elocuencia, aunque tuvo muchas otros dones y gracias. Es más, Isaías hubiera sido calificado como genio, con muchas y variadas calidades, todas bajo el control de una sola que endureció su rostro en su lucha por hacer la voluntad de Dios.

A la época de Isaías bien se le puede llamar la Edad de Oro de la profecía. De todos los profetas desde el día de Moisés, y de todos los que siguieron luego durante el período del Antiguo Testamento, Isaías se destaca sin problemas como el más grande. Su genio fue poder predecir. También reconocemos su grandeza como incansable reformador del orden existente en sus días. Con Isaías murió el clásico más grande de Israel. Jamás ningún discurso de Canaán logró tan brillante esplendor ni belleza triunfante como el que brotó de sus labios. Tuvo una fuerza y un poder de lenguaje, una majestuosidad y una sublimidad de expresión, una riqueza sin límites de sentimientos y una imaginaria conmovedora que no sólo abruma al lector, sino que lo asombran.

Como reformador, Isaías se vio compelido a usar sus grandes poderes. Fue un crítico asertivo de los muchos males existentes en su pueblo. Estaba destinado a anunciar la inminencia de la derrota de una nación orgullosa y pecadora. A lo largo de su historia, Israel estaba consciente de haber sido llamado a un destino divino, aunque con frecuencia fue desastrosamente ciego a las implicaciones reales de ese destino. El profeta era un hombre con el don de la visión y la percepción. No podía ni esconderse de la vida ni cerrar los ojos a las evidencias externas del mal. Tampoco podía endurecer el corazón a una conciencia del terrible mal del pecado interno y atrincherado y de la rebelión. Estaba compelido profundamente tanto a ver como a comprender el significado final de todo lo que veía a la luz del destino y del juicio divino. La vida del profeta le añadía significado a sus palabras. En el caso de Isaías, no dijo una cosa e hizo otra.

La profunda espiritualidad del Isaías le dio a sus palabras un significado adicional conforme llegaron a oídos humanos. Odió de todo corazón toda impureza y amó la santidad. Pasó su vida tratando de que Israel se acercara a Dios y a Su palabra y confió implícitamente en la guía de Dios. Sin duda, esto es un pecado en el hombre de nuestros días. Si uno desea algo más que la evaluación crítica del hombre para lograr apreciar el valor de Isaías como gran profeta y líder espiritual de su tiempo, uno sólo debe evaluar adecuada y justamente a Isaías a la luz de su capacidad de satisfacer y exceder todas las características y cualidades que se le atribuyen a todo gran profeta. Las marcas de un profeta son muchas: (1) Es siempre una persona que no compromete sus valores. No se ata a los convencionalismos o a la opinión pública ni se ejerce la precaución de los diplomáticos. (2) Está consciente de su llamado divino que lo impele a cumplir la tarea impuesta por Dios. Siempre sabe que es el vocero de Dios y que debe obedecer el impulso divino. (3) Está consciente del privilegio que tiene de poder acceder a la sabiduría

interna de Jehová. Está en contacto inmediato con Él. Es quien escucha los preciosos secretos que salen del trono de Dios dirigidos al hombre necesitado. (4) Usualmente es un hombre de acción con una cierta rudeza de cuerpo y carácter que llama la atención en cualquier reunión. Por ser intenso y de elevados estándares, es posible que genere antagonismo y oposición. (5) Está consciente de la autoridad de Dios y que Él lo respalda en todas las emergencias. Es usualmente cierto que está solo frente a prácticamente todos sus contemporáneos. Incluso los líderes religiosos (sacerdotes y profetas tradicionales), que suelen sacar un momento para charlas, están continuamente retando la extraña postura de los profetas de Dios. (6) Es definitivamente un hombre de oración y comunión. Su vida solitaria le provee bastante tiempo para mantenerse en contacto con Dios. (7) Su vida y su naturaleza son limpias y consagradas. En toda la larga lista de los verdaderos profetas, no hallamos ni una sola crítica a la vida moral de ninguno de ellos. Cada uno vive una vida aparte. (8) Critica abiertamente los males específicos de la sociedad. Denuncia ferozmente a reyes, sacerdotes, príncipes, nobles y jueces. No se anda por las ramas. Guiado por la voluntad de Dios, eleva su voz en fuerte protesta contra cualquier persona o institución que amerite ser denunciada. (9) Es el agente de Dios para revelar el futuro al pueblo. Es totalmente cierto que su principal tarea es predicarle a su generación. Pero no debemos perder de vista la función que desempeña el profeta en la revelación del propósito de Jehová para el futuro. Tiene una percepción particular de la voluntad de Dios para las generaciones aún no nacidas.

Los profetas fueron hombres de acción que, a pesar de ser muy individualistas, representaron al pueblo y se identificaron con él. Fueron siervos y mensajeros del Dios Viviente, instrumentos de Su fin creativo en el campo espiritual. Sintieron una compulsión irresistible de transmitir el mensaje que habían recibido. Los demás quizás creían que eran genios espirituales, pero ellos mismos siempre respondieron que eran simples hombres sobre quienes Dios había puesto Su mano y a quienes “les había hablado al oído”.

Los profetas fueron oradores, portadores de mensajes divinos y dedicados a la moral y a la cultura espiritual del pueblo. Fueron la voz de Dios, por quienes fueron escogidos. Predicar sobre el futuro no fue su principal actividad. Hablaron mucho más del pasado y del presente más que del futuro. Cuando se referían al futuro casi siempre era como advertencia o como motivación para que el pueblo y los reyes abandonaran sus pecados y sirvieran a Dios. El profeta constantemente les recordaba sus pecados y jamás dejó de exhortarlos al arrepentimiento. Enseñó sobre las obligaciones religiosas, morales, sociales y personales. Predicó para el presente y señaló hacia el futuro.

Los profetas fueron hombres de Dios solitarios. No viajaban en grupo, sino que se aislaban para tener comunión con Dios en silencio. No necesitaban de los demás. Su confianza en Jehová era absoluta. Se abstrajeron de hacer cualquier intrincada alianza con los poderes políticos circundantes. Para los profetas, la justicia era la prueba de la sinceridad. En el mundo antiguo, fueron la bandera de la justicia. Para ellos la ley de la justicia era la base de toda verdad. Los profetas eran estudiantes que pensaban profundamente y sentían agudamente. Eran hombres llenos de conocimiento cuya percepción y capacidad de interpretación habían crecido por su estrecha comunión con Dios. Eran hombres de profunda simpatía y fuerte afecto;

hombres que vivían intensamente.

El carácter y la personalidad son una conclusión inevitable. Tal como era el carácter del Dios de Israel, así debían ser quienes lo representaban y estaban autorizados para hablar en Su nombre. A diferencia del sacerdocio o la monarquía, que eran oficios hereditarios y el derecho de una clase o casta especial, los profetas eran llamados independientemente de su condición externa. A excepción de su moralidad, no hay un “tipo profético” al cual todos debían ajustarse ni tampoco hay algo que podamos describir como un orden especializado que podamos convertir en un patrón uniforme. Los representantes de Dios son de cualquier género, de una aldea o una ciudad, y de cualquier estrato de la comunidad. Por tanto, desde los inicios de la revelación, Dios ignora las condiciones externas en las que los seres humanos se deleitan, y coloca en este oficio tan distinguido y de suprema responsabilidad a los hombres menos conocidos y menos calificados. El requisito supremo es el carácter, un carácter adquirido tras un contacto largo y sincero con Dios, de manera que, aunque ese hombre no lo sepa, su vida brilla con la gloria lograda por esa comunión en secreto. Los profetas fueron hombres que conocieron a Dios cara a cara. Estas son unas pocas de las características distintivas del verdadero profeta de Dios, e Isaías, más que ningún otro, las tuvo casi todas.

Isaías ejemplifica todas las cualidades y características de un gran profeta

Sin duda, el trasfondo de Isaías y su primer contexto contribuyeron mucho a su éxito final. Es muy posible que sus fuertes características reflejaron en parte la influencia profética de los profetas del tiempo de su juventud, e incluso de los contemporáneos con quienes trabajó. Por haber sido criado en Jerusalén, sin duda Isaías recibió la mejor educación que podía ofrecer la capital. El estilo de su escrito muestra un entrenamiento retórico de la más alta calidad y su conocimiento de los asuntos mundiales era probablemente mayor que la de cualquier otro hombre de su tiempo. Sin lugar a dudas, Isaías fue el más grande de los profetas escritores. Una descripción gráfica lo presenta como un predicador de la justicia social que no tiene rival entre los profetas. Sus profundas convicciones, su valentía como de reyes, su visión clara, su intuición espiritual y su poder inusual hicieron que la verdad llegara a su destino. Cada mensaje que predicó brotó de su corazón puro lleno de una particular asertividad y efectividad. Isaías fue un gigante espiritual. Caminó con Dios y esa comunión celestial hizo en él algo indescriptible: llegó a odiar la impureza y a amar la santidad. Pasó su vida tratando de que Israel conociera a Dios y Su Palabra y de que confiara implícitamente en Su guía.

Isaías fue en carácter como un príncipe, un hombre de estado patriótico y sabio, un poeta dotado y un profeta inspirado por Dios. Su valor heroico, su pureza inmaculada, su empatía por los pobres, su odio por el fingimiento y la pretensión, sus ideales exaltados y su inquebrantable fe en Dios le dieron más distinción real que el que le hubiera podido conferir un pedigrí real. Conocido como “el rey de los profetas”, su nombre significa “Jehová salva”, y esto simboliza su mensaje. Nació entre los años 760 y 770 antes de Cristo, probablemente en Jerusalén. Fue ciudadano de esa ciudad y por tanto, un profeta ciudadano. En todos sus mensajes le da un lugar prominente a la capital de Judá. Fue hijo de Amoz y perteneció probablemente a una familia de cierto abolengo, lo cual se puede deducir porque tenía acceso al rey. Fue casado y padre de al

menos dos hijos. La sinceridad del profeta se revela aún más en los nombres de sus dos hijos mayores. El mayor, Sear-jasub, significa “un remanente volverá” y el segundo, Maher-salal-hasbaz, significa “muy pronto habrá saqueo y destrucción”. Estos significados dan a entender que una nación feroz los llevaría cautivos, de los cuales volvería a la tierra sólo un remanente.

Una de las tradiciones judías afirma que Isaías era primo del rey Ezequías. De joven probablemente conoció a sus contemporáneos Amós y Oseas, profetas en el reino del norte. Se dice que profetizó durante los reinados de cuatro reyes de Judá: Uzías, Jotam, Acas y Ezequías. De la referencia de la muerte de Uzías, que se menciona en relación con el llamado del profeta, podemos suponer que su ministerio activo inició alrededor del año 740 antes de Cristo. Quizás fue poco después de esa fecha que se casó con una “profetisa”.

Fue llamado siendo joven. Mientras estaba en el templo, tuvo una visión del Dios majestuoso y tres veces santo. Inmediatamente después de esto tuvo conciencia de su impureza personal y fue limpiado por un serafín que le puso en los labios carbones ardientes. Así fue capaz de ver la verdadera condición de su pueblo y aceptó el llamado de Dios de ir y ministrar. Desde ese momento en adelante, la “profecía” fue el trabajo de su vida al cual se dedicó por completo.

¿Tuvo éxito Isaías? ¿Califica como verdadero gigante de la profecía? Los teólogos y los historiadores de los días después de su tiempo así lo consideran. Por su versátil expresión y su brillante imaginación Isaías no tiene rival. Su estilo marca el clímax del arte literario hebreo. No hay profeta en el Antiguo Testamento que combine más perfectamente, por un lado, la sabiduría terrenal y la sagacidad, el valor y la convicción, la versatilidad de dones y la unicidad de propósito, y por el otro, una visión clara y una intuición espiritual, un amor por la justicia y una clara apreciación de la majestad y santidad de Jehová. Su mente estuvo en las nubes pero los pies los ancló en la tierra; su corazón fue para las cosas de la eternidad pero su boca y sus manos para las cosas del momento; su espíritu estuvo en el consejo de Dios, pero su cuerpo vivió en un momento definido de la historia.

CAPÍTULO III

EL MENSAJE DEL PROFETA

¿QUÉ DIJO ISAÍAS?

El fundamento de la autoridad de Isaías

Si reconocemos que el ministerio de Isaías fue el de un genio y que sus escritos son dignos de nuestro estudio, procuraremos hallar la causa, la razón, la autoridad y la exactitud de lo que el autor nos dejó en su libro. La causa es evidente. El que sus ojos hayan sido abiertos para entender a cabalidad al justo Dios, hizo que pudiera ver también a su pueblo tal como Dios lo veía. Esto causó una reacción que le dio suficiente razón para ir al pueblo y advertirle, reprenderlo y prometerle bendiciones si obedecía el mensaje de Dios.

La razón por la cual Isaías escribió sus mensajes no nació del deseo de perpetuar su nombre como profeta, sino de un fuerte deseo de mantener viva la palabra de Dios y presente en la mente del pueblo, tanto en su tiempo como en las futuras generaciones. Isaías estaba

convencido de que el fruto de su labor, la realización del propósito de Dios, era un asunto del futuro. Sintió que la palabra escrita lograría el mismo fin que la palabra hablada. La autoridad del escrito de Isaías está en su llamado. Para el profeta de Dios no hay otro que “vaya por nosotros”. La voz imperiosa y nunca olvidada de Dios, que Isaías jamás dejó de sentir en su mente y corazón, fue el acicate que no lo dejó nunca descansar en su labor. Para él, el asunto era “ay de mí, si no predico”.

La exactitud de los escritos de Isaías ha sido confirmada en el tiempo en cuanto a su historicidad. Sólo en los años recientes se ha retado su autoría. Entre los teólogos hay acuerdo de que los capítulos 40-55 fueron escritos desde el punto de vista del exilio o cautiverio, que ocurrió más de un siglo después de la muerte del profeta. En esa sección se menciona dos veces a Ciro, cuyo decreto permitió el retorno de los cautivos. Por ésta y otras razones, muchos teólogos, incluyendo los que son considerados comúnmente como conservadores, le han atribuido esta parte del libro a un profeta desconocido del período del exilio, al cual suelen llamar Déutero-Isaías. En respuesta a esta perspectiva se puede argumentar lo siguiente: (1) Por 25 siglos nadie dudó que Isaías fuera el autor de todas las partes del libro que lleva su nombre; (2) no hay ninguna evidencia en absoluto de que en algún momento ambas partes del libro existieran separadamente, y (3) los escritores del Nuevo Testamento se refieren frecuentemente a la última parte del libro de Isaías. En verdad, es poco probable que el escritor del calibre de los capítulos 40-66 hubiera permanecido anónimo en un tiempo en que los profetas gozaban de tan alta estima.

La pregunta, después de todo, es la siguiente: ¿Estamos dispuestos a admitir que Isaías, que vivió en el siglo 8 antes de Cristo, pudiera, mediante inspiración divina, profetizar con tanta exactitud las condiciones del exilio que ocurriría 100 años después? Los eruditos evangélicos han aceptado uniformemente que esta parte del libro de Isaías es una maravilla en cuanto a predicciones. Sólo el capítulo 53, donde se describe admirablemente la crucifixión más de 700 años antes de que ocurriera, debiera convencernos del inusual poder predictivo del profeta que estoy estudiando. No sorprende entonces que pudiera hablar como alguien que estuviera cautivo o que pudiera mencionar el nombre de Ciro unos 120 años antes de que éste naciera.

Que el libro de Isaías, que se escribió al menos 100 años antes del nacimiento de Cristo, sea en esencia el mismo que tenemos hoy día, ha quedado consolidado por el descubrimiento en 1947 de un manuscrito en los Rollos del Mar Muerto. Esto pone en evidencia a aquellos que desean dividir los escritos de Isaías no sólo para destruir su valor profético, sino también para eliminar una de las pruebas más sobresalientes del mesianazgo de Cristo. Es el mismo grupo que intenta robarle la deidad a Cristo para convertirlo en un simple buen maestro, y no en el Hijo de Dios.

La naturaleza del mensaje de Isaías

Sus temas básicos

Entre los escritos de Isaías hay muchos grandes temas para analizar. Por ejemplo, los capítulos 1, 6, 40, 49, 53 y 55 deleitarán el corazón de cualquier expositor. Miles de textos más cortos

claman por ser conocidos y utilizados. Entre los muchos temas algunos se destacan más que otros. Está la visión social de Isaías “sobre Judá y Jerusalén”. La religión tiene implicaciones sociales. La guerra, los problemas raciales y de clase, la legalización del licor, la injusticia económica, etc., sólo pueden ser resueltos por el amor, por amar a Dios con todo el corazón y amar al prójimo como a uno mismo.

Isaías tenía ideas claras sobre un Dios santo y razonador. Anunció que la nación había “olvidado al Santo de Israel”. Por ser la voz de Dios, llamó al pueblo: “vengan y razonemos juntos”. Este Dios santo da razones sobre el pecado, el templo, la salvación, la conversión, la santidad y presenta Sus exigencias. En la mente de Isaías, religión y moral son sinónimos o al menos van de la mano. Como Dios es santo y razona, la religión es forzosamente moral y ética. Dios no puede aceptar maldad y adoración. La religión sacerdotal enfatiza la adoración, las ceremonias y la liturgia, mientras que el profeta enfatiza la moral y la vida.

Isaías tenía fuertes sentimientos sobre el pecado y la retribución. Jamás llama al pecado “error”, “equivocación”, “defecto”, “falla”, “inmadurez”, “ignorancia” o “algo bueno que está en proceso”. Para él, el pecado no es una “espinilla”, sino un “cáncer”. Y lo que debe corregirse no es el “sistema” sino el “corazón”. La paga del pecado es la muerte. El pecado hace que los ojos no vean y los oídos no oigan. La retribución es como fuego. El pecador alimenta el fuego y es la llama que enciende su propia destrucción.

Aunque Isaías fue cuidadoso para denunciar los pecados del pueblo y predecir valientemente la caída de la nación si no cesaban de seguir su camino errado, no dejó de ofrecer esperanza a aquellos que fueran obedientes a la voluntad de Dios. Incluso cuando las multitudes rechazaron a Dios, Isaías animó a los que no lo hicieron diciendo que un remanente se salvaría y así se conservaría la familia de Dios. Por tanto, el tema del remanente se declara eficazmente incluso en el día de hoy.

En cuanto al Mesías, nadie excede a Isaías. Muchos profetas, sacerdotes y reyes fueron ungidos, pero todos decepcionaron. Isaías tiene la idea de un “ungido” que es profeta, sacerdote y rey. Su descripción del Mesías incluye términos como “el admirable conquistador”, el “sabio juez” y el “dulce salvador”. Isaías observa la escena política llena de problemas y conflictos inacabables, y por ello vuelve los ojos a aquel día en que cesarán la guerra y el conflicto. “Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces”. Esta era la idea de Isaías sobre un mundo sin guerra. Algún día esto sucederá. Isaías lo visualiza como algo que pasará por medio de Cristo y la iglesia, por medio del Príncipe de Paz y Sus seguidores.

No sólo pudo visualizar el fin de la guerra, sino también el establecimiento de un orden mundial bueno y justo. Se refiere a ese día como “el día del Señor”. Habló de “ese día” y “del último día” como un tiempo en que lo correcto vencerá a lo incorrecto, lo bueno a lo malo. Animó al pueblo a no desanimarse porque “vendrá el día del Señor”. Este es el tema que debe repetirse mucho también en nuestros días.

El contenido y la distribución

Ya hemos leído las palabras de aquellos que afirman que Isaías es un genio del arte profético. Pero fue más que eso. Fue un escritor de una capacidad inusual. Como escritor, Isaías es soberbio en la versatilidad de expresión y brillante en la imaginación, y no tiene igual entre los escritores hebreos. Su poesía se compara con lo mejor de los tiempos antiguos y modernos. Es un artista para las palabras. Realmente fue uno que habló “movido por el Espíritu Santo”.

El libro de Isaías se divide en forma natural en tres secciones: (1) los capítulos 1-35, que incluyen mayormente advertencias y predicciones sobre destrucción; (2) los capítulos 36-39 que son una conexión histórica; y (3) los capítulos 44-66 que son un volumen de esperanza pues predicen la restauración.

Debemos mantener presente que todas las profecías tienen una relación tripartita, pues abarcan lo contemporáneo (el presente), lo cercano (el futuro inmediato) y el futuro (el futuro lejano). Esto lo debemos recordar siempre en los escritos de Isaías. Aunque le profetizó a Judá, a Asiria y a otros pueblos, enfatizando sus necesidades presentes y la destrucción que se avecinaba, las profecías tienen que ver también con el futuro Redentor (el Mesías) y el día final.

En todo el libro hay muchas predicaciones y son demasiadas para mencionarlas; unas cuantas son suficientes para aceptar que son material de predicación para hoy. El pasaje de Isaías 1:1-20 podría ser un sermón titulado “La sensatez de nuestra religión”. El capítulo 6:1-8 enseña mucho sobre el tipo de palabras que podemos usar en el púlpito. Son palabras vivas, palabras factuales y de acción que si se usan como ejemplo, le darían mayor poder y más suave belleza a nuestro estilo de predicación. En el capítulo 2:2-4 hallamos un bello poema que ha sido considerado una de las gemas de toda la literatura. Hallamos en él un poco de la belleza eterna, que es exquisita porque transpira el mismo aire del cielo. Podemos llamarlo el sueño de un idealista, pero debemos reconocer que en él está el programa ideal de Dios para Su pueblo escogido. Dios desea que caminemos prestos al lugar donde Él enseña para que comprendamos y llevemos a nuestra vida todas las riquezas de Su instrucción. Toda disputa, malentendido, argumento o diferencia desaparecerá a la luz del Maestro que revela Su verdad. Las guerras no tendrán lugar cuando las naciones y las personas entreguen todas sus diferencias al divino Árbitro. El plan de Dios para Su pueblo incluye no sólo alejarse de las enseñanzas mundanas, sino sentarse a lo pies del gran Maestro, caminar en Sus caminos y poner en práctica todas Sus enseñanzas.

El capítulo 5:1-7 es un canto de amor sobre una viña. Isaías usa aquí sus facultades para presentar todos los ángulos de este cuadro trágico. Es una gran analogía de la vida humana y se vive y revive hoy día.

El capítulo 9:1-6 es un gran pasaje sobre el Salvador que vendrá y la transformación que logrará Su venida. Esto encuentra fácilmente su lugar como un mensaje sobre la transformación que ocurre cuando Él viene.

Si uno desea más que una presentación de relatos de experiencias y problemas de otras

personas en el pasado, y desea que su mensaje esté más centrado en el Evangelio, puede aún así usar a Isaías, pues en este libro se hallan las verdades básicas del Evangelio. Por acuerdo universal, el libro de Isaías contiene el desarrollo más completo del Evangelio que hay en el Antiguo Testamento. El retrato de Cristo es verdaderamente admirable, sobre todo si se considera que esta profecía fue escrita más de 700 años antes de Su venida. Menciona en forma específica dónde habría de nacer (7:14), cuál habría de ser Su origen familiar (11:1), Su unción por parte del Espíritu Santo (11:2, 42:1), Su ministerio (42:7, 49:6, 61:1-3), Su rechazo por parte de los judíos (53:3), Su silencio frente a Sus acusadores (53:7) y Su victoria final sobre la muerte (53:10-12).

Muchos aspectos del ministerio y carácter de Cristo están presentes en Isaías. Su sabiduría y discernimiento espiritual (11:2-3), Su juicio justo (11:3), Su bondad y humildad (40:11, 42:2-3, 53:7), Su paciencia o perseverancia (52:4), Su luz que iluminará al mundo (9:2, 42:6), Su compasión (53:4), la ausencia de maldad en Él (53:9), Su intercesión (53:12) y Su mensaje de buenas nuevas para los prisioneros del pecado (61:1-3).

Muchas de las verdades cardinales del Evangelio se enseñan claramente en Isaías, como por ejemplo, la depravación humana y la necesidad de un Salvador (53:6), la eficacia de los sufrimientos de Cristo para poder dar salvación (53:5, 10-12), la universalidad del Evangelio (45:22, 55:1), la urgencia de la salvación (55:6), el deseo de Dios de perdonar (55:7), el gozo de la salvación (55:12-13), la misión de la iglesia en la propagación del Evangelio (52:7, 60:1-3, 62:1), y el poder de la Palabra (55:11). En la última parte de Isaías destacan tres capítulos: el 40—el Evangelio del consuelo de Dios; el 53—el Evangelio de la cruz, y el 55—el Evangelio de la evangelización. Cada uno puede ser usarse fácilmente en la predicación.

En la última división del libro hallamos mensajes de consuelo que tienen significado para nosotros, pues somos personas exiladas. Están, por ejemplo, el mensaje del tierno cuidado de un pastor (40:11), el mensaje de la presencia de Dios y Su gracia en momentos difíciles (41:10-13), el mensaje de la fortaleza que tienen los que en Él esperan (40:28-31), el mensaje de la ayuda oportuna durante la aflicción (43:1-2), el mensaje del perdón (43:25, 44:22), el mensaje de los tesoros de la verdad de Dios (45:3), y la promesa de la salvación para todos (45:22).

Estos son sólo algunos de los puntos de inicio para la búsqueda de posibles temas de predicación en el libro de Isaías.

CAPÍTULO IV

LA IMPORTANCIA DE LAS PROFECÍAS DE ISAÍAS

¿NECESITAMOS HOY DÍA A UN ISAÍAS?

En muchos puntos hay una gran similitud entre los tiempos en que vivieron los profetas hebreos escritores y nuestros tiempos actuales. Debido a esto, el mensaje religioso de los profetas es para nosotros algo que no tiene límite de tiempo. Los profetas dieron sus mensajes en medio de condiciones sociales tan parecidas a las nuestras en muchas formas importantes,

de suerte que sus mensajes también tienen gran significado para nosotros. Notemos algunas de las similitudes entre el mundo de Isaías y el nuestro: (1) los conflictos sociales y políticos eran pan de cada día; (2) el rechazo a la verdadera religión era algo generalizado, y era el pecado dominante y habitual de los hebreos; y (3) se confiaba más en lo material y lo militar que en Dios.

Si Isaías retornara hoy, diría algunas cosas importantes y claras. Quizás su primer mensaje sería: “Encaren los hechos realísticamente y arrepíentanse”. Esa es la necesidad para nosotros hoy dentro de las condiciones actuales. En tiempos en que todos parecen prosperar, al menos en cuanto a la posesión de bienes, debe enfatizarse la necesidad de ser humildes y de arrepentirse. Parece que es un hecho establecido que cuando las personas prosperan, aumentan también el pecado y el vicio. En su día Isaías hizo hincapié fielmente en los pecados de su pueblo. Jamás permitió que las tensiones y emociones de la guerra o de la amenaza de guerra obscurecieran su percepción moral interna y lo llevaran a minimizar los pecados del pueblo. Isaías jamás fue tan nacionalista y estrecho de visión como para ser ciego a las necesidades de la gente. Igualmente nosotros hoy debemos encarar el pecado, la intolerancia y la injusticia en nuestra nación. Isaías nos urge a reconocer nuestras guerras recientes y la pérdida de vidas por lo que son: juicios de Dios. Isaías le encontraría significado moral a la situación mundial actual. Al igual que él, nosotros debemos sonar la trompeta llamando al arrepentimiento.

Isaías confiaría en la sabiduría de la predicación. Él mismo fue un gran predicador. Adaptó su predicación a las situaciones fluctuantes que confrontó, y por tanto, sus mensajes siempre fueron vitales y pertinentes. Una buena predicación jamás debe ser reemplazada o abolida, pues despierta y mantiene viva la conciencia de la gente, establece el ritmo moral de la comunidad y permite que la gente se sensibilice a la presencia de Dios y a su necesidad de Él. Isaías nos recordaría que la fuente de nuestra autoridad espiritual está en una experiencia religiosa de primera mano. Isaías tuvo una gran certeza. Sabía a quién le había creído y qué creía sobre los grandes asuntos morales de su tiempo. Con valentía inició sus mensajes con la frase “Así dice Jehová”. Su experiencia de Dios en su alma era de primera mano. Esto está claramente ausente en nuestros púlpitos hoy día. ¿Acaso en esta era mecánica altamente compleja no vivimos en un corre y corre debido a nuestras muy organizadas actividades eclesiales, al punto de que nos resta tiempo para la comunión y meditación con Dios?

Si viera la situación mundial actual, Isaías transmitiría también un mensaje positivo de esperanza. “Confíen en el futuro”, diría su texto. Esto es lo que Isaías hizo sin importar cuán oscuras se vieran las nubes o cuán desesperada fuera la situación. La palabra de Dios para entonces fue “sean firmes y confíen”. Isaías confió en Dios porque su filosofía de la historia lo hacía tener convicción de que Dios tenía el control y ninguna nación podía desafiarlo ni escapar de Su castigo. No sólo podemos identificar la predicación profética por el contenido de su mensaje, sino también por la forma en que se presenta. El modo y la pasión del profeta deben ser parte nuestra si queremos ser profetas. Nada debe obstaculizar la declaración de la palabra de Dios y el anuncio de Su voluntad. Nada ni nadie debe evitar que se cumpla Su ministerio de predicación ya determinado. Sólo por una obediencia absoluta a Su mandato de predicar, puede el profeta saber que ha tenido éxito.

La pasión profética ofrece motivación genuina, convicción profunda, preocupación social compasiva y autoridad retadora para predicar la palabra. Es la vida misma del predicador. Sin ello, no es más que metal que resuena haciendo eco de la palabrería popular o un címbalo que retiñe produciendo agradables sonidos. Sin ello no comunica la verdad que el hombre necesita para llegar a Dios o para que Él se le revele.

Quiera Dios que los que están en el ministerio se familiaricen con el estilo de predicación que caracterizó el enfoque de Isaías en un tiempo en que, al igual que en el nuestro, no hubo otro camino para satisfacer las grandes necesidades de la humanidad.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 7

En el capítulo 3 de la Lección 7, se mencionan muchos temas para sermones. Seleccione uno de su preferencia y escriba un sermón. En la Guía de Respuestas hay un ejemplo tomado del libro Cómo preparar sermones, de William Evans, donde se esboza el primer capítulo del libro de Isaías.

NOTAS DE LA LECCIÓN 8

Sofonías: El perfil de un pueblo

Habacuc: El profeta de la transición

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

El primer período de los profetas cierra con los ministerios de Isaías y Miqueas. En general se supone que ellos terminaron su carrera al inicio del largo y cruel reinado de Manasés, que bien pudo haber sido el causante directo de la muerte de uno de ellos o de ambos. Tras sus muertes, hubo un silencio profético en Jerusalén y Judá por más de 50 años. Todos los males del baalismo, la idolatría y las instituciones paganas importadas, que tanto Israel como Judá habían conocido en el pasado, revivieron y tuvieron gran auge en la nación durante esos años. Ahora comenzaremos el estudio de los profetas del período neo-babilónico, que son Sofonías, Habacuc, Jeremías, Nahum, Ezequiel, Abdías y Lamentaciones. El primero fue el joven Sofonías, que rompió el largo silencio, pero Jeremías, su joven contemporáneo, lo seguiría poco después. Estos jóvenes profetas vinieron directamente del Señor con un mensaje de extrema urgencia, una profecía de juicio y destrucción para la malvada nación. Como todo profeta verdadero, su interés era desafiar la conciencia moral y religiosa de sus congéneres, esperando que esto hiciera innecesario el cumplimiento de las tristes predicciones de cautiverio y exilio. Tanto Sofonías como Jeremías hablaron constantemente del juicio de Dios que ya había caído sobre sus compatriotas en el reino del norte, y que ahora estaban exilados, y que ese juicio podría repetirse en Judá. Aunque los profetas Nahum y Habacuc no son tan conocidos como otros, sus mensajes fueron históricamente importantes para las siguientes generaciones.

SOFONÍAS

Autor y fecha. Sofonías fue un profeta de Judea y probablemente descendiente del rey Ezequías (1:1). Fue un hombre lleno de cualidades, poeta y miembro de la familia real. Su ministerio profético se ubica durante el reinado de Josías, pero por la naturaleza de su mensaje, su ministerio seguramente empezó antes del 621 antes de Cristo, cuando Josías comenzó a quitar los males de los que había hablado Sofonías. Las reformas de Josías empezaron en el 621 antes de Cristo cuando Hilcías halló el libro de la Ley en el templo. Esto encuadra la predicación entre los años 638 y 621, lo cual lo convierte en contemporáneo de Jeremías, Nahum y Habacuc.

Contenido y propósito. La profecía de Sofonías anuncia que el pueblo de Judá será juzgado. La mala influencia de los reyes Manasés y Amón ha llevado a la nación a pecar incluso durante el reinado del buen rey Josías. Por tanto, el tema clave de Sofonías es el juicio que se acerca en el

día del Señor, el cual describe en términos de una invasión militar. No da el nombre del invasor, pero muchos teólogos opinan que describe la invasión de los escitas, un pueblo guerrero y sangriento que descendió del norte y llegó hasta las puertas de Egipto a finales del siglo 7 antes de Cristo.

Pese a que Amós había ministrado en el norte unos novecientos años antes, y pese a sus muchas flaquezas, el pueblo de Judá aún esperaba que el día del Señor fuera un día de bendición y retribución. Al igual que Amós, Sofonías anuncia que el día del Señor será un día en que el monstruoso mal de sus “pequeñas flaquezas” quedará evidenciado vívidamente y provocará la destrucción de Judá a manos de naciones extranjeras. Sin embargo, añade que el día del Señor también traerá consigo restauración y esperanza para el pueblo de Dios.

Para Sofonías, este segundo aspecto del día del Señor como evento final, implica el cierre de la historia. Por tanto, el mensaje comparte algunas características con la literatura apocalíptica que describe los últimos tiempos. Esta visión la comparte con Isaías.

Sofonías centra los mensajes de toda una vida en un brevísimo texto de tres cortos capítulos.

Capítulo 1. El Señor ha puesto sobre Sofonías la carga de declarar juicio y destrucción sobre Jerusalén y Judá. Predicar un mensaje de juicio en un momento en que la nación está atravesando una reforma religiosa no es fácil, pero el verdadero profeta no ve sólo lo que tiene delante, sino lo que está en lo más profundo. La palabra “destruiré” muestra la ira de Dios, quien destruirá la creación y a los hipócritas de la nación. Esto ocurrirá durante una fiesta de sacrificio preparada para Babilonia. El juicio será sobre toda la tierra. Los versículos 2-3 incluyen a hombres, animales, aves y peces. Los versículos 8-11 afirman que Dios castigará. Empezando por el palacio real, el profeta camina por la ciudad e invita a la gente a lamentarse con él. Los mercaderes se verán especialmente afectados porque les quitarán toda su riqueza mal habida. El juicio que habrá sobre toda la tierra y todos sus habitantes caerá especialmente sobre Judá y Jerusalén. El pueblo de Jerusalén tratará de esconderse, pero los invasores los hallarán y degollarán. El que se siente satisfecho descubrirá que su teología estaba errada. Y al final de este primer capítulo, el Señor dice: “Llenaré de tribulación”. Algunas de las palabras que el profeta usa para describir ese día son: día amargo, día de ira, día de asolamiento, día de tiniebla y oscuridad, día de trompeta. Tras el fuego que literalmente destruirá a Jerusalén está el fuego del amor celoso de Dios por Su pueblo. Por causa de ese amor, Dios no acepta rivales ni permite la rebelión.

Capítulo 2. Por causa de sus pecados, las naciones vecinas de Judá sentirán también la ira de Dios. Los otros profetas han advertido que se avecina el juicio, pero los gentiles no se han arrepentido. El profeta utiliza una serie de imágenes agrícolas para describir el juicio venidero, que parecerá tamo, árbol desarraigado, campo de ortigas, lugar desolado. Dios los castigará por maltratar a Su pueblo, así como por su orgullo y por adorar a falsos dioses. Pero en Su misericordia, Dios los llama a dejar el pecado y buscar de Él. Los humildes (el remanente de Dios) se esconderá en Dios y será protegido durante el día de la ira.

Capítulo 3. En este capítulo, Sofonías cambia de perspectiva; deja de hablar de los enemigos de Judá y retorna a hablar del juicio que pende sobre su propio pueblo, especialmente sobre sus gobernantes corruptos. Los líderes no escuchan a los siervos de Dios ni atienden las advertencias de Dios. El profeta visualiza los últimos días, cuando el pueblo sea reunido y vuelva a su tierra. Invocará a Dios, lo servirá y no tendrá nada que temer. En los días finales se regocijará y cantará porque habrá acabado su disciplina, su enemigo habrá sido derrotado y el Señor será Rey de Israel.

Sofonías cierra su libro hablando del remanente fiel de Israel y de su restauración. El canto es de gozo por Sión y por todos los redimidos de la tierra. Es una alabanza al Señor porque ha quitado el juicio. En el libro de Sofonías vemos el ciclo completo de la profecía divina: (1) Se juzga al pueblo malvado y desobediente; (2) se le purifica y se le redime en el exilio y (3) se restaura el remanente fiel al que se le promete un futuro glorioso.

HABACUC

Autor y fecha. El profeta Habacuc sólo aparece en este libro que lleva su nombre. Puesto que no se especifica quién es, el tiempo de la profecía sólo puede deducirse con base en el contenido del libro. Se menciona a los babilonios (caldeos) y el profeta parece estar sorprendido de que ellos sean el instrumento de Dios para juzgar a Judá, cosas ambas que sugieren que el libro fue escrito posiblemente a inicios del imperio neo-babilónico, alrededor del año 625 antes de Cristo. Esto coloca la fecha de este libro a mediados del reinado de Josías.

Antecedentes históricos. El imperio de Babilonia inició con el asedio de los caldeos al reino de Babilonia en el año 625 antes de Cristo, luego de la muerte de Asurbanipal. Nabopolasar, el poderoso rey asirio del 633 antes de Cristo, participó en la destrucción de Nínive en el año 612 junto con el rey de los escitas y Ciáxares, rey de Media. El imperio fue contraatacado muy pronto por Egipto, en el año 605, cuando el faraón Neco marchó al encuentro de Nabucodonosor II, hijo de Nabopolasar. Sin embargo, Egipto fue derrotado en una batalla en Carquemisa. Nabucodonosor persiguió a los egipcios por Siria y Palestina. Avanzó contra Jerusalén a la cual subyugó y de donde tomó muchos rehenes, entre ellos a Daniel (605 a.C.). Estando en Jerusalén, Nabucodonosor se enteró de que su padre había muerto, por lo que regresó a casa y ascendió al trono. Antes de esto, en el año 609, el faraón Neco ejecutó a Josías mientras pasaba por Palestina para ir al encuentro de los babilonios.

Contenido y propósito. Habacuc es único entre los profetas porque, en lugar de darle mensajes al pueblo, conversa con Dios. Sus preguntas son atrevidas pues exige que Dios le explique Sus caminos. El profeta se siente confundido pues Dios ha permitido que gente mala triunfe sobre los justos (1:2-4). La respuesta que Dios le da le complica el problema a Habacuc, pues el Señor anuncia que Él levantará a los violentos babilonios contra Judá (1:5-11). Para Habacuc, un Dios santo no puede hacer algo así y por eso le pide a Dios que lo corrija si está equivocado (1:12—2:1). La respuesta de Dios tiene dos partes: (1) Reafirma su naturaleza moral básica, para que tanto judíos como babilonios sepan que el que ofende en algún momento tendrá que ser juzgado (2:2-22). (2) Por otra parte, Dios le da a Habacuc una visión de Su gloria infinita,

una visión que recuerda en cierta forma la visión que recibe Job en los capítulos 38-41. Estas dos respuestas le bastan a Habacuc para volver a tener fe en Dios. Esa fe, que es capaz de soportar toda circunstancia externa desfavorable, se define bellamente en el 3:16-19.

Sin duda, el libro va dirigido a los habitantes de Judá que deseaban cuestionar la justicia de Dios al ver no sólo el avance imparable de los malos por sus tierras, sino también el avance de los imperios paganos en el mundo. El recordatorio que hace Habacuc de cuáles son las demandas morales inmutables de Dios y de que Él es libre de procurar el bien a Su manera, es un mensaje que se ajusta a cualquier época.

El libro es una sola profecía que tiene dos partes. En la primera parte (caps. 1-2) hay un diálogo entre el profeta y Dios sobre el anuncio del juicio que vendrá sobre Judá a manos de los caldeos. La segunda parte (cap. 3) es una oración poética y una teofanía de Dios, que viene a juzgar al mundo y a liberar al pueblo igual que en los tiempos antiguos. Casi 100 años antes, Isaías había predicho el cautiverio en Babilonia, provocado por los pecados de Judá; ahora Habacuc está a las puertas de ver el cumplimiento de la profecía de Isaías.

La sección principal del libro (caps.1-2) se divide en dos lamentaciones y dos profecías, que van seguidas de cinco ayes. En la primera lamentación, Habacuc llora porque la iniquidad de su pueblo ha aumentado. En respuesta, la profecía de Dios declara el levantamiento de los caldeos como instrumento de castigo por el pecado. La segunda lamentación cuestiona que se utilice a personas malvadas para disciplinar a los que han transgredido menos flagrantemente. La segunda profecía y los cinco ayes responden que toda maldad debe ser juzgada y castigada. Aunque la ira divina parece retardarse, el tiempo designado llegará. Los cinco ayes son “¡Ay del que multiplicó lo que no era suyo!” (2:6), “¡Ay del que codicia injusta ganancia para su casa!” (2:9), “¡Ay del que edifica con sangre la ciudad!” (2:12), “Ay del que da de beber a su prójimo” (2:15) y “¡Ay del que dice al palo: «despiértate», y a la piedra muda: «levántate!»” (2:19). El capítulo 3 es un bello salmo apocalíptico que retrata la venida de Dios en juicio y ora por un renacer de la justicia en medio de los años de mundanalidad y pecado.

El texto clave de Habacuc se encuentra en el 2:4: “Mas el justo por la fe vivirá.” Este pasaje contiene la muestra más hermosa en toda la Biblia del poder de la verdadera religión. El lenguaje es el de una persona que se ha despegado de los gozos mundanos y se ha habituado a encontrar su mayor deleite en Dios.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 8

1. De acuerdo con Sofonías, ¿cuál importante hallazgo inició las reformas de Josías?
2. ¿Cuál es la principal profecía de Sofonías?
3. ¿Cuál es el tema clave de Sofonías?
4. Al final del primer capítulo de Sofonías, donde el Señor dice: “Llenaré de tribulación”, ¿qué palabras usa el profeta para describir ese momento?
5. ¿Cuáles fueron las tres razones para que Dios castigara a las naciones gentiles vecinas?
6. ¿Cuál es el ciclo completo de la profecía divina en el libro de Sofonías?
7. ¿Por qué Habacuc es único entre los profetas?
8. ¿Cuál es la doble respuesta que Dios le da a Habacuc que le permite volver a tener fe en Dios?
9. ¿Cuál es la única profecía de Habacuc y cómo se divide?
10. ¿Cuál es el texto clave de Habacuc y cuál es su implicación?

NOTAS DE LA LECCIÓN 9

Jeremías: El profeta para las naciones

Nahum: La realidad del juicio

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

JEREMÍAS

Jeremías es uno de los más grandes profetas del Antiguo Testamento. El libro, compuesto de poesía y prosa, se expresa con ira del pecado, evidencia la agonía profunda del alma, y ofrece vívidas descripciones de crisis personales y nacionales, además de bellas afirmaciones de esperanza y liberación. Jeremías le fue fiel a Dios hasta el final, pero el avivamiento de la fe del pueblo no ocurrió durante su vida. Todo lo contrario, después de al menos cuarenta años de ministerio, Jeremías tuvo que presenciar la matanza de su gente y la destrucción de la ciudad santa a manos de los crueles babilonios. No fue agradable ver la caída y muerte de la que fuera una gran nación. No debe sorprendernos que ese temor llene las páginas de la profecía de Jeremías, pues debemos recordar que el profeta vivió días turbulentos. Israel, el reino del norte, había sido arrasado por los asirios. Judá había sobrevivido sólo por su precaria estrategia de someterse a Nínive. Ahora Asiria se estaba desmoronando y Babilonia estaba emergiendo como el gran poder del oriente. Debilitado por la corrupción interna y la idolatría, Judá no podía detener la inundación que se avecinaba. Jeremías sólo podía elevar su voz de alarma y sus palabras de lamento lo hicieron acreedor del apodo de “el profeta sufriente”.

Antecedentes. Jeremías fue llamado a ser profeta en el décimotercer año del reinado de Josías (629 a.C.). En ese tiempo, el reino de Judá gozaba de una paz sin precedentes. Hacía ocho años que los asirios habían derrotado al reino de Israel y que las huestes de Senaquerib habían sido destruidas en forma milagrosa frente a las puertas de Jerusalén, durante el décimocuarto año del reinado de Ezequías (714 a.C.), lo cual había hecho que Judá sintiera poco temor del poder imperial de Asiria.

Unos pocos años después de la destrucción del ejército de Senaquerib en Jerusalén, los medos, bajo el mando de Deioces, y los babilonios se habían independizado de los asirios. Aunque Asarhaddón, el energético hijo de Senaquerib, logró por un tiempo reestablecer con éxito el debilitado trono, los gobernantes que lo sucedieron no pudieron resistirse al creciente poder de los medos, ni evitar el descenso continuo del que otrora fuera un poderoso imperio.

Durante el reinado justo de Ezequías Dios intervino a favor de Judá, destruyendo el ejército asirio, pero luego el trono fue ocupado por Manasés, el hijo ateo de Ezequías, quien reinó por 55 años, el período más largo de todos los reinados de Judá. Bajo Manasés, Judá llegó a un

nivel de idolatría jamás conocido, del cual nunca se recuperaría. Manasés no sólo restauró los lugares altos y los altares de Baal que su padre había mandado destruir, sino que también erigió altares para toda la hueste celestial en ambas cortes del templo y hasta llegó a levantar una imagen de Asera en la casa del Señor. Dedicó a su hijo a Moloc y practicó la brujería y la adivinación. Fue incluso más lejos pues mandó matar a cualquier profeta o santo que se opusiera a sus caminos impíos (probablemente mandó matar a Isaías), y derramó mucha sangre inocente, llenando de cabo a rabo de iniquidad a Jerusalén (2 R. 21:1-16; 2 Cr. 33:1-10). Bajo el mando de Sardón, el ejército asirio volvió a saquear a Judá y se llevó cautivo a Babilonia al rey Manasés. No sabemos por qué motivos éste obtuvo su libertad y pudo regresar a Jerusalén y al trono (2 Cr. 33:11-13). Su arrepentimiento no tuvo un efecto importante en el reino. Desde este tiempo en adelante los asirios no regresaron a Judá, ni estuvo Judá en peligro de ser atacado por Egipto, el gran imperio del sur, pues éste había sido debilitado por discordias internas y guerras civiles.

Amón, el hijo impío de Manasés, siguió los pasos pecaminosos de su padre y multiplicó la maldad (2 R. 21:19-23; 2 Cr. 33:21-23). La fuerza espiritual y moral de Judá llegó a decaer tanto que el pueblo en general dejó de buscar al Señor y Su ley. Lo que el santo Josías había logrado con sus reformas había sido únicamente suprimir las formas básicas de la idolatría y restaurar los servicios formales en el templo, pero no había logrado acabar con el alejamiento de corazón que vivía el pueblo para con Dios, ni de poner en jaque cualquier efecto de la corrupción moral, resultado de un corazón que se aleja del Dios vivo. Notemos lo que Jeremías dijo sobre los ídolos en Judá incluso tras la reforma de Josías (2:28; 9:13) y lo que dijo sobre el pecado en todas las personas (5:1-5; 6:13). Josías murió cuando iba en contra del ejército del faraón Neco que avanzaba con su ejército hacia Palestina en su ruta a la guerra en el Éufrates contra Asiria, su enemigo de antaño. Herido mortalmente en una batalla realizada en un valle cerca de Meguido, Josías murió camino a Jerusalén (2 R. 22:29 y ss.; 2 Cr. 35:20). El pueblo colocó en el trono a su segundo hijo, Joacaz, pero cuando el faraón llegó a Jerusalén lo hizo prisionero y lo llevó a Egipto donde murió cautivo. Faraón colocó en el trono a Eliaquim, el hijo mayor de Josías, a quien le dio el nombre de Joacim e hizo rey vasallo. Por consiguiente, dada la previa condición espiritual y moral, Judá retornó a la flagrante apostasía que había habido durante el reinado de Manasés (2 R. 23:37; 2 Cr. 36:6). Y Joaquín y Sedequías, los dos hijos que le sucedieron a Joacim, también siguieron sus pasos (2 R. 24:5,19; 2 Cr. 36:9,12). Por tanto, a pesar de que Jeremías predicó fielmente y advirtió que vendría el juicio, Judá siguió en su idolatría hasta el día de su caída en el año 587 antes de Cristo.

Autor y fecha. Jeremías ha sido llamado “el profeta sufriente”. Lo único que podía hacer era elevar la voz de alarma y lamentarse. “¡Ay, si mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!” (9:1). En cuanto a su vida y sus obras, tenemos más información que con la mayoría de los otros profetas. Este hombre está claramente descrito en sus profecías y su vida está íntimamente relacionada con la historia de Judá. De Jeremías se ha escrito: “Jamás en ningún momento de sus cuarenta años de ministerio, pudo Jeremías detener la decadencia del pueblo; nada de lo que dijo, sufrió logró detener el deterioro”. La descripción de la oscuridad de esos tiempos se describe así: “A Jeremías le tocó profetizar en una época en que todas las cosas en Judá iban decayendo rumbo

a una catástrofe final y dolorosa. Fue una época en que en todas partes se vivían las más bajas pasiones y prevalecían los peores consejos. Su posición fue, primeramente, luchar heroicamente para que el pueblo se detuviera y se volviera del camino que los llevaba directo a la destrucción, y luego, tras fracasar en este intento, hacerse a un lado para ver cómo su propio pueblo, a quien amaba con ternura de mujer, caía en el precipicio de la profunda ruina.”

Jeremías fue hijo de Hilcías, uno de los sacerdotes que formaban parte de la ciudad sacerdotal de Anathoth, situada a 8 kilómetros al norte de Jerusalén. Actualmente es una aldea llamada Anata. En 1 Reyes 2:26 se nos dice que era sacerdote de la casa de Itamar y vivió en Anathoth. Gracias a esta referencia sabemos que este Hilcías no es el mismo sumo sacerdote de 2 Reyes 2:4, porque el sumo sacerdote era de la casa de Eleazar.

Jeremías fue llamado a ser profeta a muy temprana edad (1:6) y trabajó en Jerusalén desde el décimotercer año del reinado de Josías (629 a.C.) hasta la caída de la ciudad. Luego de la destrucción de Jerusalén trabajó unos años entre las ruinas de Judá y luego en Egipto entre sus compatriotas que habían huido a ese país (1:2 y ss., 25:3, y caps. 40-44). Su ministerio profético se desarrolló, por tanto, en el período de la disolución interna del reino de Judá y su destrucción a manos de los caldeos. Su misión fue primeramente ir a Judá y luego ir a los pueblos paganos, en la medida en que éstos entraron en contacto con el reino de Dios en Judá. Al igual que Isaías, quien lo precedió por unos 100 años, trabajó en Jerusalén. Como ya hemos dicho, Judá jamás se recuperó de haber caído en idolatría, la cual había iniciado en el año 55 del reinado de Manasés. Ya no podía evitar ser juzgado por haberse alejado de la presencia del Señor, ni podía ser liberado del poder de los paganos. Sin embargo, el fiel Dios del pacto, tras sufrir mucho, le concedió a Su pueblo infiel otra oportunidad de arrepentirse y volverse a Él, pues les dio la reforma de Josías y envió profetas. Aunque ya había determinado castigar al pueblo pecador por su arrogante apostasía, Dios no deseaba una total destrucción. Dios tendría un remanente. Esta perspectiva es la que nos permite ver el propósito y misión de Jeremías, y nos hace comprender toda la historia de sus esfuerzos y el contenido de sus discursos.

Los opositores de Jeremías no tardaron en aparecer. Primero fueron los sacerdotes de su propia ciudad natal de Anathoth. Jeremías insistió con urgencia a rendirse a los babilonios como única esperanza para que Judá sobreviviera. Debido a esto, fue encarcelado, acusado de deslealtad política. Su vida se vio amenazada muchas veces. No sabemos cuándo ni cómo murió Jeremías, pero sí sabemos que más que cualquier otro profeta del Antiguo Testamento, creyó en la importancia de una religión del corazón. Sabía que la única esperanza para el individuo era confiar en forma personal en el Señor y depender de Él. Se ha escrito: “Cuando vemos cómo el profeta tenía fe en que el pueblo de Dios jamás perecería, a pesar de la ruina inevitable que había de tocar a esta raza, y vemos estaba firmemente convencido de que los caldeos serían invencibles todo el tiempo que la Providencia les otorgara, queda manifiesto que su trabajo se basaba en algo que no puede explicarse por la fuerza natural de su carácter. Nacido con una disposición a ceder, de carácter sensible y tímido, lleno de temor se inclinó ante el llamado de Dios (1:6), y luego cuando se vio agobiado por las cargas de otros, repetidamente tuvo el deseo de ser relevado de sus duros deberes.” En el 20:7 y los versículos siguientes dice: “¡Me sedujiste, Jehová, y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo y me venciste! ¡Cada día

he sido escarnecido, cada cual se burla de mí!...La palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día. Por eso dije: ¡No me acordaré más de él ni hablaré más en su nombre! No obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude.” Aunque está lleno de un amor ardiente que busca la salvación de su pueblo, al ver la corrupción moral, el profeta grita: “¡Ay, quién me diera en el desierto un albergue de caminantes, para abandonar a mi pueblo y apartarme de ellos!” (9:2). Pero como sabe que la tierra está por ser juzgada y el pueblo no lo podrá evitar, suspira diciendo: “¡Ay, si mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!” (9:1)

Propósito. El propósito del ministerio y del libro de Jeremías se declara abiertamente en dos pasajes. El primero es el 1:10, que revela que la tarea del profeta es intencional. Fue puesto “sobre naciones y sobre reinos para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar”. El plan inicial de Dios es destruir. La madera podrida debe ser eliminada y las plantas marchitas deben ser extraídas. El pecado no debe ser consentido. Pero el propósito final de Dios no es destruir vengativamente. Trata con firmeza el pecado para hacer posibles una nueva construcción y nuevos plantíos. Jerusalén y Judá, que ahora son pecadores sin remedio, deben ser destruidos para que la nueva Jerusalén pueda surgir. En este segundo propósito, la esperanza es también intencional: “para que se arrepienta cada uno de su mal camino, entonces yo perdonaré su maldad y su pecado” (36:3). Y todo esto será posible gracias a un nuevo pacto (31:31-34).

Contenido. El libro de Jeremías contiene, además de un número de profecías que abarcan un período de aproximadamente 41 años, varias notas históricas y temas de interés personal. El orden en que están colocadas las profecías no es estrictamente cronológico. El primer capítulo y el último sirven de introducción y conclusión a las porciones proféticas. El último capítulo es también un apéndice histórico que relata la rebelión de Sedequías contra los babilonios y la destrucción de la ciudad con la deportación de sus habitantes a Babilonia.

Capítulo 1. El primer capítulo habla del llamado del profeta, y menciona que Dios le promete protección cuando esté siendo perseguido, promesa que el profeta pudo corroborar muchas veces a lo largo de su atribulado ministerio. El llamado hizo que Jeremías tomara conciencia de que Dios lo había escogido para una tarea; las visiones mostraron que esa tarea sería peligrosa y gravosa; pero Dios le prometió: “Estaré contigo para liberarte”. En este capítulo aparece ocho veces la expresión “vino palabra del Señor a mí” o una frase parecida. Este pensamiento sigue apareciendo a lo largo de toda la profecía, como un constante compás de tambor. Jeremías fue un hombre con un mensaje de parte de Dios. Podemos suponer que esta sección se la dictó a Baruc, unos 23 años luego de que ocurrieran esas experiencias. El capítulo contiene profundas reflexiones sobre eventos que en su momento lo aturdieron. Su llamado tuvo más semejanzas que diferencias con el de otros siervos de Dios: (1) la iniciativa la tuvo Dios; (2) Dios le dio un mensaje y la responsabilidad de transmitirlo; (3) el profeta sabía desde el inicio que su mensaje no sería bienvenido; y (4) sabía que Dios estaría con él para que se cumpliera el mandato divino. Jeremías declara sus credenciales cuando dice “antes de nacer” y en los cuatro verbos modificados: “te formé”, “te conocí”, “te santifiqué” y “te llamé”. La iniciativa

de Dios no destruye la responsabilidad del hombre, sino todo lo contrario. Dios ha actuado y por tanto el hombre debe responsabilizarse y actuar también. Incluso cuando Jeremías muestra un temor comprensible, Dios le asegura: “Estaré contigo para liberarte”. Esa es la presencia de Dios que da valor.

El libro de Jeremías comprende varias profecías que abarcan un período de aproximadamente 41 años. Comprende además apuntes históricos y datos de interés personal. El orden en que estas profecías están colocadas no es estrictamente cronológico. Las profecías se dividen en tres grupos: el primero va del capítulo 2 al 33, el segundo del 34 al 45 y el tercero del 46 al 51.

Profecías del grupo 1, capítulos 2-33. Estas profecías se centran en la condena que viene para la ciudad de Jerusalén, que anteriormente se ha librado de ser capturada y destruida. Predomina el llamado al arrepentimiento, pero además hay consejos para buscar la reconciliación ante la condena que es inevitable pues el pueblo retarda año tras año la decisión de arrepentirse sinceramente.

Profecías del grupo 2, capítulos 34-45. Esta sección es en gran medida histórica, pues relata las persecuciones que vivió Jeremías durante los ataques del ejército babilonio contra Jerusalén. Como sospechaban que colaboraba con el enemigo, lo pusieron en prisión, lo amenazaron de muerte y finalmente lo llevaron a Egipto contra su voluntad. Aún así, Jeremías insta fielmente al pueblo a que se arrepienta y se vuelva a Dios: “Oye ahora la voz de Jehová que yo te hablo, y te irá bien y vivirás” (38:20).

Profecías del grupo 3, capítulos 46-51. Estos capítulos contienen predicciones sobre el destino de varias naciones extranjeras. Egipto, Filistea, Moab, Amón y finalmente Babilonia serán castigadas. La profecía contra Babilonia la recibe Seraías, a quien se le ordena que cuando sea llevado cautivo a Babilonia lea la profecía, ate una piedra al rollo y lo lance en el Éufrates en testimonio contra la malvada nación.

El libro de Jeremías contiene las profecías de una nación que está a las puertas del desastre, pues su tiempo de gracia está terminando velozmente. A continuación, un breve resumen del mensaje de Jeremías y de su papel como ministro de Dios:

1. Jeremías le advierte a Jerusalén que será destruida por Babilonia, el nuevo poder del norte que recién ha conquistado a Asiria.
2. Aún así, si Judá se arrepiente y se vuelve al Señor, Dios, en Su misericordia, los salvará nuevamente de ser destruidos a manos de Babilonia.
3. Mucho antes de terminar el libro Jeremías concluye que no hay esperanza aparente de que Judá se arrepienta. Así que, a riesgo de ser malentendido por su propio pueblo, recomienda que se entreguen a Babilonia pues es la mejor manera de librarse de una calamidad mayor.
4. Al igual que sus predecesores, Jeremías une la idea del cautiverio y exilio de Judá con la idea de que al final Judá sería redimida y restaurada por medio de un remanente fiel, que en el futuro influirá en toda la tierra.
5. Es decir, Babilonia, que es instrumento de Dios para castigar a Judá por su pecado y su

- clara desobediencia, también será destruida para nunca volverse a levantar. Lo mismo se profetiza contra Nínive y el imperio asirio.
6. La destrucción del Templo y la caída física de la actual religión de Judá es una necesidad imperiosa y prefigura el “Nuevo Pacto”, que será tallado en los corazones de los hombres. La interpretación es la mayor contribución de Jeremías para comprender la religión de Jehová. Por tanto, Jeremías es el punto central de la historia religiosa de su pueblo.
 7. Finalmente, Jeremías nos ofrece el mejor concepto de la profecía. Para él, el propósito divino es revelar a Dios mismo, y ayudarnos a comprender Su voluntad y carácter, así como Su orden de acontecimientos, pueblos y naciones, así como la vida interior de los individuos. Este concepto que Jeremías expresa ha sido llamado el más sublime de sus más sublimes dichos.

Conclusión. El punto medular de la era futura de Jeremías es el retorno del exilio. Y sabemos que una vez que el exilio ocurriera, ocuparía en la historia un lugar más importante que el éxodo, pues el exilio los purificó. El pueblo de Jehová regresaría después de 70 años. Pero Jeremías vio más allá del exilio hacia el futuro. Su visión incluyó una Jerusalén renovada que mostraría la santidad de Dios y llevaría un nuevo nombre: “Jehová, justicia nuestra” (33:16). La escatología de este profeta describe la era mesiánica y la representa con un Gobernante Davídico, una Rama Justa, que dispensará equidad y justicia. Tanto Judá como Israel vendrán a Sión y los gentiles se beneficiarán de las bendiciones de ese nuevo día. El nuevo pacto se escribirá en el corazón de hombres y mujeres, y por tanto, la ley de Dios será interiorizada.

NAHUM

Introducción. Jonás fue enviado a Nínive, capital del imperio asirio, para que el pueblo tuviera la oportunidad de arrepentirse. Pero unos 150 años después Nahum fue llamado a anunciarles que el juicio era inminente. La ciudad cayó en poder de los medos y babilonios en el año 612 antes de Cristo. Sofonías también predijo la caída de Nínive. La destrucción de esta ciudad es el tema de Nahum, que era nativo de Elcos y profeta de Judá. Por siglos el imperio asirio, con su capital en Nínive, había oprimido a las naciones del Asia occidental. Había controlado todos los intentos de rebelión con despiadada crueldad y violencia. Muchas veces la misma Judá había escapado a la destrucción, pero por un pequeño margen y porque se había sometido a los asirios pagándoles un pesado tributo. Ahora la destrucción estaba a las puertas del opresor y Nahum predice que será certera y repentina.

Autor y fecha. El profeta Nahum es desconocido fuera del libro que lleva su nombre. Es llamado “elcese o elcosita”, aunque no se conoce la ubicación de Elcos. Puesto que su mensaje predice la caída de Nínive, debió haber recibido la profecía en algún momento antes del año 612 antes de Cristo, año en que la ciudad fue destruida. La profecía fue dada en el período de destrucción de Tebas en Egipto, que se sabe ocurrió entre los años 663 y 612 antes de Cristo, cuando se cumplió la predicción de la captura y destrucción de Nínive a manos de los babilonios.

Antecedentes. Nínive era la capital del imperio asirio, que había destruido a Israel. Fundada por Nimrod poco después del diluvio, fue desde sus inicios rival de Babilonia. Babilonia estaba al sur del valle del Éufrates y Nínive en la parte norte del valle y había entre ambas ciudades 165 kilómetros de distancia. Nínive ocupó el poder del mundo alrededor del año 900 antes de Cristo y poco después de eso dominó a Israel. Alrededor del año 785 antes de Cristo, Dios envió a Jonás a Nínive para que la ciudad dejara sus caminos de brutales conquistas. En los siguientes 60 años, el ejército asirio completó la destrucción de Israel. Por otros 100 años Nínive siguió creciendo y haciéndose más poderosa y arrogante. Asiria era un imperio dominante en el antiguo Cercano Oriente. Había logrado una superioridad a base de brutales victorias militares que le ganaron la fama de ser un imperio mundial cruel. No sorprende que Nínive, la capital de Asiria, fuera llamada “ciudad de sangre” (3:1). En el año 663 antes de Cristo, Asiria saqueó Tebas. Nahum habla de esa victoria (3:8) como una advertencia de que la misma Asiria será juzgada y caerá, así como han caído sus víctimas. El ejército de Nabopolasar de Babilonia sitió y derrotó Nínive en el año 612 antes de Cristo. Los profetas Isaías, Miqueas y Sofonías habían profetizado la caída de Asiria. Nahum viene con una profecía de retribución y castigo. Su mensaje, poco después de la caída de la capital, es un canto fúnebre, como si la destrucción de Nínive fuera ya un hecho. Sin embargo, en el tiempo en que Nahum da su profecía, Nínive es la reina de las ciudades del mundo, poderosa y brutal más allá de toda imaginación, cabeza de un estado guerrero que se había levantado sobre el despojo de las naciones. A sus cofres llegaban riquezas sin límites desde los confines de la tierra. Nahum la iguala a una cueva de leones feroces que se alimentan de la sangre de las naciones (2:11-13). En la cúspide del poder de Nínive, en las puertas de su repentina caída, aparece Nahum con su profecía.

Propósito. El mensaje del profeta tiene como fin declarar que Dios tiene el gobierno moral del mundo y Sus principios deben ser aplicados en el imperio asirio. Sin duda, el fin subyacente es consolar a los que han sufrido a manos de este vicioso poder mundial, en particular el pueblo de Dios. El mensaje se basa en la justicia de Dios. Revela el carácter santo de Dios, que no puede permitir que el pecado quede sin castigo. Hay al menos dos verdades proféticas básicas en las profecías de Nahum. La primera es que Dios es el soberano final de la historia. La segunda es que el universo está estructurado moralmente en tal forma, que los que violan su constitución son luego por eso destruidos. Los que escogen vivir por la espada, mueren a espada.

Contenido. En resumen, en el capítulo 1 Nahum anuncia la caída de Nínive, en el capítulo 2 la describe y en el capítulo 3 la justifica.

A diferencia de los libros de Isaías, Miqueas y Sofonías, cuyas profecías se centran mayormente en Jerusalén y Judá, el mensaje de Nahum está enteramente dirigido a Nínive, el archienemigo de Judá por generaciones. Este mismo enemigo destruyó Israel en las dos campañas del 734 y el 721 antes de Cristo y se llevó cautivos a sus habitantes. Durante la vida de Isaías, en las campañas del 719, 713 y 710 antes de Cristo, los asirios capturaron 46 ciudades fortificadas de Judá y otras muchas no fortificadas, y se llevaron a más de 200 mil personas cautivas. Jerusalén misma no fue destruida por la intervención divina.

Capítulo 1. El profeta Nahum tiene una visión de lo que pasará. Esta profecía condena a Nínive. Está cerca el día de la retribución y del castigo contra esta malvada ciudad. El Señor la destruirá por completo, y jamás volverá a aterrorizar a las naciones. Para Judá esto significa liberarse de un tirano y del conquistador de mucho tiempo. Para todo Israel, son buenas nuevas y una gozosa paz porque al fin su gran enemigo será humillado.

Unos 20 años después de la predicción de Nahum, Nínive fue sitiada por un ejército de babilonios y medos. El versículo clave en el libro es el 1:3: “Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable”. El profeta no habla del enojo petulante que surge durante asuntos incidentales. Más bien, indica la total santidad de Dios que mantiene una creativa tensión entre el amor y la justicia. La naturaleza de Dios demanda que castigue el pecado, porque es naturaleza del pecado exigir que se le dé castigo.

Capítulo 2. Este capítulo retrata poéticamente el sitio, captura y saqueo de una ciudad rica en tesoros. Nínive enfrentó a su enemigo e invasor: los babilonios y sus aliados, los medos. Tras dos años de sitio, una repentina inundación del río destruyó parte de sus murallas. Nahum había predicho que “las puertas del río serían abiertas” al ejército destructor. Por esa brecha ingresaron los babilonios y medos y realizaron su obra de destrucción. La ciudad fue pronto saqueada y sus habitantes fueron hechos prisioneros y masacrados, incluyendo el rey y sus descendientes, que fueron perseguidos y asesinados a espada. Como era costumbre en esos días, la reina y demás mujeres fueron llevadas cautivas. Todo ocurrió exactamente como Nahum lo describió y la malvada y sangrienta ciudad quedó en el olvido. Nahum añade una profecía donde el Señor declara juicio sobre Nínive, y dice que es un juicio del cual no escapará. Su destrucción es tan completa que incluso se olvidó el lugar donde estaba asentada la ciudad. Todo rastro de la gloria del imperio asirio desapareció tan completamente que muchos teólogos han empezado a creer que la referencia es mítica; sin embargo, en 1845 se descubrieron las ruinas de la antigua Nínive junto con las ruinas de los magníficos palacios de los reyes asirios.

Capítulo 3. Este capítulo es un canto de victoria y una descripción apasionada de la caída de la ciudad que permite explicar razonadamente por qué todo eso era necesario. Algunos han llamado a este canto “el canto de muerte de Nínive”. Es un tipo diferente de canto victorioso, porque no lo entonan ni babilonios ni medos, los conquistadores militares. Lo entonan el profeta y el pueblo de Dios, que han sido perseguidos mucho tiempo por este enemigo cruel que ahora ha caído. Nínive es condenada por tres cosas: sus saqueos, sus destrucciones y su mala influencia.

Vemos una descripción del ataque, que inicia con el fiero grito de “¡Ay de ti, ciudad sanguinaria!” y describe los rápidos carros y la caballería. Este pasaje revela el gran poder descriptivo de Nahum, pues describe una de las escenas de batalla más vívidas que hay en la literatura hebrea (vv. 1-3). La paga por la maldad de Nínive es el castigo presente. Con astuta seducción, Nínive ha sido como una prostituta y ha traicionado a muchas naciones. Al igual que Tebas, otra gran ciudad “asentada cerca del Nilo”, Nínive es saqueada y destruida. Jehová

no asume la responsabilidad de la ejecución del juicio ni del castigo contra ella. No hay escape para Nínive. El poderoso ejército invasor del enemigo es tan numeroso como una plaga de langostas. Y aunque los guerreros de Nínive también son muchos, ahora están aterrorizados y listos para huir a la primera oportunidad, olvidando ser leales y proteger a la ciudad. Hay un lamento por Nínive. Es como un rebaño “disperso por los montes”, sin pastor (profeta) que lo guíe de vuelta al rebaño (vv. 4-18).

Debemos recordar que Nahum no escribe la historia de un evento pasado, sino que está prediciendo algo que vendrá. Aunque no pretende profetizar con detalle, asombra la exactitud con la que describió los eventos. Los defensores de la ciudad lucharon desesperadamente, pero a pesar de su defensa valerosa fueron tan vulnerables como mujeres antes de la derrota. El énfasis de Nahum es nuevamente que cuando el juicio de Dios viene, los hombres no tienen poder alguno para detenerlo.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 9

1. ¿De qué está compuesto el libro de Jeremías y qué contiene?
2. ¿Por qué se le llama a Jeremías “el profeta sufriente”?
3. ¿Cuál fue el fracaso de las santas reformas de Josías?
4. ¿Cuál pacto fiel hizo Dios con Su pueblo infiel?
5. ¿De dónde provino la mayor oposición a Jeremías, cuál fue la razón y cuál el resultado?
6. ¿Cuál era el propósito del mensaje del profeta Nahum?
7. ¿Cuáles son las dos verdades proféticas fundamentales que moldearon las profecías de Nahum?
8. ¿Cuál es la diferencia entre el mensaje de Nahum y el de Isaías, Miqueas y Sofonías?
9. ¿Cuál visión de Nahum llegó a ser la condena de Nínive?
10. Tras dos años de sitio, ¿qué ocurrió que llevó el sitio de Nínive a su fin?

NOTAS DE LA LECCIÓN 10

Ezequiel: La fusión de dos etapas

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

Introducción. Jacob en Peniel, Moisés en el Monte Sinaí, Isaías en el templo, Pablo en el camino a Damasco, Juan en la isla de Patmos y Ezequiel al lado del río Quebar—todos vieron la gloria de Dios y después de ello no volvieron a ser los mismos. El libro de Ezequiel, el cuarto de los profetas mayores en la versión inglesa del Antiguo Testamento, era el tercero de los “últimos profetas” en el original, seguido por el Libro de los Doce y precedido por Isaías y Jeremías. La característica distintiva de su método de enseñanza es el uso frecuente de visiones, parábolas, símbolos, acciones y alegorías. En sus páginas se encuentran muchos elementos de la literatura apocalíptica judía de años más tarde. Ezequiel fue preeminentemente un profeta del cautiverio babilónico y fue un profeta de lo que se llama el período neo-babilónico. La nota dominante del libro es la afirmación: “Sabrán que yo soy Dios”, que aparece en 62 lugares en los 48 capítulos. La misión de Ezequiel parece haber sido explicar por qué Dios causó o permitió el cautiverio de Israel: por las innumerables abominaciones de las que eran culpables; abominaciones por las que otras naciones se habían manchado, pero que en el caso de Israel, fueron causa de castigo. Por ese castigo llegarían “a saber que Dios es Dios”. Y así fue. El cautiverio babilónico curó a los judíos de la idolatría. Hasta ese momento habían sido idólatras. Pero desde ese momento hasta hoy, y sin importar qué otros pecados hayan cometido, los judíos jamás han vuelto a ser idólatras.

Lo que la mayoría de las personas sabe de Ezequiel es la visión del carruaje de Dios con sus ruedas dentro de otras ruedas, o por la visión del valle de los huesos secos, o por la profecía contra Gog y Magog. Pero Ezequiel es mucho más que estas imágenes y aquel que lo estudia con seriedad será ricamente recompensado.

Autor y fecha. Los primeros tres versículos dicen que Ezequiel, hijo de Buzi, recibe las visiones que se registran en los capítulos 1-3. De allí en adelante, el libro está escrito en primera persona. Su nombre significa “aquel a quien Dios sostiene”. Ezequiel era un sacerdote. Fue llevado a Babilonia en el año 587 antes de Cristo en la segunda deportación junto con el rey Joaquín y otros líderes de Judá, y cinco años más tarde fue llamado al ministerio (592 a.C.). Al igual que Jeremías fue un sacerdote llamado a ser profeta y, al igual que Jeremías, predicó sermones de acción que llamaban la atención de las personas. En el exilio y aunque el rey Joaquín estaba preso, los israelitas gozaban en general de una considerable libertad. Ezequiel tenía su propia casa y estaba casado. Vivía bastante cómodamente en Tel Aviv, cerca del río Quebar. Mientras que Daniel vivió sus setenta años en cautiverio, Ezequiel seguramente murió antes de que el cautiverio concluyera. Fue un atalaya que les hizo advertencias a los

infieles pero que fue bálsamo para los fieles. Recibió sus oráculos del Señor.

Antecedentes. El contexto del ministerio profético de Ezequiel es la apostasía de Judá que se desata tras la muerte en el año 609 antes de Cristo, de Josías, el último rey bueno. Desde ese momento en adelante, los reyes de Judá dejaron de ser justos y el reino decayó rápidamente. Joacaz, el primer hijo que sucedió a Josías en el trono, fue llevado cautivo a Egipto tras un reinado de sólo tres meses. El segundo hijo que reinó fue Joacim. Entre los años 604-603 se vio forzado a unirse a Babilonia en vez de a Egipto, debido a la gran victoria que tuvo Nabucodonosor sobre el faraón Neco II en Carquemisa en el año 605. Sin embargo, Joacim se rebeló contra Nabucodonosor y por eso Jerusalén fue atacada en el 597. Joacim murió (o fue asesinado) y su hijo Joaquín de 18 años pasó a ser rey. Reinó sólo tres meses pues se rindió a Nabucodonosor para salvar a Jerusalén de la destrucción. El joven rey y todos los principales ciudadanos fueron llevados cautivos a Babilonia. Entonces Sedequías, el tercer hijo de Josías en la sucesión al trono y tío de Joacim, fue puesto en el trono de Judá, probablemente en calidad de regente por su sobrino cautivo. Ezequiel jamás llama a Sedequías “rey”, sino siempre lo denomina “príncipe”. Sedequías reinó durante 11 turbulentos años. No fue firme para enfrentar a aquellos que en su gobierno deseaban que Judá volviera a ser independiente, poniendo enemistad entre Egipto y Babilonia. Jugar a la política entre dos súper poderes fue algo desastroso para un estado tan pequeño, de manera que la rebelión de Sedequías llevó a la total conquista y destrucción de Jerusalén en el año 586. Las nuevas de que Jerusalén había sido destruida llegaron a oídos de los exilados a inicios del año 585 e hicieron que la reputación de Ezequiel creciera de inmediato y sobremanera. El profeta había estado pregonando por siete años el destino de la ciudad y de su bello templo, a pesar de que sus compatriotas en el exilio seguían falsamente esperanzados de que pronto vencerían a Babilonia y regresarían a Palestina. Cuando se cumplieron las predicciones, los exilados reconocieron en Ezequiel al profeta de Dios. Su última profecía la transmitió en el año 570. Su ministerio, por tanto, abarcó 22 años en total.

Dios nunca da visiones de Su gloria sin un propósito. Su objetivo final es hacerle saber al ser humano Su voluntad y Su agenda. La persona que ha tenido una visión de la gloria de Dios tiene un mensaje poderoso para el ser humano. Un profeta sin una visión de Dios es falso; una visión sin un profeta que anuncie el mensaje del Señor es inútil. Ezequiel fue el hombre ideal para su tiempo.

Propósito. Los exilados de Judá tenían que saber primero que Dios era soberano sobre toda la tierra y no sólo sobre Judá. Tenían que saber que Dios dispensa Su justicia en forma igualitaria. Dios no ignoraría a las naciones que se habían burlado de Su pueblo y que habían sido rápidas para unirse a las expediciones de Nabucodonosor contra el rebelde Judá. En los juicios a las naciones, así como a Judá, el propósito de Dios es que todas las personas en todas partes sepan que sólo Él es Dios.

Contenido. La profecía de Ezequiel se divide en forma natural en tres secciones, y cada una contiene profecías distintas cuyas fechas están cuidadosamente indicadas. Las primeras profecías, dadas antes de la destrucción de Jerusalén, llaman continuamente al arrepentimiento

y a reformarse, lo cual es un tema común entre los profetas. También repiten las predicciones del juicio de Dios que será el resultado de no escuchar Su voz. Las últimas profecías, dadas después de que los exilados en Babilonia se enteraran de que la ciudad había sido destruida, enfatizan la restauración futura de la gloria de Israel, y del templo espiritual, desde donde manarán aguas sanadoras para todas las naciones circundantes.

Primera sección—Capítulos 1-24

Capítulos 1-7. Esta sección contiene oráculos, visiones y profecías dramatizadas que predicen la destrucción de Jerusalén y el fin de Judá debido a los pecados de los líderes y el pueblo. La gloria de Dios en las visiones personales de Ezequiel contrasta con las abominaciones que los sacerdotes y nobles practicaban en el templo de Dios en Jerusalén. El resultado inevitable del pecado de Judá fue que Dios se alejó del templo y de la ciudad, lo cual llevó a su destrucción. La condenación y la advertencia son las notas clave de estos capítulos en la primera sección de este libro. Cuatro predicciones de esta sección tienen fecha y abarcan un período de unos cuatro años. Los capítulos 2-3 hablan del mismo tema: la revelación a Ezequiel de su ministerio profético y su introducción al mismo. Las instrucciones y tareas que se le dan son específicas y tan elaboradas como las que reciben otros profetas del Antiguo Testamento. Los capítulos 4-24 abarcan desde el llamado de Ezequiel hasta el inicio del sitio de Jerusalén. El tema es el juicio y la destrucción inminentes de la ciudad y del santuario. Cuatro actos simbólicos representan la desolación (4:1—5:4), y luego hay un discurso profético directo que llega hasta el capítulo 7. Ezequiel es llamado a utilizar lecciones objetivas para transmitirle el mensaje de Dios al pueblo, y esos actos simbólicos revelan el aprieto del sitio de la capital y el exilio que viene después. Entre los intérpretes hay consenso, aunque no total, de si estas acciones realmente se llevaron a cabo o no. El tiempo de los hechos simbólicos del capítulo 4 concluye en este capítulo. El tema del lóbrego destino de Jerusalén y su pueblo se lleva a cabo y se refuerza con un poderoso y directo discurso en prosa. Ningún hombre que es juzgado por Dios en cualquier época puede quejarse de que no ha recibido suficientes advertencias de los temas relacionados con su desobediencia. Las profecías de los capítulos 6-7 tienen relación entre sí porque elaboran el simbolismo del capítulo 5. Sin embargo, cada capítulo tiene un énfasis y un mensaje distintos. Usando la denuncia, Ezequiel busca que el corazón de la nación se vuelque hacia Dios. Sea que el pueblo escuche o no, al menos debe saber que hay un profeta en Israel que es vocero de Dios. Este capítulo, que en realidad tiene la forma de un lamento, concluye con el mensaje general del libro. Las repeticiones constantes, que han hecho cavilar a los intérpretes del texto, son intencionales y enfatizan la certeza de la futura calamidad. Las oraciones están repletas de profunda emoción y un sentido de finalidad atraviesa todo el pasaje.

Capítulos 8-11. Esta nueva sección se compone de una serie de visiones. Las visiones de los capítulos 3-7 van dirigidas a Judá que está bajo el mando de Sedequías. Las visiones del capítulo 8 tienen dos fines: por un lado, mostrarles a los judíos que están en Babilonia que Dios ha juzgado justamente a Su pueblo por sus pecados, y por otro, advertirles que si toman a la ligera el juicio Israel será exilada de la tierra prometida. El capítulo 8 amplía la razón de las amenazas que aparecen en el 7:20-22. Puesto que Ezequiel había estado cautivo casi seis años junto con todos los demás, el pueblo y los líderes esperaban quizás el exilio terminara pronto.

Pero en lugar de esto, el profeta les dice que han persistido en sus pecados. Las abominaciones en Jerusalén que describe Ezequiel en el capítulo 8 pedían a gritos la visitación de Dios. El juicio, ya en marcha, iba a ser completo, aunque también sería selectivo. El juicio que les esperaba fue finalmente ejecutado por los caldeos en la última invasión y deportación bajo el mando de Nabucodonosor.

En el capítulo 9 está la visión de los carbones encendidos, que semeja la descripción de la gloria de Dios en el capítulo 1, sólo que en lugar de criaturas vivientes aquí aparece un querubín. La razón para esta nueva revelación de la gloria divina es mostrar que la destrucción de Jerusalén es el castigo por el pecado de la nación. La verdad básica del capítulo es que Dios controla todas las fuerzas del juicio que Él emplea. Esto explica la aparición del Señor. Aunque este capítulo es difícil de desglosar, se puede dividir en dos partes: (1) En los versículos 1-8 Ezequiel predice que Jerusalén será destruida por fuego y (2) en los versículos 9-22 predice que el Señor abandonará Su santuario.

El capítulo 11 cierra la serie de mensajes que iniciaron en el capítulo 8. Aquí el profeta afirma que la gloria del Señor se ha alejado totalmente y enfatiza el castigo que recibirán los príncipes corruptos. Muchos han hecho comentarios sobre el orden de este capítulo diciendo que está mal colocado, pero no es así, pues concuerda completamente con el estilo hebreo de resumir el mismo tema desde un ángulo diferente.

Capítulos 12-19. Estos capítulos se clasifican como una división distinta del libro. No indican la fecha en que fueron transmitidos o escritos, pero el tema sigue siendo el juicio que vendrá por la continua desobediencia de la nación. En los capítulos 4-11 hemos visto repetidamente la certeza de que Jerusalén será destruida; en los capítulos 12-19 se explica por qué es necesaria esa destrucción. Estos capítulos enfatizan la causa moral del exilio. Mientras que los mensajes de los capítulos 8-11 se centran en el templo, el capítulo 12 habla del trono. El propósito principal de Ezequiel es por un lado, mostrar que el pueblo confía, sin fundamento alguno, en que el reino y su capital se salvarán, y por otro, provocar que el remanente se arrepienta. Aquí la acción no está en la visión, sino en su ejecución real, porque el pueblo ha pedido saber su significado en la mañana (12:1-7). El profeta Ezequiel ya había pronunciado que Dios juzgaría a la ciudad de Jerusalén, a sus príncipes y al rey. Ahora exhorta a los falsos profetas. La prueba de un profeta se encuentra en Deuteronomio 13:1-5 y 18:21-22. Jeremías sostuvo una larga lucha contra los falsos profetas (Jer. 5:30-31; 14:13-18; 23:9-40; 29:8-10, 21-23) y este capítulo bien se puede comparar con Jeremías 23. En el exilio, Ezequiel vio el dolor y la justa indignación de la condición espiritual de su pueblo en el Judá natal. La falsa profecía, que había florecido desde hacía mucho en Judá, y en cierta medida era el punto más importante en el Antiguo Testamento sobre el tema de los abusos en el campo de la profecía, la podemos estudiar usando de base la verdad expuesta en el 12:24. El capítulo 14 es una exhortación a los ancianos de Israel que han venido a pedir consejo del Señor (vv. 3, 20:1), Los falsos profetas acechan a Israel y hacen negocio con el pueblo (cap. 13) pero lo pueden hacer porque la nación les presta oído a esas falsas predicciones debido a la mala guía de sus líderes. Aunque Ezequiel les habla en primera instancia a los exilados, su mensaje está destinado a toda la nación.

Los capítulos 15-17 revelan que no hay esperanza de que Israel sea liberado. El capítulo 15 se hizo realidad en los últimos días del reinado de Sedequías. El pueblo esperaba ayuda de Edom, Amón, Tiro, Sidón y finalmente de Egipto (17:15). En cierto sentido, esta parte introduce brevemente lo que se detalla en el capítulo 16. También habla de la verdad expuesta en el capítulo 14. Algunos han cuestionado si el Señor realizaría una purga continua en Su pueblo, porque después de todo eran la viña de Su escogencia y Él la había plantado. En el capítulo 15 el énfasis es la poca valía y utilidad de Jerusalén como viña fructífera, todo por su iniquidad. No hay pasaje en Ezequiel que sea más fuerte o vívido que este capítulo, que es un contexto impresionante y sin paralelo de cómo Dios ha tratado con Israel desde el principio y cuál ha sido la respuesta de esa nación a Sus caminos. Es también una bella ilustración de lo que la gracia de Dios hace por cualquier pecador no creyente. El capítulo nos recuerda las verdades que hallamos en Isaías 1:21 y Oseas 1:2. En este capítulo se enuncia uno de los principios más grandes de la Escritura, a saber, que el juicio va de acuerdo con la conducta individual. Los juicios que Ezequiel presenta aquí son juicios temporales, y la muerte refiere a la muerte física. En este capítulo Ezequiel no toca el problema del sufrimiento de los inocentes, ni el sufrimiento o castigo vicario, sino que les presenta el sentido individual del pecado.

Capítulos 20-23. En el séptimo año (690 a.C.), Ezequiel declara que Judá ha profanado el nombre de Dios delante de los incrédulos y por eso su caída es inevitable. Sin embargo, habrá un remanente que reconocerá la mano de Dios sobre él. En estos capítulos Ezequiel inicia una serie de oráculos que fueron las últimas profecías dadas antes de la caída de Jerusalén, que ocurrió en el año 588 antes de Cristo. El capítulo repasa el pasado y condena a la nación por sus pecados presentes. El profeta resume lo que es Israel en una presentación literal de lo que ha descrito figurativamente en el capítulo 16. Usa muchas repeticiones para transmitirle al pueblo el mensaje. Dos años después, en el capítulo 24, la parábola del caldero hirviente tipifica la pronta destrucción de Jerusalén. La esposa de Ezequiel muere repentinamente y su desconsuelo espiritual es señal del lamento general que vendrá cuando se queme la ciudad santa sea incendiada. Hay varios propósitos subyacentes a estas profecías. Los judíos en el exilio, al estar separados del templo, deben recibir instrucción sobre cómo servir a Dios en tierra extranjera. Ya que el pecado ha provocado estos desastres, la nación debe ser purgada mediante el juicio para proceder al arrepentimiento.

Segunda sección—Capítulos 25-32

La segunda sección del libro habla de la caída de las naciones vecinas. Se nombran siete naciones que serán condenadas: Amón, Moab, Edom, Filistea (cap. 25), Tiro, Sidón (caps. 26-28) y Egipto. Las naciones aparecen en secuencia desde el noroeste hacia el oeste. Las profecías contra ellas están insertadas entre predicciones que ocurrieron antes y después de la caída de Jerusalén. Por tanto, podemos deducir que el capítulo 25 fue escrito poco después del año 586 antes de Cristo, porque presupone la caída de Jerusalén. En el capítulo se describe el gozo que sentirán las naciones vecinas cuando Jerusalén llegue al desdichado año. Las profecías nos recuerdan una vez más que Dios es juez y gobernante de todas las naciones y las juzgará según su propio conocimiento y de acuerdo con sus pecados. Debemos notar que Ezequiel no incluye a Babilonia en sus denuncias, como sí lo hacen otros grandes profetas.

La profecía sobre Tiro abarca los capítulos 26-28. Ezequiel trata a Tiro más detalladamente que cualquier otro profeta, lo cual indica la importancia que esa ciudad tiene desde la perspectiva de Dios. Tiro era una ciudad antigua de los fenicios y aparece por vez primera en la Biblia en Josué 19:29. Era una gran ciudad comercial en tiempos del Antiguo Testamento, y durante el período romano fue próspera hasta los días de Jerónimo a finales de los siglos IV y V de nuestra era. El capítulo 26 lamenta que Tiro haya perdido su esplendor terrenal, y está escrito en métrica kiná (lamento). El pasaje habla del comercio mundial y la riqueza material de Tiro. A lo largo del capítulo, Tiro es comparada con un barco bien avituallado que es mal pilotado, lo cual lo lleva al naufragio. La descripción de Ezequiel se considera clásica en cuanto a sus características, su alcance y la variedad del vocabulario comercial de la antigüedad, junto con la lista geográfica invaluable de las principales ciudades mencionadas.

Tercera sección—Capítulos 33-48

El tema de la tercera sección de Ezequiel revela la esperanza de una gloria futura para Israel. Algunas de las verdades más básicas de Ezequiel aparecen en esta sección. El capítulo 33 se parece a los capítulos 3 y 18 y la repetición es sin duda un énfasis. Una porción del capítulo 33 describe la responsabilidad del hombre para con la ley de Dios y en otra sección describe la necesidad de arrepentirse. El pasaje bien puede verse como un prefacio para las profecías de consuelo y salvación que siguen. La caída de la ciudad capital marca un cambio en el ministerio de Ezequiel. El profeta ha anticipado y esperado por siete años el cumplimiento de sus profecías y ahora ve con pesar que se han cumplido. Este capítulo, en cierto modo, es una reconsagración de Ezequiel a su tarea profética. No ha estado en animación suspendida, como algunos han sugerido, sino que no ha dicho nada del pueblo de Israel mientras pronunciaba las amenazantes predicciones de los capítulos 25-32. Desde esos capítulos en adelante, las profecías de Ezequiel son básicamente conciliatorias hacia Israel, pues hablan de la gracia de Dios para Su pueblo y Su fidelidad a las promesas del pacto. Antes de la destrucción de Jerusalén, el profeta Ezequiel da mensajes de juicio, pero una vez que viene el juicio, sus profecías se centran en la bendición.

Capítulo 36. Con claridad y fuerza este capítulo describe la regeneración que debe haber antes de que el pueblo, como nación, pueda alcanzar cualquiera de las bendiciones que Dios ha indicado. Esta porción fue la que sin duda el Señor Jesús tenía en mente cuando habló con Nicodemo (Jn. 3) sobre el nuevo nacimiento. Este capítulo contiene la aseveración más completa del plan de redención que se pueda hallar en el libro de Ezequiel, y sienta las bases para todos los aspectos del plan de salvación de Dios. De hecho, la presentación de Ezequiel es tan ordenada y tiene tal cohesión que por ella, el profeta ha sido llamado el “primer teólogo dogmático”. Cuando analizamos la doctrina de Ezequiel en cuanto a la salvación de Israel, sobresalen los siguientes aspectos: (1) el motivo preeminente de la redención es la gloria de Dios (vv. 22, 32); (2) Israel sabrá al final que su Dios es el Señor (v. 38); (3) habrá perdón para sus pecados (v. 25); (4) habrá regeneración (11:19; 18:31; 26:26-27); (5) recibirá el regalo del ministerio del Espíritu Santo (v. 27:37)—ningún profeta antes de Ezequiel le había asignado al Espíritu Santo el ministerio de la regeneración en forma tan precisa; (6) habrá obediencia a las

leyes de Dios (v. 27:11). Este capítulo es fuerte prueba contra aquellos que explican la profecía en otra forma que no sea la literal. Debemos admitir que este capítulo le habla a un Israel literal, a una tierra literal y de una experiencia de regeneración literal.

Capítulo 37. Este capítulo muestra a una nación resucitada y describe una serie de revelaciones recibidas durante la noche antes de que el mensajero llegue con las noticias de la destrucción de Jerusalén. Su fin es disipar la tristeza del pueblo por las malas noticias. El objetivo principal es contraatacar la desesperanza y el pesimismo que se apoderan de la nación abatida. El pasaje revela cuán bien conocía esa generación la doctrina de la resurrección. De otra forma, la figura de Ezequiel habría tenido poco significado para el pueblo. El capítulo apunta a la condición espiritual de Israel durante los muchos siglos de su dispersión por el mundo. Las principales divisiones de este capítulo son: (1) la resurrección y restauración de Israel, y (2) la unión de los dos reinos en una nación. La esperanza del futuro es el remanente que está en exilio. Dios es justo pero también misericordioso. Pero no es en tierras extranjeras donde se llevará a cabo la futura gloria de Israel. Los exilados no deben sentirse demasiado cómodos en Babilonia. La resurrección en el valle de los huesos secos (37:1-14) y la unión de los dos leños (37:15-28) retratan el futuro del pueblo de Dios.

Capítulos 38-39. Ni los fieros ataques de las fuerzas malvadas, simbolizadas en Gog y Magog, logran detener los fines de Dios. El pueblo de Dios tendrá enemigos hasta el mismo momento del establecimiento del reino. Estos dos capítulos describen una coalición de las naciones gentiles en los últimos días, que atacará a Israel cuando esté en paz en su tierra. Dios vencerá a los invasores con un terremoto, una tormenta y confusión, la cual hará que se maten entre sí. Dios hará esto para que las naciones sepan que Él es el Señor y Su nombre es santo, y para que Israel sepa que Él es Su Dios. En el pasado, cuando los castigó, Dios escondió Su rostro, pero ahora se revelará a Sí mismo y recibirán Su Espíritu. El día vendrá para el pueblo de Dios en que sus enemigos serán abatidos, todo pecado será lavado y todo creyente participará en el reino glorioso del Hijo de Dios. En estos dos capítulos, el profeta ve el futuro más lejano, y ve el último ataque contra Israel. En esa batalla, los enemigos de Israel se enfrentarán a las fuerzas celestiales. En los montes de Israel las naciones sin Dios serán juzgadas, destruidas y enterradas para siempre. En estos dos capítulos, Ezequiel predice otra invasión escita de gran escala, con personas del oriente, que vendrán en contra de la Tierra Santa, del Israel restaurado, “en los últimos días”—aparentemente durante la edad mesiánica. Las armas de esas personas matarán a muchos por siete años, y se requerirán siete meses para enterrar a los muertos. Aunque estos capítulos son de los textos más difíciles de la Escritura, es claro que estos eventos ocurrirán en los últimos días, cuando Israel haya regresado a su tierra, cuando el Mesías esté presente y cuando los pactos de Israel se hayan cumplido.

Capítulos 40-48. Los últimos nueve capítulos del libro de Ezequiel hablan del templo espiritual que se erigirá en Israel, el nuevo templo de Jerusalén. Varias indicaciones describen que Ezequiel vio este templo no como una reconstrucción del Templo de Salomón, sino como un modelo de la edad mesiánica. Lo importante sobre la tierra no son el río ni los límites, sino la gloriosa presencia de Dios. El nuevo nombre de la ciudad de Jerusalén será “el Señor está allí”. El Señor había dejado Jerusalén a causa del pecado del pueblo, pero regresará para

habitar entre ellos y bendecirlos.

La importancia de Ezequiel para el pueblo judío fue grande porque insistió en que se respetara la forma apropiada de adorar a Jehová. Sin perder de vista la importancia de la religión individual y personal que mencionó Jeremías, Ezequiel enfatizó el aspecto institucional de la adoración. Por tanto muchos lo han llamado “el padre del judaísmo.”

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 10

1. ¿Cuál fue el rasgo distintivo del método de enseñanza del profeta Ezequiel?
2. ¿Cuál fue la misión de Ezequiel?
3. ¿Cuál fue el resultado del cautiverio babilónico y cuál fue su implicación final?
4. ¿Cuáles son las visiones y profecías más conocidas de Ezequiel?
5. ¿Cuáles dos cosas debían saber los exilados de Judá?
6. ¿Cuáles fueron las primeras y últimas profecías de Ezequiel?
7. ¿Cuál es el significado de las frecuentes repeticiones de Ezequiel?
8. ¿Cuál es el propósito de las visiones dobles de Ezequiel?
9. ¿En qué se diferencian los mensajes que el profeta dio antes y después de la destrucción de Jerusalén?
10. ¿Cuáles son los aspectos que sobresalen al analizar la doctrina de Ezequiel sobre la salvación de Israel?

NOTAS DE LA LECCIÓN 11

Abdías: El día del Señor para Edom

Lamentaciones: Reflexiones sobre el alma

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

ABDÍAS

Introducción. Abdías, el libro más corto del Antiguo Testamento, es un libro de profecía genuina del período neo-babilónico. Probablemente se escribió poco después de la destrucción de Jerusalén. El profeta reprende al pueblo de Edom por gozarse de la caída de Judá y señala que aunque los edomitas se sienten seguros en sus fortalezas en los montes, compartirán el mismo destino de otras naciones del Asia occidental. Sólo Sión será restaurada para que todas las naciones sepan que “el reino será del Señor”.

Autor y fecha. Abdías significa “siervo del Señor” pero, aparte de eso, nada sabemos en realidad de él. Determinar la fecha exacta de esta profecía también es difícil porque los eventos históricos que menciona no están enteramente claros. Sin embargo, la mejor interpretación se relaciona con el mensaje de la caída de Jerusalén a manos de los babilonios en el año 586 antes de Cristo. Por tanto, es posible que el libro se escribiera en algún momento después de esto, posiblemente a raíz de una coalición emergente que amenazaba al país de Edom. Abdías, al igual que Amós, Isaías, Miqueas y Habacuc, usa la palabra “visión” para describir los contenidos de su profecía y las circunstancias en las que recibió el mensaje. Abdías es un verdadero profeta y por tanto, vocero del Señor, y transmite un mensaje relacionado con Edom.

Antecedentes. El parentesco ancestral entre Israel y Edom se remonta al conflicto entre Jacob y Esaú, hijos de Isaac y patriarcas de Israel y Edom respectivamente. Cuando los inmigrantes israelitas quisieron usar el camino real mientras anduvieron en el desierto, los edomitas les obstruyeron el camino, pero aún así, ambos pueblos vivieron aparentemente en paz durante el reinado de Saúl. El reinado de David se distinguió especialmente por los conflictos con los edomitas. La conducta vengativa de Edom contra Israel aparece en Amós, Ezequiel y Abdías, y el sentimiento de seguridad que Edom tenía por tener sus ciudades en los montes era falso. El libro de Abdías es básicamente una condenación de Edom. Los edomitas habían actuado traicioneramente contra los habitantes de Jerusalén en su hora más oscura. Se habían reído del dolor de Judá, probablemente habían despojado a las personas indefensas, e incluso habían ayudado a los soldados babilonios a capturar a los refugiados que escapaban. Edom era culpable de ponerse del lado de los babilonios en contra de Judá. Por tanto, el libro es un mensaje de juicio contra Edom. Palabra había venido de que Edom sería castigado. El pecado de Edom era que había ayudado a los babilonios a capturar a Judá, a saquear Jerusalén y a regodearse

por el desastre. Por todos esos crímenes, el día del Señor se acercaba y sería un día de juicio contra todas las naciones enemigas del pueblo de Dios, en particular de Edom. La supuesta localización segura del pueblo edomita no le serviría de nada contra la ira del Señor.

Propósito. Muchos han cuestionado la validez del libro a causa de su aparente espíritu vengativo. Sin embargo, esto demuestra cuán estrechamente se identifica el Señor con Su pueblo. Quienquiera que maltrate al pueblo de Dios es enemigo de Dios. La misma verdad se encuentra en otras partes de la Escritura, incluyendo la condenación contra Roma (representada como “Babilonia”). Es más, Dios ya ha juzgado a Su propio pueblo y por tanto, para ser consecuente con Su moral, no puede hacer excepciones con los demás. Por tanto, el mensaje de Abdías es consuelo para los que sufrieron las crueldades de los edomitas. Refuerza la convicción profética de que el Señor no sólo es Dios de los israelitas, sino soberano de toda la historia humana.

Contenido. Los dos temas del libro de Abdías se resumen en el versículo final. El profeta dice que salvadores israelitas, hombres sabios de fe y percepción espiritual, gobernarán Edom, el territorio que una vez ocuparon los hijos mundanos y sin religión de Esaú. El plan de Dios es que al final lo espiritual se levantará sobre lo profano. “Y el reino será de Jehová” significa que el Señor gobernará sobre todo. Cuatro años después de que Jerusalén fue incendiada, Edom fue atacada y desolada por los mismos babilonios a los que había ayudado en contra de Jerusalén. Los pocos edomitas que sobrevivieron fueron enviados a una región al sur de Judea, donde vivieron por cuatro siglos y siempre como enemigos activos de los judíos. Cuando Jerusalén fue destruida en el año 70 después de Cristo desaparecieron de la historia.

LAMENTACIONES

Introducción. El último capítulo de Jeremías debe leerse como una introducción para el libro de Lamentaciones. La Septuaginta ofrece el siguiente prefacio: “Después que Israel fue llevado cautivo y quedo Jerusalén desierta, estaba sentado el profeta Jeremías llorando, y endechó sobre Jerusalén con la siguiente lamentación”. Como lo indica el nombre, este libro es de “endechas fúnebres” y fue escrito por Jeremías luego de que Jerusalén fuera destruida en el año 586 antes de Cristo. Su corazón estaba quebrantado y su dolor revela el corazón quebrantado de Dios. Dios se vio forzado a repudiar a Su pueblo y esto le dolió. El libro de Lamentaciones puede compararse con el relato de Apocalipsis 18 en esta forma: En Lamentaciones, el profeta de Dios llora por la destrucción de Jerusalén, la ciudad mesiánica; en Apocalipsis 18 los mercaderes codiciosos lloran por la destrucción de Babilonia, la ciudad materialista. Sin embargo, en medio del sufrimiento, Jeremías tiene esperanza. Pero los mercaderes no poseen esa esperanza. Lamentaciones es el único libro de la Biblia que está escrito casi por completo en acrósticos. Cada uno de los 22 versículos de los capítulos 1, 2 y 4 inician sucesivamente con una de las 22 letras del alfabeto hebreo. Por siglos, los judíos han leído Lamentaciones en público cada año en el noveno día del mes de Ab para conmemorar tanto la destrucción del primer templo en el 586 antes de Cristo, como la segunda destrucción en el año 70 de nuestra era.

Autor y fecha. Este libro se le ha adjudicado tradicionalmente a Jeremías, aunque no se le nombra en el texto. El tono vívido y apasionado del autor da una fuerte impresión de que el autor fue alguien que experimentó los horrores de la destrucción de la ciudad santa y del templo. Esto sugiere también que la fecha del libro es entre los años 586 y 560 antes de Cristo.

Antecedentes. El libro nos describe el contexto de la terrible calamidad que sobrevino sobre la tierra de Judá y la ciudad de Jerusalén entre los años 587 y 586 antes de Cristo. El ejército babilonio, al mando de Nabucodonosor, había sitiado la ciudad de Jerusalén por 18 largos meses. Cuando la ciudad, presa del hambre y de la enfermedad, fue finalmente tomada, fue totalmente demolida e incendiada. Fue un evento trágico y doloroso para el pueblo judío. La seguridad de Jerusalén había sido una preciada doctrina de los habitantes de la ciudad incluso desde el tiempo de Isaías (701 a.C.). Ahora los que vieron la ciudad en ruinas y el templo a ras del suelo, no podían creer lo que sus ojos contemplaban. Su dolor no conoció los límites. En los meses y años que siguieron, sus pensamientos estuvieron plagados de muchas preguntas sin respuesta sobre su historia pasada y su destino futuro.

Lamentaciones consiste en cinco poemas, cuatro de los cuales son acrósticos, es decir, cada versículo inicia, en orden alfabético, con una letra del alfabeto hebreo. El libro probablemente fue compuesto en los tres meses que mediaron entre el incendio de Jerusalén y la salida del remanente hacia Egipto. Los cinco poemas brotaron del inmenso dolor de los atribulados días que siguieron a la destrucción de la ciudad, la captura del rey y la deportación del pueblo a Babilonia.

Uno de los grandes pasajes sobre la fidelidad de Dios se encuentra en Lamentaciones 3:21-33, donde Dios da un mensaje de fe y esperanza. Nos dice que Sus misericordias jamás cesan, que el camino de Dios es el mejor, que bendito es aquel que soporta la tentación, y que sufrir tiene siempre un propósito moral. Esto se puede comparar con 2 Timoteo 2:13. Lamentaciones marca la segunda horrible ocasión en que las mujeres se comieron a sus hijos por causa de la hambruna (compárense Lm. 2:29 y 2 R. 6:28-29, y el cumplimiento de la profecía de Lv. 26:29).

Propósito. Estos poemas son endechas fúnebres que la congregación de Israel debía recitar para expresar su más profundo dolor al haber perdido su identidad nacional. El fin era expresar las emociones más profundas de un pueblo quebrantado y arruinado. Estos poemas les permitieron confesar que Dios los había tratado justamente, y gracias a esa confesión, hallaron fuerza para soportar la tremenda carga de dolor sin desmayar. Las endechas tienen como fin ayudar a que las personas aprendan una lección del pasado y, al mismo tiempo, sigan teniendo fe en Dios aunque estén frente a un desastre abrumador. Las endechas abren las puertas a la oración, señalando el camino del arrepentimiento y la fe, razón por la cual producen esperanza en la misericordia de Dios.

Contenido. Cada uno de los cinco poemas de Lamentaciones abarca un capítulo. Los primeros cuatro son endechas cargadas de dolor y agonía, a excepción de dos breves brotes esperanza y

fe (3:19-42, 3:55-60). En el **capítulo 1**, titulado “Lamentaciones de Sión cautiva”, se dice que los incendios de Nabucodonosor han disipado la última ilusión de la ciudad santa. El profeta, desconsolado y triste, se sienta por tanto en las ruinas de Jerusalén y escribe la endecha nacional del pueblo—él mismo no está menos solo que la ciudad vacía cuya pérdida llora. Alrededor del año 1000 antes de Cristo, David había fundado la capital de Jerusalén (2 Sm. 6). Dios había bendecido esa amada ciudad por casi 400 años. Dios había permitido que el reino del norte fuera vencido por los asirios en el año 722 antes de Cristo, pero había resguardado a Jerusalén por otros 115 años. Toda la misericordia y el largo sufrimiento, sin embargo, habían sido en vano, porque Judá había continuado provocando al Santo de Israel con sus continuos pecados. Ahora había llegado el final. Notemos los siguientes versículos de juicio: “Judá ha ido en cautiverio afligida y en dura servidumbre; ha habitado entre las naciones, sin hallar descanso; todos sus perseguidores la alcanzaron y pusieron en estrechuras... Gravemente ha pecado Jerusalén, por lo cual ha sido movida de su lugar; cuantos la honraban la desprecian al ver su vergüenza y ella suspira y se vuelve atrás... Sión extendió sus manos, mas no tiene quien la consuele; Jehová ordenó contra Jacob que sus vecinos fueran sus enemigos, y Jerusalén fue objeto de abominación entre ellos” (1:3, 8, 17).

El **capítulo 2**, titulado “El Señor destruyó a Israel”, expresa que los sufrimientos de Sión se deben a la ira del Señor cuyas obras han humillado y castigado al pueblo. Dice que Dios ha destruido cada hogar en Judá y toda fortaleza y muro han sido rotos. Dios ha doblado su arco de juicio por la tierra y ha permitido que Su propio templo caiga como si estuviera construido de hojas y ramas. Los enemigos de Judá han recibido plena libertad para ridiculizar y destruir a sus ciudadanos. “Cuantos pasan por el camino baten palmas al verte, silban y mueven despectivamente la cabeza sobre la hija de Jerusalén, diciendo: ¿Es esta la ciudad que decían de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra? Todos tus enemigos abrieron la boca contra ti, se burlaron, rechinaron los dientes y dijeron: ¡Devorémosla! ¡Ciertamente este es el día que esperábamos: lo hemos hallado, lo hemos visto!” (2:15-16). “Niños y viejos yacen por tierra en las calles; mis vírgenes y mis jóvenes han caído a espada. Mataste en el día de tu furor. Degollaste y no perdonaste” (2:21).

El **capítulo 3**, titulado “En Dios está la esperanza de liberación” habla que la esperanza de Sión está en el amor y la misericordia de Dios. En esencia, el profeta ha sufrido una doble aflicción. (1) Está afligido por su pueblo. Jeremías relata el dolor y la persecución que sufrió a manos de sus compatriotas incluso durante la invasión babilonia: “Mis enemigos, sin tener por qué, me han dado caza como un ave; me ataron vivo en una cisterna, y la cerraron con una piedra. Y las aguas cubrieron mi cabeza y dije: ¡Muerto soy! Jehová, tu nombre invoqué desde la cárcel profunda” (3:52-55). (2) Está afligido junto con su pueblo. Aunque ha sido un profeta fiel, siente como suyo este temible juicio divino sobre el pecaminoso Judá: “Yo soy hombre que ha visto aflicción bajo el látigo de su enojo. Él me ha guiado, me ha llevado por tinieblas y no por la luz; ciertamente contra mí vuelve sin cesar su mano todo el día. Él hizo envejecer mi carne y mi piel y quebrantó mis huesos; levantó baluartes contra mí y me rodeó de amargura y trabajo. Me dejó en oscuridad, como los que murieron hace ya mucho tiempo. Me cercó por todos lados y no puedo salir; ha agravado mis cadenas. Aunque clamó y doy voces, él cierra los oídos a mi oración. Él cercó mis caminos con piedra labrada, torció mis senderos. Fue para

mí como un oso en acecho, como un león que se agazapa” (3:1-10). La seguridad del profeta es que en medio de tan terrible tormenta hay un rayo de esperanza (Lm. 3:21-27, 31-33). Y en el 3:40-41 su consejo es: “Escudriñemos nuestros caminos, busquemos y volvámonos a Jehová; levantemos corazón y manos al Dios de los cielos”.

Bajo el título de “El castigo de Sión”, el **capítulo 4** habla de la antigua gloria de Sión, la cual contrasta con su actual miseria y humillación, especialmente durante las últimas etapas del sitio babilonio. Los niños tienen sus lenguas pegadas al paladar porque tienen sed. La élite de los jóvenes de Judá son tratados como vasijas de barro. Los ricos y consentidos mendigan pan por las calles. Los poderosos príncipes, que antes eran delgados y bronceados, ahora son sólo huesos y piel y sus caras están ennegrecidas. Las mujeres de tierno corazón se han comido a sus propios hijos. Los falsos profetas y sacerdotes, cubiertos de sangre, se tambalean a ciegas por las calles. El mismo rey (Sedequías) ha sido capturado, cegado y llevado cautivo.

El **capítulo 5**, titulado “Oración del pueblo afligido”, no es tan intenso, pero incluso aquí se percibe la constante pulsación de un dolor profundo. Hay una oración de remembranza—“Acuérdate, Jehová, de lo que nos ha sucedido; mira, y ve nuestro oprobio” (5:1); una oración de arrepentimiento—“La corona ha caído de nuestra cabeza. ¡Ay ahora de nosotros, porque hemos pecado!” (5:16), y una oración de reconocimiento—“Mas tú, Jehová, permanecerás para siempre; tu trono, de generación en generación” (5:19).

A lo largo de los poemas podemos ver las percepciones teológicas que son típicas de Jeremías. Con frecuencia repite comparaciones vívidas y fuertemente contrastantes, y abunda el lenguaje figurado. Jeremías lidera la sincera oración de Sión que pide ser liberada de las miserias presentes y renovar su posición con el Señor como en tiempos antiguos. En esta cadena de endechas, Jeremías hace mucho más que lamentarse. Es el vocero de todos los que sufren, de los desconsolados de todos los tiempos y edades, y señala que el amor y la misericordia de Dios son la única esperanza de cualquier pueblo. Por siglos los judíos han conmemorado la caída de Jerusalén, tanto la que ocurrió en el 586 antes de Cristo, como la que ocurrió en el 70 después de Cristo. Durante la ceremonia se lee el libro de Lamentaciones. La tradición afirma que Jeremías se sentó a llorar en las afueras del muro norte de Jerusalén, bajo la loma llamada Gólgota, donde Cristo habría de morir después. En esencia, este libro es el Muro de los Lamentos de la Biblia. Lamentaciones ocupa el lugar 28 del Antiguo Testamento en cuanto a tamaño, y el lugar 38 en toda la Biblia, pues tiene cinco capítulos, 154 versículos y 31,415 palabras. Se cita o alude siete veces en seis libros del Nuevo Testamento.

Esto concluye el segundo período de los profetas de la era neo-babilónica, que abarca la caída del reino del sur (Judá) en el año 586 antes de Cristo. Sofonías, Jeremías, Habacuc, Nahum, Ezequiel, Abdías y Lamentaciones cubren todo este período y le dan mensajes de Dios a Judá. Este segundo período concluye con un mensaje de esperanza, que afirma que Judá revivirá en forma milagrosa.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 11

Abdías

1. ¿Qué significa el nombre “Abdías”?
2. ¿Quiénes fueron los ancestros de Israel y Edom?
3. ¿Por qué se burla el profeta del pueblo de Edom y qué predicción le da?
4. ¿Cuál fue el pecado de Edom?
5. ¿Cuáles son los dos temas principales del libro de Abdías?

Lamentaciones

6. ¿Quién escribió Lamentaciones, cuándo lo hizo y qué contiene este libro?
7. ¿Cuál es el propósito del libro de Lamentaciones?
8. ¿Qué se esperaba de estos poemas?
9. ¿En qué ayudaron estos poemas a las personas?
10. ¿Cuál fue la intención del profeta al escribir el libro de Lamentaciones?

NOTAS DE LA LECCIÓN 12

Daniel: Testigo en Babilonia

REFERENCIA: *Comentario Bíblico Beacon* (volúmenes 4 y 5)

Introducción. Los libros de Daniel, Hageo, Zacarías, Joel y Malaquías abarcan el período persa que inició con el decreto de Ciro en el año 538 antes de Cristo. Cada uno, en su forma respectiva, articuló la esperanza y describió las condiciones cambiantes de los primeros cien años de la vida de Judá después del exilio. Cuando Nabucodonosor inició la conquista de Judá en el año 605 antes de Cristo, deportó a varios judíos hacia Babilonia, entre ellos a Daniel y sus amigos, que probablemente eran adolescentes en ese momento. El período de la vida y servicio de Daniel coincide con una era de tremendo levantamiento internacional. Asiria, que por siglos había arrasado las tierras del Medio Oriente, había sido destruida para siempre por las fuerzas combinadas de los babilonios, medas y escitas, quienes en otro tiempo habían sido sus vasallos. Egipto, que por mil años había procurado el control no sólo de África, sino de las tierras del Mediterráneo oriental era ahora esclavo. Babilonia había escalado muy rápido en el poder. Bajo el mando genial de Nabucodonosor, gran líder militar, organizador político y constructor cívico, la tierra de los caldeos llegó a tener un lugar de poder, riqueza y liderazgo mundial más allá de todo lo antes conocido.

Según su propio testimonio, el libro de Daniel registra la vida y revelaciones proféticas de un judío cautivo llamado Daniel, que había sido llevado a Babilonia tras la primera conquista de Jerusalén a manos de Nabucodonosor. El libro sobresale como “el apocalipsis del Antiguo Testamento”. La palabra “apocalipsis” significa develar, exponer cosas escondidas, revelar misterios divinos. El libro de Daniel es compañero del Apocalipsis y ambos contienen mucha imaginación misteriosa. El esfuerzo de empatar las profecías de Daniel y Apocalipsis con los hechos y eventos de la historia humana ha llevado a interminables opiniones conflictivas. Daniel y Apocalipsis tienen mucho en común, aunque en algunos aspectos importantes son diferentes. Las verdaderas interpretaciones de los detalles de las visiones no siempre están claras. Sin embargo, hay dos cosas que la mayoría de los teólogos admiten: (1) Las profecías representan una revelación parcialmente velada de los eventos del futuro en la historia secular y sagrada; y (2) las visiones apuntan al triunfo final del reino de Dios sobre todas las fuerzas mundiales y satánicas. Tanto en Daniel como en Apocalipsis vemos tronos, y el trono donde se sienta el Anciano de Días. Ambos libros indican la culminación de la historia, cuando los reinos humanos cederán al reino triunfante y eterno de Dios.

Autor y fecha. Los primeros seis capítulos del libro no nombran a Daniel como el autor, pero en todas las historias, excepto una, él es el personaje central. Las visiones de los últimos seis capítulos están, en su mayoría, narrados en primera persona.

Daniel, un joven judío de noble ascendencia, fue llevado a Babilonia en la primera deportación de Nabucodonosor. Muy pronto pasó a formar parte del servicio en el palacio babilonio donde transcurrió la mayor parte de su carrera como uno de los principales consejeros de Nabucodonosor. Los sucesores de Nabucodonosor le restaron importancia a Daniel, pero después de que Babilonia fuera conquistada por Darío, rey de los persas, volvió a ocupar un puesto central.

Los teólogos conservadores han reconocido unánimemente que el libro es un escrito auténtico del siglo 6 antes de Cristo y que fue escrito por Daniel. En el siglo III de nuestra era, el librepensador Porfirio atacó esta posición, y ha sido secundado por importantes críticos casi dos mil años después que disputan aún la fecha y autoría de este libro. Una confirmación importante de la historicidad de Daniel se encuentra en los tres pasajes de Ezequiel que se escribieron después de que Daniel ocupara un puesto importante en la corte del rey en Babilonia.

Antecedentes. Entre los años 609 y 539 antes de Cristo, el pueblo de la ciudad de Babilonia al sur de Mesopotamia gobernó gran parte del antiguo Cercano Oriente, incluyendo Judá y el área donde había estado Israel. El personaje dominante durante casi todo este período fue Nabucodonosor, el monarca babilonio. Desde la muerte de su padre en el año 605 hasta su propia muerte en el año 562, el imperio babilonio fue simplemente una extensión del rey. Después de su muerte, hubo varios monarcas que vivieron poco tiempo y ninguno de ellos fue capaz de detener el creciente poder de los persas y medos al este y al norte. Finalmente, en el año 539, tan solo 23 años después de la muerte de Nabucodonosor, la ciudad de Babilonia cayó a manos de los persas.

Fue el general persa Ciro quien logró la dominación mundial de los medos y persas. Bajo su liderazgo las tropas de esta alianza fueron capturando poco a poco el imperio babilónico hasta que tomar la ciudad capital. El imperio medopersa fue el imperio mundial más largo de todos los tiempos, pues duró más de doscientos años hasta que fue derrotado en el año 333 antes de Cristo por el griego Alejandro Magno.

El libro de Daniel habla de Darío, un rey medo, que gobernó Babilonia antes de Ciro (vv. 5:31, 6:28). Las fuentes extra-bíblicas no mencionan a Ciro, lo cual ha sido frecuentemente utilizado para aseverar que este libro fue escrito mucho tiempo después de estos eventos y confunde la cronología (hubo un Darío que gobernó después de Ciro). Sin embargo, los hallazgos arqueológicos de otras declaraciones bíblicas no respaldadas nos deberían advertir que no debemos errar en este texto. Es muy posible que este Darío fuera un aliado de Ciro que administró el imperio mientras Ciro completaba su conquista militar.

Propósito. Todas las crisis que se narran en los capítulos 1-6 son parecidas: alguno de los reyes paganos a quienes Daniel y sus amigos sirvieron se levanta contra Dios, aunque al inicio no sepa que lo está haciendo. En cada caso Dios usa a Daniel y a sus amigos para mostrar que ningún rey terrenal está sobre Él, y ningún rey terrenal puede gobernar sin tomar en cuenta al

único Dios verdadero de toda la tierra. El propósito de la primera mitad del libro de Daniel es mostrar que Dios es soberano sobre todos los reyes y supuestos dioses. La segunda mitad del libro también tiene este propósito pero lo presenta en forma distinta. Al ser conquistado Judá, muchos, incluyendo algunos judíos, creyeron que Nabucodonosor había derrotado al Dios de Judá. Por eso, muchos cuestionaron el poder de Dios y que Judá seguiría existiendo.

Contenido. Daniel se divide en dos grandes secciones. La primera abarca los capítulos 1-6 y narra los eventos de la vida de Daniel y los reyes a los que sirvió. Todos estos capítulos, excepto el segundo, son históricos. El capítulo 2 y la segunda sección del libro, los capítulos 7-12, son de naturaleza profética y narran las visiones que Daniel recibió en la última parte de su vida. Sin embargo, puesto que algunas de las visiones y circunstancias fueron contemporáneas, hay un traslape cronológico entre ambas partes del libro. Las visiones de la segunda parte de Daniel revelan que los juicios sobre el pueblo de Dios empeorarían antes de mejorar. Otros imperios sucederían a Babilonia, y éstos perseguirían a los judíos por su religión, amenazando no sólo sus vidas, sino la adoración a Dios. Estas cosas le fueron reveladas a Daniel. Así como los reyes paganos en su día habían ignorado y desafiado a Dios, de igual forma lo harían los que vinieran después de ellos. Pero aunque los reyes venideros se exaltaran a sí mismos, serían humillados delante del Dios de Israel, pues Él, en un tiempo apropiado, enviaría a Uno del cielo que establecería Su reino eterno.

Capítulo 1—La vida de Daniel en Babilonia. En forma breve y condensada, este capítulo describe el contexto histórico de todo el libro. Establece en esencia la historia de Daniel y sus experiencias, y lo contrasta con el acercamiento profético de los otros profetas mayores, que fueron voceros de Dios para Israel. Este capítulo introductorio explica por qué Dios llamó, preparó, maduró y bendijo a Daniel. Los versículos iniciales dan el contexto histórico del sitio y captura de Jerusalén a manos de los babilonios. Daniel estuvo en el primer grupo de cautivos que fueron llevados de Jerusalén a Babilonia, y con él fueron sus tres amigos Ananías, Misael y Azarías. Los babilonios les dieron otros nombres: a Daniel, Beltsasar, y a los otros tres, Sadrac, Mesac y Abed-nego. Se dice que eran descendientes del rey Sedequías por lo cual fueron muy respetados en las cortes de Babilonia. Éstos jóvenes judíos fueron seleccionados para recibir capacitación y se les exigió cambiar su dieta, un asunto que normalmente hubiera sido algo de poca importancia. Pero la comida que Dios les había dicho que no debían comer era precisamente la comida que los babilonios les exigían comer por ser prisioneros del rey de Babilonia. La comida que recibían provenía de la misma mesa del rey y debía fortalecerlos intelectualmente para ser vasallos del rey y asumir sus puestos de responsabilidad. Cuando Daniel y sus tres compañeros se vieron ante el problema de comprometer sus valores, tomaron la decisión de no contaminarse. La provisión de la comida del rey era generosa e indicio del favor del rey. En el relato que sigue no se menciona a los demás cautivos. Se supone que las influencias corruptivas de Babilonia fueron demasiado para ellos y no lograron seguir fielmente los mandatos de Dios. Comer la comida del rey era un problema de dos lados. Primero, la comida no cumplía los requisitos y posiblemente incluía carne de animales prohibidos para los judíos. Y segundo, aunque en la Ley no había una prohibición total para tomar vino, el problema en este caso era que el vino y la carne habían sido dedicados a los ídolos, como era costumbre en Babilonia. Tomar parte en esos alimentos era admitir que esos

ídolos eran dioses. El manejo de Daniel en esta difícil situación muestra su buen juicio y su sentido común. En lugar de atraer hacia sí el castigo por rebelarse, con cortesía solicitó ser excusado de ingerir esos alimentos que contaminarían su conciencia. Cuando Daniel llevó su petición al jefe de los eunucos, éste tuvo temor de que enfermaran. Esto abrió la puerta para que Daniel le presentara su propuesta al mayordomo a cargo para que los dejaran hacer la prueba por diez días. Esto fue aprobado y Daniel y sus tres amigos comieron vegetales y otros alimentos cultivados en la tierra. El mayordomo les concedió su petición y la prueba dio inicio. Al finalizarla, Daniel y sus compañeros no sólo tenían mejor apariencia sino que habían engordado más que aquellos que habían seguido comiendo la comida del rey. Con base en esta prueba, se aprobó su dieta y ellos pudieron continuar con su dieta de vegetales.

La sección que cierra el primer capítulo de Daniel resume los tres años de arduo estudio y el resultado de la bendición de Dios sobre estos cuatro fieles hombres. Para cuando completaron su educación, probablemente tenían veinte años. Además de su capacidad intelectual natural y su evidente aplicación cuidadosa a los estudios, Dios añadió Su gracia. Aunque los cuatro jóvenes compartían una comprensión inteligente de la literatura de los caldeos y podían separar sabiamente lo falso de lo verdadero, sólo Daniel “tuvo entendimiento en toda visión y sueños”.

Al concluir el primer capítulo, vemos un elocuente testimonio del poder y la gracia de Dios en una hora oscura de la historia de Israel, pues la fidelidad de Daniel y sus amigos brilla fuertemente porque ocurre en el contexto del cautiverio y apostasía de Israel. En cada era, Dios busca personas que pueda usar. Aquí halló cuatro jóvenes cuyo testimonio ha sido fuente de fortaleza para cada santo que ha vivido tentaciones a lo largo de las edades.

Capítulo 2. En este capítulo se presenta por primera vez el programa de Dios para el tiempo en que los gentiles tendrán la supremacía e Israel será castigado. Se da un cuadro comprensivo de la historia mundial desde la época de Daniel, 600 años antes de Cristo, hasta la segunda venida de Cristo. El capítulo inicia con el importante suceso del sueño de Nabucodonosor y su interpretación. Nabucodonosor está angustiado y tiene mucho temor por lo que ha soñado. Llama a magos, astrólogos, encantadores y caldeos para que le interpreten su sueño. Para empeorar las cosas, ha olvidado lo que soñó, pero sabe que es importante. Así que insiste en que le recuerden el sueño y luego se lo interpreten. Les dice que si no logran hacerlo los “hará pedazos”, pero que si logran hacer lo que ha pedido, recibirán grandes recompensas y gran honor. Su razonamiento es que si sus sabios tienen en verdad capacidad sobrenatural para interpretar sueños, también deben tener el poder de revelar su contenido. Los sabios, por su parte, insisten en que esta solicitud del rey está más allá del cualquier conocimiento humano, pero que si él les dice cuál es el sueño, seguramente lo podrán interpretar. El rey entonces determina que son incompetentes e incapaces de ayudarlo, por lo que decreta que todos los sabios de Babilonia sean destruidos.

Aunque no se dice que Daniel y sus compañeros formaran parte del grupo inicial de sabios, es probable que fueran parte del grupo general de los sabios de Babilonia. Cuando Daniel se enteró del decreto del rey por boca del capitán de la guardia real, pregunta la razón por la que el rey se ha precipitado a hacer ese decreto. El capitán le explica el problema a Daniel, quien

evidentemente le dice al capitán que quizás él pueda resolverle el problema al rey. Daniel es entonces llamado a la presencia del rey, a quien le solicita tiempo y le promete una interpretación. El rey le concede tiempo. Inmediatamente Daniel va a su casa, les informa a sus tres compañeros sobre el problema y les pide ayuda en oración para que Dios le revele el secreto. La respuesta viene a Daniel y a sus amigos en forma de una visión durante la noche. Es probable que no haya sido un sueño sino una revelación sobrenatural dada durante las horas de vigilia. La visión viene cuando Daniel está despierto porque la naturaleza de esa revelación requiere tanto visión como interpretación, ya que la imagen es un concepto visual. Daniel alaba a Dios por responder a sus oraciones y nombra Sus cualidades infinitas de sabiduría, poder, soberanía y conocimiento. Además, le agradece a Dios directamente el haberle revelado el secreto.

Cuando estudiamos las profecías de Daniel vale la pena notar que Daniel no era un profeta en el sentido usual, es decir, alguien que le predicó al pueblo judío de su tiempo, como fue el caso de todos los otros profetas del Antiguo Testamento. Daniel fue capacitado para ser estadista, pero su entrega a Dios eran tan grande que de El recibió un don especial para predecir el futuro mediante la interpretación de sueños y visiones. En el libro de Daniel hay una historia completa de las futuras generaciones, que abarca desde su tiempo hasta la venida de Cristo y hasta el mismo fin del mundo. Por tratarse de profecía de los últimos días, el libro de Daniel es conocido como un apocalipsis y debe clasificarse al lado del Apocalipsis de San Juan en el Nuevo Testamento.

En el segundo capítulo de Daniel, “los últimos días” abarca todas las visiones que recibió Nabucodonosor, desde el año 600 antes de Cristo, hasta el tiempo de la segunda venida de Cristo a la tierra. Después de presentar el propósito general, Daniel revela lo que ocurrirá “en los últimos días”, es decir, la procesión majestuosa de los cuatro grandes imperios mundiales, y su destrucción y reemplazo por un quinto imperio, que es el reino de los cielos. El sueño de Nabucodonosor y las visiones que tuvo en el sueño son revelados. Daniel usa ese sueño como instrumento para responderle la pregunta a Nabucodonosor. Así como Nabucodonosor es un hombre notable, así el sueño tiene una revelación notable. Y como Nabucodonosor le está poniendo toda su atención a Daniel para entender el secreto de su sueño, Daniel lo aprovecha para enfatizar que el sueño es un medio de revelación divina por el que Dios ha honrado en forma individual al monarca babilonio.

Pero antes de pasar al sueño, Daniel enfatiza nuevamente que el secreto no lo ha entendido él por sabiduría natural o adquirida, sino porque Dios en Su providencia ha seleccionado a Nabucodonosor como recipiente del sueño y a Daniel como su intérprete.

Daniel empieza a revelar el sueño y declara que el rey ha visto una gran imagen. Además del tamaño de la estatua, ésta es notable por su apariencia brillante. Daniel describe que la imagen es metálica: (1) la cabeza es de oro, (2) su pecho y sus brazos son de plata, (3) su abdomen y sus muslos son de bronce o cobre, y (4) sus piernas son de hierro y sus pies son de hierro y arcilla. Hay un simbolismo claro en estos metales y en la forma de la imagen.

Luego Daniel le dice al rey que ha visto que una piedra “se desprendió sin que la cortara mano alguna” y golpea la imagen en los pies, que es el lugar más vulnerable de la imagen, por lo que los pies se rompen. Luego, en rápida sucesión toda la imagen se desintegra en pequeños pedazos. La piedra que destruye la imagen crece hasta llegar a ser una gran montaña que cubre toda la tierra.

La descripción de Daniel es una obra maestra de narración concisa y completa. El rey escucha y aprende que él es sólo el primero en una sucesión de imperios. Todos tienen una misma meta en la historia, que se disolverá cuando triunfe y domine el reino del Dios de los cielos, reino que jamás será destruido. Daniel le recuerda al rey que el mensaje proviene de Dios. Las preguntas más profundas del rey son contestadas. El significado de su destino y del destino de todos los gobernantes terrenales es que la mano de Dios está sobre el curso de la historia y el fin último no es que reine el hombre en creciente esplendor, sino que reine Dios sobre las ruinas de la necesidad humana. Nabucodonosor está tan fascinado por la obvia exactitud de la revelación dada a Daniel que no lo interrumpe y le permite pasar inmediatamente a la interpretación. De esta forma, Daniel hace una transición clara del sueño a su interpretación.

La estatua colosal, que de la cabeza a los pies es de oro, plata, bronce y hierro, se yergue sobre unos pies inseguros de hierro y arcilla. Es un símbolo del tiempo entre el exilio y la época mesiánica, y Daniel identifica las partes de la estatua dando su significado para las generaciones futuras. La profecía de Daniel en este segundo capítulo y en los capítulos 7-12, junto con el Apocalipsis, componen el relato bíblico de los últimos tiempos.

(1) La cabeza de oro. El primer imperio es el de Babilonia. Daniel le dice al rey “tú eres esa cabeza de oro”. Esta identificación con Nabucodonosor es una referencia al imperio, personificado en su gobernante. Este imperio inició con el padre de Nabucodonosor y concluyó con la caída de Babilonia durante el reinado de su nieto Belsasar. El reino abarcó del año 626 al año 539 antes de Cristo, un total de 87 años.

(2) El pecho y los brazos de plata. El segundo imperio representa a los medopersas. El imperio babilónico fue derrotado por el imperio medopersa en el año 550 antes de Cristo. Los persas reinaron desde el 550 hasta el 331 antes de Cristo, un total de 119 años.

(3) El abdomen y los muslos de bronce. El tercer imperio es el de los griegos, con Alejandro Magno a la cabeza. Alejandro heredó un reino de su padre Felipe y en diez años estableció su imperio en todo el mundo conocido. El imperio griego se extendió desde el 359 hasta el 323 antes de Cristo, un total de 36 años, tiempo que incluye el reinado del padre de Alejandro. El imperio griego se representa con bronce, un metal producto de la mezcla entre cobre y zinc.

Daniel habla poco del segundo y tercer imperios. El dato más importante y significativo es que el tercer imperio termina en la parte superior de las piernas, es decir, en los muslos, lo cual indica que el tercer imperio abarcará territorialmente tanto el Oriente como el Occidente. Esto es bien importante para analizar el siguiente imperio mundial, que Daniel no nombra, pero que obviamente es Roma.

(4) Las piernas y los pies de hierro y arcilla. El cuarto imperio es el imperio romano. La primera aparición importante de este imperio fue cuando logró detener el avance de las fuerzas egipcias en el año 202 antes de Cristo. Desde ese momento en adelante, al imperio romano se le identifica con las piernas y los dedos del pie de la estatua de Nabucodonosor. Las piernas son de hierro, pero los diez dedos del pie son una mezcla de hierro y arcilla, dos elementos que no se mezclan bien entre sí, lo cual revela que hay fuerza pero también desunión. La parte superior de las piernas representan las dos etapas del último período del imperio griego que conciernen en especial a los judíos, a saber, Siria y Egipto. Son dos piernas porque abarca dos continentes, o sea, dos áreas geográficas grandes, el oriente y el occidente. El imperio romano perpetúa esta doble división y extiende su dominio por toda el área mediterránea, así como por el occidente de Asia. Pero Roma logró la supremacía alrededor del año 60 antes de Cristo. De todos los imperios de la antigüedad, el romano fue el más organizado y el de mayor duración. Duró hasta el año 476 de nuestra era, e incluso después dominó con poder inquebrantable y por muchos años la división oriental.

La piedra que “se desprendió sin que la cortara mano alguna” representa al Mesías y Su reino mesiánico, un reino del cual se dice será establecido por el Dios de los cielos y jamás será destruido, a diferencia de los imperios humanos y temporales de la gran imagen. El Mesías vendrá y establecerá Su reino durante el imperio romano, que es el cuarto y menos mencionado en la revelación de la gran imagen. Estas visiones y sueños de Daniel no deben ser considerados como sueños ordinarios, sino como revelaciones de Dios de cosas que han de venir. La continuación de esta revelación está en los capítulos 7-12.

Esto concluye la interpretación de Daniel ante el rey Nabucodonosor. La respuesta de Nabucodonosor a la notable revelación es total y abrumadora. Y aunque el rey es pagano, reacciona en la única forma que sabe hacerlo. Se inclina en adoración ante esta manifestación de lo sobrenatural, que para él es Daniel. Para mostrarle su gratitud en forma práctica le ofrece regalos y lo eleva al cargo de jefe de todos los hombres sabios de Babilonia. Y a petición de Daniel, sus tres compañeros reciben importantes nombramientos políticos.

Capítulo 3. Después de la interpretación de su sueño en el capítulo 2, donde se le identifica como la cabeza de oro, el rey Nabucodonosor se deifica a sí mismo y erige una imagen de oro de 28 metros de alto por 3 de ancho. Y tal como se acostumbraba en ocasiones importantes, los líderes políticos del reino son convocados a una reunión para que, al sonido de la música, se inclinen y adoren la imagen de oro. No sorprende en absoluto que los tres hebreos, que acababan de ser nombrados líderes políticos, sean el blanco de envidias entre los otros oficiales. Parece que Daniel no estaba presente en la ceremonia, pero como los tres hebreos no se inclinan ante la estatua, los caldeos los acusan de que incumplir la ley. El rey entra en ira y sin darles oportunidad de explicarse, los manda tirar dentro de un ardiente horno. Los soldados que ejecutaron la orden mueren por el intenso calor, pero a los hebreos se les ve caminar entre el fuego al lado de una cuarta persona que es “semejante a un hijo de los dioses”. Entonces el rey alaba a gran voz al Dios viviente cuya gran obra acaba de presenciar. Como resultado, les muestra su aprecio por ser fieles a Dios, y los honra y hace prosperar.

Capítulo 4. Este capítulo ha sido descrito como el documento estatal más admirable que se tiene de los tiempos antiguos. Por llevar el nombre de Nabucodonosor, el rey, el documento se dirige con autoridad imperial a todos los pueblos, naciones y lenguas que reconocen su autoridad. Sin pena ni justificación, esta proclamación del rey exalta al sumo Dios. Y por eso el rey prosperó por muchos años y fue grandemente exitoso como diseñador y constructor, tanto en Babilonia como en el resto del reino. Pero nuevamente, su paz y satisfacción se vieron perturbadas por un sueño preocupante. Cuando los filósofos y científicos paganos de la corte se rinden ante la confusión, Daniel es llamado y el rey lo saluda con una deferencia que revela la alta estima que el monarca le tenía a este siervo de Dios. Daniel, al oír el sueño, se siente muy perturbado y queda mudo por una hora. Luego, animado por el rey, explica la razón de su desmayo. El árbol del sueño es el rey mismo. Su impresionante crecimiento y fuerza retratan exactamente su gran poder. Pero eso va a terminar pronto pues el rey va a perder la razón y por siete años de locura se arrastrará por el suelo como un animal. En medio de estas terribles noticias, sin embargo, Daniel le asegura al rey que Dios es fiel y misericordioso, pues aunque el árbol será talado, su tronco revivirá y volverá a crecer. Al final de su interpretación, Daniel le suplica al rey que se arrepienta y se prepare para lo que Dios le ha dicho que ocurrirá. Nabucodonosor no escucha las advertencias de Daniel y pasan doce meses. El rey cree para entonces que ya nada va a suceder. Pero un día se siente con ánimos de auto-felicitar y comienza a repasar las grandes cosas que ha hecho y cuán poderoso es. Se siente extático pues tiene todo lo que es posible desear y se atribuye toda la gloria. En es momento colapsa hacia el abismo de la oscuridad espiritual y mental. El orgullo extremo del monarca fue castigado con un juicio humillante y fulminante. El rey es luego restaurado y aprende bien la lección. Independientemente de lo que ya sabía de Dios, irrumpe en una alabanza llena de profundo significado.

Capítulo 5. Este capítulo es el clímax del relato del paso meteórico por la historia que tuvo el reino neo-babilónico. Después de la muerte de Nabucodonosor, hay muchos reyes por cortos períodos. Finalmente, a la hija de Nabucodonosor le nace un hijo varón llamado Belsasar, y él es hecho coregente con su padre. Aunque su abuelo fue un gran rey, Belsasar es conocido muy pronto por su crueldad y libertinaje. Criado en el lujo, lleno de poder y adulación, crece lleno de insensibilidad y sin corazón. Cuando los ejércitos de los medopersas rodean la capital, el rey reta a sus atacantes proclamando un festival para toda la ciudad. Después de haber bebido mucho, en un necio impulso manda traer los vasos sagrados que su padre había traído de Jerusalén cincuenta años atrás. Beben de esos vasos como nadie se había atrevido a hacerlo antes. De repente, sin advertencia, todos quedan en silencio porque ven aparecer la mano de un hombre que empieza a escribir un mensaje lentamente. Nadie puede leerlo y al no haber quién interprete las palabras, se convoca a Daniel. Con cortesía pero con mucha firmeza, Daniel enfrenta al rey con el mensaje de Dios: “Tu reino ha sido roto y dado a los medos y los persas”. Casi de inmediato, los ejércitos de los medopersas irrumpieron en el palacio y la ciudad cayó.

Capítulo 6. Un nuevo gobierno toma Babilonia y aunque Ciro es el conquistador, el medo Darío es puesto como monarca reinante en Babilonia. Al reorganizar el gobierno, Darío nombra a Daniel como uno de los tres presidentes del país. En ese momento Daniel tenía

aproximadamente 80 años y era conocido como un hombre fiel y honesto. Pero como los otros presidentes y príncipes sienten celos de él, deciden que deben destruirlo a toda costa. Saben que en lo único en que pueden hallarle falta es en sus prácticas religiosas. Urden un nefasto plan según el cual logran que el rey acceda a que todos sus súbditos le oren sólo a él y a nadie más. Naturalmente, Daniel decide orarle a Dios tres veces al día. El rey se acongoja mucho cuando se entera de la razón por la que habían urdido ese plan, pero no hay escapatoria para Daniel el cual es lanzado a la fosa de los leones por su desobediencia. A la mañana siguiente el rey corre a la fosa y se goza mucho al ver que Daniel fue protegido durante la noche por su Dios. La reacción del rey es, entonces, corregir la injusticia cometida contra Daniel y castigar a los verdaderos ofensores. El rey añade un edicto ordenando que el Dios que deben adorar es el Dios de Daniel.

Capítulo 7. La última mitad del libro de Daniel, capítulos 7-12, contiene las visiones proféticas de este estadista-profeta. Se describen cuatro visiones, cada una de las cuales es cuidadosamente fechada por el escritor. El capítulo 7 habla del mismo tema del capítulo 2. Las diferencias entre ambos capítulos son las siguientes: (1) en el capítulo 2 el sueño lo tiene un monarca pagano y presenta el aspecto externo de las naciones de los gentiles tal como las visualizaría un hombre natural—metales majestuosos y una imagen espectacular; (2) en el capítulo 7 el sueño lo tiene Daniel, un hombre de Dios, y presenta el aspecto espiritual de las naciones de los gentiles tal como Dios las visualiza—cruelas bestias salvajes. Juntos, ambos capítulos forman el núcleo del mensaje de Daniel. El capítulo 7 enfatiza especialmente el cuarto reino, el reino romano. En los primeros versículos, Daniel presenta su admirable experiencia de “mirar en su visión de noche”, que sucede en el primer año del reinado de Belsasar. Hay un paralelo impresionante entre la primera de las cuatro visiones de Daniel y la visión de Nabucodonosor de la gran imagen. Nabucodonosor ve el orden mundial en magnificente grandeza, un coloso dorado y brillante, pero Daniel ve la misma substancia en forma de temibles bestias devoradoras. La visión de las cuatro bestias se interpreta como cuatro imperios mundiales que corresponden a las cuatro partes de la estatua del sueño de Nabucodonosor. Las cuatro bestias son cuatro reyes que “se levantarán en la tierra” y son los mismos cuatro reyes y reinos descritos en el capítulo 2.

Las visiones de Daniel tienen cuatro bestias, la primera de las cuales es un león con alas de águila. El león suele representar el poderío del rey. El águila es la reina de las aves del aire. A pesar del poder indicado en el simbolismo del león con alas de águila, en su visión Daniel ve que las alas son desplumadas y que el león se pone de pie como si fuera un hombre, y que recibe el corazón de un hombre. La interpretación predice la caída de Babilonia y el surgimiento del imperio medopersa.

La segunda visión es la de un oso con tres costillas en la boca. El oso no se relaciona usualmente con ningún símbolo en el Antiguo Testamento; sin embargo, el significado parece ser el segundo imperio, el medopersa, que será poderoso como un oso, feroz pero menos majestuoso, menos veloz y menos glorioso. El oso simboliza el gobierno y la conquista militar y las tres costillas en la boca supuestamente son los pueblos que serán dominados, lo cual probablemente refiere a Media, Persia y Babilonia.

La tercera visión es la de un leopardo con cuatro alas en la espalda y cuatro cabezas. Esta tercera bestia ha sido identificada usualmente con Grecia. Lo único que se dice de esta bestia es que recibirá el dominio. Las cuatro cabezas refieren obviamente a la dirección inteligente de la bestia, y contrastando con las bestias anteriores que sólo tienen una cabeza, describen que el tercer imperio tendrá cuatro divisiones gubernamentales cada una con una cabeza.

La cuarta visión es la de una bestia con dientes de hierro y diez cuernos y se la identifica con el imperio romano, que fue temible y terrible. Aunque las otras tres bestias produjeron temor, ésta era obviamente más fuerte y más destructora. Era tan grotesca que Daniel no pudo pensar en un animal conocido. La visión se ocupa del cuarto reino porque es la fase de la historia que conduce al reino de Dios. Los diez cuernos son los sucesores espirituales del imperio romano, y el pequeño cuerno ha sido interpretado por muchos como el anticristo.

En los versículos 9-14 encontramos una interpretación satisfactoria para esta visión. Destacan varios puntos: (1) los versículos 9-10 dicen que el Anciano de Días se sienta a juzgar sobre los imperios de las bestias; también ofrecen la descripción, los contextos y los libros que serán abiertos; (2) los versículos 11-12 muestran el juicio de Dios sobre los imperios de las bestias; el imperio romano restaurado y su último rey, el anticristo, serán destruidos totalmente; la cultura y logros de los primeros tres imperios seguirán por un tiempo luego de ser conquistados; (3) los versículos 13-14 exaltan al Hijo del Hombre que tendrá un reino mundial; este Hijo del Hombre aparecerá entre nubes lo cual es, sin duda, una figura mesiánica y nos recuerda la revelación de Dios en Sinaí, cuando Su gloria apareció en una nube. Cristo es presentado al Padre y el Padre le da al Hijo el dominio del mundo.

Al final del capítulo, el pequeño cuerno guerrea contra los santos. Esto quizás refiere a aquellos que serán salvados de la tribulación. El pequeño cuerno es el anticristo, que someterá a tres de los diez reyes. Afligirá a los santos por tres años y medio y tratará de cambiar los tiempos y las leyes. Pero su dominio le será quitado y será destruido al final del período de la tribulación, que marca el fin de los tiempos de los gentiles. La primera de las visiones de Daniel que se registran en el capítulo 7 es un resumen de los tiempos de los gentiles, donde se enfatizan los eventos que culminarán en la segunda venida de Cristo a la tierra.

Capítulo 8. Este capítulo inicia una nueva sección en este libro. Los capítulos 2-7 se centran en el mundo de los gentiles. Los capítulos 8-12 hablan de la nación de Israel, su relación con el dominio de los gentiles y su futuro en el plan de Dios. Al inicio del capítulo 8, la segunda visión de Daniel muestra los imperios de Persia y Grecia en su relación con Israel. Bajo el gobierno persa, los israelitas vuelven a reconstruir su tierra y su ciudad Jerusalén. Bajo el dominio griego, la ciudad y el templo son nuevamente desolados. En la visión del macho cabrío y la cabra, el macho cabrío representa al imperio persa. Los dos cuernos son los medos y los persas—los persas se desarrollan después de los medos y llegan a ser los más fuertes.

Capítulo 9. Presenta la historia de Israel a partir de la segunda venida de Cristo, que será precedida inmediatamente por el tiempo de la gran prueba de Israel.

Capítulos 10-12. Estos capítulos revelan eventos de los imperios persa y griego en relación con Israel, y enfatizan la opresión de los gentiles sobre Israel. La sección final habla del fin de los tiempos, el período de un imperio romano revivido y la liberación de Israel. El capítulo 11 habla principalmente de los aspectos políticos y religiosos de los últimos tiempos. El capítulo 12 relaciona esto con el pueblo de Israel y habla de la gran tribulación.

Conclusión. En muchos sentidos, el libro de Daniel es la revelación profética más completa del Antiguo Testamento, no sólo porque da una visión total de la historia del mundo desde el tiempo de Babilonia hasta la segunda venida de Cristo, sino porque intercala la historia y profecía de los gentiles con las de Israel. Daniel es la llave para interpretar en general la profecía, además de ser vital para el premilenialismo y esencial para interpretar el Apocalipsis. La forma de revelar la soberanía y el poder de Dios les ofrece seguridad tanto a judíos como a gentiles, de que Dios cumplirá Sus propósitos soberanos en el tiempo y la eternidad.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 12

1. ¿Por qué ascendió Babilonia tan rápido en el poder?
2. ¿Por qué se le llama al libro de Daniel el “apocalipsis del Antiguo Testamento” y qué significa eso?
3. ¿Cuáles dos aspectos de las interpretaciones de las visiones de Daniel aceptan en general casi todos los teólogos?
4. ¿Cuáles son las dos secciones del libro de Daniel y cuál es el propósito de cada una?
5. ¿Cuáles fueron los dos problemas que Daniel y sus tres amigos hebreos enfrentaron al pedirles que comieran la comida del rey babilonio?
6. ¿Cuál fue el razonamiento de Nabucodonosor al pedirles a sus magos, astrólogos, encantadores y caldeos que interpretaran su sueño y que también le dijeran cuál había sido el sueño?
7. Como Daniel no era realmente un profeta, ¿en qué fue capacitado y por qué recibió las visiones de Dios?
8. ¿Qué incluye el libro de Daniel?
9. Aunque los capítulos 2 y 7 tratan el mismo tema, ¿cuáles son las diferencias entre ambos?
10. ¿Por qué se dice que el libro de Daniel es la revelación más completa del Antiguo Testamento y qué llave aporta Daniel?

NOTAS DE LA LECCIÓN 13

Hageo: El templo y el futuro

Zacarías: El profeta del Nuevo Reino

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

HAGEO

Introducción. Judá había sido conquistado, Jerusalén había sido incendiada, el templo había sido demolido y el pueblo había sido llevado cautivo a Babilonia (606-586 a.C.). Tras 70 años de cautiverio, en el año 538 antes de Cristo, unos 50 mil judíos dejaron Babilonia y regresaron a su tierra a reconstruir el templo y la nación. En ese año pusieron las bases del templo, pero detuvieron las obras a causa de sus enemigos, las cuales no reanudaron sino hasta el año 520 durante la predicación de Hageo y Zacarías. El libro de Hageo comprende cuatro mensajes que el profeta dio en un período de cuatro meses. Su propósito era que los obreros regresaran al trabajo y terminaran el templo. El primer mensaje llama al pueblo a ser honesto y a poner la casa de Dios por encima de sus propios hogares. Los siguientes tres mensajes retan a ser fuertes, a mantenerse limpios de pecado, a servir a Dios y a mantenerse animados. Israel había vivido un largo período de humillación y ansiedad espiritual durante los 70 años de exilio antes del ministerio de Hageo. Hageo, Zacarías, Malaquías y Joel son los cuatro últimos profetas menores y su ministerio se relaciona con el retorno de Babilonia. Por eso son conocidos como los profetas de la restauración.

Autor y fecha. Se cree que Hageo, el profeta, nació durante los 70 años de cautiverio y exilio en Babilonia y apareció en la escena unos 18 años después de que los exilados regresaran a su tierra en el año 537 antes de Cristo. Fue el primer profeta del período de la restauración de Jerusalén, pero en realidad se sabe poco de él excepto por las breves referencias en Esdras 5: “Profetizaron Hageo y Zacarías, hijo de Iddo, ambos profetas, a los judíos que estaban en Judá y Jerusalén en el nombre del Dios de Israel, quien estaba con ellos”. Hageo era un hombre mayor y su mensaje fue llano, simple y vigoroso. Escribió directa y concisamente, sin los adornos poéticos que eran tan comunes entre los profetas hebreos. Hageo representa a una generación mayor que, como él, había adorado en el templo de Salomón antes de su destrucción en el año 586 antes de Cristo. En Esdras 6:14 se menciona a Hageo de esta forma: “Así, los ancianos de los judíos edificaban y prosperaban, conforme a la profecía del profeta Hageo y de Zacarías hijo de Iddo.” Usando las fechas que Hageo les pone a sus mensajes, el libro fue escrito aproximadamente en el año 520 antes de Cristo.

Antecedentes. Judá había sido conquistado, Jerusalén había sido incendiada, el templo había

sido demolido y el pueblo había sido llevado cautivo a Babilonia (606-586 a.C.). Tras 70 años de cautiverio, unos 50 mil judíos habían regresado a su tierra gracias al edicto del rey Ciro y habían comenzado a reconstruir el templo. Pero antes de poner las bases, habían detenido las obras a causa de los enemigos que vivían alrededor. No hicieron nada más en los siguientes 15 años. Mientras tanto, había ascendido al trono persa un nuevo rey, Darío, que se inclinaba favorablemente hacia los judíos. Por tanto, bajo la predicación directa de Hageo y Zacarías, el trabajo se reanudó y el templo se terminó en los siguientes cuatro años (520-516 a.C.). El muro de Jerusalén se construyó unos 70 años después, en el tiempo de Nehemías.

Propósito. El trabajo de Hageo fue guiar al pueblo para que se dispusiera a ser diferente de todos los demás por su obediencia. Esa obediencia debía iniciar primeramente en un plano observable con la reconstrucción del templo y el reestablecimiento de las leyes mosaicas. La obediencia formal no puede reemplazar un corazón transformado, pero un corazón que no anhela ser obediente no ha conocido en verdad la gracia de Dios.

Fue de Hageo la responsabilidad de iniciar el nivel más básico. Hasta que el templo fuera reconstruido, no se podría iniciar la parte interna de reestablecer la ley. Para lograr la tarea que Dios le había encomendado, Hageo tuvo que hacer cuatro cosas. Primero, hizo que el pueblo viera cuán vacía era su devoción a Dios puesto que rápidamente habían reconstruido sus hogares dejando la casa de Dios en ruinas. Segundo, animó a los líderes Zorobabel y Josué, para que se encargaran de esta tarea impopular. Tercero, convenció al pueblo de que era conveniente reconstruir. Y finalmente, les mostró que el favor divino vendría sobre el líder que fuera obediente.

Una vez que hizo esto, el pueblo fue movido a actuar y el trabajo que había quedado rezagado por dieciséis años se completó en sólo cuatro—y esto a pesar de la oposición de sus vecinos.

Contenido. Los dos breves capítulos de Hageo son una especie de resumen condensado o compendio con cuatro discursos importantes que seguramente eran mucho más largos.

Capítulo 1. En este capítulo el profeta reprende a los judíos por pasar todo el tiempo cuidando sus propios hogares y negocios lo cual ha retardado por dieciséis años la construcción de la casa del Señor. Los exhorta a iniciar de inmediato las obras en el templo. Cuando ponemos a Dios primero, Él promete que nos cuidará. Pero si nos ponemos a nosotros de primero, perdemos Su bendición. El pueblo de Dios conocía el pacto de Dios con Israel. Dios les había prometido bendecirlos si obedecían Su palabra y castigarlos si la desobedecían. Dios usa la Palabra para animar a los líderes y al pueblo.

Capítulo 2. El profeta, como vocero del Señor, le habla de la siguiente manera al gobernador Zorobabel, al sumo sacerdote Josué y al pueblo en general: “¿Quién queda entre vosotros que haya visto esta Casa en su antiguo esplendor? ¿Cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada ante vuestros ojos?... La gloria de esta segunda Casa será mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dije Jehová de los ejércitos” (2:1-9). Luego, usando una parábola de pureza e impureza, el profeta le enseña a Judá una lección sobre cuán

grave es descuidar la obra del Señor. También explica por qué sus cultivos y negocios han fracasado y les promete nuevas bendiciones si deciden obedecer (2:10-19). En su último mensaje, el profeta le habla al gobernador sobre el futuro de Israel, cuando habrá libertad y oportunidades para alcanzar sus esperanzas espirituales.

Conclusión. El libro de Hageo es un libro de ánimo y esperanza. Como lo ha dicho un escritor, Hageo quizás no añade mucho a la suma total de la profecía en una época en que se alzaron muchas voces llenas de autoridad, como por ejemplo la de Isaías, Jeremías y otros, pero lo poco que contribuyó tiene gran valor. Israel estaba en un momento crucial de su historia, y lo que el profeta dijo e hizo no sólo fue oportuno, sino vigoroso, pues le presentó al pueblo judío el Gran Ideal.

ZACARÍAS

Introducción. El tiempo y el contexto de la profecía de Zacarías son los mismos de los de Hageo. El escritor se identifica a sí mismo como hijo de Berequías y nieto de Iddo. Por tanto, pareciera que fue uno de los sacerdotes más jóvenes que ocuparon el puesto profético y sacerdotal, tal como lo habían sido antes Jeremías y Ezequiel. El libro de Zacarías se divide en dos partes: los capítulos 1-8 y los capítulos 9-14. Son diferentes en cuanto a su perspectiva, pero la mayoría de los estudiosos considera que la primera parte incluye las visiones de Zacarías cuando era joven, y la segunda parte los mensajes que dio o escribió cuando fue mayor. La primera parte está obviamente conectada con la comunidad postexílica y su fin es animar al pueblo descorazonado. La segunda parte no se relaciona tan claramente con una situación histórica definible. Ve hacia el futuro en una forma desconcertante. Jerónimo describe que Zacarías es “el libro más oscuro”, sin duda teniendo en mente principalmente esta última sección. Los teólogos denominan como apocalíptica a este tipo de literatura. Proyecta el presente hacia el futuro usando el modelo del fin de los tiempos. Sin embargo, el libro de Zacarías fue escrito no sólo para visualizar el futuro, sino para el presente de un pueblo.

Autor y fecha. El profeta Zacarías fue miembro de la familia sacerdotal de Iddo, que regresó a Jerusalén de Babilonia en el tiempo de Ciro. La carrera profética de Zacarías inició “en el octavo mes del año segundo de Darío”, es decir en noviembre del año 520 antes de Cristo. La primera fase de su ministerio llegó hasta el noveno mes del cuarto año del reinado del rey, es decir, hasta diciembre del año 518. No sabemos nada de los años restantes de la vida o ministerio de este profeta, excepto lo que nuestro Señor afirma en Mateo 23:35, que fue ejecutado “entre el templo y el altar” por judíos rebeldes.

Antecedentes. El profeta Zacarías fue contemporáneo y colega del profeta Hageo. Al igual que éste, pertenece al período en que retornó el primer grupo de exilados siendo gobernador Zorobabel, y en que se construyó el segundo templo entre los años 538 y 516 antes de Cristo. Pero a diferencia de Hageo, que era un laico, Zacarías era sacerdote y a la vez profeta. El tiempo de la profecía de Zacarías se indica específicamente en su libro. Una de las primeras cosas que hicieron los exilados al regresar del cautiverio fue colocar las bases del templo. Pero

por sus conflictos con los samaritanos y otros enemigos vecinos, y porque tenían más interés en construir y restablecer sus propios hogares y negocios, descuidaron y pospusieron la construcción de la casa del Señor hasta la segunda mitad del año 520 antes de Cristo. Uniendo fuerzas con Hageo para exhortar a la colonia judía a que retomara las obras de la casa de Dios, Zacarías dio varios mensajes que quedaron registrados en su libro.

El primer discurso fue dado al pueblo en noviembre del año 520 antes de Cristo, unos dos meses después de que Hageo diera su primera profecía. Luego de esto, tres meses más tarde, el 24 de febrero del año 519, Zacarías dio su primera serie de visiones. La última serie de visiones las dio el 4 de diciembre del año 515.

Propósito. El material del libro de Zacarías ayudó al pueblo de Judá en un momento en que se había desviado del camino y tenía poco control sobre su destino como nación, con el fin de que creyera en Dios y entendiera que Él en verdad tenía control y llevaría todas las cosas a una conclusión adecuada.

Contenido. El contenido del libro de Zacarías, como ya se mencionó, se divide naturalmente en dos partes. La primera parte toca los eventos ocurridos durante el tiempo de Zorobabel, gobernador de Judá, y especialmente lo tocante a la reconstrucción del templo (caps. 1-8). Estos ocho capítulos contienen visiones sobre la futura liberación de Israel, la caída de los reinos del mundo y el establecimiento del Reino de Dios. El problema del ayuno ceremonial se toca en los capítulos 7-8. La segunda parte contiene profecías que hablan del futuro de Sión e incluye las luchas de Sión en las guerras griegas, enfatizando especialmente la venida del Mesías y la gloria de Su reino y reinado (caps. 9-14).

Capítulo 1. El mensaje de apertura de Zacarías ocurre entre el segundo y tercer mensajes de Hageo, entre los versículos 9 y 10 de Hageo 2, cuando las obras del templo llevaban un poco más de un mes, y su insignificancia manifiesta había descorazonado al pueblo. Zacarías advierte que esta evidente tendencia a volver a los caminos de sus padres desobedientes era lo que los tenía en su actual condición de lástima. Luego procede a animarlos y les habla de las visiones que Dios le ha dado sobre el futuro. Las visiones del primer capítulo son las siguientes. Primera visión: la visión de los caballos. Esta visión significa que el mundo está descansando bajo la mano de hierro de los persas, cuyo rey Darío tiene una disposición favorable hacia los judíos y ha decretado que se construya el templo. Esta visión concluye con la aseveración de que Jerusalén será nuevamente una ciudad grande y próspera. Segunda visión: la visión de los cuernos y carpinteros. Los cuatro cuernos representan las naciones que han destruido a Judá e Israel (Egipto, Asiria, Babilonia y Medo-Persia). Los cuatro carpinteros (o herreros) representan los destructores de Dios de esas naciones. Es una forma figurada de decir que los poderes mundiales prevaecientes serán quebrantados y Judá será nuevamente exaltado. Dios sigue estando en el trono, aún cuando Su pueblo haya sido temporalmente vencido.

Capítulo 2. Tercera visión: la visión del cordel para medir. Esta visión tiene una grandiosidad en su retrato poético. Es una predicción de una Jerusalén tan poblada, próspera y segura que

sus murallas no serán necesarias porque Dios mismo será su protección.

Zechariah, Chapter 3, last phrase, “. . . as the coming ‘Branch’ in David’s House (the Messiah) is ‘pierced’, and a ‘fountain for sin be opened.’”

Capítulo 3. Cuarta visión: el sumo sacerdote (Josué), Satanás y el Redentor. Zacarías presenta una bella alegoría que retrata la expiación de Cristo 500 años antes de que ocurriera. Con la descripción de Josué, cuyas ropas sucias son removidas y los pecados del pueblo son perdonados para que puedan ser aceptados por Dios, se representa el tiempo en que los pecados de la humanidad serán quitados “en un solo día” cuando Dios “grabará la inscripción” del “Renuevo” de la casa de David (el Mesías) y cada uno “convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera”.

Capítulo 4. Quinta visión: el candelabro de oro y los olivos. La prosperidad prometida a Jerusalén en las visiones anteriores está condicionada a las reformas morales y espirituales que haga el pueblo. El candelabro indica que la casa de Dios da luz y los dos olivos refieren a Josué y a Zorobabel, el gobernador.

Capítulo 5. Sexta visión: el rollo volador y el efa. Estas visiones representan “la iniquidad” y “la maldad” de la tierra, que deben ser erradicadas para que se puedan cumplir las bendiciones prometidas en las otras visiones. El rollo volador es como un mapa de pared que habla de las maldiciones contra el robo y los juramentos, y vuela sobre la tierra quitando el pecado y destruyendo a los pecadores. El efa es una canasta para medir, un poco más grande que un contenedor de 35 litros, y aquí es otra representación de la remoción del pecado.

Capítulo 6. Séptima visión: los cuatro carros y la coronación de Josué. En la primera parte de este capítulo, Zacarías presenta cuatro carros de guerra que son los mensajeros de Dios que resguardan a Israel de sus enemigos. Es muy posible que Zacarías quisiera que esta visión tuviera una aplicación más universal donde los cuatro mensajeros armados fueran los campeones de la justicia contra el mal “a los cuatro vientos del cielo”. En la última porción de este capítulo, Zacarías presenta un bello símbolo de la coronación del sumo sacerdote Josué, que es modela a Aquel que habría de venir, que es tanto Sacerdote como Rey de Su pueblo.

Capítulos 7-8. En estos capítulos Dios suplica que el pueblo sea honesto y abierto delante de Él. Es otro fracaso del pueblo ante Sus ojos y un recordatorio de que aunque Él no deja de tener misericordia y gracia, tampoco ha modificado Sus estándares. Siempre suple lo que necesitamos pero nunca minimiza Sus estándares. El pueblo reacciona en tres formas: primero, ignora a Dios simulando que no ha escuchado; segundo, desobedece deliberadamente; y tercero, adopta un papel hipócrita preguntándole al profeta sobre el ayuno. El profeta los reta y les dice que los días de ayuno no tienen significado alguno pues el verdadero ayuno es abstenerse del pecado y escuchar la voz de Dios. Zacarías enfatiza que Dios ha venido a morar con Su pueblo, que la era mesiánica está pronta, y que las naciones de la tierra se unirán a Israel en la era de prosperidad y felicidad de Jerusalén.

La segunda parte del libro de Zacarías contiene profecías que hablan principalmente de la venida del Mesías y del futuro de Israel en la era mesiánica.

Capítulo 9. Como muchos capítulos del libro de Isaías, éste contiene dos tipos de contenido que son diferentes aunque guardan alguna relación: uno se relaciona con los eventos contemporáneos y otro trata del futuro. Los eventos contemporáneos predicen la lucha de Judá con Grecia (Alejandro Magno) y su invasión de Palestina. La última parte del capítulo es un retrato del Rey que vendrá a Sión en el futuro. Zacarías predice la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén y luego pasa al día del triunfo final. Da un vistazo del inicio del reino del Mesías y también del fin.

Capítulo 10. El profeta ve que Jehová redimirá y restaurará a Su pueblo disperso entre las naciones. Israel será restaurado y prosperará gracias a la bendición divina.

Capítulo 11. La parábola del pastor muestra que el rebaño de Dios ha sido dispersado y degollado porque sus pastores han sido falsos. En la descripción de los malos pastores se menciona que el pueblo ha rechazado al buen pastor. Este rechazo viene acompañado de la ruptura de los cayados Gracia y Ataduras, que representan el pacto de Dios de que los protegerá y la postergación de su regreso a la tierra. Los capítulos 9-11 son llamados la “carga” de las naciones vecinas, y los capítulos 12-14 son llamados la “carga” de Israel. Ambas secciones son bastante parecidas y ambas son una continuación de las ideas dadas en las visiones de los primeros ocho capítulos, ideas que reaparecen en formas diferentes.

Capítulo 12. Este capítulo trata específicamente de la liberación de Jerusalén de sus enemigos, los cuales serán severamente castigados por el Señor porque han sido duros con Su pueblo. Es decir, aunque Israel fue rechazado por haber rechazado al buen pastor, aún así será liberado de sus castigadores y opresores. Esta profecía lleva al lector a la era cristiana, más allá del imperio romano.

Capítulo 13. Se presenta la purificación de Jerusalén. Como ya hemos observado, en estos pasajes Jerusalén significa más que una ciudad judía; es el símbolo que representa al pueblo de Dios de la era venidera. La “purificación de Jerusalén” se describe en forma de “un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia”. Aquí el profeta predice la muerte expiatoria y las grandes doctrinas del evangelio.

Capítulo 14. Zacarías llega a la culminación de sus muchas profecías simbólicas en este último capítulo. Al igual que San Juan en el Apocalipsis, cierra el libro con la última batalla y la victoria del Rey Pastor. “Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día, Jehová será único, y único será su nombre”. La religión universal y eterna de Dios cubrirá toda la tierra. Toda la humanidad lo adorará.

Conclusión. Zacarías nos da afirmaciones simples que, en lenguaje específico, no sólo predicen las grandes doctrinas de la muerte expiatoria del Mesías por el pecado del hombre, Su

deidad, y Su reinado universal, sino que también mencionan eventos detallados de Su vida, tales como Su ingreso triunfal en Jerusalén montado en un pollino y que fue traicionado por treinta piezas de plata.

Su muerte expiatoria y la remoción del pecado (3:8-9; 13:1)

Constructor de la casa de Dios (6:12)

Su reinado universal como Rey y Sacerdote (6:13, 9:10)

Su entrada triunfal (9:9, citada en Mt. 21:5 y Jn. 12:15)

Fue traicionado por 30 piezas de plata (11:12, citado en Mt. 27:9,10)

Su deidad (12:8)

Sus manos fueron horadadas (12:10; 13:6, citado en Jn. 19:37)

Fue un pastor molido (13:7, citado en Mt. 26:31 y Mc. 14:27)

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 13

Hageo

1. Después del cautiverio, ¿por qué regresaron los judíos a Jerusalén y qué ocurrió?
2. ¿Cuáles fueron los cuatro mensajes de Hageo al pueblo y cuál fue el propósito de cada uno?
3. ¿Cuáles cuatro cosas hizo Hageo para restablecer la ley, tarea que le había sido encomendada por Dios?
4. ¿Qué ocurre cuando colocamos a Dios en primer lugar y cuando no lo hacemos?
5. ¿Qué prometió Dios si lo obedecíamos y qué prometió si lo desobedecíamos?
6. ¿Cuál fue el último mensaje que le dio Hageo al gobernador?
7. ¿Cómo se puede caracterizar el libro de Hageo?

Zacarías

8. ¿Cuáles son las dos divisiones del libro de Zacarías y qué contiene cada una?
9. ¿Qué quieren decir los teólogos al decir que Zacarías es apocalíptico?
10. ¿Qué aporta Zacarías con sus simples afirmaciones que predicen el futuro?

NOTAS DE LA LECCIÓN 14

Joel: El día de la decisión

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

Introducción. Joel dio esta profecía en un tiempo de pánico en la nación porque había habido una plaga de langostas sin precedentes. El profeta mira en la plaga una advertencia solemne del juicio que vendrá en “el día de Jehová”, que es la idea central de Joel. Al igual que Sofonías, es un libro sobre el juicio venidero y al igual que Apocalipsis, predice la cosecha de la tierra.

Autor y fecha. El libro de Joel es una de las grandes breves obras maestras del Antiguo Testamento. Fue planeado cuidadosamente y lleva a un efecto dramático, como una composición única, completa y unificada. El nombre “Joel” significa “Jehová es Dios”. No hay información sobre el profeta fuera de lo que dice el libro mismo. Era hijo de Petuel, de quien no se sabe nada más. Sin duda era de Judá y posiblemente había nacido en Jerusalén. Como siervo de Dios enfatiza la necesidad de orar, ayunar y arrepentirse para evitar el juicio de Dios. A veces ha sido denominado el profeta de Pentecostés, porque predice el derramamiento del Espíritu Santo que vendría en el Nuevo Testamento. Joel no coloca su profecía en relación con el reinado de un rey particular, como sí hacen Oseas, Amós, Isaías y otros, y tampoco alude en forma específica a situaciones históricas que ayuden a ponerle fecha. Así que Puesto que cualquier conclusión debe ser extraída del texto mismo.

Para determinar una fecha, podemos considerar las siguientes cosas: (1) La posición del libro entre Oseas y Amós en el canon hebreo indica que la tradición judía creía que este libro era antiguo, lo cual es una fuerte prueba de que la fecha está al inicio del postexilio. (2) Hay una clara evidencia de que hay “un préstamo” entre Amós y Joel. Si Amós cita a Joel, como parece hacerlo, la profecía de Joel fue antes del 755 antes de Cristo. (3) El tipo de gobierno implicado en Joel concuerda con una regencia como la del sumo sacerdote Joiada. Puesto que no se menciona un rey, el sacerdote y los ancianos tenían a su cargo la responsabilidad del liderazgo de la nación. En 2 Reyes 11:4 se menciona de Joás fue coronado a la edad de siete años y su tío, el sumo sacerdote, tuvo una influencia controladora en Judá hasta el día de su muerte. (4) Los enemigos de Judá que se mencionan se pueden rastrear a una fecha temprana. No se mencionan ni los asirios, ni los caldeos ni los persas. Pero sí se mencionan los filisteos, los edomitas, los egipcios y los fenicios.

Con base en esta evidencia, los teólogos más conservadores colocan a Joel alrededor del año 840 antes de Cristo, durante la monarquía del rey Joás y la regencia del sumo sacerdote Joiada.

Antecedentes. Varios aspectos del libro dan una idea de su posible contexto. No se menciona

un rey en el reino del norte, ni se habla de Asiria o Babilonia, pero sí hay un fuerte énfasis en la adoración del templo y el sacerdocio, y se utiliza mucho un lenguaje figurativo para hablar de la futura restauración. El tema del libro de Joel es “los pecados del pueblo” por cuya causa Dios ha enviado la plaga como juicio. Aunque Joel vivió y profetizó en una época en que el pueblo de Judá no había caído en tanta maldad como llegó a caer en tiempos posteriores, sus pecados eran grandes. Muchos habían creído en el malvado liderazgo de Atalías, hija de los malvados Acab y Jezabel.

En Joel, uno de los primeros libros de los profetas y de las profecías, vemos emerger un patrón que podemos llamar el ciclo profético. Este ciclo es como sigue: (1) la presencia de problemas y sufrimiento como juicio por el pecado; (2) el llamado al arrepentimiento y la restauración porque viene el Día del Señor; (3) Dios, que es “lleno de gracia y misericordia” promete el perdón y el pueblo regresa a la prosperidad y es liberado de los enemigos; (4) y finalmente, la predicción de un futuro glorioso para Israel. Aunque al inicio del libro, la plaga simbólica y la advertencia de un juicio iban dirigidas a Judá, Jerusalén y sus vecinos inmediatos, antes de que termine el libro el autor amplía su alcance y proclama que Jehová es juez de toda la humanidad. Sin hacer distinción, Dios dará bendiciones temporales y espirituales a Sus fieles y castigará a todos los hacedores del mal. Para lograr esto, Dios derramará Su espíritu sobre toda carne.

Propósito. El propósito del libro es advertir que se acerca el juicio, llamando al pueblo al arrepentimiento y dándole esperanza de parte de Dios de que habrá un día de salvación luego del juicio.

Contenido. El libro de Joel es corto y tiene sólo tres capítulos, pero contiene un gran mensaje que fue importante en sus días y también en el futuro. Se divide en dos partes: la primera abarca los capítulos 1-2 y es un llamado al arrepentimiento, y la segunda, que abarca el capítulo 3, es un llamado al juicio.

Capítulo 1. Una terrible hambruna, causada por una plaga de langostas sin precedentes y seguida de una prolongada sequía, ha devastado la tierra. La langosta es un insecto que se parece al saltamontes. Los cuatro nombres que se utilizan en el 1:4 indican distintas especies de langostas o distintas etapas de su evolución. Las vastas nubes de langostas oscurecieron el sol, llenaron la tierra y devoraron todo lo verde, provocando que la gente cayera de rodillas. El profeta insta a que los sacerdotes reúnan al pueblo para ayunar, arrepentirse y orar a Dios. Dios escucha el clamor, quita las langostas y promete una era de prosperidad.

Capítulo 2. El cuadro se amplía y la plaga de langostas se compara con la invasión de un ejército enemigo. La devastación es parecida y volverse a Dios debe ser igualmente parecido. En la última parte del capítulo, Dios promete responder al clamor de Su pueblo, librarlo del enemigo y restaurarlo mediante el derramamiento de un nuevo espíritu, Su Espíritu, sobre la nación. A este capítulo se le llama el Día del Señor, y representa el verdadero mensaje de Joel. Este capítulo describe de nuevo la catástrofe de la plaga, pero usa el símbolo de un ejército invasor. Hace fervientes llamados al arrepentimiento. Los sacerdotes desempeñan un papel

importante en esta sección, como lo hacen también en el primer capítulo. El anuncio del Día del Señor es como un aterrizado llamado a la guerra al sonido doloroso del cuerno del carnero. Por segunda vez Joel declara que está cerca el terrible día y lo describe en tonos oscuros. La intercesión de los sacerdotes en el 2:17 encuentra la compasión de Jehová en el 2:18. Este versículo, el 2:18, es el vínculo entre las dos partes del libro de Joel, donde la primera parte es un lamento por la plaga de las langostas y la segunda, la respuesta del Señor al arrepentimiento y la era futura.

Si el pueblo se arrepiente, la respuesta del Señor tendrá dos partes. La primera es que revertirá la devastación causada por las langostas que hizo que Judá reconociera que el Señor era en verdad su Dios. La segunda será la llegada de una nueva era, cuando Jehová derramará Su espíritu sobre toda carne sin distinción de sexo, edad o rango social. La nueva era se caracterizará porque la profecía la harán todos, y aquí describe la profecía en términos de oráculos, sueños y visiones, que son sus mayores manifestaciones.

Capítulo 3. Este capítulo trae la promesa de una gran restauración del pueblo de Dios antes de un conflicto final y climático entre las fuerzas del mal y las fuerzas del Señor. El resultado de esa lucha no se duda nunca, pues Dios lleva a Su pueblo al triunfo. Aquí se contrastan claramente las bendiciones de un Judá arrepentido y el juicio sobre las naciones que no se han arrepentido. La restauración de la fortuna de Judá y el juicio de las naciones en el valle de Josafat parecen ser eventos simultáneos. Según la visión general de la profecía, las naciones son juzgadas por haber maltratado al pueblo de Jehová. Aunque no han tenido la Palabra de Dios para ser instruidas, basta la sola presencia de Israel—es gran testigo de Dios para que sean llamadas a cuentas sobre bases morales. La edad de la paz, descrita por Isaías, no será una edad de paz para las naciones. Joel convoca a las naciones a “forjar espadas de azadones y lanzas de hoces”. La guerra, que demandará hasta el reclutamiento de los enfermos en la sociedad, será inútil y para demostrarlo, Joel declara que Egipto y Edom, los archienemigos de Judá desde tiempos ancestrales, serán destruidos por la violencia que han cometido contra Judá. Intercaladas con este mensaje del juicio del fin de los tiempos, Joel pronuncia palabras de confianza para Judá que brillarán cual candelas en la oscura noche del juicio.

El tema principal de Joel es el Día del Señor. Retoma este tema donde Amós ha concluido pero añade nuevos elementos. En Amós 5:18-20 se nos dice: “¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas y no de luz. Será como el que huye del león y se encuentra con el oso, o como el que, al entrar en casa, apoya su mano en la pared y lo muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?” Esta primera discusión del día del Señor es un tema importante entre los profetas. El pueblo evidentemente esperaba el día en que Dios lo libraría de todos sus enemigos. Pero Amós se trae abajo sus falsas esperanzas, pues Dios establecerá a Israel sólo cuando el pueblo acate Sus leyes justas. Amós enmarca la idea correctamente dentro del área de la justicia. El día del Señor es un concepto único en la Biblia y revela la creencia de que Dios llevará la historia a una conclusión completa y adecuada. Una idea así no es comprensible para la mentalidad pagana que cree que el tiempo es circular y no lleva a ninguna parte. Muchos hebreos creían que en ese día, Dios los exaltaría, sin importar cuál fuera su condición

espiritual, simplemente porque eran el pueblo escogido. Los profetas anuncian que deben modificar esa idea. El día del Señor será de oscuridad para los pecadores. Sólo los que en verdad manifiesten el carácter de Dios verán bendición en esos eventos climáticos. Porque todos los profetas, uno tras otro, habían hablado de lo mismo, era claro que habría toda una serie de “días” en que verían juicio y la intervención de Dios. Entre esos “días” estuvieron la caída de Jerusalén, el retorno del exilio, la venida de Cristo y la dación del Espíritu Santo. Cada uno ha ido acercando el día final, cuando todas las cosas serán consumadas. Según Joel, ese día (1) se caracterizará por ser un evento final universal (3:2, 11); (2) establece un fuerte contraste entre la condición presente y la futura (2:19-27); y (3) reinterpreta la profecía inicial en términos de los eventos presentes (1:15). Las descripciones de Joel nacen de una masiva plaga de langostas. Sin embargo, el profeta no sólo enfatiza la salvación sino también el juicio que vendrán en el día de Jehová.

Conclusión. Puesto que la visión de Joel del gran día del Señor incluye un derramamiento universal del Espíritu del Señor, a Joel se le ha llamado con frecuencia “el profeta de Pentecostés”. Pedro, cuando explica el evento de Pentecostés (Hch. 2) se refiere a Pentecostés como el cumplimiento de la promesa de Dios sobre la venida del Santo Espíritu en Joel 2:28-29 que dice: “Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días”.

A lo largo del Antiguo Testamento, la meta permanente de Dios es compartir Su presencia con Su pueblo. Esto se nota desde la creación hasta el éxodo y más allá. Después de todo, esta Presencia es lo que desean el tabernáculo y el templo. Pero una y otra vez, debido al pecado, el pueblo no manifiesta el carácter de Dios lo cual les impide experimentar la presencia divina. En Joel, Dios promete nuevamente que Él estará con ellos. Pero esa promesa viene ahora acompañada de algo que luego se conocerá como “la promesa del Espíritu Santo”. El pueblo descubre lo que Dios ya sabía, que hay un defecto en el espíritu humano que le impide hacer lo correcto. Podemos escoger hacerlo, deseamos hacerlo, pero no podemos. La única esperanza es que el Espíritu de Dios mismo habite en nosotros y nos empodere para hacer lo que por nosotros mismos no podemos lograr. La presencia de Dios ya no estará meramente con nosotros, sino que Él mismo estará en nosotros.

Esta es la naturaleza de la asombrosa promesa de Dios en Joel. La única esperanza de gozar la presencia de Dios y de lograr la salvación final es que Dios habite en nosotros. Esta revelación no es sólo de Joel, pues también la encontramos en Isaías y Ezequiel. Además, es claro que Juan el Bautista entendía que parte del ministerio del Mesías era poner al Espíritu Santo a disposición de todos los hombres. Por tanto, cuando Pedro cita a Joel para explicar la experiencia de Pentecostés no fue algo que del momento. Evidentemente se refirió a una creencia teológica básica. Si alguna sorpresa hay en lo que dijo, es que le adjudicó la realización de esa promesa al trabajo de Jesús de Nazaret.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 14

1. ¿Qué profetizó Joel y qué creía él de eso?
2. Como siervo de Dios, ¿qué enfatizó Joel?
3. ¿Por qué se le llama a Joel “el profeta de Pentecostés”?
4. ¿Cuál es el énfasis del libro de Joel?
5. ¿Qué patrón aparece en Joel que podemos llamar “el ciclo profético”?
6. ¿Cuál es el propósito del libro de Joel?
7. ¿Cuáles son las dos divisiones de libro y qué abarca cada una?
8. Si el pueblo se arrepentía, ¿cuáles serían las dos respuestas del Señor?
9. ¿Cuál es el tema principal de Joel y por qué es único?
10. ¿Qué descubrió el pueblo, que Dios ya sabía antes, y cuál fue el remedio?

NOTAS DE LA LECCIÓN 15

Malaquías: El profeta del amor de pacto

REFERENCIA: Comentario Bíblico Beacon (volúmenes 4 y 5)

Introducción. No se sabe exactamente cuándo vivió Malaquías. En general se acepta que vivió casi 100 años antes que Hageo y Zacarías. Un remanente había regresado del cautiverio (536 a.C.) y bajo el liderazgo de Hageo y Zacarías había reconstruido el templo. Luego, unos 60 años después, vino Esdras a ayudar a restablecer la nación. Otros 13 años después llegó Nehemías quien reconstruyó el muro. Luego, en el tiempo de Malaquías, los judíos ya llevaban en su tierra como 100 años y, debido a su vivencia en el cautiverio, habían quedado curados de la idolatría, aunque estaban descuidando la casa de Dios. Los sacerdotes se habían vuelto flojos y degenerados. Los sacrificios eran de baja calidad. Los diezmos se desatendieron. La gente volvió a su vieja práctica de contraer matrimonio con sus vecinos idólatras. Todo esto hizo que los judíos, favorecidos por Dios sobre todas las naciones pero debilitados por sus maldades y pecados, estaban en un estado mental letárgico a la espera del Mesías prometido. Malaquías les asegura que el Mesías vendrá, pero que eso significará juicio para ellos.

Fecha y autor. “Malaquías” significa “mi mensajero”. Este profeta fue un predicador recto que habló sobre las faltas religiosas de la comunidad postexílica. Las circunstancias del pueblo sugieren que el tiempo de Malaquías fue antes de las reformas de Esdras y Nehemías. Generalmente se acepta que la fecha del ministerio de este profeta fue entre los años 460 y 450 antes de Cristo.

Antecedentes. El pueblo que había vuelto del exilio había caído en una práctica monótona de su religión. El exilio en el año 586 antes de Cristo y la subsecuente dominación de Persia los había hecho perder fe en que eran los elegidos de Dios. Debido a esta pérdida de fe, habían dejado de vivir una vida separada de las prácticas de sus vecinos paganos. Malaquías, y probablemente también sus contemporáneos Esdras y Nehemías, sabían que esta condición debía ser revertida lo más pronto posible. Pues si los judíos eran absorbidos por el paganismo, desaparecería la verdad bíblica, base necesaria para la venida del Mesías.

Propósito. El pueblo se sentía desilusionado porque las grandes esperanzas con que habían retornado a casa luego del cautiverio no se habían cumplido. Como resultado había mucho escepticismo y una actitud apática hacia la religión. El libro parece ser un debate entre Malaquías y el pueblo de Judá en donde él responde a sus actitudes escépticas y su descuidada observancia de los deberes religiosos. Malaquías revela gráficamente el cierre de la historia del Antiguo Testamento, y muestra las grandes reformas que serían necesarias para prepararle el camino al Mesías.

Contenido. El contenido del libro de Malaquías se puede agrupar convenientemente en cuatro secciones y cada una corresponde a uno de los cuatro breves capítulos.

Capítulo 1—El amor del Señor por Israel no es correspondido. El Señor sigue amando a Israel, pero Su amor no es correspondido por Israel, pues ni en la adoración ni en la conducta social lo honran o reverencian. En contraste, sin embargo, el nombre del Señor es grande entre las naciones gentiles. El profeta expone la condición del corazón del pueblo judío reproduciendo sus preguntas cínicas sobre Dios y Su adoración. No son preguntas sinceras de alguien que busca la verdad, sino dudas verbalizadas de personas que ya tienen una opinión formada. En respuesta al gran amor de Dios lo han ofendido con sus desechos y sobras.

Capítulo 2—La degeneración del sacerdocio. Los sacerdotes, descendientes de Leví, se han degenerado y ya no muestran el verdadero pacto de “vida y paz” ni le dan “verdadera enseñanza” al pueblo como le fue originalmente ordenado al sacerdocio levítico. Los sacerdotes y el pueblo, por igual, han olvidado que Dios es Su padre. El profeta analiza más profundamente por qué la nación trata a Dios de esa forma. Llega a la conclusión de que el trato de Dios viene porque el pacto lo han roto tres grupos de personas: los sacerdotes, el pueblo en general y los individuos, que se han divorciado de sus esposas para casarse con jóvenes mujeres paganas.

Capítulo 3—El rápido castigo del Señor sobre los culpables. Este capítulo inicia con las palabras “Yo envío a mi mensajero para que prepare el camino delante de mí”. La respuesta de Dios a la actitud escéptica del pueblo es que vendrá a juzgar y purificar. Como ha sido cierto siempre, responderle al mundo sus problemas no es lo primero en la agenda de Dios, pero sí lo es una Persona—el mensaje nunca es primero, sino el Mensajero. El Señor castigará rápidamente a todos los que hacen maldad: primero los hijos de Leví, los sacerdotes; luego los hechiceros; luego los adúlteros; luego los que juran falsamente; luego los que oprimen a los jornaleros con sus salarios, como también a las viudas y huérfanos; luego los que le roban a Dios reteniendo el diezmo; y finalmente, los que se divorcian de las esposas de su juventud para casarse con mujeres paganas que no son judías. En el 3:8, se hace la pregunta: “¿Robará el hombre a Dios?” Robarle a Dios es lo mismo que retener el diezmo, pues en la ley mosaica el diezmo es propiedad de Dios y el donante no tiene más derecho sobre él del que tiene sobre las propiedades de otras personas. Dios promete prosperar a quienes diezman fielmente y reta a quienes lo ponen a prueba en esta promesa.

El Señor no ha cambiado, y tampoco han cambiado Sus estándares de conducta para Su pueblo. Esta sección cierra con el bello pasaje del 3:16 donde dice: “Entonces los que temían a Jehová hablaron entre sí. Jehová escuchó y oyó, y fue escrito ante él un memorial de los que temen a Jehová y honran su nombre”. El profeta describe a los pocos fieles que en esa época de deslealtad y falta de afecto, se animan unos a otros, diciendo que el Señor registrará sus nombres en un “libro de recuerdos”.

Capítulo 4—El nuevo Elías. El profeta Malaquías, al igual que Isaías, Zacarías y muchos

otros profetas, pronuncia una profecía mesiánica en el sentido ordinario de la palabra. Por ser un verdadero profeta, en un estilo simple y directo, Malaquías condena los pecados del pueblo y lo insta valientemente a que se arrepienta. Lo exhorta a que recuerde la ley de Moisés y que regrese al Dios nacional y personal de su salvación.

En los dos últimos capítulos, Malaquías visualiza un futuro Elías, que en esos días era una especie de profeta que habría de venir y que sería el heraldo de la venida de Otro más grande. Juan el Bautista, como sabemos, fue ese Elías y profeta. Nuestro Señor cita el libro de Malaquías para identificar a Elías como Juan el Bautista. El escritor del libro de Mateo cita también a nuestro Señor e identifica a este nuevo Elías con Juan el Bautista. El pleno significado de Malaquías de los capítulos 3-4 suele pasarse por alto. Cuando cayó el telón del Antiguo Testamento, este último profeta antes de Juan el Bautista habló del papel que desempeñaron la Ley y los Profetas para abrirle camino al Señor. En Lucas 1:67-69 se conecta el Antiguo Testamento con el Nuevo, porque se describe la venida del Señor y el papel de Juan el Bautista como heraldo y precursor.

Conclusión. En general, los profetas han apuntado en una u otra manera hacia el Día del Señor. Ese mensaje estaba muy dentro de sus corazones y era parte integral de su teología. El que el último de los profetas del Libro de los Doce concluya con un anuncio virtual de que el plan ya está en marcha y el preparador ya ha sido elegido tiene mucho significado. Nos deja a la espera del Elías que vendrá, y la sola mención de su nombre dice mucho sobre ese Día. Con demandas absolutas de adorar a Jehová, la imponente presencia de Elías en el vestíbulo de la era futura indica sin duda que habrá un día en que el Dios de Israel recibirá adoración pura y total.

El Antiguo Testamento concluye como un libro incompleto que apunta hacia algo más allá de sí mismo, a un cumplimiento que vendrá después. Pasaron más de mil años entre la redacción del Pentateuco y la del libro de Malaquías. A lo largo de ese milenio, la visión se fue aclarando. Gracias a la ley, los cantos de los poetas y las predicaciones de los profetas, la verdad se había aclarado: a saber, que la esperanza del pueblo escogido, y la esperanza del mundo, estaba en Aquel que llegó dos siglos después, no a destruir, sino a cumplir la ley y los profetas, y a dar Su vida en rescate de muchos.

PREGUNTAS DE ESTUDIO DE LA LECCIÓN 15

1. ¿Qué significa el nombre “Malaquías”?
2. ¿Qué ocurrió luego de que los judíos regresaran a casa después de Babilonia?
3. ¿Qué les pasó por dejar de creer que eran los elegidos de Dios?
4. ¿Por qué debía cambiar rápidamente la condición del pueblo?
5. ¿Cuál es el debate entre Malaquías y el pueblo de Judá?
6. ¿Cuáles son las cuatro divisiones del libro de Malaquías?
7. ¿Cuál es la conclusión del profeta sobre el por qué la nación trataba a Dios como lo hacía?
8. ¿Por qué retener el diezmo se considera “robarle a Dios” y cuál es el resultado?
9. ¿Cuál es el “libro de los recuerdos”?
10. ¿Cuál es la posición de Malaquías porque es un verdadero profeta?

BIBLIOGRAFÍA

- Bregle, Samuel Logan. Ancient Prophets
Brown, Allan P. A Survey of Israel's History in the Old Testament
Bullock, C. Hassell. An Introduction to the Old Testament Prophetic Books
Carradine, Beverly. Fish University
Champness, Thomas. Carmel's Hero
Clarke, Adam. Comentario de Clarke, volumen IV
Comentario Bíblico Beacon. Volumen 4: Isaías a Daniel
Comentario Bíblico Beacon. Volumen 5: Oseas a Malaquías
Earle, Ralph. Meet the Minor Prophets
Eason, J. Lawrence. The New Bible Survey
Geisler, Norman L. A Popular Survey of the Old Testament
Gower, Ralph. The New Manners & Customs of Bible Times
Halley, Henry H. Halley's Bible Handbook
Hanke, Howard A. The Thompson Chain-Reference Companion
Hendriksen, William. Survey of the Bible
Heslop, W.G. Diamonds from Daniel
Jensen, Irving L. Exodus - A Self-Study Guide
Jensen, Irving L. Jensen's Survey of the Old Testament
Laney, J. Carl. Concise Bible Atlas
Lockyer, Dr. Herbert. All the Books and Chapters of the Bible
MacArthur, John, Jr. The Return and Reign of Jesus Christ (Zechariah)
Mears, Henrietta C. What the Old Testament is All About
Merrill, Eugene H. The Historical Survey of the Old Testament
Oursler, Fulton. The Greatest Book Ever Written
Purkiser, W. T., Ed. Exploring The Old Testament
Purkiser, W.T. Know Your Old Testament
Stedman, Ray C. Adventuring Through the Bible
Steele, Daniel. The Book of Joshua
Thompson, Frank Charles. The Thompson Exhaustive Topical Bible
Tryon, Sr., Charles A. The Preaching of Isaiah
Viertel, Weldon E. The Old Testament World
Walvoord, John F. Daniel, The Key to Prophetic Revelation
Wiersbe, Warren W. Chapter-by-Chapter Bible Commentary

LA PREDICACIÓN DE ISAÍAS

Dr. Charles A. Tryon, Sr.

BIBLIOGRAFÍA

- Baab, Otto. Prophetic Preaching A New Approach.
Blackwood, Andres. Preaching from the Prophetic Books.
Blank, Sheldon H. Prophetic Faith in Isaiah.
Cartledge, S.A. A Conservative Introduction to the Old Testament.
Cornill, Carl H. The Prophets of Israel.
Eiselen, Carl. Prophecy and the Prophets in their Historical Relations.
Faus, W.A. The Genius of the Prophets.
Francisco, C.T. Introducing the Old Testament.
Knudson, A.C. The Prophetic Movement in Israel.
Macartney, Clarence E. The Parables of the Old Testament.
Pichett, Henry J. The Hebrew Prophet and the Modern Preacher.
Purkiser, W.T., Ed. Exploring the Old Testament.
Robinson, George L. The Twelve Minor Prophets.
Scott, R.B. The Relevance of the Prophets.
Smith, J.M. Powis. The Prophet and His Problem